

UN THRILLER POLICIACO DE TOM JANSSEN

J.M. DALGLIESH

EXPIAR NUESTROS PECADOS

JENTAS

EXPIAR NUESTROS PECADOS

J.M. Dalgliesh

Expiar nuestros pecados

Título original: Kill Our Sins

Copyright © J.M. Dalgliesh, 2020

Copyright © Jentas A/S, 2026

Traducción: Daniel Conde Bravo © Jentas A/S

Cubierta: Jentas A/S

ePub: Jentas A/S

ISBN 978-87-428-1474-1

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la

propiedad intelectual.

Queda prohibido el uso de cualquier parte de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial sin autorización previa de la editorial.

First published in the English Language in 2020 by Storyfire Ltd, trading as Bookouture.

PRÓLOGO

Una sensación que le resultaba familiar, esa opresión en el pecho, regresó cuando los faros del coche iluminaron los pilares de ladrillo situados a ambos lados de la entrada del camino de acceso. Las puertas metálicas estaban abiertas de par en par. Al pasar junto a ellas, les echó un vistazo rápido y tuvo la sensación de que llevaban años sin cerrarse. Una de las hojas pendía a ras de suelo, hundida en el terreno; la vegetación brotaba a través de ella. Un cartel, atado con bridas a los barrotes, indicaba peligro y advertía a los

transeúntes que no entraran. Sin duda, la señal también había visto días mejores; estaba claro que llevaba muchos años allí.

El camino serpenteaba hacia un edificio imponente que se perfilaba casi como si de una silueta se tratase; mientras, los primeros destellos del amanecer amenazaban con aparecer en el horizonte en cualquier momento. Detuvo el coche a unos treinta metros del edificio y se quedó allí sentada, mirándolo fijamente sin pestañear, con los dedos flexionados sobre el volante mientras intentaba controlar su respiración. Los únicos sonidos audibles provenían, por un lado, de los ventiladores que distribuían aire caliente por el habitáculo del coche y, por otro, del motor, que emitía un sonido suave de fondo.

¿Estaba preparada? Nunca lo estaría.

No se veía ninguna luz en el interior del edificio. Hacía mucho tiempo que estaba abandonado. Las ventanas estaban tapiadas. Lo que en su día habían sido jardines bien cuidados ahora estaban abandonados a su suerte. Aparcó el coche delante de la entrada principal del edificio, apagó el motor y el habitáculo interior se iluminó. Salió preparada para enfrentarse al frío, aunque se estremeció en cuanto la brisa la rozó. El cielo nocturno estaba despejado y el gris pizarra característico de la luz previa al amanecer iluminaba una escarcha bastante espesa bajo sus pies.

El silencio se rompió con el graznido solitario de un cuervo.

Abrió la puerta de uno de los asientos traseros, cogió su abrigo, se lo puso y se apresuró a abrochárselo. Cerró la puerta con un fuerte clac y el sonido se propagó por el aire helado. Miró a su alrededor. No había motivo para preocuparse. No había nadie cerca que pudiera escucharlo.

Nadie la escuchaba nunca.

El edificio, situado en un terreno de poco más de una hectárea, estaba completamente rodeado de tierras de cultivo y, en su época de esplendor, su estatus fue único. Una obra maestra del *arts and crafts*, el famoso movimiento victoriano. Pero eso era cosa del pasado. En la actualidad estaba vacío, casi en ruinas. Olvidado por el mundo, nadie lo quería.

Escuchó el sonido de otro coche que se acercaba y se dio la

vuelta. Primero divisó el haz de luz de los faros parpadeando a través del seto que bordeaba la carretera principal, antes de que el coche redujera la velocidad y girara hacia el camino de acceso. Unos instantes después, el vehículo fue visible al salir de entre los árboles. Enseguida, las luces la iluminaron y la deslumbraron, así que levantó una mano para protegerse los ojos. Miró su reloj y esperó pacientemente. Una sensación extraña la invadió cuando el coche se detuvo y el conductor se bajó del mismo. Era una expectación nerviosa mezclada con un sentimiento de alivio. Tuvo un breve instante de duda e inseguridad, pero lo descartó casi tan pronto como se había manifestado. Aquel era el momento.

Tenía que serlo.

CAPÍTULO 1

Tom Janssen se agachó, recogió el *frisbee*, sacudió la arena húmeda de la superficie y lo volvió a lanzar contra el viento. Las ráfagas eran cada vez más fuertes, de eso estaba casi seguro, y la arena que se levantaba le azotaba la cara. Aquella pequeña excursión a la playa le iba a provocar algunas quemaduras debido al viento. Pero eso no le preocupaba a Saffy. La niña estaba ahora a cierta distancia de él, tras haberle lanzado el *frisbee* coincidiendo con una ráfaga colosal de viento que provocó que la pequeña no lo alcanzara a pesar de

haber extendido el brazo, además de obligarlo a él a perseguirlo por la playa.

Saffy saltaba emocionada de un pie a otro, agitando los brazos por encima de la cabeza y llamándolo mientras lo hacía. Alice estaba cerca de ambos. Solo se le veían los ojos y el puente de la nariz bajo el gorro de lana y la bufanda que le cubrían bien la cara, pero Janssen estaba casi seguro de que estaría sonriendo. Posiblemente con los dientes apretados. Calculando la velocidad y la dirección del viento, Janssen lanzó el *frisbee con cierta inclinación para conseguir altura, pero sin perder de vista su objetivo. Escuchó el grito de emoción de la pequeña cuando lo soltó. Grito que se difuminó casi de inmediato, ya que el frisbee se desvió bruscamente hacia la derecha y no pasó cerca de la niña ni tampoco de su madre. Saffy le reprendió y salió en su persecución, adoptando una torpe forma de correr con las botas de agua que llevaba puestas.*

Janssen aceleró el paso y trotó hasta donde estaba Alice, de espaldas al viento que soplabla desde el mar del Norte.

—¿Por qué demonios habrá elegido hacer esto? —le preguntó Alice cuando él se detuvo frente a ella.

—No siente el frío.

—Ni el viento ni la arena... ni la lluvia, por lo que parece.

Janssen miró el cielo y sintió las primeras gotas de lluvia en la cara. No se preveía lluvia, pero con un tiempo como aquel no se podía dar nada por sentado. Saffy reapareció junto a ellos, alardeando del frisbee como si fuera una medalla olímpica.

—¿A quién le toca tirarlo? —le preguntó él.

Saffy arrugó la nariz, dando la sensación de reflexionar sobre la pregunta. Finalmente, se encogió de hombros.

—No. ¡Vamos a hacer un castillo de arena!

La pequeña se lanzó sobre la bolsa que habían llevado, rebuscó las palas y seleccionó el cubo que quería usar para empezar. Alice se puso en cuclillas junto a su hija y se quitó la bufanda de la boca.

—Creo, señorita, que es hora de volver a casa antes de que empiece a llover de verdad.

La sugerencia fue recibida con un grito de protesta.

—¡Pero si acabamos de llegar y no hemos hecho ni un solo castillo

de arena! ¡Ni uno solo! —se quejó Saffy—. Y eso no es justo.

—Lo que no es justo es trabajar un turno de doce horas y dormir solo dos —respondió Alice con una sonrisa que no reflejaba su verdadero estado de ánimo.

Janssen sabía que no hablaba en serio. Las necesidades de Saffy eran lo primero para su madre. Siempre era así. El inspector se preguntaba a veces si la decisión de dejar la consulta del médico de cabecera y volver a trabajar en el hospital había sido acertada. El impacto del turno rotativo estaba causando estragos en la organización de la vida de su hija, pero él entendía que las ventajas económicas debían primar sobre todo lo demás. Alice no era alguien que se quejara por ello, pero la vida como madre soltera, sobre todo con un exmarido inútil que apenas colaboraba, era todo un reto.

—Pero sí que tenemos tiempo por lo menos para hacer uno, ¿verdad? —alegó Janssen, agachándose para ponerse a la misma altura que madre e hija.

—Solo uno —contestó Alice con una sonrisa en la cara y guiñándole un ojo.

Saffy se volcó en la búsqueda con renovado entusiasmo, sacó un cubo rojo con muescas almenadas en la parte inferior y se dirigió hacia la orilla para buscar arena más húmeda y que contuviera menos piedras. Janssen y Alice se levantaron y la vieron alejarse.

—¿Cuánto tiempo le das? —preguntó él.

—¿Antes de que quiera nuestra ayuda?

El inspector asintió.

—Tres minutos... ¡máximo!

—Vale, y luego nos vamos al barco antes de que empiece a llover. Yo cocino. ¿Te apetece echarte un rato mientras?

—Me encantaría —dijo Alice, mirando el cielo y dejando caer la mandíbula exageradamente para darle énfasis.

Al agacharse para guardar el frisbee en la bolsa, Janssen la vio mirándolo por el rabillo del ojo. Estaba concentrada, pensativa. La miró.

—¿Te preocupa algo?

—¿Por qué me lo preguntas? —replicó Alice, sonriendo divertida.

—Soy detective, ¿lo recuerdas?

—Ah, ya, claro, y tanto que lo eres.

La expresión del rostro de Alice cambió de una media sonrisa a una mucho más amplia. Janssen se la devolvió, se puso de pie, le rodeó la cintura con un brazo y la atrajo hacia él. Le acarició la mejilla con una mano y la besó.

—¡Para! —protestó ella en tono juguetón; acto seguido, le respondió de la misma manera. Le acarició la cara con sus dos manos enguantadas y le sonrió cálidamente mientras lo miraba a los ojos.

—Ahora... dime qué estabas pensando —dijo Janssen.

Alice estaba a punto de hablar, pero, antes de que tuviera tiempo de hacerlo, sonó el teléfono de Janssen. Este lo sacó de su bolsillo y miró la pantalla.

—Es Tamara —dijo en tono de disculpa, retirando el brazo de la cintura de Alice—. Hola, Tamara —saludó, dándole la espalda a Alice, y se alejó de ella.

—Tom, siento llamarlo en su día libre.

—No pasa nada. ¿Qué sucede?

—Hay una cosa que necesito que vea. ¿Dónde está? Casi no lo oigo.

Janssen se giró hacia un lado en un vano intento por proteger del viento el micrófono del teléfono.

—Estamos en la playa, construyendo castillos de arena...

—Ah, claro que sí. ¿Por qué no iban a estarlo en un día tan maravilloso como este?

El inspector se rio.

—Es fácil aparcar —replicó, sonriente, mientras le echaba un vistazo a la playa. Con la excepción de un puñado de personas paseando a sus perros y un aficionado a las cometas con espíritu aventurero, tenían la playa para ellos solos.

—Escuche, siento haberlo molestado. Seguramente pueda encargarme yo misma y ya tendrá tiempo de revisar...

—Oiga, si cree que tengo que verlo, iré sin problemas. ¿Dónde está ahora mismo?

El sonido se apagó un tanto cuando Tamara se alejó el teléfono de la boca para preguntarle a Eric Collet.

—Eric, ¿dónde estamos exactamente?

La inspectora jefe Tamara Greave acababa de asumir su nuevo cargo y, aunque cada vez estaba más familiarizada con toda aquella zona, todavía no dominaba las partes más remotas del norte de Norfolk. Unos instantes después, volvió a centrar su atención en la llamada; su voz se escuchó con fuerza, pues parecía que intentaba hacerse oír por encima del ruido.

—En el antiguo puerto de Thornham —dijo—. ¿Lo conoce?

—El antiguo puerto de Thornham. Sí, claro.

—Hay un único edificio junto a los amarres. Ahí estaremos.

—Lo conozco. ¿Qué han encontrado?

—Un cadáver.

Lo dijo con un tono monótono en la voz.

—O, bueno, lo que queda de él.

—Iré tan pronto como pueda.

Janssen colgó y se giró hacia Alice. La mujer se había acercado a su hija y las dos estaban erigiendo otra fortificación más dentro del proyecto épico de construcción de la niña, cuya finalización no iba a ser precisamente rápida. Cuando el inspector se acercó, Alice levantó la vista y se levantó para ir a su encuentro. La expresión del rostro de Janssen transmitió el mensaje, y el inspector vio cómo a Alice se le empezaba a fruncir el ceño, aunque ese instante quedó atrás antes de que se reunieran.

—Ha surgido una cosa. Han encontrado... —Janssen hizo una pausa y miró a Saffy, que estaba felizmente concentrada en meter más arena en uno de los cubos— algo en Thornham. No tiene buena pinta.

Alice asintió.

—Entiendo.

—¿Qué era lo que estabas a punto de decirme?

Alice se levantó, le puso una mano con suavidad en el antebrazo y lo alejó de Saffy, que no les hizo ni caso. Janssen la rodeó con los brazos por la cintura y la atrajo hacia sí mientras ella le daba la espalda al viento.

—Tú, yo... nosotros —comenzó Alice, frunciendo los labios y adoptando la misma expresión pensativa de unos momentos antes

—. Parece que no conseguimos avanzar. O uno de los dos se va a trabajar o... Tamara llama... Hay que tener estas conversaciones, ¿sabes?

—Ah... ¿Hacia dónde nos dirigimos? ¿Cuál es el futuro de la relación? Ese tipo de cosas... —dijo Janssen, haciendo un movimiento con el cuerpo que los balanceó juntos suavemente.

Alice no se resistió. Tampoco es que hubiera podido detenerlo, dada la diferencia de estatura entre ambos. Tom Janssen se alzaba por encima de casi todas las personas que conocía.

—Sí, algo así. Deberíamos hablarlo, ¿no te parece?

Janssen la soltó, pero se mantuvo cerca de ella, con un brazo aún alrededor de su cintura.

—Pero sí que hablamos de ello.

—Sí, pero nunca llegamos a ninguna conclusión, ¿no? Nada cambia en realidad.

—¿Hay algún problema con la relación tal y como está ahora? —preguntó él.

La expresión de su rostro al hacerle aquella pregunta debió implicar que Alice se molestara, porque notó un cambio en su lenguaje corporal.

—No. Ninguno en absoluto. Está bien —respondió, pero Janssen pensó que aquellas palabras escondían muchas cosas que había preferido no decir.

—Intuyo un «pero».

—Sin embargo... —añadió Alice, con una sonrisa.

—Eso es solo un «pero» más educado —dijo Janssen, devolviéndole la sonrisa.

—Si esto estuviera sucediendo hace quince..., joder, incluso hace diez años, entonces estaría perfecto —afirmó, mirando a su hija—, pero ahora no lo está. Tengo responsabilidades. Tengo que planificar cosas. No puedo andar tonteando. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Janssen siguió su mirada hacia Saffy, que, con sus siete años, ya se comportaba a veces como una adolescente. Lo entendió.

—Tienes razón. Deberíamos hablar más sobre ello —aseguró, inclinando la cabeza hacia un lado mientras hacía la concesión—. Lo entiendo. De verdad que sí.

Alice se inclinó hacia él y levantó la cabeza para encontrar sus labios mientras él la besaba con ternura.

—¡Qué asco! —gritó Saffy, rompiendo la dulzura del momento y provocando que ambos se echaran a reír.

—Y aquí tenemos otra razón por la que nunca terminamos estas conversaciones —dijo él—. Lo siento. Tengo que irme. Hablamos de esto después. Te lo prometo.

—Tom, no pasa nada. Es tu trabajo.

Era cierto que él evitaba hablar del futuro. El resurgir de su romance adolescente era muy especial para él, pero había muchas cosas que ninguno de los dos sabía sobre los años transcurridos. No estaba demasiado dispuesto a experimentar de nuevo lo que lo había conducido de vuelta a casa.

Saffy dejó lo que estaba haciendo cuando se dio cuenta de lo que estaban hablando.

—¿Eso significa que tienes que irte? —gritó la niña, cuya voz se desvanecía en el viento.

—Me temo que sí —respondió Janssen, que se acercó a donde la pequeña estaba arrodillada y se puso en cuclillas frente a ella. La tristeza inundó la cara de la niña—. ¡Pero no sin antes terminar el mejor castillo que Holkham Beach haya visto jamás!

El rostro de Saffy se iluminó y redobló sus esfuerzos. Por el rabillo del ojo, Janssen vio que Alice le sonreía. Mirándola, volvió a articular con los labios las palabras «lo siento». Alice movió la cabeza de lado a lado de forma suave.

—Me lo vas a compensar después, Tom Janssen. Recuerda mis palabras.

CAPÍTULO 2

La ruta más transitada hacia el oeste discurría por la antigua carretera costera del norte de Norfolk. Thornham era el típico pueblo pintoresco de la comarca, una estampa de postal con construcciones de ladrillo y sílex y una iglesia imponente del siglo XIII en su centro. Al aproximarse al pueblo, Janssen giró a la derecha. Bordeando el pueblo se encontraba Staithe Lane, un carril flanqueado por árboles que conducía directamente al antiguo puerto, bien adentrado en las marismas, desde donde se accedía a los esteros de marea, los ríos y

el sendero costero. Había quedado atrás la amenaza de lluvia y las nubes se habían disipado lo suficiente como para dejar entrever el cielo azul y algunos rayos del sol otoñal. El viento continuaba soplando, así que todo podía cambiar con rapidez.

Cuando el carril dejó atrás los trigales, situados a ambos lados del mismo, el paisaje se abrió y mostró las llanuras que conducían al mar. A la izquierda apareció el primero de los dos aparcamientos que había en la zona, punto de partida para quienes recorrían el sendero costero en dirección a Holme Dunes. Había por allí unos cuantos caminantes aguerridos, bien abrigados contra los elementos, preparándose para ponerse en marcha. Junto al cordón policial había también un puñado de personas cuyo interés en el operativo nacía de la curiosidad. En aquel punto se impedía a los ciudadanos el acceso a los amarres y al segundo aparcamiento, desde donde las marismas se adueñaban del terreno y solo se podía avanzar en barco.

El agente que estaba junto al cordón policial reconoció a Janssen cuando este se acercó, y levantó la cinta para permitirle pasar con el coche. El inspector le agradeció el gesto con un saludo y continuó avanzando despacio, observando lo que tenía ante sí. En ese punto, el carril se convertía en una especie de pista, bien cuidada. El antiguo cobertizo de carbón, un lugar emblemático en la zona, se encontraba a la derecha, con el río al fondo. Allí era donde se encontraban los amarres, y donde el río giraba y se alejaba del camino. La marea estaba baja, por lo que muchos de los barcos más pequeños estaban varados. Los más grandes estaban amarrados a embarcaderos que se encontraban más alejados, hacia el centro del canal, y se podía acceder a ellos a través de pasarelas, algunas de las cuales habían visto días mejores, sin lugar a dudas.

A la izquierda había una zona de aparcamiento improvisada, donde probablemente los propietarios de las distintas embarcaciones se detenían para cargar o descargar sus barcos. Dos furgonetas de la Policía Científica estaban aparcadas allí, junto con tres coches patrulla con su decoración oficial. No había ni rastro del Healey de Tamara, aunque sí podía verse un coche del Departamento de Investigación Criminal aparcado al final de la pista. Como el oficial

investigador Eric Collet también estaba de servicio, Janssen supuso que habrían ido juntos. Como si hubiera obedecido una señal, Eric apareció y Janssen detuvo el coche junto a él.

—Buenos días, Eric.

—Buenos días. Estamos justo al final de la carretera, a la derecha —explicó Eric sin mostrar su habitual entusiasmo juvenil. Señaló con la mano en aquella dirección y giró la cabeza para acompañar el gesto.

Janssen asintió, detuvo el coche en el arcén y se bajó.

El sol era agradable, pero en absoluto calentaba. El viento azotaba la cara del inspector mientras se ponía el abrigo y se subía el cuello hasta arriba. Los dos hombres se pusieron en marcha. Una vez dejaron atrás el acceso para vehículos, el terreno que conducía hasta la orilla se convertía en tierra apelmazada y muy irregular. Más allá continuaban más amarres, a los que solo se podía llegar a pie, cruzando barro y hierba. Allí encontraron a Tamara Greave y a los agentes forenses, que ya estaban ocupados documentando la escena.

—Hola, Tom —lo saludó Tamara al verlo llegar.

La doctora forense Fiona Williams también estaba presente. Ambas mujeres estaban de pie junto al borde del río, en el agua fangosa que les cubría sus botas de agua por encima de la altura de los tobillos.

El flash de la cámara de un fotógrafo atrajo la atención de Janssen hacia el cadáver. Desde su posición, a varios metros de distancia del cuerpo y un metro por encima del mismo, no podía distinguir muchos detalles. La persona estaba completamente vestida y medio sumergida en el barro y el limo. Por la perspectiva del brazo que podía ver, dedujo que lo que contemplaba era principalmente la parte superior del cuerpo. Aunque la cabeza estaba cubierta por una costra de barro seco, parecía tener un pelo largo que debía haberle llegado hasta los hombros. El cabello parecía ser de color marrón claro, aunque, teniendo en cuenta la suciedad que lo envolvía, bien podría haber sido rubio. Lo que a Janssen le llamó la atención de inmediato fue el abrigo que llevaba el cuerpo. Daba la sensación de ser demasiado ligero para la época del año, sobre todo tomando en

consideración la ubicación en la que se encontraba. Cualquiera que estuviera paseando por allí o a bordo de uno de los muchos barcos que entraban y salían en aquella época del año habría estado mejor pertrechado para las inclemencias del tiempo.

—¿Estoy en lo cierto al asumir que se trata de una mujer? —preguntó Janssen.

La doctora Williams lo miró.

—Una suposición muy acertada, inspector. Debe ser usted un profesional.

—Lo intento, Fiona. ¿Qué tenemos?

—Es difícil saberlo hasta que la saquemos del barro, pero, por el momento, me inclino por pensar que se trata de una mujer de unos cuarenta y cinco años.

—¿Alguna idea de cómo llegó hasta el agua? —preguntó Janssen.

Las dos mujeres intercambiaron miradas y fue Tamara quien habló primero.

—O bien ha sido un accidente trágico, o bien algo muy siniestro —afirmó, indicándole con un gesto que se acercara un poco más a la orilla.

Así lo hizo, siguiendo sus instrucciones. Eso le permitió ampliar su campo de visión sobre la mujer, cuyo aspecto era mucho más horrible de lo que había imaginado en un primer momento. Le faltaba gran parte de la cara y de un lado de la cabeza. Solo quedaba una masa amorfa de carne y huesos donde deberían haber estado sus rasgos faciales. El pelo estaba apelmazado con tanta sangre como sedimentos y caía sobre lo que quedaba de su rostro como si fuera un velo improvisado. Tamara se anticipó a la pregunta que el inspector tenía en la mente:

—Creemos que la golpeó la hélice de un barco que pasaba por aquí... o de dos.

Janssen dejó escapar un suspiro mientras observaba la escena y miraba hacia el horizonte.

—¿Cuánto tiempo cree que lleva en el agua?

La doctora Williams pareció reflexionar la respuesta, frunciendo el ceño mientras lo hacía.

—Es difícil de decir ahora mismo. Como mínimo, tres días. El

problema son las condiciones. Cualquier cuerpo que caiga en una gran extensión de agua se hundirá, pero, del mismo modo, volverá a emerger a la superficie salvo que lo lastren. Son las bacterias las que provocan ese fenómeno. A medida que crecen y se multiplican, la putrefacción va desprendiendo unos gases y unas sustancias químicas que provocan que el cuerpo flote. En aguas frías, como las que tenemos aquí, ese periodo de tiempo aumenta en cierta medida. A juzgar por cómo está incrustada en los sedimentos, podría llevar aquí bastante tiempo. Pero también podría ser más reciente.

—¿Tenemos alguna denuncia de persona desaparecida en los últimos días, ya sea en la zona o quizá relacionada con algún pasajero de los ferris del mar del Norte?

Tamara negó con la cabeza.

—Negativo en ambos casos. Eric ha llamado a la Policía del Control de Fronteras para comprobar si se tenía constancia de la desaparición de algún pasajero que hubiera embarcado en el extranjero, pero no se ha encontrado nada en los registros.

Eric se dispuso a hablar por fin. Janssen tenía la impresión de que el joven agente estaba un poco pálido. No era de extrañar, teniendo en cuenta los restos hinchados y desfigurados que tenían ante sí.

—¿Podría tratarse de un suicidio? —Casi de inmediato debió sentir la obligación de justificar esa sugerencia, aunque no había necesidad alguna—. Quiero decir... podría haberse tirado de un barco o algo así. Eso explicaría por qué nadie ha denunciado su desaparición.

—Es una posibilidad —admitió Janssen, inclinando ligeramente la cabeza en dirección a Eric—. ¿Alguna posibilidad de identificación?

Tamara se movió en su dirección. Le costó liberar los pies, retenidos por la succión que ejercía el lecho del río. Con dificultad, y extendiendo los brazos para estabilizar sus movimientos, llegó hasta la orilla y le ofreció al inspector dos bolsas de plástico transparentes para pruebas. Este las cogió y luego utilizó su fuerza para ayudarla a trepar hasta donde él se encontraba.

—Esto es lo que le hemos hallado hasta el momento —le explicó Tamara mientras él examinaba el contenido.

Una de las bolsas contenía un llavero con un mando de un coche Ford. En un extremo, la carcasa estaba agrietada y se había

arrancado un trozo, posiblemente por haber sufrido el mismo destino que el rostro de la desafortunada víctima. En la otra bolsa había una tarjeta profesional plastificada. Era probable que el plástico fuera la razón por la que la tarjeta se había mantenido más o menos intacta. Debido al barro que la cubría, Janssen no podía distinguir lo que había escrito en ella, pero en el reverso había una imagen de un paisaje.

—¿Hay algún Ford aparcado por aquí cerca? —preguntó el inspector, mirando hacia atrás, en dirección al aparcamiento.

—No, no hemos tenido tanta suerte —respondió Tamara con resignación en su tono de voz—. La tarjeta está a nombre de Abigail Thomas. ¿Ha oído hablar de ella?

Janssen negó con la cabeza.

—No. ¿Debería?

—Es una artista. Vive por aquí. Por lo que tengo entendido, goza de muy buena reputación.

—No la conozco —reconoció, mirando a Eric—. ¿Tú sabes algo?

—Creo que tiene una galería en Brancaster, si no me falla la memoria. No la conozco, la verdad, pero el nombre de la galería me suena.

—¿Podría ser ella? —preguntó Janssen.

Tamara asintió.

—No podemos descartarlo. Tendremos que ir a la galería. Si Abigail Thomas está viva y en buen estado, podría ser una de las pocas pistas de las que disponemos para descubrir quién es nuestra desconocida. A menos que, entretanto, encontremos una identificación. Sin duda podremos rastrear el vehículo a partir del número de serie del mando, pero eso llevará algo de tiempo.

—¿Hay algún indicio de que hayan lastrado el cuerpo? —preguntó Janssen, mirando alternativamente a Tamara y a la forense.

—Hay señales de que se le colocaron ataduras alrededor de las muñecas. No sabría decir si eso tiene alguna relación con el motivo por el que se encuentra en el agua, pero le sugiero que lo examine —explicó la doctora Williams—. No me da la sensación de que todavía tuviera esas ataduras cuando entró en el agua.

—¿Alguna idea sobre la naturaleza de esas marcas? —preguntó

Tamara, que se agachó de nuevo y se metió en el agua para acercarse a verlas por sí misma.

—Pues justo atendiendo a su naturaleza, yo descartaría cualquier cosa tan eficiente como unas bridas —afirmó la doctora Williams, inclinándose para señalar una zona de la muñeca izquierda de la víctima con el bolígrafo que llevaba en la mano—. ¿Ven aquí? Las hendiduras son casi circulares. Eso sugiere algún tipo de tejido, pero no tiene el patrón estriado que cabría esperar de... —Hizo una pausa para pensarlo bien—. Digamos, de una cuerda de nailon o algo similar.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Tamara.

—Obviamente, no soy detective, pero, si sus muñecas estaban atadas en el momento de la muerte, entonces yo sugeriría que para hacerlo se utilizó algo que estuviera a mano, tal vez una bufanda u otra prenda de vestir.

—Eso implicaría una ausencia de planificación o una acción impulsiva —dijo Janssen—. De ser así, ¿por qué quitársela después?

—Para que no diera tanta impresión de ser un asesinato —respondió Tamara.

—Aun así, podría ser algo accidental —intervino Eric—. Podría haber sido un juego sexual que salió mal.

Todas las miradas se volvieron hacia el joven, y Janssen arqueó las cejas ante el comentario. Una vez más, el oficial investigador intentó desarrollar su idea.

—Hoy en día ocurre muchas veces, ¿no? A la gente le gusta ese tipo de cosas y... Bueno..., a veces sucede.

Eric miró a todos los allí reunidos, pero nadie decía nada.

—De verdad, es algo bastante frecuente —añadió, bastante cohibido y con mucha menos confianza que antes.

—Es una posibilidad, Eric —respondió Janssen, dándole una palmada en el hombro—. No existiendo una denuncia de persona desaparecida, yo sugeriría que, aunque no se pueda afirmar, no se trata de un accidente. O es un suicidio, o una desgracia..., o tal vez alguien la haya dejado aquí.

Tamara miró a su alrededor, escudriñando aquel lugar.

—En esta zona sube y baja la marea, ¿verdad?

Janssen asintió.

—Así que cabe la posibilidad de que la marea la arrastrara hasta aquí, en vez de que la dejaran en este punto de forma deliberada.

—No es descartable. Podría haberla arrastrado la marea y que luego un barco que pasara cerca hubiera hecho el resto. Si estaba sumergida, existe la opción de que ocurriera eso —admitió Janssen—. Pero también hay que tener en cuenta que este lugar está bastante aislado. En mitad de la noche se pueden ver con total nitidez los faros de un coche que se aproximara, lo que podría llamar la atención de cualquiera. Pero afrontemos la realidad, aquí vienen aficionados al avistamiento de aves a cualquier hora del día o de la noche con la intención de ver la fauna migratoria. No sería demasiado extraño ver un coche circulando por aquí en plena noche. Me parece una localización ideal para deshacerse de un cadáver.

—Aunque solo hay una carretera de entrada y salida —apuntó Tamara—. Valdrá la pena llevar a cabo un sondeo casa por casa. En lugares como este... siempre hay alguien mirando a través de las cortinas.

—Sí, merece la pena que lo hagamos. Pero seamos también realistas con respecto al hecho de que solo exista una carretera. Habiendo un campo de visión tan claro hasta prácticamente donde terminan los árboles, dispondrías de mucho tiempo para ver venir a alguien. El riesgo de que te pillaran *in fraganti* sería bastante bajo —explicó.

—¿Y quién sabría un dato como ese?

—Sería esencial conocer la zona o, al menos, haber explorado el lugar con antelación. Eso cuestionaría la sugerencia de la espontaneidad —respondió Janssen.

Tamara reflexionó durante unos instantes, hasta que se dio cuenta de que el equipo forense quería ponerse ya en marcha y ella les estaba estorbando. La marea comenzaría a subir pronto y aún les quedaba mucho por hacer.

—Eric, quédese aquí y supervise el operativo. Tom y yo iremos a visitar la galería de Abigail Thomas. Tenemos muchas teorías, pero para mí gusto no contamos con suficiente información. Quizá ella pueda ponerle un nombre a nuestra víctima.

CAPÍTULO 3

Tamara Greave inclinó ligeramente la cabeza y observó con discreción a Janssen mientras este conducía. Había hablado muy poco desde que salieron de Thornham, lo cual en sí mismo no podía considerarse del todo inusual. Resultaba evidente que era un tipo introspectivo, extraordinariamente analítico y que se conocía muy bien a sí mismo. Sin embargo, aquel día estaba un poco diferente. Tamara no podía saber qué le estaría rondando la cabeza, pero estaba claro que algo le preocupaba. Quizá le estuviera dándole

vueltas a cómo había llegado aquella mujer al lugar donde la habían encontrado. Eso sería comprensible, pero la inspectora dudaba mucho que se tratara de eso. Por un momento pensó que la actitud de su compañero podría ser consecuencia de haberlo llamado para informarle de la situación, pero descartó la idea.

Decidió no mencionar nada y mostrarse receptiva en el caso de que él sacara el tema. Tom la había ayudado mucho desde que se había mudado a aquella zona, a pesar de que el hecho de que ella hubiera aceptado el ascenso había acabado con las posibilidades del inspector de ocupar el puesto. Aunque él lo negara, ella seguía pensando que eso le podía haber molestado hasta cierto punto. En ocasiones parecía despegado, lo que contrastaba con la actitud que había mantenido cuando ella había estado trabajando con él en comisión de servicio. Tampoco es que a Tamara le diera la sensación de que Janssen fuera el tipo de persona que guardara rencor o se ofendiera con facilidad. Era mucho más probable que siguiera adelante con la vida sin más, sin darles demasiada importancia a las circunstancias que se cruzaran en su camino.

La inspectora jefe centró su atención en el folleto que tenía en las manos. No habían podido encontrar a Abigail Thomas en la galería de Brancaster. Cuando llegaron allí, una joven los recibió con entusiasmo y amabilidad. Al parecer, Abigail apenas pasaba tiempo en la galería, ya que prefería dejar la gestión diaria del local a la directora y a su equipo. Es decir, la mujer que habían conocido y otras dos personas que trabajaban a tiempo parcial. Ninguno de los empleados encajaba con la descripción de su víctima.

El folleto consistía en cuatro páginas que detallaban la obra de la artista y en las que se mostraban algunas de sus piezas más exitosas. Los paisajes parecían ser el principal nicho de mercado de Abigail, si es que se podía definir así. En el reverso había un párrafo que ofrecía algunos datos sobre la propia artista, con una fotografía profesional por encima del mismo. El texto ofrecía poca información sobre la mujer.

Abigail había vivido toda su vida en Norfolk y había recibido muchos elogios y críticas positivas por sus obras más destacadas, pero, aparte de eso, no se podía deducir mucho más sobre la artista.

Al estudiar la foto, Tamara consideró la posibilidad de que fuera la fallecida. Era posible. Parecía tener una edad, altura y complexión similares, al menos por lo que se podía determinar a partir de una fotografía. Aunque también era cierto que, dependiendo de lo reciente que pudiera ser la foto, el panorama podía cambiar.

La directora de la galería les aseguró que había hablado con Abigail unos días antes y que no recordaba nada extraño de aquella conversación. La mujer les facilitó la dirección de la artista y algunas indicaciones para llegar hasta ella, ya que se trataba de una casa aislada y era fácil pasársela de largo. Salieron pues de la galería y emprendieron el corto trayecto hasta aquella casa a través de la carretera costera antigua. Las indicaciones señalaban un desvío de la carretera, donde esta se estrechaba antes de atravesar un par de curvas. Después de ellas, verían una casa a la izquierda, apartada de la carretera, rodeada de un conjunto de árboles maduros.

—Deberíamos estar a punto de llegar —informó Tamara.

Janssen asintió y redujo la velocidad del coche. Cuando dejaron atrás el tramo sinuoso, la carretera se abrió y casi se pasan el acceso al camino de entrada de la casa, ya que estaba cubierto por vegetación silvestre. La propiedad tenía dos plantas y, sin embargo, casi no se veía desde la carretera. Había tierras de cultivo a ambos lados y campos ondulados enfrente, aunque eran los árboles los que destacaban y llamaban la atención, tal y como les habían advertido. Entre la casa y la carretera había varios sicómoros, robles y olmos centenarios que ocultaban la presencia de lo que era una propiedad de un tamaño considerable.

Janssen detuvo el coche frente a la casa y ambos la contemplaron. Estaba construida con materiales tradicionales de la zona, ladrillo y sílex. Tamara dedujo que originalmente debía haber formado parte de un conjunto más amplio de construcciones agropecuarias. Los restos de arcos, ahora tapiados, que recorrían uno de los laterales sugerían que en su día había sido un granero con un almacén de heno en la parte superior, a juzgar por el tamaño de las ventanas de la segunda planta. Era probable que se hubiera utilizado para albergar ganado, aunque Tamara no lo podía saber con certeza.

La inspectora jefe se bajó del coche y Janssen la siguió. No se

escuchaba nada más que el ruido del viento al filtrarse entre las ramas de los árboles cercanos. Tamara buscó algún coche, pero no vio ninguno. Las cortinas de las habitaciones de la planta superior estaban abiertas, al igual que las de abajo. Había pocos indicios de actividad. En la ventana más cercana a la puerta principal había una señal con la imagen de un perro, advirtiéndole a los visitantes de que tuvieran cuidado. Sin embargo, no escucharon ningún ladrido al llegar, lo que a la inspectora jefe le pareció extraño.

Según se acercaba a la puerta de la casa, Janssen se puso a su lado. No había ningún timbre al que llamar, pero junto a la puerta colgaba una campana metálica con un badajo del tamaño de un puño. Tamara la tocó con fuerza. El sonido que produjo hizo que Janssen se contrajera. Ella se encogió de hombros sin disculparse. Esperaron, pero al cabo de unos minutos, al no obtener respuesta, la inspectora jefe miró a Janssen y le hizo un gesto con la cabeza para indicarle que echaran un vistazo alrededor.

El acceso a la parte trasera no estaba cerrado. El único límite que tenía la propiedad era una línea de árboles que formaba una barrera natural entre la casa y las tierras de cultivo que la rodeaban. Excepto por la parte trasera. Cuando rodearon la casa, tuvieron ante sí una vista panorámica que se extendía hasta la costa.

—Bonitas vistas de Scolt Head —dijo Janssen cuando percibió que Tamara estaba admirando el paisaje.

La inspectora jefe movió las cejas de forma inquisitoria, animándolo a que le diera más detalles.

—Es una reserva natural insular. Es preciosa. Debería visitarla cuando tenga tiempo.

—Lo haré —respondió; acto seguido, apartó la mirada y siguió caminando—. Cuando tenga un lugar permanente en el que vivir, haya conseguido a un sargento y la gente deje de morir.

Janssen esbozó una sonrisa irónica. Tamara estaba satisfecha. La expresión de su compañero había sido muy seria desde el momento en que llegaron a aquel sitio.

—¿Puedo ayudarlos?

Aquella pregunta provino de algún lugar a su derecha; ambos se detuvieron en seco para mirar a su alrededor. Una silueta emergió

desde una dependencia separada de la casa principal. Estaba cubierta de vegetación y los detectives tardaron un momento en comprender que realmente estaba operativa. Había una persona de pie junto a una puerta abierta. Llevaba puesto un delantal que mostraba manchas dispersas de pintura, algunas recientes y otras, sin duda, acumuladas a lo largo de los años. Tamara la reconoció de la foto del folleto. La mujer que se había dirigido a ellos mientras se limpiaba las manos en el faldón del delantal se parecía poco a quien había esperado ver. Sin embargo, no tenía ninguna duda de que se trataba de Abigail Thomas. Lo que sucedía era que parecía mucho mayor y más delgada, casi esquelética, que en el folleto lustroso.

—¿Abigail Thomas? —preguntó Tamara, más por cortesía que porque necesitara confirmación.

—Sí. ¿Puedo ayudarlos en algo?

La mujer tenía el ceño fruncido. La expresión de su rostro no era agresiva, pero tampoco tenía una actitud acogedora.

—Señora Thomas, somos de la policía —le explicó, sacando su placa y acercándose a la artista—. Soy la inspectora jefe Greave y él es el inspector Janssen —dijo, señalando a Tom.

—Ya veo. —El aire de hostilidad se disipó, pero la expresión de la mujer siguió siendo seria, inmóvil—. ¿Y qué demonios quieren de mí?

—Esperamos que pueda ayudarnos con una cosa —explicó Tamara.

Abigail se encogió de hombros.

—Si puedo... Venga, será mejor que entren. No me gusta estar al aire libre. Al menos no con este tiempo. El frío me cala hasta los huesos en esta época del año.

La mujer se dio la vuelta y los condujo al interior del edificio. Una vez dentro, Tamara se llevó una sorpresa agradable. Las enredaderas que crecían a lo largo de la construcción ocultaban su verdadero tamaño. El espacio interior era abierto hasta las vigas. Estaba todo pintado de blanco y tenía planta rectangular. El hastial más alejado, que era la pared del fondo, estaba orientado hacia el mar y completamente acristalado desde el suelo hasta el techo. Aquello era un estudio de arte en funcionamiento.

Había varios lienzos colocados sobre caballetes que se encontraban en diversas fases del proceso creativo. Uno estaba esbozado a lápiz o carboncillo; otro tenía algo de pintura aplicada, aunque era claramente un trabajo en curso. Otros lienzos estaban situados contra una pared, apilados uno al lado del otro. Abigail se dio cuenta del interés de Tamara y se acercó a ella.

—Esos no daban la talla y están esperando un nuevo uso —le explicó.

—Pero este es precioso —afirmó Tamara, mirando el cuadro que tenía más cerca.

Abigail respondió con una especie de risa que se convirtió en un resoplido.

—Aunque el arte es muy subjetivo, algunas obras no se consideran de suficiente calidad. Añoro los días en los que podía pintar solo lo que quería.

—¿Ya no puede hacerlo? —preguntó Janssen mirándola hacia atrás, mientras observaba algunas de las otras obras que tenía cerca.

—Me temo que hace tiempo que me encasillaron.

—Es una pena —afirmó Tamara, mirándola a los ojos.

—No sienta lástima por mí —dijo Abigail, sonriendo—. He conseguido ganarme muy bien la vida con ello antes de morir, ¡y eso no es algo que puedan decir muchos de los que son más famosos que yo!

—Buen argumento —reconoció Tamara.

—Bueno, ¿qué les trae por aquí?

—Me temo que no son buenas noticias —explicó Tamara—. Hemos encontrado un cadáver en Thornham. Una mujer.

—Eso es horrible —dijo Abigail, jugueteando con su collar.

—Aún no hemos podido identificarla, pero llevaba una tarjeta profesional suya. Pensamos que tal vez la conociera.

—Vaya, es una noticia terrible. ¿Tienen más información?

—La verdad es que muy poca. Es morena, con el pelo hasta los hombros. Nuestros forenses han estimado que tenía entre cuarenta y cincuenta años. ¿Se parece a alguien a quien usted conozca?

Abigail movió la cabeza de lado a lado, con un gesto de

concentración en el rostro.

—Creo que esa descripción podría encajar con la mitad de las mujeres que conozco.

—En fechas recientes no consta ninguna denuncia de persona desaparecida que coincida con esa descripción. ¿Tiene usted alguna amiga a la que no haya visto últimamente y que quizá esperaba ver?

Abigail frunció el ceño mientras pensaba en la pregunta, pero no dio con ningún nombre.

—Lo siento muchísimo, pero no sé qué decirles. Puede que visitara mi galería y cogiera la tarjeta allí, y no tendría por qué ser alguien a quien yo conociera, ¿no?

—Hemos preguntado en su galería. La directora tampoco recordaba a nadie con esa descripción.

—¡Ay, Carol, bendita sea! Es maravillosa en lo que se refiere a cualquier detalle de la galería, pero no tiene muy buena memoria para las personas. Lo suyo es el arte... Y también las cuentas. Se le da muy bien gestionar el dinero. Y eso es algo por lo que le estaré eternamente agradecida. Si la economía de la galería dependiera de mí, sería un desastre.

—¿Vive usted aquí sola? —le preguntó Janssen desde el otro extremo del estudio. Estaba de espaldas a las dos mujeres, mirando a través de la pared acristalada hacia Scolt Head y el mar.

—Sí —respondió Abigail, que dirigió su atención hacia Janssen y se acercó a él.

—Me lo imaginaba —sentenció el inspector.

Janssen también se aproximó a la mujer y la miró con una sonrisa cordial.

—¿Por qué lo pregunta?

—Soy detective. Lo siento, no pretendía ser indiscreto. Con el tiempo, he terminado haciendo estas preguntas casi como un reflejo, como algo automático.

Abigail parecía intrigada.

—¿Qué le ha llevado a sacar esa conclusión? No ha visto el resto de la casa y apenas hemos hablado; además, no nos conocíamos de antes.

—Vive usted en un sitio que está bastante lejos de todo —

comenzó a explicar el inspector—. No me malinterprete, no es que esté en medio de la nada, pero no hay vecinos en varios kilómetros a la redonda. Mucha gente se sentiría un tanto aislada viviendo aquí, pero imagino que a usted le gusta. ¿Es así?

—No se equivoca, inspector, pero eso podría ser exactamente igual si viviera aquí con otra persona. Estoy segura de que no hace falta ser ningún experto para darse cuenta de que no llevo anillo de boda, pero en los tiempos que corren sería una tontería sacar demasiadas conclusiones de ese hecho.

—No, eso es verdad. Yo lo decía más bien por sus cuadros.

Tamara miró a su alrededor, al igual que Abigail.

—¿A qué se refiere? —preguntó la dueña de la casa.

—Tengo entendido que usted es conocida por sus paisajes. Gran parte de lo que tiene aquí refleja ese hecho.

La artista asintió.

—Esos cuadros son... No creo que sea un término técnico, pero yo los describiría como representaciones emocionales o melancólicas, a juzgar por la gama de colores que utiliza y la iluminación que recrea.

—También pinto puestas de sol, no solo frentes tormentosos.

—Y, sin embargo, todos los lienzos que ha descartado parecen estar ambientados en primavera o verano.

Abigail esbozó una sonrisa triste.

—¿Está sugiriendo que suelo tener un estado de ánimo sombrío, que ese sentimiento es el que predomina en mí y que, por lo tanto, lo más probable es que viva sola? ¿Una mujer destrozada y amargada... con gatos?

—Algo así, sí —respondió Janssen—. Aunque no exactamente con las palabras que usted ha usado... ni tampoco lo de los gatos.

Abigail se quedó mirándolo. Tamara no logró interpretar si la mujer se había ofendido. A simple vista, no parecía una persona demasiado despreocupada o tranquila. La impresión que le había dado hasta el momento era más bien la opuesta: una persona rígida y fría. Entonces Abigail se echó a reír. Aunque la risa se apagó enseguida. Solo ella sabía hasta qué punto había sido sincera.

—Puede que haya algo de eso, inspector —dijo finalmente, rompiendo el contacto visual con Janssen.

La mujer se acercó a una estantería con varias baldas, cogió un folleto promocional y se lo entregó a Janssen. Tamara se aproximó y los dos lo ojearon. Era del año anterior y se titulaba *La exposición del alma humana*.

—Por esto es por lo que se me conoce, por representar el alma humana en mis paisajes. En su profesión, apuesto a que pueden apreciar cómo a la gente le atrae infinitamente más la parte oscura del espíritu humano que su bondad.

Tamara fue la primera en levantar la vista; se encontró con la mirada de Abigail.

—A algunos, sí. Aunque no necesariamente a las personas más equilibradas —replicó.

—¿Y el ciudadano medio recuerda el nombre del asesino en serie o el de sus víctimas? —preguntó Abigail.

Tamara tuvo que admitir que la mujer tenía razón.

—Por eso pinto paisajes más oscuros. El clima nos llama la atención cuando es desagradable, por mucho que a la mayoría nos guste el sol. Puede que odiamos la lluvia, pero nos encanta contemplar la fuerza de la tormenta.

Tamara miró a través de la pared acristalada y cayó en la cuenta de que esa era la única fuente de luz natural, aparte de una diminuta ventana lateral que no contribuía demasiado.

—Me imaginaba que un lugar como este tendría más ventanas —afirmó, como pensando en voz alta.

—Lo que tengo es perfecto para pintar. El hastial da al norte. Por lo tanto, la luz cambia muy poco a lo largo de las estaciones, y eso hace que se mantenga una luz ambiental. Es perfecto para una artista, aunque no tanto para vivir —afirmó Abigail.

—Comprendo —respondió Tamara, asintiendo con la cabeza.

—Siento no poder serles de más ayuda con su caso. Ojalá pudiera.

—No se preocupe, le agradecemos su tiempo —respondió Tamara—. Quizá volvamos cuando podamos identificar el cadáver. Tal vez entonces pueda ayudarnos.

—Por supuesto —aseguró Abigail, sonriendo.

Tamara le volvió a dar las gracias y luego regresó junto a Janssen al coche, aparcado delante de la casa. Ninguno de los dos habló por

el camino. Cuando llegaron al vehículo y Janssen lo desbloqueó, ella lo miró a los ojos mientras él abría la puerta del conductor. Lo conocía lo suficientemente bien como para estar segura de que estaba pensando lo mismo que ella.

—Instinto: ¿está mintiendo? —le preguntó mientras abría su puerta.

—Sin duda —aseguró Janssen, que arqueó las cejas antes de deslizarse en su asiento.

Tamara se subió al coche, cerró la puerta y buscó el cinturón de seguridad mientras su compañero pulsaba el botón de arranque.

—La pregunta es —comentó Tamara—, ¿sobre qué? ¿Y por qué demonios siente la necesidad de hacerlo? A menos que tenga algo que ocultar... No sé qué le parece, pero yo creo que la mujer no nos va a dar mucha información hasta que tengamos algo que la vincule con la víctima.

—Tener algo que nos dé alguna ventaja con la que ejercer un poco de presión sobre ella no nos vendría nada mal —afirmó Janssen.

—El nombre de la fallecida sería un buen comienzo. Es muy fácil afirmar que no sabes nada cuando no tenemos nada con lo que contradecirlo.

—Estoy de acuerdo —dijo Janssen mientras metía ya la primera—. Aún es pronto, y creo que está ocultando algo, aunque no tengo la impresión de que Abigail Thomas sea una asesina.

Tamara negó con la cabeza.

—No tiene por qué serlo. La gente termina muerta por mil razones y, a veces, las personas más cercanas a la víctima prefieren que, simplemente, se deje todo atrás.

—Eso es cierto. Muchas veces la gente prefiere guardar silencio —sentenció Janssen.

Al girar a la derecha hacia la carretera de la costa, el inspector aceleró hasta alcanzar la velocidad adecuada. Tamara lo observó por el rabillo del ojo y él volvió a encerrarse en sí mismo, igual que había hecho durante el camino de ida. Por un instante, ella se preguntó si se debería a su compañía, pero pronto desestimó esa idea.

—¿Ese último comentario era sobre Abigail o sobre usted mismo? —le preguntó, tratando de parecer despreocupada y desviando la

mirada hacia el paisaje que iba dejando atrás a su izquierda.

Janssen la miró y Tamara intuyó en la expresión del inspector un atisbo de su humor habitual.

—Solo estaba reflexionando, eso es todo —respondió. No había dudas de que Janssen era perfectamente consciente de su estado de ánimo.

—¿Hay algo de lo que quiera hablar?

—No —respondió él, acompañando sus palabras con una breve negación con la cabeza—. Al menos, no de momento.

Tamara dejó el tema. Ya le hablaría de ello si él quisiera. Si cambiaba de opinión, ella lo escucharía con mucho gusto.

CAPÍTULO 4

Abigail Thomas acompañó a los dos policías hasta la puerta, pero se quedó en el umbral del estudio mientras ambos se alejaban. Había comenzado a lloviznar. Se despidió de ellos y los vio caminar hacia la parte delantera de la casa, hasta desaparecer de su vista. Poco más tarde, escuchó el sonido de un motor arrancando. Un momento después, oyó cómo el coche se alejaba. Al caer en la cuenta de que había estado conteniendo la respiración, exhaló profundamente. Se quitó el delantal, entró en la antesala y lo colgó de un gancho.

Luego, salió y cerró la puerta. Las nubes se abrieron un poco, dejando pasar los rayos de sol a través de la lluvia que caía con suavidad.

El viento atravesó su blusa de lino. El sol fugaz contradecía la realidad de aquel día otoñal, aunque ella apenas lo sintió, pues enseguida regresó al calor y la seguridad que le ofrecía la casa. Una vez en el interior, el sonido del tictac del reloj que estaba colgado en la pared de la cocina era lo único que rompía el silencio. Cogió una taza de la estantería que estaba situada encima de la tetera, puso esta a hervir, salió de la cocina y se dirigió al amplio salón.

Sus ojos se fueron directos, como solía ocurrir, a la pared frente a la chimenea, donde colgaba su obra más importante. Aquella pintura impulsó su carrera incipiente a otro nivel. La primera versión se vendió por varios miles de libras y sentó las bases del creciente interés por todo lo que vino después. Abigail se apoyó en el brazo del sofá y cruzó los brazos sobre el pecho mientras lo contemplaba.

Desde el momento en que llegaron aquellas personas y se identificaron como agentes de policía, lo único en lo que pudo pensar fue en aquella escena. El cielo se mostraba severo, airado, negro como la noche y envolvía la obra en un velo pesado, una capa opresiva. Bajo las nubes, en primer plano, se podía ver un roble viejo y retorcido. Despojado de todo lo superfluo, la figura dominante era aquel árbol desnudo enraizado en el terreno que sobresalía sobre el arroyo que discurría a su lado. Las ramas colgaban bajas sobre el agua, proyectándose sobre el resplandor del atardecer que se perdía en el horizonte.

Había varias versiones más de la obra, pero aquella captaba la intensidad emocional del momento, haciendo que la escena quedara grabada en la memoria como si fuera necesario hacerlo.

El día que reflejaba el cuadro comenzó de forma muy similar al actual, con un aire frío otoñal, el atisbo de unos rayos de sol y, aun así, una seria amenaza de lluvia. El recuerdo le provocó un cúmulo de emociones, sentimientos que trató de reprimir de inmediato, tal y como había hecho muchas veces a lo largo de los años. El rugido de la tetera la devolvió al presente. Al abrir un tarro de café, percibió que le temblaba la mano derecha y tuvo que dejarlo sobre la mesa

para poder controlar aquel movimiento involuntario con la mano que le quedaba libre. Abigail sintió una presión en el pecho y trató de mantener la calma ante el pánico que sentía, cada vez mayor.

«Esto pasará. Siempre lo hace».

Salió de la cocina y regresó al salón con movimientos lentos, sintiendo que flotaba al caminar. De nuevo, dirigió la mirada al mismo cuadro. Juntó las palmas de las manos, las levantó y colocó los dedos debajo de la punta de la nariz, cubriéndose a la vez la boca mientras exhalaba despacio, como si de una oración meditativa se tratase. Cerró los ojos y de inmediato le vinieron imágenes a la mente. La emoción, la energía..., la ira y la frustración. Cuando abrió de nuevo los ojos, una emoción diferente sustituyó esos recuerdos y los dispó. El sentimiento que más temía: la culpa.

Esa era la razón por la que guardaba aquel cuadro en particular tan cerca de ella. No era por vanidad ni tampoco una forma de celebrar el éxito. Era un recordatorio siempre presente. La única constante que le aseguraba mantener los pies en la tierra, consciente de sus raíces y de lo que la movía en la vida. De momento, aquel era un recuerdo privado, y la razón que la había motivado a pintar el cuadro era ajena para todos los que la rodeaban.

Llegaría el día en que eso dejaría de ser así. Ella lo sabía. Siempre lo había sabido. Con el paso de los años, había dejado de ser una certeza absoluta para convertirse en una mera probabilidad. Siendo sincera consigo misma, esperaba que esa probabilidad fuera disminuyendo con el tiempo. Ahora parecía que el final se precipitaba rápidamente hacia ella. O la verdad salía a la luz, o el pasado permanecía enterrado para siempre.

¿Qué prefería? No tenía respuesta. Se acercaba el día de una rendición de cuentas en el que sería juzgada. De alguna manera, Abigail Thomas sentía que, cuando llegara, no sería suficiente para ella; se quedaría con ganas de más.

CAPÍTULO 5

—Deme un momento y le traigo el expediente.

Tom Janssen echó un vistazo a la oficina de la empresa de alquiler de coches. Era anodina e insulsa, apenas un módulo vallado en un recinto cerrado. Eric apareció por la puerta y el recepcionista levantó la vista para hacerle saber con un gesto al recién llegado que lo atendería lo antes posible. Janssen le explicó que se trataba de otro policía y el hombre volvió a centrar su atención en su base de datos.

—Lo siento —se disculpó el hombre poco después, sin apartar la

vista de la pantalla que tenía delante—, a veces se tarda un rato en acceder a estas cosas. Lo tendremos en un minuto —explicó mientras levantaba la vista hacia Janssen, que le indicó con un gesto que no se preocupara.

El inspector se alejó un paso del mostrador y le levantó una ceja a Eric en un gesto inquisitorio. Su compañero se había quedado en el coche para atender una llamada telefónica.

—Han conseguido obtener las huellas dactilares de la fallecida —afirmó Eric. Bajó la voz para que nadie más pudiera oírlo. La única persona que andaba cerca era el empleado, pero estaba concentrado en su trabajo y no les prestaba mucha atención—. Han tardado un poco más de lo habitual porque la piel se había alterado por el inicio del proceso de descomposición y también por el tiempo que la víctima llevaba en el agua.

—¿Cuánto estiman que llevaba?

—Un mínimo de tres días. Están tratando de determinar cuándo se produjeron los daños en la cabeza y la cara.

—O sea, ¿si se produjeron antes o después de que entrara en el agua? —preguntó Janssen.

—Y, de ser lo segundo, cuánto tiempo llevaba sumergida cuando se produjeron sus lesiones —explicó Eric—. Sigue pareciendo probable que se viera implicada en un incidente con una hélice de algún tipo con la que se cruzara.

Janssen consideró aquella información. Tres días situarían el día de la muerte en algún momento del fin de semana. Si fueran exactamente tres días, la mujer habría entrado en el agua el domingo por la noche. Si los registros de la empresa de alquiler de coches podían arrojar alguna luz sobre los movimientos de la víctima, podrían ampliar o reducir el intervalo temporal en consecuencia.

—¿Ya hemos cotejado las huellas? —preguntó Janssen.

Eric asintió con la cabeza y volvió a mirar al empleado. Este los seguía ignorando.

—Sí. La víctima es una mujer llamada Susan Cook. Es de Norfolk. Cuarenta y cuatro años, está casada y su última dirección conocida está registrada en Fakenham.

—¿Y qué sabemos de ella?

—¡Ah..., por fin! —exclamó el asistente en voz alta, haciéndoles señas para que se acercaran a él.

Los dos policías cruzaron el espacio hasta donde estaba el empleado, y Janssen le indicó a Eric con un gesto que podía terminar de explicárselo todo más tarde.

—¿Es el coche? —preguntó Janssen, acercándose al mostrador.

—Sí, coincide —afirmó el hombre, que inclinó la pantalla para que Janssen pudiera verla, aunque había demasiada información como para que el inspector pudiera procesarla toda de un solo vistazo—. Es un Focus blanco.

Janssen estaba contento. Eso coincidía con la información que el fabricante había podido proporcionarles a partir del número de serie documentado en el llavero del coche. Con dicho número, habían accedido a la base de datos de tráfico para encontrar al propietario registrado del vehículo, lo que los había conducido hasta aquella empresa de alquiler de coches.

—¿Cuándo retiraron el vehículo? —preguntó el inspector, satisfecho con los avances que parecían estar logrando.

—Lo recogieron el viernes por la tarde, la semana pasada.

—¿Y puede confirmar que no lo han devuelto? ¿No hay ninguna nota en el expediente acerca de algún posible accidente o algo similar ni ningún contacto del conductor?

El hombre negó con la cabeza.

—No, lo alquilaron por una semana y eso significa que no vence hasta... mañana. Sí, mañana viernes.

—¿Quién recogió el coche?

El hombre volvió a mirar su pantalla.

—Solo se registró a una persona autorizada para conducir y fue ella misma quien lo recogió. Barbara Keller.

Janssen intercambió una mirada con Eric. Luego, entrecerró los ojos al ver las cámaras instaladas que había en la pared, detrás del mostrador. Cubrían la entrada y el espacio de trabajo de aquel hombre.

—¿Funcionan? —le preguntó. El empleado asintió—. Quiero ver las grabaciones de la persona que recogió el coche, y también quiero

copias de la identificación que se utilizó para tramitar el alquiler del vehículo.

—Sin problema —respondió el empleado, que se dio la vuelta y abrió un archivador cercano—. Voy a sacar el expediente y, mientras lo van revisando, les busco las imágenes de la cámara.

Janssen le dio las gracias y aceptó con gratitud los documentos que el hombre les entregó casi de inmediato. Eric se unió al inspector mientras este se sentaba junto a una mesa auxiliar en la sala de espera. Janssen apartó varios folletos informativos que había sobre la mesa para que la gente los leyera mientras hacían tiempo y abrió el expediente. Extendió su contenido y ambos echaron un vistazo a lo que tenían delante: los formularios firmados por el cliente, así como la prueba de su identificación y su dirección. El nombre y la firma impresos correspondían a Barbara Keller. Su domicilio estaba en Lincolnshire, una zona que Janssen no conocía.

El inspector centró su atención en las fotocopias de los documentos de identidad que se habían utilizado para alquilar el coche y vio una factura de suministros que coincidía con la misma dirección de Lincolnshire. Tenía fecha de los últimos dos meses y también estaba a nombre de una tal «B. Keller». Había también una copia de un carné de conducir con fotografía grapada a la factura. Una breve comparación entre las dos firmas, la del carné y la del formulario de la empresa, reveló que eran bastante similares. Observando la imagen en blanco y negro de la fotocopia, era difícil determinar si esa persona se podía corresponder con la víctima. La mujer tenía el pelo a la altura de los hombros, pero liso en lugar de ondulado. Al mirar la fecha de expedición, Janssen pudo comprobar que la foto tenía al menos ocho años; el corte de pelo bien podría haber cambiado.

—¿Qué edad has dicho que tenía Susan Cook?

—Cuarenta y cuatro —respondió Eric—. ¿Por qué?

—Según la fecha de nacimiento de Barbara Keller, es una década mayor que nuestra víctima.

—¿Hay mucha diferencia entre cuarenta y cincuenta años? —preguntó Eric—. Al final, viejo es viejo.

Janssen sonrió ante la ignorancia feliz de la juventud.

—Te llega más rápido de lo que te crees, Eric —le dijo.

—¿Estás pensando que utilizó un documento de identidad falso? —preguntó Eric.

—Estamos a punto de averiguarlo —respondió Janssen, señalando hacia el mostrador mientras el empleado regresaba con un ordenador portátil en la mano.

El hombre abrió el ordenador, insertó un pendrive y se dispuso a acceder a la grabación. Cuando la tuvo lista, giró el portátil para que tanto Janssen como Eric pudieran ver bien las imágenes. La fecha y la hora indicaban que era alrededor de mediodía del viernes anterior. Las imágenes se dividían en tres partes: una cámara ocupaba la mitad de la pantalla y otras dos grababan a las personas que entraban en el recinto. Una de ellas estaba instalada en el exterior y la segunda, en la pared interior frente a la entrada de la oficina.

En el fondo se veía a los empleados trabajando en el exterior, atendiendo a otros clientes que recogían o devolvían vehículos. Una mujer apareció en la escena acercándose a pie al módulo prefabricado. Se fue definiendo con cada vez más nitidez al atravesar la puerta y Janssen la evaluó. Era delgada, tenía el pelo ondulado hasta la altura de los hombros, y llevaba puesto un abrigo claro que le llegaba justo por debajo de la cintura. Echando un vistazo a la entrada, Janssen calculó que mediría alrededor de un metro setenta y cinco, lo que la situaba por encima de la media para la estatura de una mujer.

Era una grabación en blanco y negro, pero las imágenes eran de buena calidad. Janssen observó cómo la mujer se aproximaba al mostrador y esperaba en la cola a que hubiera algún trabajador libre para atenderla. Aquel día había dos empleados en el mostrador, pero parecía que ella solo había hablado con uno de ellos. Intercambiaron unas palabras y comenzaron con el trámite burocrático.

—¿Había solicitado el alquiler del coche por adelantado? —preguntó el inspector.

—Sí, lo reservó con una semana de antelación —confirmó el empleado.

—Entonces, no fue una visita improvisada...

El resto de la grabación recogía los trámites formales del alquiler

antes de que el empleado acompañara a la mujer al exterior, donde estaba aparcado el coche. No parecía haber nada irregular.

—¿Podríamos hablar con el hombre que la atendió?

El empleado negó con la cabeza.

—Me temo que está de vacaciones. Está fuera del país y no vuelve hasta la semana que viene.

A Janssen eso le decepcionó. A veces, las conversaciones informales que tienen lugar entre dos personas sin relación entre sí podían ofrecer información importante sobre los movimientos de una persona, incluso aunque en aquel momento eso hubiera pasado desapercibido.

—De acuerdo, volveremos más adelante. ¿Podemos quedarnos con una copia de esto?

—Claro, el pendrive es para ustedes, se lo he preparado para que se lo puedan llevar.

—Dígame, ¿cómo pagó la señora Keller el alquiler?

—Un momento —dijo el empleado, que, acto seguido, se giró hacia su ordenador—. Pagó en... efectivo.

—¿Es algo habitual?

—No, en absoluto. A ver, ocurre de vez en cuando, pero una semana de alquiler... son casi quinientas libras. Es más común pagar por Internet en el momento de la reserva o hacerlo aquí con tarjeta.

—¿Les llamaría la atención que alguien pagara en efectivo?

—Podría, pero, para ser sincero, dependería de lo ocupados que estuviéramos. Los viernes solemos estar a tope, así que se podrán imaginar que intentamos atender a los clientes que entran y salen lo más rápido posible.

Janssen le agradeció al hombre su tiempo y se guardó el pendrive en el bolsillo. Salió de la oficina con Eric y se dirigieron al coche, que estaba aparcado a poca distancia, en el límite del recinto.

—No me has llegado a explicar si sabíamos algo de Susan Cook —le dijo a Eric mientras abría el coche.

—Figura en los registros de personas desaparecidas —respondió Eric.

Janssen soltó la manilla de la puerta del coche, apoyó ambos antebrazos en el techo y golpeó distraídamente las llaves del coche

que tenía en la mano derecha contra la palma de la izquierda.

—Eso podría explicar por qué usó dinero en efectivo en lugar de una tarjeta.

—Entonces, ¿crees que esta Barbara Keller es la misma persona? —preguntó Eric.

—Tendría sentido —respondió—. Keller es diez años mayor. Puedes salir airoso en un sitio como este, donde solo comprueban tus datos de forma superficial. ¿Hasta qué punto los examinan en realidad? Mientras los papeles estén en regla, es bastante sencillo.

—¿Podríamos hablar de un robo de identidad?

Janssen asintió.

—Tendremos que encontrar a la verdadera Keller y preguntárselo. ¿Qué más hay en el expediente sobre Susan Cook?

Eric sacó su libreta y la hojeó hasta llegar a la información más reciente.

—Pues me temo que no demasiado. Su marido denunció su desaparición hace nueve años. En aquel momento se consideró algo extraño, algo que no era propio de ella. Pero hay una nota de un oficial a cargo de la investigación que sugiere que había algunos problemas persistentes de salud mental que podían influir en la situación. No hubo actividad en su cuenta bancaria ni en su tarjeta de crédito después de su desaparición, por lo que no tenemos gran cosa con la que trabajar. El caso sigue abierto.

Janssen reflexionó sobre ello.

—¿Algún indicio de delito?

—Lo siento, solo tengo la información más básica. Para saber más, tendremos que esperar a regresar a la comisaría.

CAPÍTULO 6

Tamara Greave estaba sentada en su escritorio en la sala de operaciones leyendo el expediente que acababa de sacar del archivo. La documentación sobre la desaparición de Susan Cook era interesante, pero había sido su marido, Simon, lo que más le había llamado atención. Sin apartar la vista de la página que tenía ante sí, extendió la mano para coger la taza que tenía delante. Cerró los dedos alrededor de la porcelana caliente que contenía su té verde. Estaba tan absorta que no se percató de la llegada de Janssen ni de

Eric, unos pasos por detrás del primero. Se sobresaltó cuando el inspector se colocó a su lado, hasta el punto de derramar un poco de té mientras le estaba dando un sorbo.

—Lo siento —se disculpó Janssen—. Pensé que nos había oído entrar.

—No pasa nada —respondió Tamara, que se limpió la boca con el dorso de la mano y volvió a dejar la taza sobre el escritorio. Miró la parte delantera de su blusa y se pasó una mano de forma distraída sobre la mancha que el té había provocado, esperando que no se quedara. Sacudió ligeramente la cabeza—. ¿Qué tal les ha ido con el coche de alquiler?

Janssen frunció el ceño y movió la cabeza de lado a lado en un gesto pesimista.

—Ninguna de las personas con las que hemos hablado recordaba a la mujer de cuando fue a recoger el coche. El empleado que tramitó el alquiler está fuera del país y no vuelve hasta la semana que viene. Sin embargo, la mujer aparece en las cámaras de seguridad recogiendo el vehículo y firmando los papeles. Da la sensación de llevar puesta la misma ropa que el cadáver que sacamos del agua. Me atrevería a decir que su pelo tiene el mismo largo, color y estilo. No debería ser demasiado difícil confirmarlo.

Tamara giró lentamente su silla, de forma que podía contemplar toda la sala de operaciones. Se inclinó hacia delante, estiró ambos brazos y contuvo un bostezo.

—¿Cansada? —le preguntó Janssen.

—La vida en mi casa de huéspedes no es tan tranquila fuera de temporada como cabría pensar —respondió la inspectora jefe—. ¿Estaba sola?

—Sí. Entró sola, y tampoco parecía que hubiera nadie esperándola fuera. A menos que estuvieran en el exterior del recinto, fuera del alcance de las cámaras. Lo más interesante es la identificación que utilizó para alquilar el coche. Susan usó un carné de conducir y una factura de suministros a nombre de Barbara Keller. Ambas cosas están registradas en una dirección de Lincolnshire. ¿Ha aparecido el nombre de Barbara en algún otro sitio?

Tamara volvió a revisar los documentos que tenía sobre su

escritorio. Había sacado el informe de la investigación, que databa de nueve años atrás, cuando el marido de Susan Cook acudió a la comisaría para denunciar la desaparición de su mujer. Junto al informe estaban las notas del oficial a cargo de la investigación de aquel caso y el resumen de las conclusiones. Aunque el caso seguía oficialmente abierto, la realidad era que nadie había vuelto a revisar aquel expediente para intentar avanzar en la investigación en los últimos ocho años. Así pues, seguiría inactivo a menos que se activara una alerta en el sistema.

Sin embargo, un año atrás, el Tribunal Superior había solicitado todos los expedientes relacionados con el caso. A primera vista, la investigación sobre la desaparición de Susan parecía bastante exhaustiva. Sin embargo, cuanto más leía Tamara, mayor era su sensación de que se habían pasado cosas por alto. No es que se hubiera cometido algún error, pero ella habría hecho algunas preguntas concretas si hubiera estado a cargo de la investigación, preguntas que no se habían planteado. También le parecía que había posibles líneas de investigación que no se habían tratado con suficiente detalle o que ni siquiera se habían tenido en cuenta. Todo lo cual le molestaba profundamente.

En su opinión, Simon Cook era alguien que merecía una atención mayor que la que se le había prestado en aquel momento, y sentía que ese hombre había gozado de cierta impunidad desde una fase relativamente temprana de la investigación. Tamara revisó los nombres de los conocidos, amigos y compañeros de trabajo, pero no encontró nada. No había ningún registro con el nombre de Barbara Keller. Miró a Janssen y negó con la cabeza.

—No. No aparece ese nombre —afirmó—. ¿Han buscado en el Ordenador Nacional de la Policía?

Janssen miró a Eric. Esa era la primera tarea con la que tenía que ponerse en cuanto regresaran a la comisaría.

—Sí, aquí está —aseguró Eric, mirándolos a ambos con cierta emoción en el rostro—. Barbara Keller. Cincuenta y seis años, registrada en la misma dirección que Susan Cook utilizó para alquilar el coche. No tiene antecedentes. Ninguna condena.

—¿Y qué puedes contarnos sobre la dirección? —le preguntó

Janssen.

—Es una granja —informó Eric, que abrió una ventana nueva del navegador y accedió a un buscador. Tecleó el código postal en el espacio habilitado para ello en el buscador y apareció un mapa de la zona—. Aquí está, parece que se encuentra a este lado de Sleaford. Probablemente, a menos de dos horas en coche desde aquí.

—Tenemos que ir a hablar con ella. Por alguna razón, no me parece que Susan Cook pueda ser una carterista ni tampoco alguien que rebusque en la basura para conseguir cosas como estas. Me imagino que debe tener alguna relación con Keller, ser cercana a ella. Puede que lo haya cogido todo sin su conocimiento o, tal vez, con su aprobación —afirmó Janssen.

—Ya sea una cosa o la otra, es lógico pensar que esa mujer pueda arrojar algo de luz sobre dónde ha estado metida Susan todo este tiempo —dijo Tamara—. Hablaremos con ella mañana. Mientras tanto, Tom, quiero que venga conmigo a ver a Simon Cook, el marido de Susan. Los medios de comunicación de la zona ya andan husmeando y, tarde o temprano, tendremos que hacer una declaración con más información de la que hemos ofrecido hasta ahora.

—Estoy de acuerdo —dijo Janssen—. Aquí todo el mundo se conoce y la noticia ya debe estar circulando. No sería bueno que se publicara antes de que seamos nosotros los que la demos a conocer. ¿Fue Simon quien denunció la desaparición de su mujer?

—Sí. Hace nueve años —dijo Tamara, echando un vistazo al expediente que tenía delante, aunque no necesitaba comprobarlo—. Tiene un pasado bastante movido. Se lo contaré por el camino.

Tamara se levantó y cogió su jersey del respaldo de la silla. Janssen la alcanzó y ambos se encaminaron hacia el exterior de la sala de operaciones. Tamara se dirigió a Eric mirando hacia atrás mientras se marchaban.

—Eric, mientras estamos fuera, quiero que revise la denuncia de la desaparición de Susan. Compruebe toda la información que pueda para ver si se registró todo correctamente.

El oficial parecía confundido.

—Pero ¿por qué? Ya sabemos que, en efecto, estaba desaparecida

y no muerta. ¿Qué tendría que esperar encontrar?

—Aún no sabemos ni por qué se marchó ni dónde ha estado durante todo este tiempo —explicó Tamara, deteniéndose al llegar a la puerta—. Cada año desaparecen miles de personas en este país y la gran mayoría de ellas reaparecen en los primeros doce meses. Un número muy reducido se convierte en víctima de algo funesto. La mayoría simplemente eligen un camino diferente al que llevaban, y no desean volver. Susan desapareció del mapa. Quiero saber por qué se marchó, pero también qué fue lo que la impulsó a regresar.

—Muy bien —afirmó Eric, volviendo a su ordenador.

—¿Cree que ambas cosas están relacionadas? —le preguntó Janssen a Tamara mientras reanudaban la marcha, dejando ya atrás la sala de operaciones—. Me refiero a la razón por la que se marchó y al motivo que hizo que volviera.

—Eso es lo que pienso, sí —respondió ella. Por la expresión del rostro de Janssen, él no parecía muy convencido—. ¿No está de acuerdo?

Janssen parecía dudarlo.

—No estoy necesariamente en desacuerdo, pero estoy abierto a cualquier opción.

—Piénselo. Susan desaparece sin decírselo a nadie. No hay ni rastro de ella después de aquel momento. No toca su cuenta bancaria ni su tarjeta de crédito; su familia y amigos no saben nada de ella. Estaba casada y, aun así, se esfuma. ¿Qué le sugeriría todo eso normalmente?

—Yo me inclinaría por el suicidio. Todo el mundo deja un rastro, por pequeño que sea —dijo Janssen—. En cuanto empezamos a tirar un poco del hilo, todo empieza a encajar. En contra de lo que la gente suele pensar, no es tan sencillo desaparecer en la era digital. No sin ayuda.

—Eso es lo que yo pienso —replicó Tamara—. Susan Cook se tomó muchas molestias para asegurarse de que nadie pudiera encontrarla, y lo consiguió. Todo el mundo, incluidos nosotros, pensó que se trataría de un suicidio. Me gustaría saber cómo lo logró. Seamos realistas: por su aspecto actual, la mujer no lleva nueve años viviendo en la calle y comiendo de la basura. Alguien tiene que saber

dónde ha estado. Quizá esta mujer, Keller, pueda decirnos qué ha pasado con ella durante todo este tiempo, ¿no?

—Y ahora regresa. De repente, como si no pasara nada —añadió Janssen mientras bajaban las escaleras hacia la planta baja. Sus zapatos resonaban en los peldaños pulidos.

—Solo que, esta vez, acaba muerta antes de que nadie se percate de su presencia.

—Por lo que sabemos hasta ahora —la corrigió Janssen.

—Exacto. ¿Cuándo recogió el coche?

—El viernes por la tarde.

Tamara reflexionó durante un instante.

—La forense ha registrado el momento preliminar de la muerte en el domingo, dos días después. Va a intentar precisarlo más, pero eso es lo que tenemos por ahora.

La inspectora jefe deseaba con todas sus ganas saber algo sobre los movimientos de Susan desde el viernes, durante todo el fin de semana. Lo que quería de verdad era encontrar el coche. Ya había difundido los detalles del vehículo y estaba segura de que solo era cuestión de tiempo que lo encontraran. Si lo habían abandonado en algún lugar, llamaría la atención. Irónicamente, si estaba aparcado en un aparcamiento grande en un entorno urbano, podría llevar más tiempo localizarlo.

—¿Tiene la empresa de alquiler localizadores en sus vehículos o acuerdos de servicio y mantenimiento con el fabricante? —preguntó la inspectora jefe, irritada consigo misma porque no se le hubiera ocurrido aquello antes.

Janssen negó con la cabeza.

—La vida sería más fácil si así fuera —dijo el inspector—. Yo les he preguntado exactamente lo mismo. Solo lo hacen con las marcas de alta gama.

—Qué lástima.

—¿Qué sabemos del tipo al que vamos a visitar? El marido, Simon se llamaba, ¿verdad?

—A juzgar por su expediente, es un angelito.

—¿Tiene antecedentes?

—Nada reciente, pero muchas cosas en el pasado —respondió

Tamara, que lo miró de reojo mientras caminaban.

Salieron de la comisaría y, una vez fuera, les golpeó la brisa fría que soplaba desde la costa hacia el interior. Tamara llevaba puesto un jersey gordo de lana, pero solo le ofrecía una protección mínima contra el viento. Janssen se fijó en que estaba temblando y parecía estar a punto de ofrecerle su abrigo. Ella podía prescindir de esa caballerosidad. Había intentado en muchas ocasiones poner remedio a su despiste, pero no había logrado resultados tangibles hasta la fecha.

—Tome, tenga mi ab...

—No —rechazó la inspectora jefe firmemente, sin mirar a su compañero a los ojos. Por el rabillo del ojo vio una reacción casi imperceptible en Janssen. Había sido brusca, era cierto—. Tengo un abrigo en el coche si lo necesito. —No era cierto. Se lo había dejado en casa, colgado sobre el sillón frente a la chimenea de su dormitorio.

—Vale. ¿Quiere conducir o lo hago yo?

—Vamos en su coche. Así podré ponerlo al corriente del pasado turbulento de Simon Cook por el camino.

Llegaron al coche y Janssen lo abrió. Ambos se subieron y, tan pronto como el inspector arrancó, ella buscó los controles de la calefacción de los asientos y los puso al máximo. Si Janssen se dio cuenta, no hizo ningún comentario al respecto.

—Entonces, me ha dicho que este hombre tiene antecedentes —dijo Janssen mientras ponía ya el coche en marcha. Fakenham estaba a media hora en coche a esas horas del día, algo más en plena temporada turística.

—Existen múltiples arrestos en su expediente. Lo condenaron por alteración del orden público en una ocasión y se le impuso una sentencia sin cumplimiento inmediato que, por suerte para él, expiró antes de su siguiente detención. Esta se produjo por una agresión, aunque ese caso nunca llegó a los tribunales porque el testigo retiró lo que había declarado.

—Entonces, es un tipo cariñoso y adorable... —dijo Janssen con una sonrisa en los labios.

—Por lo que parece, también le gusta mucho divertirse —añadió

Tamara, inclinando la cabeza hacia un lado y devolviéndole la sonrisa —. Tiene antecedentes por posesión de drogas y también fue arrestado por presunta intención de tráfico de estupefacientes.

Además, estuvo en la cárcel un periodo corto de tiempo por robo.

—Veo unas cuantas razones por las que Susan podría haber decidido no quedarse cerca de él.

—Sí. Un partidazo —sentenció Tamara.

La conversación se fue desvaneciendo y Tamara comenzó a reflexionar sobre los motivos que Susan podría haber tenido para marcharse. No sería la primera persona en pensar que alejarse de su entorno le iba a ofrecer un futuro mejor. No podía juzgarla demasiado teniendo en cuenta su propia situación personal. Richard, su prometido hasta hacía muy poco tiempo, no se tomó muy bien su decisión de marcharse. Y ella había sido directa y muy sincera con él, al menos hasta cierto punto. No se veía como madre, casándose con un hombre al que amaba... en cierto modo, pero no lo suficiente como para comprometerse honestamente a pasar el resto de su vida con él y, desde luego, no si eso significaba traer un hijo al mundo.

La expectativa de que ella renunciara a su carrera profesional debería haber sido suficiente para hacer saltar todas las alarmas. Debería haberse dado cuenta antes, haber actuado más rápido. Eso era cierto, qué duda cabía. De alguna manera, se había dejado arrastrar hacia un futuro que no consideraba como propio. Era el de Richard. O el de su familia, pero no el de ella. Había tomado la determinación de no ser tan pasiva en el futuro. La mayoría de las noches aún pensaba en su decisión, en el daño que le había hecho a Richard. De vez en cuando todavía le surgían dudas, pero las reconocía y las desechaba.

Tamara miró a Janssen, cuya expresión era seria. Él también tenía algo en la cabeza. En muchos aspectos, eran muy similares. A ninguno de los dos se le daba demasiado bien expresar sus ideas cuando se trataba de cuestiones personales.

Quizá había juzgado la oferta de Tom de prestarle un abrigo en el contexto de lo que estaba sucediendo en su vida personal. Había tenido una reacción exagerada ante lo que era un acto sincero de amabilidad.

—Gracias por ofrecerme el abrigo —dijo en voz baja, mirándolo a los ojos.

El inspector la miró y ella sonrió.

—De nada —dijo Janssen, devolviéndole la sonrisa—. Aunque, si le soy sincero, me alegro de que lo rechazara.

—¿Por qué?

—Porque tengo frío.

CAPÍTULO 7

La dirección de Simon Cook que tenían registrada pertenecía a un *camping* en las cercanías de la localidad de Fakenham, que era el mayor centro comercial de la región del norte de Norfolk. Estaba a apenas unos quince kilómetros de la costa, y era muy frecuentada tanto por turistas como por los habitantes de la región. Mientras conducía, Janssen no dejaba de pensar en Alice y Saffy. Aunque no había llegado a terminar la conversación con Alice, él era muy consciente de lo que le había querido decir. De vez en cuando, ella

dejaba caer alguna cosa durante cualquier conversación mientras estaban de excursión o cenando, cuando estaban solos, en esos días en los que el padre de Saffy se interesaba por su hija lo suficiente como para pasar algo de tiempo con ella. El inspector casi siempre desviaba la conversación hacia otro tema o contribuía lo menos posible, evitando así hablar de ello.

Reflexionando sobre ese hecho, pensaba que Alice podría percibirlo fácilmente como que a él le resultaba indiferente o que, tal vez, podía dar la sensación de estar distante. Pero no era así. Ni mucho menos. Janssen entendía que ya se tenía que acabar eso de tomarse el futuro con tanta calma y ligereza. Lo comprendía a la perfección. Sin embargo, se preguntaba qué debía hacer al respecto. No era siquiera capaz de contemplar la idea de que ambas dejaran de estar presentes en su vida. Sin embargo, la alternativa le resultaba casi igual de aterradora.

—¡Tom! Era ahí, ¿no? —exclamó Tamara, mirando hacia atrás mientras observaba el cruce que acababan de dejar atrás.

Janssen maldijo entre dientes, redujo la velocidad del coche y puso el intermitente para salirse de la carretera en un ensanche que había un poco más adelante. Los coches que venían detrás los adelantaron, y él enseguida dio la vuelta y comenzó a avanzar en la dirección contraria.

—Lo siento. Estaba en las nubes.

Tamara no dijo nada, pero Janssen sintió su mirada sobre él mientras giraba a la derecha, atravesaba las puertas y entraba en el *camping*. Las instalaciones eran modestas, pero estaban bien organizadas. Había una fila de construcciones dispuestas en forma de herradura. La primera de ellas era una oficina. Por su aspecto, las demás eran una serie de diferentes servicios: una tienda pequeña, una lavandería y un bloque independiente de duchas.

En el escaparate de la tienda había carteles con la lista de actividades de entretenimiento disponibles, programadas para diferentes grupos de edad. A pesar del frío otoñal, parecía que todavía había varias parcelas en uso. Los indicadores que delimitaban dichas parcelas eran bien visibles. Cuando Janssen se bajó del coche, echó un vistazo a su alrededor.

Gran parte del recinto estaba ahora cerrado. Los campos, aún cubiertos de hierba y utilizados como parcelas, estaban bien cuidados, lo cual era necesario teniendo en cuenta el tráfico que recibirían en temporada alta. Las idas y venidas de los vehículos y sus caravanas habrían destrozado el terreno de no estar bien acondicionado. Se podían ver algunas tiendas de campaña sin nadie en su interior en uno de los campos que no estaba vallado; en opinión de Janssen, se trataría de campistas experimentados. Los días y las noches que el inspector pasaba en el barco en aquella época del año podían ser fríos hasta que encendía la estufa e, incluso entonces, no se podía decir que se estuviera del todo bien. La perspectiva de pasar tiempo bajo una lona en otoño no era precisamente atractiva.

No había nadie por allí que pareciera empleado del camping. Era de suponer que aquel lugar funcionaría con una plantilla mínima de trabajadores durante los periodos más tranquilos del año y que se sumarían empleados estacionales cuando aumentara la actividad en primavera y verano.

—Parece que la oficina está cerrada —dijo Tamara.

Janssen miró hacia el interior, que estaba envuelto en la oscuridad.

—Voy a echar un vistazo.

Se acercó y probó la puerta. Estaba cerrada con llave, así que miró por la ventana, pero no se veía nada dentro. Miró a la izquierda, hizo un gesto hacia las construcciones cercanas y Tamara asintió y caminó junto a él. La siguiente unidad era una lavandería autoservicio y se oía el ruido de las máquinas en el interior. Cuando entraron, salió una señora de una habitación trasera, que les sonrió al verlos.

—Hola —la saludó Tamara—. Estamos buscando a Simon Cook. ¿Está por aquí?

—Simon, sí. Lo encontrarán limpiando las duchas, ahí al lado —respondió la mujer, que los miró con recelo; su sonrisa se había desvanecido ligeramente—. ¿Todo bien?

—Sí, seguro que sí. Tenemos que hablar con él un segundo, eso es todo —afirmó Tamara.

Janssen se dio la vuelta y su compañera lo siguió hacia el exterior.

La señora continuó con lo que estaba haciendo, pero no les quitó ojo mientras salían.

—¿Puede llevar la iniciativa con él? —preguntó Tamara en cuanto estuvo segura de que la mujer ya no podía escucharlos.

—Sí, claro. ¿Por qué?

—Quiero observar un poco.

Janssen supuso que habría una lógica detrás de aquella decisión. Tamara ya había revisado el expediente de Simon y tal vez no quería que sus ideas preconcebidas influyeran en la dirección que pudiera tomar la conversación. El bloque de duchas estaba separado de la lavandería. Era un edificio construido expresamente para ese fin que estaba dividido en dos; las duchas para hombres estaban a la izquierda. En la entrada de la parte para las mujeres había un cartel plegable que advertía de que se estaba limpiando. Al entrar, encontraron a un hombre fregando el suelo con una mopa.

—¿Simon Cook? —preguntó Janssen.

El hombre levantó la vista, dejando de hacer lo que estaba haciendo, y entrecerró los ojos. Janssen le enseñó su placa.

—Sí. ¿En qué puedo ayudarlos?

—Nos gustaría hablar con usted, señor Cook. ¿Hay algún lugar en el que podamos conversar?

Simon Cook metió la fregona en el cubo, empujó este hacia la pared y apoyó el mango de la fregona contra la misma para que no se cayera. Se pasó el dorso de la mano por la base de la nariz, aspirando de forma escandalosa mientras lo hacía.

—Parece algo importante —dijo Cook, mirándolos a ambos.

—Me temo que así es, señor Cook. Se trata de su mujer, Susan.

Al hombre se le descompuso la cara por un momento y abrió la boca de golpe. Fuera lo que fuera lo que pudiera esperar que le dijeran, resultaba obvio que aquello lo había pillado por sorpresa.

—¿Susan? —preguntó en voz baja, recuperando un poco la compostura, aunque aún con aspecto desorientado—. ¿Qué pasa con ella?

—¿Hay algún lugar en el que podamos hablar en privado? —reiteró Tamara.

Cook pareció confundido, pero al final se encogió de hombros y les

hizo un gesto para encaminarse por el mismo sitio por el que habían llegado.

—Podemos ir a mi casa. Está justo enfrente —dijo, señalando por detrás de ambos, como si tuvieran la capacidad de ver a través de una pared de ladrillos.

De vuelta en el exterior, se encontraron con la señora de la lavandería, que tenía una expresión de preocupación en el rostro.

—¿Va todo bien, Simon?

—Eh..., sí, todo irá bien, Margaret. No te preocupes —respondió él mientras pasaban junto a ella—. Son de la policía. No tardaré mucho.

Cruzaron un camino y Simon los condujo en dirección a unas caravanas de uso permanente. La mayoría tenían una terraza elevada alrededor del perímetro, algunas con barbacoas o muebles de jardín. Cook se detuvo en la segunda y subió los escalones hasta la puerta. No estaba cerrada con llave. La abrió e invitó a pasar a los detectives, mirando nerviosamente hacia el bloque de duchas, donde la siempre vigilante Margaret los observaba.

—Tendrán que disculpar el desorden —dijo Cook mientras Tamara y Janssen lo seguían hacia el interior. Recogió varias prendas de ropa que había esparcidas por el sofá y depositó el montón en una de las sillas de la mesa de comedor.

Janssen miró a su alrededor. Estaban en un espacio habitable que consistía en una cocina pequeña y una zona para comer en uno de los extremos; en el otro había un sofá esquinero orientado hacia una televisión. Más hacia el interior de la caravana había un pasillo estrecho en el que podían verse tres puertas, que presumiblemente darían acceso a dos dormitorios y un cuarto de baño. Para algunos, aquello se consideraría un lugar muy apretado, pero, en comparación con la zona habitable de la que Janssen disponía en el barco, podría tildarse de amplio.

Tras un par de movimientos más para dejar la caravana más presentable, Simon Cook se relajó un poco y los miró a los dos. Ambos seguían de pie en medio de la caravana, esperándolo. Cook les ofreció asiento y ellos eligieron el sofá para hacerlo. El hombre permaneció de pie, cruzó los brazos por delante de su cuerpo y se

apoyó en la encimera de la cocina.

—¿Vive aquí todo el año? —le preguntó Janssen.

—Sí, claro. Viene con mi puesto de trabajo.

—¿A qué se dedica exactamente? —preguntó Tamara.

—Hago un poco de todo, la verdad —respondió—. Mantenimiento general, albañilería... lo que sea. Es un ingreso estable y, como les he dicho, mi contrato nos permite vivir aquí.

—¿Nos? —preguntó Janssen.

—A mí y a mi hijo, Connor —respondió Cook, apartando la mirada de los detectives y desviándola al suelo. Luego, respiró hondo y miró a Janssen—. ¿Me ha dicho que se trata de algo relacionado con Susan? Creía que la policía ya le había remitido todos los documentos del caso al juzgado. Al menos, eso fue lo que me dijeron a mí.

Janssen intercambió una mirada con Tamara y ella asintió.

—¿No es por eso por lo que han venido? —preguntó Cook, con aspecto sorprendido—. ¿La solicitud de declaración de defunción? Miren, sé que ya voy con retraso con respecto a eso, pero últimamente ha sido una locura con el trabajo y todo lo demás. No pensé que iban a estar detrás de mí para que lo hiciera.

—Estamos aquí en relación con su mujer, pero no por esa solicitud judicial —dijo Janssen—. No es sencillo decirle esto, pero hemos encontrado un cadáver y creemos que es el de su mujer, Susan.

Janssen observó la reacción de Simon Cook. El hombre se quedó inmóvil, con el rostro inexpresivo y la mirada perdida al frente. Era como si no hubiera escuchado lo que acababan de decirle.

—No... No lo entiendo. ¿La han encontrado... después de todo este tiempo? ¿Están seguros?

—Sus huellas dactilares están registradas, así que sí, estamos razonablemente seguros.

Simon frunció el ceño; su frente se arrugó exageradamente y volvió a mirar al suelo. Cerró los ojos y movió la cabeza de lado a lado, en lo que parecía ser un gesto involuntario. Liberó una mano para rascarse la cabeza y entrecerró los ojos, aunque la expresión de su rostro no cambió.

—Yo... Pero... ¿Dónde estaba? ¿Dónde la han encontrado? —

preguntó Simon finalmente, mirando a los ojos a Janssen.

—Dos pescadores la encontraron ayer en Thornham, cuando regresaban después de una noche en el mar.

—¿En el agua? ¿La encontraron en el agua?

Janssen asintió.

—¿Cómo acabó allí?

—Todavía estamos tratando de averiguarlo —explicó el inspector.

—Susan le tenía miedo al agua, siempre lo tuvo, desde que la conocí. Siempre intentaba estar lejos de ella. No sabía nadar. La aterrorizaba. No comprendo por qué se habría acercado al agua.

—Como le he explicado, todavía estamos tratando de averiguarlo —respondió Janssen—. ¿Podemos hacerle algunas preguntas sobre el momento en el que desapareció su mujer?

Simon pareció volver de repente al presente. Parecía tener una actitud más atenta, abandonando la mirada distante que se había apoderado de él durante los últimos minutos.

—¿Otra vez? ¿No lo tienen ya todo en sus archivos?

Janssen se encogió de hombros.

—Lo que tenemos se escribió hace mucho tiempo. A veces vale la pena escucharlo todo de primera mano.

Simon Cook resopló.

—Bueno, si así lo desean... ¿Qué quieren saber?

—¿Cómo era Susan?

—Era maravillosa. Una madre y esposa estupenda. Debo admitir que yo no apreciaba todo eso en aquella época. No fui precisamente el mejor marido que una mujer podría desear, ya saben.

—¿Por qué no?

—Pues eso, ya saben... Tenía treinta años, pero me sentía como si tuviera diecisiete, seguía intentando vivir la misma vida que antes. Era un marido de mierda y un padre patético. Tardé muchos años en aceptarlo..., igual que me costó mucho tiempo aceptar que ella no iba a volver.

Janssen pensó bien su siguiente pregunta. Miró a Tamara, pero su compañera seguía sin parecer dispuesta a preguntar nada, así que siguió su propio instinto.

—Encontraron el coche de Susan cerca de los acantilados de

Sheringham, ¿verdad? ¿Qué pensó usted cuando nuestros compañeros se lo contaron?

Simon movió la cabeza de lado a lado en un gesto de frustración, se frotó distraídamente la nuca y miró por la ventana más cercana antes de responder.

—No me creí lo que todo el mundo me decía.

—¿Qué le decían? —preguntó Janssen.

—Que se había quitado la vida. Susan preferiría hacerme sufrir antes que quitarse de en medio.

—Una respuesta extraña, si me permite que se lo diga —dijo Tamara—. ¿Por qué dice eso?

Cook la miró y resopló con desdén.

—Miren... Yo soy el primero en admitir que puedo ser un poco gilipollas, ya se lo he dicho. Pero ella tenía lo suyo. No me malinterpreten. Les he dicho que era maravillosa, y es verdad, lo era. Pero había dos Susan. Esa y la otra, la que buscaba atención, la manipuladora... La que siempre se estaba quejando o llorando por cualquier cosa. Siempre estaba con sus altibajos y yo era el que lo sufría, el que lo pagaba todo el rato. ¿Cómo no iba a irme de juerga de vez en cuando, teniendo que aguantar eso día tras día? En fin, mi mujer sería perfectamente capaz de fingir algo... Quiero decir, para llamar la atención.

—¿Por ejemplo? —preguntó Janssen.

—Todo eso de dejar el coche cerca del acantilado. No habría sido la primera vez que fingía que intentaba hacerse daño a sí misma. Ya lo había medio intentado dos veces antes, sin mucho entusiasmo. En ambas ocasiones la encontré en el que, casualmente, parecía el momento justo para salvarla a tiempo. La primera vez estaba sentada en la bañera con una cuchilla de afeitar y una botella de vodka. Estaba borracha y no paraba de amenazarme. El agua estaba helada. Debía llevar bastante tiempo allí sentada esperando a que yo llegara a casa. La última vez la pillé después de que se hubiera tomado un frasco de pastillas.

—No hay constancia de esos sucesos en el expediente ni nada que indique que la ingresaran en el hospital —dijo Tamara.

—¡No ingresó, por supuesto que no! —exclamó Cook con un tono

agresivo en su voz. O, en consideración de Janssen, un tono que reflejaba su frustración al recordar el suceso—. Vomitó poco después. Las pastillas le sentaron mal y parece que no había digerido la mayoría. Busqué en Internet y lo que había tomado no iba a matarla. Tomaba esas pastillas para el acné y, al final, solo estuvo enferma un par de días. Podría haberse tomado el doble y no habría tenido ningún efecto a largo plazo... Pero la hicieron estar enferma, de eso no hay duda. Nunca supe a ciencia cierta si realmente lo había intentado en serio. Aunque bueno, si de verdad quieres acabar con tu vida, lo haces, ¿no? Ella nunca lo hizo.

—¿Tenía algún antecedente de depresión? —preguntó Janssen.

—Oh, sí. Yo diría que sí. Con su pasado, ¿quién no tendría depresiones? La abandonaron cuando era niña, no tenía familia y la criaron en un centro de acogida. Sé que eso no significa que no puedas salir adelante en la vida, pero ella partió con desventaja desde el principio. Le tocó una mano de mierda con la que jugar. Y más aún cuando me conoció a mí, no lo niego.

Janssen miró a su alrededor.

—Usted trabaja, le va bien. Está criando a un hijo.

—La marcha de Susan me hizo despertar. Tenía que afrontar la situación. No podía seguir viviendo como hasta entonces... La bebida, las drogas... Tenía un hijo en quien pensar... además de todo lo demás.

Simon se apartó un poco de ellos y se puso a mirar por la ventana un momento. Luego, le echó un vistazo al reloj que había en la pared. Negó con la cabeza.

—Connor va a volver del instituto dentro de poco. No sé cómo se lo va a tomar. El chico no recuerda mucho a su madre. Solo tenía seis años cuando se marchó de... —No terminó la frase, y movió la cabeza de lado a lado en un gesto de desolación—. Bueno, cuando se murió, lo que sea. Tardé años en aceptar que había muerto —dijo, girándose hacia ellos con los ojos llorosos mientras hablaba—. Les decía a mis amigos que Susan volvería, que solo necesitaba un poco de espacio, pero ellos me insistían en que tenía que pasar página y seguir adelante. Y, bueno, tenían razón. Vivir conmigo era un poco duro, pero siempre pensé que algún día volvería. Hasta un

par de años después de que se fuera. Entonces, de alguna manera, me di cuenta de que todo el mundo tenía razón y que ella estaba muerta. Podía sentirlo. —Simon se llevó el puño al pecho para enfatizar sus palabras—. Tenía la certeza en mi interior.

—Creo que no lo está entendiendo, ella... —dijo Janssen.

—No, es verdad, no lo entiendo —lo interrumpió Simon—. Ha estado cerquísima todo este tiempo y nunca la encontramos. ¿Cómo acabó en Thornham si dejó el coche en Sheringham?

—Creemos que Susan murió en algún momento del fin de semana pasado.

Simon lo miró con el rostro inexpresivo. Aquel hombre estaba familiarizado con la presencia policial, por lo que tal vez sabía cómo representar un papel y mentir, pero su respuesta parecía bastante sincera.

—¿Ha estado viva... todo este tiempo? —preguntó Simon, cuya expresión había cambiado—. ¿Dónde? ¿Dónde ha estado?

El hombre los miró a ambos, buscando una respuesta.

—Aún no lo sabemos. ¿Sabe si Susan tenía amigos o familiares que vivieran en la zona de Lincolnshire?

—No. Ya se lo he dicho: no tenía familia.

—¿Y amigos?

—¡No! Nadie relevante. Tenía un par de amigas por aquí de las que solía hablar. Sarah era una de ellas.

—¿Sarah? —incidió Janssen.

—Caseley. Nunca pasé mucho tiempo con esa mujer, pero Susi solía hablar de ella bastante a menudo. Se conocían desde hacía tiempo.

—¿Y la otra?

—Tara... no sé qué. Como les he dicho, no conozco bien a ninguna de las dos. Al margen de ellas, Susi era muy reservada. No era muy sociable, ya saben. Desde luego, no conocía a nadie fuera del condado. No recuerdo que hubiera salido de Norfolk en su vida, y mucho menos para ir a Lincolnshire.

Janssen tomó nota de aquello. Unos instantes después, se produjo un cambio evidente en el comportamiento de Cook. Hasta entonces se había mostrado tranquilo y colaborador, aunque un poco

desconcertado por los acontecimientos. Ahora, sin embargo, parecía estar asimilando la noticia y empezando a plantearse sus propias preguntas.

—¡Entonces, ha estado viva todo este tiempo! —exclamó Simon, más como una afirmación que como una pregunta, con un tono incrédulo—. Eso... —comenzó a decir, pero no terminó el comentario que parecía a punto de hacer sobre su mujer, conteniéndose a tiempo. Aunque, por el tono de su voz y la mirada fulminante que lo acompañaba, era poco probable que el comentario fuera a ser positivo. Su ira, apenas disimulada, parecía ir en aumento—. ¿Se hacen una idea de lo que hemos tenido que pasar Connor y yo... creyendo que estaba muerta? Ha sido una pesadilla.

—Me lo puedo imaginar —afirmó Janssen.

—¿De verdad? ¿Puede? El puto banco no me dejaba acceder a su cuenta bancaria... No podía cancelar las domiciliaciones, pagar el alquiler ni nada de nada. Esos cabrones nos desahuciaron. Los del ayuntamiento fueron unos completos inútiles. ¡Estuvimos un año viviendo en un estudio!

Cook apretó los puños y los presionó contra la encimera de la cocina.

—Sé que puede ser difícil vivir unas circunstancias como esas —dijo Janssen.

—¿Difícil? Estaba en la puta ruina. A ver, que tampoco es que tuviéramos mucho dinero en aquella época, pero ahora tenemos aún menos. Mi situación financiera es tan lamentable que ni siquiera puedo alquilar un lugar donde vivir. ¿Por qué cree que vivimos aquí? ¿Cree que me gusta fregar retretes? ¡Esa egoísta de mierda! Ella quería a Connor. A mí, quizá no tanto... Probablemente yo me lo merecía, pero el niño... ¡Ella lo adoraba! Pensé que si ella ya había tenido suficiente, si ya no podía soportarlo más... Pues bueno, pero abandonarlo así... De tal palo, tal astilla, ¿eh?

Janssen no pudo evitar pensar que aquello era un reflejo del hombre que Simon había sido en el pasado. Se podía justificar su reacción dadas las circunstancias.

—Me aseguraron que, si creía que se había suicidado, podía hacer algo para que la declararan muerta, pero, por mucho que pensara

que lo estaba, no era capaz de hacerle eso a nuestro hijo. ¿Cómo se le dice a un niño de seis años que crees que su madre está muerta si no estás completamente seguro? Lo fui posponiendo todo lo que pude... —explicó Simon, mirándolos a los dos—. Pero al final inicié los trámites judiciales. Era hora de que pasáramos página, de poner punto final a todo esto. Y no me malinterpreten, seguía sin querer hacerlo, incluso ahora. ¡Y entonces aparecen ustedes, después de todo lo que hemos pasado, y me dicen que ella ha estado viva todo este tiempo!

Cook elevó el puño y golpeó varias veces la encimera. Por muy enfadado que estuviera, aquello tenía que haberle dolido. Miró a Janssen con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Cómo pudo hacerme eso a mí? ¿Y a Connor?

En aquel preciso instante, se abrió la puerta de la caravana y entró un chico que vestía un uniforme escolar. Tendría unos quince años, era bastante alto para su edad y tenía una maraña de pelo voluminoso y rizado, que era la moda de la época entre los adolescentes. Pareció conmocionarse al ver la expresión del rostro de su padre. Miró a Tamara y a Janssen, y luego se centró en Simon.

—Papá, ¿qué pasa?

Simon apartó la mirada, se llevó una mano a la cara y se secó los ojos con el pulgar y el índice. Janssen pensó que no le correspondía a él decir nada. Era una conversación que padre e hijo debían tener a solas.

—Ellos son... policías, Connor —explicó Simon, acercándose a su hijo, y le puso una mano tranquilizadora sobre el hombro mientras el crío dejaba caer su mochila al suelo—. Han venido por tu madre.

—¿Qué pasa? ¿Saben dónde está?

Simon asintió lentamente.

—Sí, la han encontrado.

Connor entreabrió la boca y abrió mucho los ojos. No hizo falta que su padre le dijera nada, pues la expresión de su rostro lo decía todo.

—Lo siento, hijo —dijo Simon, atrayendo a Connor hacia su pecho.

El rostro del adolescente quedó oculto, pero Janssen supo que ya estaba llorando. Miró a Tamara y levantó una ceja. Ella asintió en

respuesta a la pregunta tácita.

—Vamos a darles un poco de espacio —le dijo el inspector a Simon. Sacó una tarjeta de contacto y la dejó sobre la encimera, junto a Simon, que seguía abrazando con fuerza a su hijo—. Tendremos que volver a hablar con ustedes. Hasta que lo hagamos, si tienen alguna pregunta, pueden llamarme a este número.

El inspector señaló la tarjeta de contacto y dio unos golpecitos sobre ella con el dedo índice. Simon no prestó atención a la tarjeta ni a su marcha. Mecía suavemente a su hijo de un lado a otro mientras emitía sonidos para intentar reconfortar al niño, que no dejaba de sollozar. Connor lloraba por la madre que no recordaba y a la que ahora nunca conocería. Janssen siguió a Tamara al exterior, bajó de la caravana y sacudió la cabeza. Estaba decidido a descubrir cómo había muerto Susan.

CAPÍTULO 8

—Vaya, eso ha sido duro para el niño —dijo Tamara mientras regresaban al coche—. ¿Qué le ha parecido él?

—¿Simon? Pues no exactamente lo que me esperaba, la verdad —respondió Janssen—. Parece que ha enderezado su vida.

—Sí, eso es lo que parece.

Algo en el tono de voz que había usado la inspectora jefe despertó la curiosidad de Janssen.

—¿No está convencida?

Tamara se lo pensó un poco antes de responder, mirando hacia atrás para observar la caravana. No podía distinguir a nadie en el interior.

—Sé que algunas personas pueden cambiar..., pero la mayoría de las veces no lo hacen. Susan se largó de casa. Estaba tan asustada que permaneció lejos durante casi una década, y luego algo la trajo de vuelta.

—Y ahora está muerta.

—No me importaría saber dónde estuvo Simon durante el fin de semana, pero ahora no es el momento.

—¿Cree que la primera reacción de este hombre después de que su mujer regresara tras tanto tiempo fue matarla?

—Bueno, no necesariamente su primera reacción. Hay mucha ira reprimida en ese hombre. Aunque la reacción que ha tenido ahí dentro haya sido parte de un *show que ha organizado en exclusiva para nosotros, lleva esa ira dentro de sí. Él mismo nos ha admitido que fue un marido terrible. Ahora, años después, arruinado y lleno de resentimiento...* —Tamara se detuvo y suspiró—. *He conocido a gente que ha matado por mucho menos.*

—*El informe preliminar de la autopsia debería llegarnos hoy. Entonces, al menos, sabremos si podemos tratar el caso como una investigación por asesinato* —dijo Janssen.

Se acercaron al coche y el inspector lo abrió. Tamara dio la vuelta hacia el lado del copiloto y se detuvo justo cuando puso la mano en el tirador de la puerta.

—*Sería una desgracia tremenda volver a casa después de nueve años para sufrir un accidente fatal* —dijo con una sonrisa irónica en el rostro, antes de subirse al coche.

Simon Cook apartó a su hijo de su cuerpo y lo sujetó con firmeza pero con ternura por ambos brazos. Bajó la cabeza y animó a su hijo a levantar la suya para poder mirarlo a los ojos. Las mejillas del adolescente estaban llenas de lágrimas y parecía a punto de volver a derrumbarse en cualquier momento. Simon colocó suavemente una

mano sobre la cara de su hijo, le acarició la mejilla y esbozó una sonrisa débil

—Superaremos esto. Te lo prometo. Ya hemos pasado por momentos difíciles antes y hemos conseguido salir adelante. Esta vez no será diferente.

Connor asintió, esforzándose por contener las lágrimas. Simon lo volvió a atraer hacia su pecho y lo abrazó con fuerza. Ladeó la cabeza para mirar por la ventana y observó las siluetas de los dos detectives que se alejaban. Echó un vistazo a la tarjeta que habían dejado sobre la encimera y reflexionó sobre la conversación que acababa de mantener con ellos. Por su experiencia previa con la policía, sabía que no debía confiar en ellos. Leyendo entre líneas, estaban considerando la muerte de Susan como algo que no había sido accidental. Ninguno de los dos había sugerido lo contrario. Estarían elaborando una lista de sospechosos, como hicieron en el pasado. Él estaba en esa lista. Probablemente cerca del primer puesto, si no en él. «Igual que la otra vez».

Nueve años antes dedicaron mucho tiempo y recursos a intentar vincularlo con la desaparición de Susan. Fracasaron. Volverían a fracasar esta vez.

Simon observó cómo se dirigían hacia el aparcamiento y vio que la mujer se detenía y miraba hacia la caravana. ¿Podría ver desde allí que él los estaba mirando? El hombre era lo que él habría podido esperar: inquisitivo, escéptico. Ella, por el contrario, se había dedicado a observarlo a él. Había sido obvio. Se arrepintió de la reacción airada que había tenido, y su preocupación aumentó por culpa de ella. Si estaban buscando a un asesino, como él suponía, entonces se fijarían en él.

No era la primera vez que maldecía en silencio a su mujer. «¿Por qué tuvo que volver? Entre todos los momentos posibles, ¿por qué ahora?».

Connor se apartó de él y se secó las mejillas con las palmas de las manos. El chico parecía avergonzado, incluso daba la sensación de sentirse culpable. Simon esbozó una sonrisa, le pasó la mano por el pelo, le inclinó la cabeza hacia delante y lo besó en la frente.

—Todo irá bien, Connor. Ya lo verás —le dijo con toda la seguridad

que fue capaz de reunir. Connor no parecía tan seguro, pero asintió —. Oye, ¿por qué no vas a cambiarte y te quitas el uniforme? Mientras lo haces, voy a hablar con Margaret para ver si puedo terminar antes. Dadas las circunstancias, seguro que no le importará. Así podremos ir a jugar al fútbol o algo por el estilo. Te voy a enseñar que tu viejo todavía sabe hacer un par de cosas. ¿Qué te parece?

—Vale —respondió Connor. No había sido una respuesta entusiasta, pero el adolescente se dirigió hacia su habitación.

En cuanto oyó el clic del pestillo de la puerta, Simon abrió un armario situado encima del fregadero. Alargó la mano hasta el fondo y sacó una botella pequeña de ginebra. Echó un vistazo hacia atrás para tener controlada la habitación de Connor, desenroscó el tapón y dio un trago. Resopló entre los dientes mientras el alcohol le quemaba la boca, respiró hondo y dio otro trago, diciéndose a sí mismo que solo lo hacía para calmar los nervios. Volvió a ponerle el tapón a la botella, guardó en el armario otra vez y movió un paquete de pasta seca para ocultarla bien.

Sacó un paquete de chicles del bolsillo, le quitó el papel a uno de ellos y se lo llevó a la boca. Cogió la tarjeta de contacto del policía, se la guardó en el bolsillo trasero y salió de la caravana para dirigirse a la lavandería, donde esperaba encontrar a Margaret. El coche de la policía ya no estaba. Tendría que andarse con cuidado en los próximos días, porque estaba absolutamente seguro de que la policía iba a estar pendiente de él. Volverían, y tendría que estar preparado para ello.

CAPÍTULO 9

Eric Collet cruzó a toda velocidad la sala de operaciones para saludarlos en cuanto regresaron. Janssen todavía estaba colgando su abrigo cuando Eric comenzó a repasar lo que había descubierto. Tras revisar los expedientes del caso de la desaparición de Susan Cook, nueve años atrás, estaba loco por compartir lo que había encontrado. Al principio, aquella tarea le había parecido una pérdida de tiempo y de esfuerzo. Al fin y al cabo, se trataba del expediente de la búsqueda de una persona desaparecida que al final no había

desaparecido en absoluto.

Pero, cuanto más leía los informes de la investigación, más convencido iba estando de que ahí había algo más que una persona infeliz intentando cambiar su vida y, tal vez, empezar de cero.

—Comprendo por qué el consenso general fue que la mujer se había suicidado —explicó el oficial investigador mientras Tamara acercaba una silla y se sentaba. Janssen se apoyó en el borde de un escritorio y cruzó los brazos por delante del pecho—. Encontraron el coche de Susan Cook cerca de los acantilados de Sheringham y el tiempo aquel fin de semana fue horrible. Había una tormenta azotando la costa este en aquel momento, y todo el mundo estaba pendiente a una posible marejada ciclónica. Teniendo en cuenta esas condiciones, no se consideró extraño que no se encontrara ningún rastro del cuerpo y que no apareciera nada en los días siguientes. Tras la desaparición de Susan, no se registraron movimientos en su cuenta bancaria ni en su tarjeta de crédito, y su móvil nunca se conectó a ninguna red. Si lo hubiera tirado o vendido, lo que fuera, alguna torre de telefonía debería haber registrado la señal en algún momento. Pero no, silencio total. Era como si hubiera desaparecido del mapa aquella noche.

—¿Dio algún indicio a sus amigos o familiares? —preguntó Janssen.

—Su marido nos ha dicho que no tenía familia. ¿Es eso correcto, Eric? —preguntó Tamara.

—Es verdad —aseguró Eric, que comprobó sus notas para asegurarse de que tenía los datos correctos. Sus dos superiores eran muy exigentes con los detalles y él no quería parecer descuidado o perezoso—. Al menos, por lo que sabemos, no mantenía contacto con ningún familiar. De niña la acogieron los servicios sociales, que consideraron que su madre era abusiva y negligente. Citaron el alcoholismo y un diagnóstico de síndrome de Munchausen como justificación para poner a Susan bajo tutela judicial cuando tenía seis años.

—¿Le hizo daño? Me refiero a la madre —preguntó Tamara, que se inclinó hacia delante y apoyó el codo sobre la mesa, con la barbilla sobre la mano.

—No; al menos, no según consta aquí. No de forma directa, vamos. El juzgado competente en materia de familias decidió que la mujer se encontraba en un estado mental inestable y recomendó que se sometiera a tratamiento antes de que pudiera tramitar cualquier solicitud para recuperar a su hija.

—¿Y lo hizo? —preguntó Tamara.

Eric negó con la cabeza.

—No hay pruebas de ello. Tiffany Cole desapareció del radar. No hay constancia de que volviera a la vida de Susan y, tres años después, las autoridades dictaron una orden de tutela permanente —explicó Eric, asintiendo para sí mismo mientras releía los detalles—. Susan permaneció bajo la tutela de los servicios sociales después de eso. Por desgracia, creo que las cosas no mejoraron demasiado para ella. Durante aquel periodo pasó por varios hogares de acogida. Tengo aquí un informe de los servicios sociales, que me han facilitado porque la mujer ha fallecido, en el que se describe lo que un orientador calificó como «conducta disruptiva». Se hace referencia a múltiples incidentes relacionados con problemas de comportamiento que provocaron que la sacaran de varios hogares de acogida. También tiene un historial médico que resulta impactante. Un diagnóstico de trastorno bipolar, dislexia y trauma emocional, probablemente provocado por una infancia tan turbulenta.

—¿Y qué me dices de la posibilidad de adopción? —le preguntó Janssen—. ¿Se intentó en algún momento?

—Sí, sí que se intentó. Cuando el Estado asumió la responsabilidad permanente de su cuidado, la incluyeron en las listas. La adoptó una familia de Norwich, pero la acogida fracasó y la devolvieron antes de cumplir un año con ellos.

—«La devolvieron» —repitió Tamara en voz baja—. Pobre cría. ¿Qué tendría entonces, nueve o diez años?

Eric asintió.

—Al parecer, atacó a uno de los otros niños de la familia. Fue algo serio, pero me temo que no tengo todos los detalles. Después de eso, la trasladaron a un hogar infantil especializado, donde permaneció hasta que abandonó el sistema.

Eric se recostó en su silla, seguro de haber proporcionado una imagen concisa y clara de la infancia de Susan Cook. Vio que tanto Tamara como Janssen lo estaban mirando de forma expectante. Su seguridad desapareció. Fue Tamara quien habló.

—Entonces, ¿suicidio o no? Estaba diciendo que... —dijo, enarcando una ceja.

—Ah, sí, pues eso, la mayoría de la gente pensó que se había tratado de un suicidio —retomó Eric, inclinándose hacia delante y señalando con ambos dedos índices como si fueran pistolas—. Pero, y aquí está el quid de la cuestión, en los días previos a su desaparición se realizaron múltiples retiradas de efectivo de su cuenta bancaria. Todas ellas por una cantidad similar de dinero. No lo suficiente como para llamar la atención de, digamos..., un marido. Pero sí lo bastante como para empezar a acumular una cifra considerable.

—El marido tenía un problema con las drogas —replicó Janssen en un tono algo desdeñoso—. Esos movimientos podrían explicarse fácilmente porque el hombre estuviera alimentando su adicción.

—Cierto —admitió Eric—, pero hay otros movimientos que son más aleatorios. Ocurrían los mismos dos días de cada mes, durante los doce meses anteriores a su desaparición. He revisado un poco los números y siempre sucedía el mismo día en que le ingresaban el sueldo en la cuenta y el día anterior.

—¿Qué deduce de eso? —le preguntó Tamara.

—Que sacaba una parte del sueldo el día que se lo ingresaban y luego esperaba hasta final de mes para sacar el resto. La segunda retirada era siempre una cantidad aleatoria.

—¿Era una cuenta conjunta? —preguntó Janssen.

Eric negó con la cabeza.

—Simon no figuraba en la cuenta, solo Susan podía sacar dinero.

A Tamara le sonó el móvil y se alejó de sus compañeros para contestarlo, cruzando hasta el otro lado de la sala.

—Estaba creando un colchón de dinero en efectivo —dijo Eric—. Es una conclusión probable. Podría haberlo dejado en la cuenta si no quería que su marido se lo gastara, pero es posible que él tuviera acceso a los extractos. Sería lícito pensar que podría haberse estado

gastando ese dinero en algo, pero, a la vista de su desaparición a lo Houdini, lo más lógico es que estuviera reuniendo algo de dinero para viajar.

—Pero ¿para ir a dónde? —preguntó Janssen.

Eric se encogió de hombros.

—Eso no lo sé.

Tamara Greave le dio las gracias a su interlocutor, colgó y se volvió a reunir con ellos.

—Era el doctor Bellington, el forense —les anunció. Cogió su bolso y sacó su portátil—. Ha terminado la autopsia y me ha enviado por correo un resumen de sus conclusiones preliminares. Creo que va a ser esclarecedor.

Eric y Janssen esperaron mientras su jefa encendía el ordenador y accedía a la bandeja de entrada de su correo electrónico. Mientras aguardaban para acceder a la información, la inspectora jefe les fue dando detalles de la conversación que acababa de mantener.

—Como sospechábamos, lo más probable es que los daños en la cara y el cuerpo de la víctima fueran causados por la hélice de un barco que pasara junto a ella. Había oxígeno en sus pulmones, lo que habría ayudado a que ascendiera en el agua, pero no lo suficiente como para flotar en la superficie. La degradación de los tejidos y la consiguiente proliferación bacteriana habrían provocado que el cuerpo emergiera. Eso, combinado con una marea baja, habría bastado para que el cadáver terminara flotando.

Después de unos momentos, la inspectora jefe sacó el informe y comenzó a leerlo.

—Esta es la parte que aclara las cosas —afirmó Tamara, que señaló una línea con la punta del dedo y leyó en voz alta—. «Se encontró líquido en los senos paranasales y había opacidad pulmonar en forma de vidrio esmerilado. También había evidencia de un líquido espumoso en las vías respiratorias que indica claramente que...».

—Que estaba viva cuando entró en el agua —la interrumpió Janssen.

—Y también hay indicios que sugieren un incremento de la resistencia de las vías respiratorias periféricas y una menor

distensibilidad pulmonar. Ambas cosas señalan un reflejo del nervio vago al inhalar agua. El cuerpo redujo la frecuencia cardíaca y detuvo el suministro de oxígeno, por lo que la víctima habría perdido el conocimiento —explicó Tamara—. Sin embargo, lo que más llama la atención es que el forense describe otra herida en la cabeza que, en su opinión, es poco probable que fuera causada por una hélice o una colisión contra el casco de un barco. Afirma que hay un «punto de impacto muy focalizado» en la parte posterior del cráneo, directamente sobre la fontanela posterior, donde se unen las tres partes del cráneo. «Se trata de un punto débil y la naturaleza del golpe provocó que los huesos parietales se plegaran hacia dentro contra el cerebro y se incrustaran astillas en el tejido. El daño está demasiado localizado como para que pudiera haberlo causado un impacto tangencial contra el casco de un barco, por ejemplo» —continuó leyendo la inspectora jefe.

—«Localizado». ¿Está sugiriendo el forense que podría ser el resultado del uso de un arma? —preguntó Janssen—. ¿Quizá un martillo?

—Es muy posible, sí. Aunque, a decir verdad, en ese punto concreto del cráneo no haría falta demasiado para causar una lesión. Un niño de cinco años con un martillo pequeño bastaría para provocarla. No haría falta aplicar mucha fuerza, por lo que la lesión de la víctima podría ser el resultado tanto de una caída como de una agresión. Es razonable asumir que alguien quería asegurarse de que no sobreviviera tirándola al agua.

—Incluso aunque nadie lo hubiera hecho, es muy probable que hubiera muerto de todos modos. Por debajo del punto de impacto es donde el cerebro conecta con la médula espinal, las venas y las arterias. La autopsia ha revelado una hemorragia cerebral masiva. Las reacciones corporales tras entrar en contacto con el agua bien podrían haber sido automáticas, completamente involuntarias. El doctor Bellington cree que la mujer no habría sido consciente de estar sumergida.

—Entonces, está claro —dijo Eric en voz alta, verbalizando lo que todos pensaban—. Fuera cual fuera la causa, Susan Cook fue asesinada.

—¿Hay algún indicio de agresión sexual? —preguntó Janssen.

—No. El informe indica que no hay pruebas de lesiones en el cuerpo que apunten a ello.

—Eso prácticamente excluye la posibilidad de que el ataque tuviera un móvil sexual.

—Aunque las agresiones sexuales tienen que ver con el poder y no con la estimulación erótica —replicó Tamara. Janssen asintió—. También es importante destacar que Susan padecía un cáncer avanzado.

—¿Cómo de avanzado? —preguntó Janssen.

—Tenía múltiples tumores en el estómago, el hígado y el intestino. «El tamaño y la diseminación de los tumores muestran la agresividad de la enfermedad y sugieren que el tratamiento ya había sido interrumpido» —leyó Tamara—. Volviendo a los archivos, Eric, ¿a qué personas cercanas a Susan se mencionan en ellos? ¿En quiénes se fijaron los investigadores cuando pensaron que había muerto?

Eric consultó sus notas. Había investigado aquello, ya que el suicidio era la conclusión final implícita debido a la falta de pruebas. Tras examinar los hechos, la mayoría de los involucrados en la investigación concluyeron que se trataba de un desenlace circunstancial, pero no era la única teoría.

—Inicialmente, el agente encargado de la investigación del caso interrogó a los compañeros de trabajo de Susan, pero ninguno de ellos aportó nada relevante. Tenía dos trabajos. Uno a tiempo parcial, en el bar de un club de golf de la zona. Gozaba de popularidad entre los demás trabajadores y los clientes, pero a todos los interrogados les costó mucho poder ofrecer muchos detalles sobre su vida. Todos pensaban que era bastante tímida y callada —dijo Eric, leyendo de su cuaderno—. Los otros trabajos eran a tiempo completo. Estuvo empleada en varios puestos en el comercio minorista, pasando por diferentes tiendas y negocios. En el momento de su desaparición, ostentaba un cargo de supervisora básica, pero tampoco se relacionaba con nadie fuera del trabajo. Eso se consideraba raro, porque los trabajadores solían trabajar y socializar juntos. Imagino que, con los horarios de trabajo que tienen, es probable que se enfrenten a las mismas limitaciones que

nosotros con respecto a su tiempo libre.

—Eso es verdad —concedió Tamara.

—Como ya sabréis a estas alturas, investigaron al marido —explicó Eric—. Tenía en su historial delitos relacionados con drogas, agresión y un periodo de seis meses de cárcel por robo. Su abogado pidió que valoraran otros doce cargos adicionales a la hora de dictar la sentencia.

—Robaba en casas para financiar su adicción —dijo Tamara de manera distraída.

Eric asintió.

—Eso parece. Ser el marido de Susan lo convirtió en el principal sospechoso del caso, pero tenía una coartada irrefutable para la noche de la desaparición de su mujer. Se había llevado a su hijo a casa de un amigo y, a pesar de que los presentes eran consumidores habituales de drogas, todos dijeron que él estuvo allí y que no se marchó en ningún momento. No se halló ninguna prueba que vinculara a Simon con la desaparición de Susan.

—¿Alguien más? —preguntó Janssen.

—No, nadie sospechoso. Tenía un par de amigas de la zona con las que se habló. Al parecer, era muy amiga de una mujer llamada Sarah Caseley. Eran buenas amigas de la infancia.

—Simon nos ha hablado de ella y de otra, Tara no sé qué —afirmó Janssen.

Eric revisó sus notas.

—Sí, será Tara Byrons. Creo que trabaja en un colegio de la zona.

—¿Crees o lo sabes? —preguntó Janssen. El inspector arqueó una ceja en un gesto seco mirando a Tamara.

—Lo comprobaré lo antes posible —dijo Eric, con aire desanimado.

—¿Qué opinaban los amigos sobre todo esto? —preguntó Tamara.

—No hay nada destacable en el expediente que indique que supieran algo de su desaparición o de sus planes para marcharse.

—¿La otra sigue por aquí? Caseley, ¿verdad? —preguntó Tamara.

Eric dudó y desplazó la mirada velozmente hacia Janssen.

—Lo comprobaré —respondió, tomando nota.

—Tendremos que volver a visitar a esas personas, a ver si el paso de unos cuantos años les ha servido para tener un poco más de

claridad mental —concluyó Tamara—. Alguien no recibió con demasiado agrado el regreso de Susan. Quizá una de estas personas fuera la razón por la que se marchó hace nueve años.

CAPÍTULO 10

La localidad de Sleaford estaba situada al borde de los humedales, un área muy extensa que, antes del drenaje llevado a cabo a lo largo de tres siglos, era mayoritariamente una zona pantanosa y propensa a las inundaciones. En consecuencia, el paisaje que se encontraron una vez hubieron salido de Norfolk y encaminado hacia Lincolnshire era en gran medida agrícola, con pocos elementos distintivos que pudieran servir como puntos de referencia. Tom Janssen estaba preocupado mientras conducía junto a Tamara

Greave hasta la dirección que tenían de Barbara Keller. Aunque el caso, por oscuro que fuera, estaba suponiendo una distracción agradable de su vida personal, no dejaba de pensar en Alice y Saffy. Sabía lo que Alice quería. Al menos, eso creía. No tenía claro si estaba preparado para dar el paso que ella esperaba. Pero ¿era su propia determinación lo que lo tenía inquieto o tal vez la falta de seguridad en sí mismo?

—Esta zona es un poco aburrida, ¿no? —dijo Tamara, devolviéndolo a la realidad.

—¿Cómo dice? —respondió el inspector, que se dio cuenta de que había desconectado por completo y no sabía ni cuántos kilómetros llevarían recorridos.

—La zona. Es monótona. Sé que hay humedales, pero la verdad es que no he venido mucho por aquí. Bien podríamos estar en los Países Bajos.

Janssen sonrió al escuchar esa mención a la tierra natal de sus antepasados. De niño había visitado muchas veces Frisia, al norte del país, lugar de procedencia de su abuelo. A pesar de esos fuertes vínculos familiares, su conocimiento sobre el idioma distaba mucho de ser perfecto y lo único que podía hacer era defenderse como buenamente podía. Llevar el apellido familiar seguía siendo su mayor logro. En fin, Tamara tenía razón. Si no fuera porque las señales de tráfico estaban en su idioma, sentiría que estaban recorriendo la campiña holandesa.

—Trajeron a un holandés para que dirigiera el drenaje de los humedales, ¿sabe? Es una zona preciosa del país.

—Si usted lo dice —respondió Tamara, mirándolo de reojo—. Demasiado tranquilo para mi gusto.

—Y lo dice una mujer que acaba de mudarse al norte de Norfolk —replicó Janssen de forma divertida.

—En Norfolk hay más cosas. La costa. Las playas.

—Lincolnshire tiene playas.

—Estas zonas pantanosas tienen niebla húmeda y marismas —replicó la inspectora jefe, que echó la cabeza hacia atrás, se llevó las rodillas al pecho, se estiró y colocó los pies sobre el salpicadero.

No era la primera vez que hacía eso en el coche de Janssen. Al

menos en esa ocasión se había quitado primero los zapatos. El inspector seguía maravillándose de la capacidad de su compañera para hacerlo. Debido a su estatura, para Janssen era imprescindible viajar en un coche grande; pero, aun así, no podía ni siquiera contemplar la idea de adoptar esa postura.

—¿Va a contarme qué le pasa? —preguntó Tamara sin mirarlo a los ojos—. No pensaba preguntárselo, pero bueno, afrontemos la realidad, soy una persona cotilla. Creo que es algo que viene con la placa.

Janssen miró al otro lado.

—¿A qué se refiere?

—Vamos, Tom. Lo conozco lo suficiente como para saber que hay algo que le preocupa y no es el caso en el que estamos trabajando. Ayer estuvo un poco brusco con Eric.

El inspector se encogió de hombros de forma casi imperceptible.

—Quizá lo estuve —reconoció, frunciendo el ceño—.

Probablemente le estamos exigiendo demasiado al no contar con un sargento. Está haciendo un gran trabajo. No me había dado cuenta. ¿Cómo va el tema de conseguir un sargento?

—Buen intento de desviar la atención, Thomas. Dígame directamente que me ocupe de mis asuntos si lo prefiere —dijo Tamara—. Si yo tuviera problemas de autoestima, pensaría que tiene algo que ver conmigo.

—¿Con usted? ¿Por qué iba a tener algún problema con usted?

—No lo sé —dijo Tamara en voz baja. Janssen percibió su reticencia y pensó que ella ya debía haber considerado aquella idea—. Quizá por haber aceptado el ascenso. Después de asumir el puesto, me enteré de que también era candidato para el mismo.

Janssen negó con la cabeza. La decisión de Tamara de asumir el puesto de inspectora jefe no le suponía ningún problema. Ella se lo merecía; posiblemente, era mejor candidata que él.

—Nunca me postulé activamente para conseguir el puesto. Volver aquí no tuvo nada que ver con mi carrera —afirmó el inspector, sin apartar la vista de la carretera. Tras decirlo, pensó que, quizá, el hecho de no haber insistido lo más mínimo había sido una de las razones por las que no lo habían elegido.

—Entonces, ¿por qué regresó? —preguntó Tamara.

Una vez más, Janssen se encogió de hombros.

—Ah, no lo sé... Una vida más tranquila, quizá.

Janssen la miró y se dio cuenta de que la respuesta no la satisfacía.

—A veces la vida te pone cosas en el camino y es bueno dar un paso atrás y reevaluarlo todo. ¿Sabe a lo que me refiero?

Tamara lo observaba. El inspector no sabía si su compañera lo había entendido o si estaría pensando que se había intentado escaquear un poco con aquel comentario. De ser lo segundo, entonces era tan inteligente como él pensaba, porque la realidad era esa, que había intentado eludir la respuesta. Tamara lo miró fijamente durante un momento y, a continuación, se giró hacia la ventana para contemplar el paisaje que por el que iban avanzando. Se estaban acercando a Sleaford y Janssen sabía que tenían que salir de la A17.

—Creo que ya hemos llegado —dijo el inspector cuando la autovía terminó en una rotonda de cinco salidas.

—Sí. Coja hacia Lincoln y pronto tendremos que salirnos a la derecha —afirmó Tamara, que bajó los pies y se sentó erguida.

Llegaron a la salida antes de lo que Janssen se había imaginado. Cruzó hacia el carril contrario y comprobó que la carretera se estrechaba inmediatamente; lógico, pues era una vía que solo se utilizaba para acceder a las granjas. La carretera asfaltada terminaba en unas puertas que estaban abiertas. De la puerta de la derecha colgaba un cartel, viejo y desgastado, pero cuyo nombre aún podía leerse bien: «Bluebelle Farm».

Cruzaron la puerta y se adentraron en un camino de grava. Los campos de trigo que quedaba a izquierda y derecha estaban ya segados, y había rastrojos y pacas esperando a ser recogidos. Según iban avanzando, Janssen se preguntó si se trataría de una finca todavía en activo o si algún terrateniente mayor la habría absorbido, como había ocurrido con tantas otras explotaciones pequeñas durante los últimos años.

El camino descendía y rodeaba un bosquecillo pequeño antes de que varias construcciones aparecieran a la vista. El caserío original

dominaba el paisaje, pero al acercarse aún más se hizo evidente que los edificios anexos estaban muy en uso. Otra puerta les impedía acceder a un patio grande y rodeado por lo que en su día habrían sido graneros utilizados para el almacenamiento, los productos agrícolas y el ganado. Ahora parecían estar destinados a un uso residencial. Cada sección del inmueble reconvertido tenía una placa nominativa junto a la entrada, con letras de latón fijadas sobre un fondo de madera.

Janssen apagó el motor y ambos se bajaron del coche. El día estaba nublado y caía una lluvia suave acompañada de un viento racheado. Esta vez, Tamara había llevado su abrigo: una chaqueta de senderismo para climas de todo tipo que cogió de la parte de atrás del coche. Se la puso mientras se acercaba al inspector, y ambos miraron a su alrededor. Había coches en el patio y, a pesar de que la granja parecía haber sido reconvertida en un espacio habitable, todavía se podían contemplar vehículos agrícolas. Seguían trabajando la tierra, en mayor o menor medida.

—¿Puedo ayudarlos en algo? —les preguntó una voz desde su izquierda.

Janssen se giró y vio a una mujer de pie al otro lado del muro que discurría junto a donde ellos se encontraban y rodeaba la finca. Vestía ropa adecuada para aquella época del año: una chaqueta encerada hasta la altura de las rodillas y unas botas de agua. A su lado había un labrador de pelaje dorado que tenía la boca abierta y la lengua colgando a un lado. Tamara sacó su placa mientras se acercaba para hablar con ella.

—Policía —dijo, mostrando su identificación—. Estamos buscando a Barbara Keller. ¿Está aquí?

La mujer miró atentamente la identificación policial de Tamara y luego observó a Janssen. El inspector sintió que lo estaba evaluando.

—Sí, me atrevería a decir que sí. Les abriré la puerta. Pueden aparcar el coche junto a la casa principal —les explicó, señalando el edificio más grande—. No pueden dejar el coche ahí bloqueando el paso a todos los que quieran entrar y salir.

—¿Cuántas personas viven aquí? —preguntó Tamara, que imitó el

recorrido de la mujer desde el otro lado del muro mientras se acercaba a la puerta para abrirla.

—Unas cuantas —respondió.

Janssen pensó que aquella era una respuesta evasiva, y bastante descortés, a una pregunta informal. El inspector volvió al coche, arrancó y esperó a que la puerta se abriera del todo para pasar.

Aparcó en el extremo más alejado del patio y salió del coche justo cuando otra silueta apareció desde un cobertizo que quedaba a su derecha. La persona desapareció de su vista con rapidez, tras haberles echado un vistazo rápido a los recién llegados. Janssen estaba seguro de que también había visto moverse un visillo en la propiedad más cercana, pero no pudo ver a nadie detrás de él. El movimiento podría haber sido fácilmente el resultado de una corriente de aire. Sin embargo, sintió que los estaban observando mientras caminaban.

La señora que les había abierto la puerta los condujo a través de un camino que discurría por el lateral de la casa principal y pasaba por debajo de un arco de ladrillo cubierto de hiedra. La mujer repelió estoicamente cualquier intento de conversación, aceptando ser su guía, pero poco dispuesta a interactuar con ellos de una manera mínimamente relevante. Entraron en la casa por una puerta trasera que los llevó hasta lo que habría sido el antiguo lavadero y, a continuación, hasta la cocina. Cuando llegaron a esta última, se oían voces conversando animadas. Todos se callaron cuando llegaron a su altura.

Eran un grupo de aspecto normal; habría tal vez entre ocho y diez personas en total. Todos eran adultos, hombres y mujeres de diferentes edades. Estaban sentados alrededor de una mesa grande y rectangular, almorzando juntos. Por el aspecto de las sartenes que había sobre los fuegos y el aroma dulce que flotaba en el aire, la comida debía consistir en sopa y pan recién horneado, y, en el centro de la mesa, había una fuente con quesos. Tras la reacción inicial a su presencia, un par de personas comenzaron a servirse algo de comida y se reanudó la conversación, aunque ahora un poco más tranquila. Janssen no necesitó su intuición para saber que estaban invadiendo su espacio.

La que hasta entonces había hecho de guía los dejó y cruzó la cocina para unirse al grupo. Un par de personas continuaron conversando, mientras que el resto miraban a los recién llegados con recelo.

—Son de la policía, Gretta —afirmó la mujer tras acercarse a otra señora de cabello blanco, que Janssen calculó que tendría unos setenta y tantos años. Llevaba un vestido largo negro con cuello blanco, adornado con un collar de cuentas que le colgaba en el centro del pecho—. Preguntan por Barbara.

Un par de personas intercambiaron miradas, pero nadie habló. Gretta los miró a los dos y les esbozó una sonrisa cálida. Con la ayuda de otra persona, echó hacia atrás la silla y se excusó de la mesa. Aunque a simple vista no parecía estar enferma, Gretta se levantó con dificultad. Les indicó a los demás que continuaran con su almuerzo, hizo un gesto a los dos detectives para que la acompañaran y salió de la cocina. El grupo retomó el almuerzo y las conversaciones se reanudaron como si no se hubiera producido ninguna interrupción.

A Janssen le resultó desconcertante. Estaba acostumbrado a la reacción de algunas personas ante la presencia de la policía, que solía interpretar como resultado de una conciencia culpable. Pero, en aquella ocasión, era algo más que eso.

—Deben perdonarlos —se excusó Gretta, mirando hacia atrás un segundo mientras los guiaba hasta la habitación contigua. Por su aspecto, parecía una especie de salón de recepción formal. Allí había al menos una docena de sillas apiladas en un extremo y una mesa rectangular cubierta con un mantel blanco en el otro—. No solemos recibir visitas muy a menudo.

—Lo hace parecer una especie de comunidad aislada —manifestó Janssen.

Gretta se detuvo, puso una mano en la puerta y les permitió pasar. Luego la cerró y les ofreció asiento junto a una chimenea sin cerramiento.

—Eso es exactamente lo que somos —aseguró la mujer, de nuevo con una sonrisa en el rostro. Parecía sincera, muy diferente de la reacción que habían tenido todos los demás ante su presencia—.

Como les he dicho, no solemos recibir visitantes. Por favor, no lo consideren un gesto de descortesía. Es que solo nos sentamos a comer con los nuestros.

—¿Cómo es eso? —preguntó Tamara, que recorrió con la mirada las paredes que los rodeaban, fijándose en los diversos cuadros.

—No somos un grupo abierto —explicó Greta—. Solo acogemos a quienes piensan como nosotros. Es nuestra forma de actuar, y así ha sido durante generaciones.

—¿Son miembros de los hermanos de Plymouth? —preguntó Janssen, asegurándose de que su tono no pudiera considerarse despectivo.

—Exacto... —respondió Greta, que, con su tono de voz, dio a entender que quería que sus interlocutores se presentaran.

—Perdone —respondió Tamara—. Yo soy la inspectora jefe Greave y él es el inspector Janssen. Tenemos registrado que Barbara Keller vive en este lugar. ¿Está aquí hoy? Es con ella con quien necesitamos hablar.

—Me temo que eso va a ser imposible.

Antes de que ninguno de los dos tuviera tiempo de explicarle que la mujer que les había abierto la puerta les había dicho que Barbara estaba allí, Greta levantó una mano para detenerlos.

—Barbara falleció el año pasado. Llevaba bastante tiempo enferma. Está enterrada aquí, en los alrededores de nuestra capilla.

—Comprendo —dijo Tamara, que miró a Janssen.

—¿Qué querían hablar con Barbara? —preguntó Greta—. Los ayudaré en lo que pueda.

—Una mujer ha alquilado recientemente un coche en Norfolk usando la identificación de Barbara. A finales de la semana pasada.

—Qué extraño. Comprenderán que no pudo haber sido Barbara —respondió Greta, que daba la impresión de estar sorprendida ante aquel hecho.

—Aparentemente, no —reaccionó Tamara—. ¿Le dice algo el nombre de Susan Cook?

Greta entrecerró los ojos y, para Janssen, la reacción al mencionar el nombre de Susan no fue muy bien recibida.

—Sí. Susan pertenecía a la comunidad. Se marchó hace poco.

—¿Puede contarnos por qué? Por su reacción, parece algo... raro. ¿Es así?

Gretta se enderezó en su silla y respiró hondo. Janssen tuvo la impresión de que estaba midiendo su respuesta. No pudo evitar preguntarse por qué.

—Susan era un alma atribulada. Vino hace muchos años. Nunca comprendí qué fue lo que la condujo hasta aquí, pero se entregó a la comunidad como cualquier otra persona. En aquella época, y durante los años siguientes, tuve mis dudas de que su camino fuera el mismo que el nuestro. Debería haber confiado en mi instinto y en las instrucciones de Dios. Siempre hubo algo en ella que era... diferente.

—¿Qué provocó que se marchara?

—Tuvo que hacerlo —dijo Gretta con tono seco.

—¿Por qué?

—Susan era muy amiga de Barbara, la cuidó cuando ella ya era incapaz de valerse por sí misma. Creo que la enfermedad de Barbara sacudió la fe de Susan, poniendo de manifiesto la debilidad real de sus creencias. De todos los miembros de la comunidad, ellas eran las dos únicas personas que no vivían en unión. Aparte de los niños, claro.

—¿Se refiere a un matrimonio? —quiso aclarar Janssen.

Gretta asintió.

—¿Sabía que Susan estaba casada? —preguntó Tamara.

La mujer pareció descolocada.

—¡No! Y debo admitir que me sorprende. Si es así, lo ocultó muy bien. ¿De qué se trata todo esto? ¿Se ha visto involucrada Susan en un accidente o algo así?

—Me temo que tengo que contarle que Susan ha fallecido. La asesinaron el fin de semana pasado.

Gretta soltó un grito ahogado y perdió el control por un instante.

—Dios mío. Eso es terrible. ¿Quién podría perpetrar algo tan atroz?

—¿Cuánto tiempo hace que se marchó de la comunidad? —preguntó Jansen.

Gretta ladeó la cabeza.

—Hace poco.

—¿Dejó algo aquí? ¿Algunas de sus pertenencias? —insistió, mirando a su alrededor.

—Sí, creo que sí. No hemos reasignado el espacio en el que vivía a ninguna otra persona, así que creo que todo estará tal y como estaba cuando nos dejó.

—¿Podríamos verlo? —preguntó el inspector.

Gretta lo miró durante un instante. Daba la sensación de estar evaluando la solicitud. Tamara intervino.

—Siempre podemos volver con una orden de registro para todo el recinto —afirmó la inspectora jefe con una sonrisa en la boca.

Gretta la miró fijamente.

—No hay necesidad de amenazas implícitas, señorita. Haré que alguien los acompañe al lugar en el que vivía Susan y podrán hacer lo que deseen.

—Gracias —dijo Janssen, con una sonrisa cálida en el rostro.

Sin embargo, Tamara permaneció impasible.

CAPÍTULO 11

Gretta se levantó de su asiento. Janssen le ofreció su brazo para ayudarla y ella aceptó la oferta con gentileza. Una vez de pie, la mujer le dio una palmada suave en el antebrazo en señal de agradecimiento, se dirigió hacia la puerta y los guio de vuelta hasta la cocina. La comida había terminado y el grupo estaba recogiendo. Aquello era un hervidero de actividad en el que todos desempeñaban alguna función. Nadie les prestó atención cuando entraron en la dependencia, una diferencia notable con respecto a

cuando habían llegado. Gretta se abrió paso entre la gente hasta llegar a un hombre. Le colocó suavemente una mano sobre el hombro y lo alejó con delicadeza de los demás.

—Este es Martin —les dijo, con la mano aún posada sobre su hombro.

El hombre les sonrió, pero parecía una expresión forzada. Enseguida apartó la mirada de Janssen, aparentemente prefiriendo encontrarse con la de Tamara Greave. Era un hombre delgado, con entradas y una calvicie incipiente; se dejaba crecer el pelo de la parte superior de la cabeza sobre la frente para ocultarlo. Su cabello castaño era liso y fino, y no cabía duda de que, de estar al aire libre, se levantaría con el viento. Martin tampoco era demasiado alto, algo que no resultaba especial para Janssen, pues dada su estatura, tenía esa sensación con mucha frecuencia. Sin embargo, aquel hombre era más bajo que la media.

—Martin se encarga de toda nuestra administración, tanto aquí en la comunidad como en el negocio —explicó Gretta—. Él les mostrará dónde vivía Susan y es la persona más indicada para aclararles cualquier duda que puedan tener. Ha sido un placer recibirlos, aunque haya sido en circunstancias tan terribles.

Antes de que ninguno de los dos pudiera responder a la mujer, Gretta le indicó a Martin con un gesto que se pusiera en marcha, y el hombre los condujo hacia la puerta de inmediato. La señora se dio la vuelta y se alejó para supervisar los últimos detalles de la limpieza de la cocina. A Janssen le sorprendió lo educada y, al mismo tiempo, lo distante que podía ser.

Martin les habló con un tono de voz inesperadamente rotundo. Su estatura y su porte sugerían que su voz sería bastante más débil y suave.

—Por favor, acompáñenme —les indicó, y se puso en marcha sin mirar atrás para ver si lo seguían.

Janssen miró a Tamara, que levantó una ceja en respuesta, pero no dijo nada.

Una vez en el exterior, una fría brisa los azotó y, como era de esperar, levantó el pelo de Martin. El hombre los guio a través del patio hasta la última propiedad, una casa adosada de ladrillo de dos

plantas. Las casas se encontraban más allá del complejo de graneros más grande y Janssen supuso que originalmente se trataría de cabañas construidas para los trabajadores de la granja. Eran viejas, el ladrillo de la base de las paredes parecía estar desmoronándose y se notaba que se habían realizado algunas reparaciones con anterioridad. Al acercarse a la última propiedad de la fila de casas, Martin alcanzó el pomo de la puerta y la abrió; luego, se hizo a un lado para dejarles entrar primero. A Janssen le sorprendió que la casa estuviera abierta.

La puerta daba a una de las dos habitaciones de la planta baja y Janssen miró a su alrededor. Había un sofá pequeño colocado contra una pared, con una mesita auxiliar al lado. Sobre ella había un par de libros y una revista. Un reloj ruidoso hacía tictac y junto a él colgaba un barómetro, cuya aguja estaba clavada en la zona denominada «variable». En la pared contigua había un cuadro que representaba una escena de una cosecha. La habitación tenía una chimenea sin cerramiento que, por su aspecto, parecía que todavía se utilizaba mucho. El olor a hollín y el ennegrecimiento alrededor de la rejilla así lo demostraban.

Había un radiador bajo la única ventana que daba al frente, y una serie de tuberías que recorrían la pared hacia arriba hasta desaparecer en el techo. A pesar de que había calefacción, la casa estaba fría y podía verse una mancha grande de humedad en una esquina que crecía en el punto en el que se unían dos paredes. A Janssen le llamó la atención lo espartano de aquel lugar. No había televisión. No había ningún aparato para reproducir música.

—¿Dice usted que nadie ha tocado nada de esto?

Martin negó con la cabeza.

—Está tal y como lo dejó Susan —respondió Martin—. Me encargo de la administración de toda la comunidad. Eso incluye las viviendas, el mantenimiento, los turnos de trabajo... En realidad, podría decirse que soy el gestor de los recursos humanos del negocio y de la comunidad. Probablemente sepa cualquier cosa que se les pueda ocurrir.

—Gretta también mencionó eso del negocio. ¿Qué es lo que hacen aquí?

—Tenemos unas instalaciones en las que producimos alimentos éticos. Cultivamos nuestros propios productos, pero la mayor parte de lo que envasamos y comercializamos proviene de nuestra red.

—Una red de los hermanos de Plymouth... ¿Cómo las llamaban? ¿Asambleas del Evangelio?

Martin se rio.

—No, no somos tan exclusivos, desde luego que no. Nos abastecemos de proveedores éticos.

—¿No le gustaba a Susan coleccionar cosas? —preguntó Tamara, que estaba echando un vistazo a la habitación—. ¿Pasaba usted mucho tiempo aquí con ella como para saber si se ha llevado algo?

—Casi todas las cosas que puede ver han estado siempre aquí. Susan no necesitaba nada material.

Martin pasó junto a ellos para adentrarse en lo que era un pasillo estrecho que atravesaba la estancia y que terminaba en la cocina. Ambos lo siguieron hasta allí. Era muy básica. Había media docena de armarios situados en dos paredes, todos revestidos de madera de pino y pintados de blanco. Encima del fregadero había una ventana y Janssen se acercó para mirar a través de ella. Pudo observar una serie de tierras de cultivo abiertas. No había ni jardín ni ningún otro tipo de espacio individual disponible para ninguna de las propiedades, por lo que el inspector pudo ver.

—Aquí viven de forma muy colectiva, muy en comunidad ¿correcto? —preguntó.

Martin inclinó la cabeza, con una expresión en su rostro que parecía querer transmitir que aquella pregunta había sido un tanto absurda.

—Sí, por supuesto. La vida fuera de nuestra comunidad es una vida de obstinación controlada por el ego y el deseo. Aquí, actuamos como un solo ente.

Esa respuesta parecía ensayada, como si la hubiera repetido muchas veces de la misma forma indiferente, natural y desapasionada. Martin, que aún no había mirado a los ojos a Janssen, señaló con la mano abierta las escaleras que salían de la cocina. El inspector comenzó a caminar por delante de los demás. Las escaleras eran increíblemente estrechas, incluso para una

persona no tan corpulenta como él. Sus hombros casi rozaban las paredes a ambos lados mientras iba subiendo los escalones. El rellano era pequeño y daba acceso a un dormitorio, un cuarto de baño y otra habitación diminuta que solo servía como trastero.

Janssen abrió la puerta de esta última estancia y se asomó. Dentro había cajas típicas de mudanza, junto con una lámpara vieja y algunos cuadros. Por el aspecto que tenían las cosas, debían llevar allí bastante tiempo, a juzgar por la cantidad de polvo que se había acumulado. El inspector salió de la habitación y se reunió con Tamara y Martin en el dormitorio. La inspectora jefe estaba echándole un vistazo al armario. Se apartó para que él pudiera ver el interior. Había ropa colgada en perchas o doblada cuidadosamente sobre los estantes. Janssen se giró hacia Martin.

—Gretta nos ha dicho que Susan había abandonado la comunidad.

—Sí, se fue a finales de la semana pasada. La espero de regreso pronto.

El inspector intercambió una mirada rápida con Tamara, que entrecerró los ojos. Gretta había sido mucho menos específica.

—Gretta nos ha dado la impresión de que no esperaban que Susan volviera —afirmó Janssen.

Martin parecía confundido.

—No, no, en absoluto. Estoy seguro de que volverá. Eso es lo que ella me dijo.

Algo en la expresión del rostro de Janssen debió alertar a Martin, porque su gesto cambió.

—¿Qué pasa? ¿Por qué están interesados en Susan? ¿Está bien?

—Lo siento, Martin —dijo Janssen, manteniendo un tono neutro—. Me temo que Susan ha fallecido.

El hombre se quedó boquiabierto y miró a Janssen con la mirada vacía.

—Pero... Eso no puede ser... Si ella estaba aquí el viernes por la mañana... —balbuceó, mientras parecía tambalearse sobre sus pies—. Dijo que tenía que... y que luego volvería.

El tono de voz de Martin se agudizó y las palabras comenzaron a escaparse de su boca de forma atropellada, hasta el punto de parecer incapaz de respirar mientras trataba de construir una frase.

Janssen se acercó a él con rapidez y lo sujetó de milagro cuando las piernas se le debilitaron y le fallaron. Lo agarró firmemente por un brazo y lo ayudó a sentarse al pie de la cama. Tras unos instantes, la respiración de Martin se estabilizó un poco, volviéndose menos entrecortada.

Janssen miró a Martin de cerca y se dio cuenta de que parecía estar destrozado. Estaba sentado, con la mirada perdida y las manos juntas en el regazo. La imagen era la de un niño perdido que no sabía dónde colocarse. Tamara debió de pensar lo mismo que el inspector, ya que se acercó a Martin, se agachó y le puso una mano sobre la suya para tratar de consolarlo.

—Siento que esto haya sido un shock para usted —le dijo, tratando de tranquilizarlo con calidez. Martin la miró a los ojos. Janssen pudo ver lágrimas en los de él.

—Yo... No lo entiendo. ¿Qué ha pasado? ¿Un accidente?

—La han asesinado —explicó Tamara—. Lo siento mucho.

Martin perdió toda capacidad de controlarse y se derrumbó. Hundió la cabeza y se echó a llorar desconsoladamente. Tamara lo miró y Janssen se mordió el labio inferior e inclinó la cabeza hacia un lado.

—Es evidente que estaba muy unido a Susan —dijo el inspector—. ¿Puede explicarnos adónde iba a ir ella cuando se marchó de aquí la semana pasada?

Martin, a quien las lágrimas le aterrizaban en las manos sin cesar, no respondió. Levantó la vista y miró a Janssen a los ojos por primera vez.

—Susan era especial... muy diferente a los demás.

—¿Diferente en qué sentido? —preguntó.

Martin se secó los ojos con el dorso de la mano.

—Lo siento mucho. Qué vergüenza —dijo Martin, mirando al suelo.

—No se preocupe, no pasa nada —respondió Tamara, sentándose al lado del hombre. Él esbozó una sonrisa débil hacia la inspectora jefe, inclinando la cabeza en señal de agradecimiento por su gesto—. Es una noticia impactante. ¿Cuáles eran los planes de Susan?

—Me dijo que tenía que volver a casa durante algún tiempo —dijo Martin—. Tenía que resolver algunos asuntos.

—¿Qué asuntos? —preguntó Janssen, para tratar de volver a centrarse en el tema que les ocupaba.

—Susan no hablaba mucho de su vida pasada, la de antes de venir con nosotros. Sé que tenía problemas. Cuando llegó, durante un tiempo, apenas hablaba. No solo conmigo, sino con nadie. Hubo gente que pensaba que no debería estar aquí... Pero Gretta vio algo en ella que los demás no fueron capaces de ver. Ese es su don. Me refiero al de Gretta. Tiene una capacidad maravillosa para ver a través de las barreras que construimos a nuestro alrededor y así descubrir quiénes somos en realidad, aunque lo intentemos ocultar. Gretta vio algo en Susan, como hizo con todos nosotros.

—Parece una mujer formidable —dijo Janssen.

—Oh, lo es. Créame que lo es —afirmó Martin, asintiendo con entusiasmo.

—Pero ¿desarrolló usted una relación cercana con ella, con Susan? —insistió Tamara. Martin la observó, y luego miró alternativamente hacia Janssen y hacia la puerta. Parecía temer que alguien pudiera oírlo—. ¿No fue así?

El tono de Tamara era suave. Trataba de indagar con delicadeza para lograr la información que tanto ella como su compañero sabían que estaba ahí.

—Sí. Hemos llegado a tener mucha confianza —dijo Martin, casi en un susurro. Sus manos permanecían entrelazadas mientras jugueteaba distraído con algo.

Janssen dio medio paso a su izquierda para poder ver mejor y se dio cuenta de que Martin estaba girando su anillo de boda con el pulgar y el índice. Daba la sensación de que estaba mirándolo fijamente. El inspector eligió con cuidado sus siguientes palabras.

—Susan era especial para usted.

Era una afirmación. Martin lo miró y luego apartó la vista.

—¿Cuánto tiempo llevaban juntos?

—¡No sé a qué se refiere! —exclamó Martin. El hombre separó las manos y fulminó al inspector con esa mirada culpable tan típica de un adolescente.

—Me refiero a su aventura. ¿Cuánto tiempo llevaba sucediendo? —insistió Janssen.

La resistencia de Martin se derrumbó en cuestión de segundos y volvió a hundir la cabeza.

—Sé que esto es doloroso, Martin, pero necesitamos entender qué estaba pasando en la vida de Susan para descubrir quién la ha matado —explicó Tamara, que inclinó la cabeza hacia abajo para asegurarse de que el hombre pudiera verla.

Martin cruzó la mirada con la de ella y asintió de forma casi imperceptible.

—Un tiempo —dijo al final—. Deben comprender que ninguno de los dos lo planeó... Tan solo sucedió. No puedo explicarlo. A los dos nos falta... nos faltaba algo en nuestras vidas. No puedo creer que nunca más vaya a ver su sonrisa, a sentir el calor de sus brazos alrededor de mí...

Las palabras de Martin se volvieron a apagar, pues tuvo que luchar por reprimir las nuevas emociones que amenazaban con abrumarlo. Janssen sintió una especie de opresión en el pecho. La empatía que sintió por la difícil situación de aquel hombre le trajo a Alice a su mente. Intentó apartar la imagen, pero siguió sintiéndose culpable. La había dejado de lado en exceso últimamente.

Tenían ante ellos un hombre que estaba intentando comprender con desesperación que nunca iba a volver a ver a la mujer que amaba. Eso le tocó al inspector la fibra sensible. Percibir aquello le impactó. Se dio cuenta de que Tamara lo estaba mirando con preocupación. La inspectora jefe entrecerró los ojos, y él hizo un gesto con la mano para indicarle que ya se había vuelto a concentrar.

—«Velad y orad para no caer en la tentación. El espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil» —susurró Martin, que levantó la cabeza y miró a Tamara a los ojos—. Mateo, capítulo veintiséis, versículo cuarenta y uno. Sabias palabras... Pero una vida de devoción y oración no me ha preparado para resistir como pensé que resistiría. Soy un hombre débil y malo.

—Es usted un hombre —dijo Tamara, aunque Martin pareció no haber oído el comentario. Si lo había hecho, no reaccionó.

Asegurándose de que Martin no lo viera, Janssen miró a Tamara y le dijo «gracias» con los labios. El brillo de los ojos de la inspectora

le indicó que lo había entendido.

Martin sorbió ruidosamente por la nariz y miró al otro lado de la habitación, hacia la mesita de noche.

—Susan me pidió un favor —afirmó, volviendo a mirar a Tamara, que estaba a su lado—. Dijo que tenía que irse a casa, pero que, por el momento, nadie podía saber que iba a ir allí. Nadie de la comunidad, pero tampoco nadie de su antigua vida en Norfolk.

—¿Le contó por qué? —preguntó Tamara.

Martin negó con la cabeza.

—La verdad es que no. Me dijo que era peligroso. Yo quise saber por qué, claro, pero no me lo explicó. Me aseguró que volvería en cuanto hubiera terminado todo. Que nosotros... podríamos irnos. Empezar de cero.

—¿Qué le pidió?

Martin volvió a mirar al suelo.

—Necesitaba alquilar un coche. Como les he dicho, tengo acceso a todos los documentos de la comunidad.

—Barbara Keller —dijo Janssen.

Martin levantó la vista y asintió.

—No vi que le hiciera ningún daño a nadie. Quiero decir, a Barbara no le iba a importar... Y, además, Susan y ellas fueron muy amigas hasta el final. Si Susi se lo hubiera contado a alguien, habría sido a ella.

—¿Susi? ¿Era un apodo? —preguntó Tamara.

Martin sonrió.

—Lo reservaba para aquellos a quienes quería... O quizá para aquellos que ella sentía que la querían.

—¿Le pidió algo más?

—No, la verdad es que no. Intentamos idear una razón creíble por la que tuviera que alejarse de la comunidad durante algún tiempo sin levantar sospechas. Me temo que no he sido de mucha ayuda con eso. No se me da bien engañar a la gente.

Janssen pensó que era más bien al contrario. El hombre había logrado mantener en secreto una aventura durante bastante tiempo dentro de una comunidad muy cerrada. Podría decirse que se le daba mejor de lo que pensaba.

—¿Qué razón se le ocurrió a Susan? —preguntó Janssen.

Martin negó con la cabeza.

—No lo sé. Pero hay algo más —dijo Martin, que volvió a mirar la mesita de noche—. Me dijo que, si alguna vez le pasaba algo, todas las respuestas estarían en su diario. En ese momento me pareció algo extraño, pero ahora quizá... Quizá sea eso lo que tengan que examinar.

Janssen se acercó a un lateral de la cama. Se puso un par de guantes de látex que guardaba en el bolsillo de la chaqueta para ocasiones como aquella, se inclinó y abrió el cajón con cuidado. Estaba vacío. Metió la mano hasta el fondo del cajón y rebuscó por si acaso estuviera escondido dentro, pero allí no había nada. Comprobó si había algo en el fondo o si se había caído detrás de la mesita, pero se sintió decepcionado al no encontrar nada. Miró a Tamara y negó con la cabeza. Se agachó en el suelo y miró debajo de la cama, pero tampoco obtuvo ningún resultado. Se arrodilló, miró a Martin y a Tamara y se encogió de hombros.

—Nada.

—No lo entiendo —dijo Martin, que se acercó para ver por sí mismo.

—Preferimos que no toque nada. Por si acaso —dijo Janssen, que levantó una mano para detener el movimiento de Martin.

El hombre frunció el ceño.

—¿Le contó qué había en el diario? —preguntó Tamara.

—No. Solo que lo explicaría todo.

—¿Quién más podría saber de su existencia? —preguntó Janssen.

Martin se encogió de hombros.

—Que yo sepa, nadie. Esto es muy extraño. No lo entiendo.

—La casa estaba abierta cuando llegamos. ¿Siempre está así? —preguntó Janssen.

—Sí, claro. ¿Por qué íbamos a cerrar con llave las puertas dentro de nuestra comunidad?

—Para guardar un secreto —dijo Janssen, siendo muy consciente de la ironía.

CAPÍTULO 12

Al salir de la casa, Janssen vio a Greta cerca de donde estaba aparcado su coche. Estaba charlando con otra mujer a la que no habían visto antes, examinando las plantas que crecían al borde del camino que discurría junto a la casa principal. La mujer los vio acercarse mientras Martin cerraba la puerta de la casa detrás de ellos; el inspector no pudo evitar pensar que se había quedado merodeando por allí, esperando a que ellos aparecieran.

—¿Está bien? —le preguntó Tamara—. Se ha quedado un poco en

blanco por un instante ahí dentro.

Janssen se encogió de hombros ante la pregunta.

—Es algo en lo que estoy trabajando.

El inspector sintió la mirada de su compañera sobre él, pero fingió no darse cuenta de su interés.

—¿Han encontrado lo que buscaban? —les preguntó Gretta cuando ambos llegaron a su altura.

Janssen miró a Tamara, que sonrió.

—Sí, gracias. Martin nos ha sido de gran ayuda —dijo Tamara—. Le agradecemos el tiempo que nos ha dedicado hoy.

—Siempre es un placer ayudar a la policía —respondió Gretta—. Es horrible lo que le ha ocurrido a Susan, de verdad. Confío en que pronto detendrán al responsable.

—Haremos todo lo posible —afirmó Tamara—. Antes nos ha dicho que Susan se había ido hacía poco tiempo y que no creía que fuera a volver. Fue un poco imprecisa.

El rostro de Gretta se endureció en una mirada dura y reflexiva, aunque miró de reojo a Martin, que caminaba ya hacia ellos.

—¿He dicho eso? No lo recuerdo muy bien. La última vez que hablé con ella, tuve la sensación de que la conversación tenía un aire definitivo. Me temo que no recuerdo bien las palabras exactas. ¿Por qué? ¿Es importante?

—Ah... Hablando con Martin, he tenido la impresión de que la marcha de Susan era más bien algo temporal.

—¿En serio? Debe haber alguna confusión. La mayoría de las veces, la gente oye lo que quiere oír, ¿no? ¿Es relevante?

—Solo estoy intentando formarme una idea para entender la situación. ¿Qué puede contarnos sobre el momento en el que Susan llegó aquí, hace nueve años? ¿Puede explicarnos cómo sucedió?

—Me temo que no, jovencita. La gente encuentra su fe recorriendo caminos muy diferentes. Nuestra puerta siempre está abierta a los creyentes.

—Comprendo —dijo Tamara, decepcionada por aquella respuesta tan vaga—. Bueno, gracias de nuevo por su ayuda. Si necesitamos algo más, nos pondremos en contacto con usted.

Tamara y Janssen se subieron al coche. Martin se situó junto a

Gretta y, de nuevo, pareció incapaz de mirarlos a los ojos mientras el inspector arrancaba y daba marcha atrás para girar.

—Nunca seré capaz de entender qué fue lo que vio Susan en ese hombre —dijo Janssen en voz baja, con cuidado de que nadie pudiera leer sus labios, pues Gretta los estaba observando.

—Tiene razón. Le falta personalidad, pero quizá eran dos almas desdichadas que se encontraron.

—¿Un encuentro oportuno? Sí, tal vez —convino Janssen, que ya avanzaba con el coche a través de la carretera de acceso a la finca—. ¿Qué opina del diario?

—Quizá Susan se lo llevó consigo. O puede que alguien lo haya cogido antes de que pudiéramos hacerlo nosotros —respondió Tamara—. Si es lo segundo, me gustaría saber de quién se trata. Si el contenido es tan llamativo como ha sugerido Martin, entonces esa persona lo está ocultando por alguna razón. ¿Recuerda que Simon Cook nos explicó que Susan era muy hermética y reservada? Martin nos ha contado algo similar, aunque con otras palabras. Tengo la impresión de que se trataba de una mujer cautelosa, desconfiada. Me pregunto por qué.

—¿Cree que era una experta en guardar secretos?

—Creo que este lugar guarda más de uno. No me creo lo que nos cuenta Gretta acerca del periodo de tiempo que precedió a la marcha de Susan.

—¿Por qué nos iba a mentir?

—No lo sé. Quizá para confundir las cosas... Y, antes de que me lo pregunte, tampoco sé por qué querría hacer eso. Sea cual sea el secreto que guardara Susan, es probable que fuera precisamente lo que condujo a su asesinato. No le ha contado nada a ninguno de los que la rodeaba, eso es seguro.

—Entonces, tal vez podamos descartar que se tratara de algún desconocido al azar —dijo el inspector.

—Es demasiada casualidad que se topara con alguien que quisiera matar sin más. Susan Cook regresó a Norfolk por alguna razón, pero se esforzó mucho para asegurarse de que nadie se enterara de ello, al menos nadie que ella no quisiera. Ahora bien, para haber encontrado la muerte el fin de semana, tan poco tiempo después de

su regreso... Debió contactar con su asesino. Es muy probable que no solo lo conociera, yo sugeriría que, además, también confiaba en él.

—Lo bastante como para girarse y quedarse de espaldas a él estando lo bastante cerca como para matarla —teorizó el inspector, pensando en voz alta—. Hay que hablar con las personas que tenían una relación estrecha con ella hace nueve años e intentar averiguar a quién podría acudir tras su regreso.

—Entonces, descubriremos quién la mató.

—Eso la hace pensar de nuevo en Abigail Thomas, ¿verdad? —dijo el inspector.

Tamara asintió.

Una llamada telefónica que sonó a través del manos libres del coche interrumpió la conversación. Janssen respondió al ver en la pantalla el nombre de Eric.

—¿Cómo va lo de Barbara Keller? —preguntó el oficial.

—Está muerta, pero no ha sido una pérdida de tiempo, ni mucho menos. Te pondremos al corriente en cuanto volvamos. Estamos saliendo ahora mismo.

—Genial. Pensé que querríais saber de inmediato que la policía ha encontrado el coche de alquiler de Susan Cook.

—¿Dónde? —preguntó Tamara, a quien se le habían iluminado los ojos.

—Abandonado en un camino, al este de Ringstead.

—¿En qué estado estaba? —preguntó Janssen.

—Ahora mismo voy hacia allá, pero los agentes dicen que está bien. Un granjero de la zona lo ha denunciado esta mañana temprano. Dice que llevaba allí un par de días, así que le pareció extraño y nos ha llamado.

—Envíanos la ubicación y nos reunimos allí contigo —dijo Janssen.

Gretta vio alejarse el coche por la carretera de acceso a la finca. Martin estaba a su lado, en silencio. Sin apartar la mirada de los policías que se marchaban, suspiró.

—¿Qué querían saber?

Martin se mordió el labio inferior un momento antes de responder.

—Cómo llegó Susan aquí, cómo era... Ese tipo de cosas.

—Confío en que hayas podido ofrecerles tu perspectiva única — dijo Gretta, fulminándolo con la mirada.

Martin apartó los ojos de ella y cambió nerviosamente el peso de su cuerpo de un pie a otro.

—Yo... Yo... Sí..., les he dicho lo que he podido, que no ha sido mucho. No creo que les haya sido de gran ayuda.

—No, supongo que no podías serlo. Después de todo, tampoco es que conocieras muy bien a Susan, ¿verdad?

Martin asintió. Parecía nervioso. Más de lo habitual.

—No me puedo creer que esté muerta —dijo. Su tono de voz reflejaba de forma evidente la profunda tristeza que sentía—. ¿Quién podría hacerle algo tan horrible?

—El culpable será juzgado, Martin. Al final, todos tendremos que enfrentarnos a esa rendición de cuentas. Que Dios bendiga su alma y que encuentre en el cielo la paz que no tuvo en vida.

Sin decir nada más, Gretta dejó a Martin y volvió al interior de la casa principal. Pasó por la cocina, que ahora estaba limpia y ordenada, con todo recogido, y se dirigió hacia la habitación situada en la parte delantera de la casa, que utilizaba como despacho. Una ráfaga de aire caliente la recibió al entrar. Se aseguró de que nadie la seguía, y luego cerró la puerta. Las brasas incandescentes del fuego titilaban con llamaradas ocasionales. Gretta apoyó una mano sobre el borde de su escritorio para mantenerse firme, se arrodilló y añadió un trozo de leña al fuego. En cuestión de segundos, las llamas bailaban alrededor del combustible recién añadido.

La mujer dejó escapar un gemido mientras se ponía derecha y se dirigió hacia el otro lado del escritorio. Se sentó, apartó algunos papeles, abrió un cajón y sacó un pequeño cuaderno. Le dio la vuelta en la palma de una de sus manos, miró a través de la ventana y contuvo el aliento. La ciudad de Lincoln se extendía en el horizonte; su imponente catedral era visible en lo alto de la colina incluso desde aquella distancia. Ahora estaba pagando el peaje del esfuerzo que le habían supuesto su corto paseo y su intento de

reavivar el fuego.

El cuaderno no tenía nada de especial; estaba compuesto por hojas simples con líneas para guiar la escritura. Gretta hojeó las páginas de forma distraída sin detenerse a leer nada en particular, fijándose de vez en cuando en las fechas escritas a mano en la parte superior de cada página. No había nada meticuloso en lo que se había escrito. Pasaban días, o incluso semanas, sin que se escribiera nada, y eso daba paso en ocasiones a un torrente repentino de información en días consecutivos.

Al acercarse a los días más recientes, redujo la velocidad y se centró en los pensamientos y sentimientos que había experimentado en el pasado. En más de una ocasión, Gretta había descubierto que leer aquellas palabras le había provocado rabia, frustración y, sobre todo, una gran vergüenza. Martin se sentiría muy apenado por lo poco que lo mencionaba. Había sido una herramienta, utilizada para lograr un objetivo diferente. Una realidad que él sería incapaz de comprender si alguna vez llegara a enterarse de ello. Eso no sucedería. No si ella podía evitarlo.

Gretta cerró aquel diario precario, se levantó y regresó a la chimenea, que estaba a poca distancia de ella. Lo sostuvo con firmeza en su mano izquierda y acarició con suavidad la cubierta con los dedos de la derecha. Permaneció allí un momento, mirándolo fijamente, hasta que se inclinó y lo dejó caer con cuidado sobre el fuego. Las llamas se apoderaron de la nueva incorporación y envolvieron el cuaderno de inmediato.

—Adiós, Susan. Siempre te tendré presente en mis oraciones.

CAPÍTULO 13

Eric les hizo señas a Janssen y Tamara cuando se acercaban a una curva de la carretera. No había ninguna necesidad de hacerlo. El terreno que los rodeaba era algo ondulado, pero se trataba en general de unas tierras agrícolas planas bien cuidadas y ambos habían visto los coches de policía aparcados en el arcén mucho antes de que el oficial investigador se percatase de su llegada. El inspector se echó a un lado en la carretera, que era apenas lo bastante ancha como para que cupieran dos coches uno al lado del

otro, y se detuvo. Se bajó del coche y miró a su alrededor. La propiedad habitada más cercana que se podía divisar era una granja, pero estaría por lo menos a unos cuatrocientos metros en línea recta. Los campos estaban delimitados por setos y arbustos que, sin embargo, ofrecían poca protección para quien quisiera pasar desapercibido. La ventaja de aquella ubicación era su carácter remoto. Había que tener muy mala suerte para que te vieran abandonar un coche allí, aunque se tratara de una extensión muy abierta. La elección de aquel lugar dejó un tanto perplejo al inspector.

—Los peritos forenses han encontrado algo interesante —les dijo Eric a modo de saludo. Resultaba obvio que estaba excitado ante el hallazgo, y les hizo señas para que lo siguieran.

A Janssen le complacía ver la confianza que mostraba el joven oficial. Eric estaba consolidándose, pero Janssen esperaba que subiera un escalón más en cuanto a su rendimiento.

—Sangre en el maletero del coche.

El Ford blanco estaba aparcado fuera de la carretera, en un camino de acceso al campo contiguo, meticulosamente alineado con el seto y apartado de la calzada. Recordaba a los muchos vehículos que los excursionistas aparcaban al borde de la carretera antes de adentrarse en la red de senderos y vías ecuestres. El maletero estaba abierto, levantado al máximo, y un agente forense, vestido con un mono azul, estaba tomando fotografías del interior. Cuando Janssen se acercó a él, este le indicó que ya había terminado y se apartó para dejar espacio. En el fondo del maletero se habían dispuesto dos marcadores. Uno señalaba una mancha oscura en la moqueta, aproximadamente del tamaño de un plato pequeño. El otro, una mancha marrón en el borde del coche, que podría ser un arañazo causado al cargar o descargar algo. Janssen se agachó para ver mejor y coincidió con los pensamientos de Eric. Era sangre seca.

—Tendremos que cotejarla para confirmarlo, pero es lógico pensar que pertenece a Susan Cook. Se habrán quedado las marcas cuando la sacaron del maletero —dijo Eric—. Las personas pesan mucho cuando están en un estado de inconsciencia. Incluso una mujer de complexión delgada como Susan se podría convertir en una especie

de peso muerto. Lo siento. No quería que sonara así.

—No pasa nada, Eric —dijo Janssen, mirándolo a los ojos—. Tienes razón. Aunque eso nos lleva a cuestionarnos la envergadura de su agresor. Es difícil maniobrar con una persona inconsciente, pero alguien de mi tamaño podría lidiar con Susan con relativa facilidad en comparación con alguien como tú.

Eric asintió. Aquel comentario no había sido despectivo. Eric medía alrededor de metro setenta. Era atlético y, sin duda, físicamente capaz, pero lo que había dicho Janssen seguía siendo cierto. El inspector volvió a reflexionar sobre aquella ubicación, que aún le parecía muy extraña. ¿Por qué habían abandonado el coche precisamente allí? Lo iban a encontrar muy pronto. Aquellas carreteras no tenían mucho tráfico y el coche estaba a la vista. Le daba la sensación de que abandonarlo allí había sido una idea de última hora, elegida sin pensarlo mucho. A menos que a quien lo hubiera hecho no le preocupara que lo descubrieran. En ese caso, era poco probable que fueran a obtener mucha información útil de él. Se esperaba más o menos que ya lo hubieran limpiado por completo.

Dio un paso atrás y miró en el interior del habitáculo. No daba la impresión de que hubiera habido ningún intento de dañar más el vehículo, ocultar su propiedad o destruir pruebas forenses. Era casi como si hubieran tratado el coche con el respeto característico de un propietario en lugar de como lo haría un asesino que intentara ocultar pruebas, lo que reforzaba su primer pensamiento.

Las nubes se abrieron y dejaron paso al sol de finales de otoño, que descendía rápidamente hacia el horizonte. Janssen se orientó y estimó que el antiguo puerto de Thornham estaba a poca distancia en coche en dirección norte. Resultaba tentador considerar la posibilidad de que el asesino hubiera actuado con premeditación y confeccionado un plan estructurado para salir impune de su crimen. Sin embargo, había algo en todo aquello que le parecía chapucero, propio de alguien sin experiencia. La ubicación del lugar donde se había abandonado el cuerpo. La extraña sensación que le producía el vehículo. A primera vista todo parecía aleatorio; en realidad, era desordenado, caótico. El asesino había transportado el cuerpo de la

víctima hasta Thornham, donde eliminó cualquier posibilidad de identificación y lo arrojó al agua, pero no cogió el llavero del coche. Había sido un descuido. Se trataba de un coche moderno con un sistema de encendido sin llave. La llave solo tenía que estar presente en el coche para que el motor arrancara; una vez en marcha, seguiría funcionando hasta que se apagara manualmente. El asesino no tenía conocimiento de ello o no se dio cuenta, condujo el coche hasta aquel lugar y, luego, lo abandonó.

Un delincuente experimentado comprendería el proceso de investigación policial. Cuanto más tiempo se prolongara la frustración de la policía por construir una línea temporal de los primeros días, más se debilitaba el rastro. Que el asesino hubiera dejado la llave en el cadáver los había conducido hasta la empresa de alquiler de coches y, después, hasta Lincolnshire. Pero ¿por qué en aquel lugar? Resultaba muy incierto, muy aleatorio en apariencia. Y así era como se comportaban los asesinos accidentales, actuando mediante hechos aleatorios. La adrenalina y el miedo solían afectar a sus habilidades para tomar decisiones, lo que provocaba que dichas decisiones fueran en un principio caóticas y, después del suceso, parecieran precipitadas y poco definidas.

Sin embargo, a Janssen le parecía que aquel caso no cuadraba con todo eso. La forma en la que estaba aparcado el coche. El abandono del cadáver. Todo ello era prueba de que alguien había actuado con una determinación clara, sin una precipitación imprudente. Y, sin embargo, no podía quitarse de la cabeza la sensación de que se trataba de la obra de un novato. Esa conclusión lo estaba irritando.

—¿Había algo útil en el interior? —oyó preguntar a Tamara. Janssen prestó atención a medias a la conversación, pero continuó con su propio análisis personal.

—No, estaba limpio —respondió Eric—. ¿Esperaba encontrar algo en particular?

—Un diario o algo similar —explicó Tamara—. El suyo ha desaparecido del lugar en el que vivía.

—Pues no. Aparte de la sangre y los papeles de la empresa de alquiler que había en la guantera, no había nada. No debió tener el coche demasiado tiempo. Ni siquiera hay un recibo de combustible.

—Es una posibilidad —dijo Janssen, que se dirigió a la puerta del copiloto. Estaba abierta y miró al perito de Criminalística en busca de aprobación, poniéndose un par de guantes forenses mientras lo hacía.

—Sí, ya hemos procesado gran parte del interior —respondió el perito, indicándole que podía entrar—. Hemos recuperado huellas para cotejarlas y sacado fotografías. Todavía tenemos que examinar las alfombras y la tapicería en busca de fibras.

—De acuerdo. No necesito entrar —dijo—. Eric, ¿has traído el mando?

El oficial investigador se acercó hasta aquel lateral del coche y le entregó al inspector una bolsa de plástico con el mando en su interior. Janssen cruzó mentalmente los dedos para que el dispositivo fuera hermético. Sostuvo la bolsa lo bastante cerca como para que el coche captara la señal. Estiró la mano hacia el interior del coche, pulsó el botón de encendido y se alegró al ver que el salpicadero se iluminaba. Las agujas de los diferentes indicadores se movieron. El coche tenía tres cuartos del depósito de gasolina. Se trataba de un coche familiar de cinco puertas y Janssen hizo un cálculo mental aproximado de cuántos kilómetros había recorrido Susan. Si había recogido el coche el viernes con el depósito lleno, como era habitual, entonces no había recorrido muchos kilómetros. Eso suponiendo que no hubiera tenido que repostar durante el tiempo transcurrido. El inspector le echó un vistazo al kilometraje registrado en el salpicadero. Se asomó al exterior, miró a su alrededor y cruzó la mirada con la de Tamara. Su compañera se acercó a él.

—¿En qué está pensando? —le preguntó la inspectora jefe.

—Así, de memoria, el kilometraje que tenía el coche cuando Susan lo recogió no difiere mucho del actual. No recorrió mucha distancia. Si tuviera que aventurarme, diría que murió el viernes por la noche. El sábado como muy tarde.

—¿Por qué?

—De momento, no hemos encontrado a nadie que se haya registrado en ningún alojamiento de la zona con el nombre de Susan o con el de Barbara Keller. Por la impresión que da el coche, no ha estado durmiendo en él. No sé a dónde fue el viernes ni con quien

se reunió, pero probablemente fue esa persona la que la mató, y en ese lugar. Y luego abandonó el cuerpo y, poco después, el coche aquí.

Tamara observó los alrededores, protegiéndose con una mano los ojos del sol poniente que se aferraba al horizonte.

—Es extraño que dejara el coche en un lugar como este —aseguró.

—Pienso lo mismo —asintió el inspector, escudriñando el paisaje circundante—. ¿Qué le estará pasando por la cabeza al asesino? Por lo general, tratan de alejarse lo máximo posible del cadáver, y además intentan hacerlo cuanto antes. De esa manera, cualquier persona que se interponga entre ellos y la víctima se convierte en sospechosa antes que ellos.

—Sí, pero eso es más común cuando el asesino y la víctima no se conocen, ¿no le parece? —replicó Tamara.

—Cierto. A estas alturas, pensamos que se conocían, lo que significa que es probable que se trate de alguien de esta zona.

—Explíquese.

—Si conoce bien el terreno, el asesino tiene la ventaja de saber dónde deshacerse de los restos y dónde es menos probable que lo vean mientras lo hace. Pero ser de la zona también puede convertirse en un obstáculo —afirmó, reflexionando—. Por ejemplo, la geografía. Las zonas que conoces muy bien conforman tu espacio de actividad, es decir, el lugar en el que se desarrollan tus rutinas diarias, como, por ejemplo, llevar a los niños al colegio, ir al trabajo, hacer la compra, etcétera. Si sales de ese espacio, te sientes menos seguro, menos cómodo. Sigues conociendo la zona, pero no tan bien, y eso afecta a tu confianza. Lógicamente, eres menos propenso a la osadía. Es una especie de barrera natural.

—Sí, entiendo lo que quiere decir —aseguró Tamara—. Si sumamos las barreras geográficas que proporcionan la naturaleza y el hombre...

—Exacto, las carreteras principales, los ríos, la costa... Tenemos un área mucho más pequeña en la que centrarnos. Todo esto puede ocurrir a nivel subconsciente, sin que sea necesario tenerlo presente de forma consciente. Si seguimos la pista de una persona natural de

esta zona, lo más probable es que nuestro asesino viva dentro de su espacio de actividad. Y ese hecho hace que este lugar en el que ha abandonado el coche, así como el lugar donde encontramos el cuerpo de Susan, sean muy importantes. No pienso que la decisión de dejar el coche aquí fuera tan aleatoria como parece.

Janssen miró a su alrededor, y Tamara lo imitó.

—La A149 discurre hacia el oeste y el norte a lo largo de la costa. Tenemos Docking hacia el sur. Estas carreteras que nos rodean están interconectadas, pero no permiten un acceso o salida fáciles. El asesino abandonó aquí el coche no porque fuera conveniente o inteligente hacerlo, sino más bien porque no le quedó más remedio.

—Aunque eso no responde al motivo.

Janssen se quedó perplejo durante un instante. Tenía que haber una razón. Se le ocurrió una idea y volvió al interior del vehículo. El coche seguía en punto muerto. El inspector miró el panel de control y observó que el sistema de navegación seguía activo. Pulsó una pestaña y se amplió a pantalla completa.

—El navegador estaba programado —anunció, seleccionando la pestaña de destino.

La pantalla cambió a un mapa de la zona desde una perspectiva aérea. Janssen seleccionó la pestaña de dirección y pulsó *intro*. *La solicitud se procesó y, a continuación, el mapa se amplió. Se resaltó la ubicación en la que se encontraban y una ruta marcada en rojo que los llevaría al destino. Sacó su teléfono móvil y tomó una fotografía de la pantalla antes de hacerle señales al perito de Criminalística para que fuera a documentarla.*

—¿A dónde la llevaba esa ruta? —preguntó Tamara.

Janssen miró hacia el suroeste.

—Solo tengo el código postal, pero, viendo la ruta, calculo que el destino está a poco más de un kilómetro y medio en esa dirección —dijo mientras señalaba con una mano—. Hacia Sedgford.

—¿Qué opina? Alguien asesinó a Susan, trasladó su cuerpo a Thornham en su propio coche y luego lo abandonó aquí.

—Si el asesino actuó solo, tendría que recoger luego su propio vehículo. Es factible caminar un kilómetro y medio sin ser visto, no es una distancia demasiado larga. Y más factible aún si se hace de

noche, ciertamente.

—Y, si es alguien natural de la zona, es posible que conozca el camino. Vamos a comprobarlo —dijo Tamara, que se dio la vuelta y se dirigió hacia el coche—. Eric, quédese aquí para supervisar la recuperación del coche.

—Y, cuando hayas terminado, quiero que hagas una lista de todas las personas que formaban parte del círculo de Susan Cook antes de su desaparición. Amigos, familiares, compañeros de trabajo... Posibles socios, exnovios... todo lo que seas capaz de encontrar —le ordenó Janssen, que, a continuación, se reunió con Tamara.

—¿Hasta cuándo debo remontarme? —preguntó Eric.

—Hasta que se te acaben los nombres —respondió el inspector, sin darse la vuelta.

No vio pues cómo Eric miraba hacia el coche de alquiler y después su reloj mientras resoplaba.

CAPÍTULO 14

Como no tenían una dirección completa, se dejaron guiar por el código postal que estaba programado en el sistema de navegación por satélite de Susan Cook, que los condujo a través de una vía secundaria poco transitada que atravesaba campos abiertos. El sol ya se había ocultado tras el horizonte y la oscuridad envolvía el paisaje, lo que los obligó a buscar su posible destino con la ayuda de los faros del coche. Tom Janssen redujo la velocidad. No había señales de vida en las inmediaciones. No tenían un lugar concreto al

que dirigirse, lo que les provocaba cierta frustración y todavía más preguntas. ¿Por qué estuvo Susan tan lejos de todo, en aquel lugar, tan en medio de la nada?

—Un momento —dijo Tamara—. ¿Qué es eso que acabamos de pasar?

Janssen frenó bruscamente. Fuera lo que fuera, había pasado de largo. La carretera era estrecha y las cunetas a ambos lados, altas, así que, en vez de dar la vuelta, dio marcha atrás. Fueron retrocediendo hasta llegar a lo que Tamara había visto. A la izquierda había dos pilares y unas puertas abiertas. La vegetación que crecía por todas partes ocultaba casi por completo todo el conjunto.

—¿Qué dice esa señal?

—«No pasar», creo —respondió Tamara.

El acceso, del mismo modo, estaba cubierto de hierba y maleza, y también crecía algo de trigo silvestre; el viento había arrastrado sus semillas desde los campos cercanos. Janssen retrocedió un poco más para poder girar hacia el camino de entrada e iluminó las puertas con los faros. El camino se curvaba detrás de unos árboles y desaparecía de la vista.

—¿Qué habrá ahí?

Janssen movió la cabeza de lado a lado. Las puertas indicaban algo.

—Ni idea. Vamos a echar un vistazo —contestó, mientras comenzaba a avanzar con el coche.

El camino que partía desde las puertas estaba en mal estado y el inspector tuvo que conducir con cuidado para evitar que el coche rozara el suelo en varios puntos. Estando ya lejos de la carretera pública que los había conducido hasta allí, apareció un edificio. El cielo estaba despejado y la luna creciente iluminaba la escena, por lo que pudieron verlo mejor según se acercaban. Era enorme. Una silueta majestuosa e imponente contra el firmamento estrellado. Llegaron a una zona de aparcamiento que se encontraba delante del edificio. Estaba cubierta de grava y resistía el avance de la naturaleza, aunque, aun así, la vegetación crecía también en ella. Allí, el terreno, que se percibía sólido, parecía soportar mejor el peso del coche que el camino de acceso.

Janssen se bajó del vehículo y examinó el exterior del edificio. En su época de esplendor, debía haber sido todo un orgullo para sus propietarios. Tuvo que costar una pequeña fortuna encargar su construcción en un estilo arquitectónico como aquel, por no hablar de su mantenimiento. Eso explicaría en parte por qué parecía llevar años abandonado. Las ventanas estaban tapiadas, seguramente en aras de la seguridad del edificio y para que no entraran okupas o vándalos, aunque el inspector no creía que abundaran demasiado en aquella zona del país. Incluso con la escasez de luz que reinaba, Janssen pudo leer una placa con un nombre que estaba colocada junto al porche. Rezaba «Wellesley Manor». Junto al nombre se veía otra señal de advertencia que aconsejaba no pasar. Los edificios antiguos como aquel, si no se mantenían adecuadamente, enseguida caían en un estado de deterioro.

Tamara se acercó a la entrada principal y se detuvo en el umbral.

—Bueno, pues alguien ha entrado hace poco —afirmó tras activar la luz de su teléfono móvil y utilizarla como linterna para iluminar la puerta. Janssen miró—. Y no creo que tuvieran llave.

Alguien había hecho palanca en el marco de la puerta, forzándola en el punto medio de la placa de la cerradura. El color claro de la madera astillada sugería que no llevaba mucho tiempo expuesta a los elementos. Janssen corrió de vuelta al coche y sacó una linterna del maletero, junto con varios pares de guantes forenses nuevos, previendo que los podría necesitar. Cuando regresó a la puerta, le entregó un par de guantes a Tamara, que se los guardó en el bolsillo. Él tampoco se los puso, pero los sostuvo en la mano mientras empujaba la puerta para asegurarse de no dejar en ella sus huellas dactilares. La puerta se abrió un poco, pero las bisagras protestaron. Tuvo que empujarla un poco más para crear un hueco por el que pudieran pasar.

Janssen apuntó con la linterna hacia el interior y tuvieron una primera perspectiva de la entradita de la casa. Estaba en un estado pésimo de conservación y enseguida les llegó un olor a humedad y a moho. El inspector miró a Tamara e inclinó la cabeza, y ella asintió. Acto seguido, entró, y ella lo siguió. En contraste con el exterior, ahora no disponían de ninguna fuente de luz natural. Solo podían

ver lo que la luz de la linterna iluminaba. El edificio podía tener un exterior majestuoso, pero el interior transmitía la sensación de haber sido esterilizado. A medida que avanzaban, fueron comprobando que las características que cabría esperar encontrar en el interior de un sitio como aquel estaban presentes, aunque muchas veces alteradas por la instalación de tabiques nuevos tras la reestructuración del espacio que debió tener lugar en algún momento del pasado.

—Esto debió ser una residencia de ancianos o algo así —afirmó Tamara.

—Yo diría que inspirada en el castillo de Colditz —añadió Janssen en voz baja, dirigiendo el haz de luz hacia las escaleras que conducían al rellano de la planta superior.

Parecían estar en mal estado y él no tenía ninguna intención de comprobar su capacidad para soportar su peso. Tamara percibió sus dudas.

—Yo subo. Siga usted por aquí abajo. Avíseme si encuentra algo interesante.

—Tenga cuidado —dijo Janssen.

La inspectora jefe volvió a encender la luz de su móvil y se dispuso a subir la escalera curva, manteniéndose pegada a la pared en todo momento. Janssen se centró en la planta baja y vio que desde la entrada se podían seguir tres diferentes direcciones. Una de ellas conducía hasta una habitación en la parte delantera de la casa que parecía haber sido una oficina en el pasado. Junto a ella había un pórtico que daba paso a una habitación más grande. Janssen se situó en el umbral y observó su alrededor con el haz de luz de la linterna. En la pared del fondo había una chimenea abierta de grandes proporciones. En otros tiempos habría tenido un marco ornamentado, probablemente de mármol o granito, pero había desaparecido, dejando al descubierto las viejas lamas de la pared donde se habría situado. Se habían caído algunos trozos del techo, y en el suelo había restos de yeso y de madera. Al iluminar el techo, el inspector comprobó que una buena parte del mismo estaba combado. Decidió que era demasiado peligroso continuar, por lo que volvió sobre sus pasos para explorar la ruta alternativa.

Un pasillo lo adentró más en el edificio. Parecía que, antes de su

abandono, se habían llevado de allí todo lo que podía tener alguna utilidad. En ninguna de las habitaciones a las que llegó había nada digno de mención. En algunos lugares, los revestimientos del suelo se estaban levantando. Las paredes se estaban descascarillando, tanto la pintura en sí como el papel pintado en aquellos lugares en los que había estado presente. La impresión general era de un estado avanzado de deterioro. El edificio había sido olvidado, abandonado a su suerte.

Janssen reflexionó sobre la relación de Susan Cook con aquel lugar. Tenía pinta de haber sido una institución estatal. Tamara probablemente estaba en lo cierto con lo de la residencia de ancianos. La relación de Susan con aquel edificio podía tener algo que ver con el tiempo que la mujer pasó en el sistema estatal de acogida. Todas las habitaciones a las que el inspector iba llegando eran anodinas, desangeladas y carecían de una función discernible.

En un momento dado, el pasillo se bifurcaba; por un lado, se dirigía hacia el centro del edificio, y, por el otro, terminaba en una ventana que probablemente daba al jardín, pero que en la actualidad estaba tapiada, igual que todas las demás. El inspector encontró allí otro montón de escombros formado por el yeso caído del techo. Los escombros ocupaban todo el ancho del pasillo y tuvo mucho cuidado al pasar. Le llamó la atención algo que captó la luz de la linterna mientras pasaba por encima del montón. Se agachó para mirar más de cerca, y enfocó con la luz directamente sobre lo que había visto. Se trataba de una huella en el polvo. Parecía reciente; el dibujo de la suela se marcaba en el revestimiento del suelo.

Janssen examinó las proximidades, pero no vio nada digno de mención. El pasillo giraba hacia su derecha, adentrándose todavía más en el edificio. Al dirigir la linterna en esa dirección, vio una puerta al final del pasillo, a apenas cuatro metros de distancia.

Llegó hasta dicho lugar, una puerta victoriana maciza de cuatro paneles, probó el picaporte y comprobó que no estaba cerrada con llave. La abrió con cuidado y se produjo un ruido excesivamente fuerte, que pareció propagarse por el interior de la estancia. Iluminó el interior con la linterna y siguió el haz de luz por toda la estancia.

Quienquiera que hubiera dejado la huella se había dirigido hacia aquel lugar, pero el inspector no tenía ni idea de por qué. Dio un paso adelante y sorteó más escombros vigilando dónde pisaba. La habitación solo tenía una puerta; no había ventanas y, por tanto, resultaba claustrofóbica. El olor a humedad, junto con el moho visible en las paredes, propiciaba un fuerte olor a tierra en el aire. Se oyó un crujido procedente de arriba y Janssen apuntó con el haz de luz de la linterna en esa dirección; por un instante, le preocupó que estuviera a punto a caer algo más procedente del techo, pero no fue así.

Volvió a bajar la luz y centró su atención en un gran armario empotrado construido en el hueco de una esquina de la habitación, entre la pared y el conducto de la chimenea. El inspector se acercó al armario y observó que faltaba una de las puertas y que la otra se balanceaba con la corriente de aire que había provocado su entrada en esa dependencia. En la cara interna de la puerta encontró unas marcas. Al principio pensó que se trataban de líneas aleatorias que no seguían ningún patrón, pero luego se dio cuenta de que en realidad eran letras. Estaban grabadas en la pintura en el centro de la puerta y solo podían verse si estaba abierta. Bueno, incluso así, probablemente solo se verían si se estuvieran buscando. De hecho, él las había visto porque estaba buscando cualquier cosa fuera de lo normal. Era muy factible que pasaran desapercibidas nueve de cada diez veces. Muchas de las letras estaban dispuestas en pares y eran muy rudimentarias, lo que dificultaba su lectura.

Janssen acercó la linterna para estudiarlas. Relacionó una K y una D. También había una S y lo que le pareció que podría ser otra letra D, aunque no estaba seguro. Debajo había más letras, pero, debido a la luz artificial y a la tosquedad del grabado, eran demasiado difíciles de descifrar. Por encima de todas las letras encontró las únicas palabras. Una frase sencilla: «Yo estuve aquí». El significado de todo aquello no estaba claro, pero le pareció convincente la idea de que las parejas fueran iniciales. Por alguna razón, supuso que podría ser relevante para la investigación y sacó su móvil. Iluminó las letras desde diferentes ángulos e hizo varias fotos.

Intrigado ante el esfuerzo que debía haber supuesto ejecutar

aquellas inscripciones, se inclinó hacia el armario y alumbró el interior con la linterna haciendo arcos con el haz de luz, pero no vio nada más destacable. Guiado por un presentimiento, Janssen recurrió al sentido del tacto y comenzó a recorrer con cuidado los bordes interiores del armario hasta que tocó con los dedos algo metálico, frío y suave. Lo cogió y comprobó que tenía en la mano un cuchillo pequeño de mantequilla. Estaba encajado entre la parte superior del armario y el marco. Lo colocó junto a las letras y comprobó que la parte plana de la hoja coincidía aproximadamente con la anchura de las hendiduras.

—¿Qué tiene ahí?

La voz de Tamara sobresaltó al inspector, que reaccionó levantándose a gran velocidad, golpeándose la cabeza contra el borde del armario al hacerlo.

—¡Caramba! —murmuró.

—Lo siento —dijo Tamara—. ¿Algo interesante?

—Curioso, seguro, aunque no sé si interesante —respondió, frotándose la cabeza.

—Esto sí que lo es —aseguró Tamara, señalando el suelo a la altura de sus pies.

El inspector miró hacia donde le había indicado su compañera y se sorprendió al ver que aquello se le había pasado por alto. La luz del móvil de Tamara estaba iluminando el umbral de la puerta de la habitación. A simple vista se podía observar una mancha circular oscura, que abarcaba prácticamente el ancho de dos de las tablas viejas del suelo. Janssen se acercó a unos centímetros, se arrodilló y la examinó más de cerca. Los dos habían visitado suficientes escenas de crímenes como para saber reconocer sangre seca cuando la veían.

—¿Qué opina? —preguntó Tamara.

—Creo que hemos encontrado el lugar en el que atacaron a Susan Cook. Traigamos a los de Criminalística lo antes posible —afirmó el inspector, levantando la vista y mirando a Tamara a los ojos.

Ella echó un vistazo por la habitación.

—¿Qué demonios la traería aquí?

CAPÍTULO 15

Eric Collet se encontraba frente a los tableros que había en la sala de operaciones, revisando una y otra vez lo que había escrito en ellos. El primer tablón contenía la información que la Policía Científica había documentado acerca del coche de alquiler que había utilizado Susan y que luego se había abandonado. Desde un punto de vista forense, el interior del coche estaba bastante limpio. Una llamada telefónica rápida a la empresa de alquiler confirmó sus primeras impresiones. Al coche se le había realizado una limpieza

integral antes de que Susan Cook lo recogiera.

La minuciosidad de esa limpieza era una ventaja para la investigación. Se habían limpiado tanto el volante como las manillas y los controles del interior del vehículo. Por lo tanto, las huellas distintivas que hubiera en el coche solo podían haberse dejado en él después de que Susan comenzara a utilizarlo. Por su propia naturaleza, los coches de alquiler solían pasar por las manos de un buen número de conductores, y también de pasajeros. Ese gran volumen podría haber dejado multitud de huellas y habría sido difícil separar unas de otras e identificarlas. Más aún si había que relacionarlas con una persona que ahora se encontrara a muchos kilómetros de distancia, o quizá incluso en el extranjero.

Se había podido confirmar que un conjunto de huellas pertenecía a Susan. De hecho, la mayoría de las huellas eran de ella, pero quedaban otras por identificar. De estas últimas, era lógico suponer que algunas pertenecerían a los trabajadores de la empresa de alquiler que habrían conducido el coche a través del aparcamiento de la empresa. La esperanza era que las huellas restantes pertenecieran al asesino. Hasta aquel momento, los registros no habían proporcionado ninguna coincidencia en el sistema. Eric iría al día siguiente a la empresa de alquiler para tomar las huellas de todos los trabajadores que tuvieron acceso al coche y así intentar descartarlos.

Las muestras tomadas del suelo del maletero, así como de la mancha de la puerta del mismo, se habían enviado al laboratorio forense de Norwich para que se analizaran. Eric estaba seguro de que encontrarían un perfil genético coincidente con el de Susan. Del mismo modo, el coche también se iba a someter a una inspección rigurosa en busca de otras posibles evidencias que pudieran ayudar a identificar quién había estado en su interior. Las muestras de pelo o de piel ubicadas en las fibras de la moqueta eran la mayor esperanza del oficial investigador, pero la tierra o los restos orgánicos también podrían indicar dónde habían estado los pasajeros poco tiempo antes. Incluso la pista más inocua podía suponer un gran avance. Satisfecho con su trabajo, el oficial dejó el expediente sobre su escritorio y observó el otro tablón.

Comenzó a revisar la información que había recabado a partir de la investigación original sobre la desaparición de Susan, leyendo la denuncia que se presentó y el archivo de persona desaparecida que se creó después, y volvió a comprobar los nombres y las fechas. Tom Janssen era muy perfeccionista con los detalles, minucioso y metódico. No es que Tamara Grave fuera diferente, pero ella parecía guiarse mucho más por su instinto. Esa era la impresión que le había dado a Eric desde que Tamara había llegado. Cuanto más tiempo trabajaba para ella, más le gustaba el estilo de liderazgo que ejercía. No era informal, pero tampoco supervisaba todo al extremo. Su manera de actuar transmitía serenidad y parecía tener una gran habilidad para interpretar a las personas, tendiendo a permanecer callada y respetuosa antes de revelar sus pensamientos. De momento, no les iba demasiado mal.

Cuando Simon Cook acudió a denunciar la desaparición de su mujer, se redactó el informe de la denuncia y el caso se asignó a un detective del Departamento de Investigación Criminal, que no registró nada durante varios días. Aquello no le sorprendió a Eric. Miles de personas se escapaban de sus propias vidas cada año y, como no existía ninguna razón firme para creer que a Susan hubiera sufrido algún daño, era lógico que la respuesta de la policía hubiera sido poco entusiasta. El descubrimiento del coche cerca de los acantilados de Sheringham había marcado un antes y un después. Las llaves estaban en el contacto y el coche estaba abierto. Se llevó a cabo una búsqueda a lo largo de la costa, tanto por tierra como por mar, pero no se encontró ningún cuerpo. Al mismo tiempo, la investigación se centró en las personas más cercanas a Susan, así que se habló con amigos, compañeros de trabajo y más detalladamente con su marido, Simon Cook.

Tamara entró en la sala de operaciones, enfrascada en una conversación con Tom Janssen.

—¿Cómo va con la revisión de los archivos antiguos? —le preguntó la inspectora jefe.

—Ahora mismo los estoy examinando —respondió Eric, señalando los tres tableros con un gesto con la cabeza—. Tengo los resultados forenses del coche de alquiler y los datos más relevantes del archivo

de persona desaparecida de Susan y de todas las personas con las que interactuaba antes de su desaparición.

Janssen colgó el abrigo en el respaldo de la silla y cruzó los brazos sobre el pecho mientras examinaba la información de tableros.

—¿Algo interesante en el pasado de Susan Cook? ¿Has sido capaz de averiguar algo? —preguntó Janssen.

A Eric le molestó un poco aquella pregunta. Llevaba días trabajando sin descanso y se suponía que había quedado con Becca para cenar, en un intento por compensarla por haber cancelado una cita con ella con muy poca antelación tras el hallazgo del cadáver de Susan Cook. Había sido una estupidez comprometerse a ello teniendo en cuenta las circunstancias de su trabajo. No debería haber quedado para cenar. Y eso mismo fue lo que Becca le había dicho cuando la llamó para posponer la cita, cosa que había hecho apenas treinta minutos antes de la hora a la que habían quedado. A Eric no le sentó nada bien que Becca le sugiriera que su amigo y compañero de trabajo Keiron la acompañaría si él no podía hacerlo. No sabía si estaba intentando ponerlo celoso o no, pero que su jefe reconociera, aunque fuera mínimamente, sus esfuerzos, lo ayudaría un poco a aliviar su frustración.

—Al margen de la denuncia por desaparición, los únicos registros que tenemos de ella son los que conserva su asistente social —afirmó el oficial, haciendo todo lo posible por ocultar su irritación. Janssen bajó la mirada hacia él—. No he tenido oportunidad de revisarlo a conciencia aún, pero está aquí, junto con todo lo que he podido encontrar acerca de Wellesley Manor, tal y como me pediste.

Eric se acercó a su mesa y examinó la colección de archivos que había sobre ella. Cogió un dossier en cartulina manila, lo puso encima de otro y se lo pasó todo a Janssen, quien asintió con la cabeza en señal de agradecimiento. La irritación de Eric volvió a aflorar. El inspector llevaba toda la semana de mal humor. Eric se preguntaba qué habría hecho él para merecer un trato como aquel. Con un movimiento casi imperceptible de la cabeza, se giró de nuevo hacia los tableros y vio que Tamara lo estaba mirando fijamente. Sonrió con timidez, de forma un tanto avergonzada, preocupado porque no sabía cuánto tiempo llevaría mirándolo. Ella le devolvió la sonrisa. El

oficial se aclaró la garganta y señaló el tablón de en medio, en el que estaban los detalles de la investigación de la desaparición de Susan.

—El oficial a cargo de la investigación dedicó tiempo a indagar sobre Simon, el marido de Susan. Aparte de lo que ya sabíamos, también hubo una ocasión en la que un vecino llamó a la policía a raíz de un incidente doméstico. Nos advirtió de una discusión porque temía que la pareja de Simon estuviera en peligro.

Tamara miró el tablón, dando la sensación de que estuviera buscando más información de la que allí se detallaba.

—Fue antes de su relación con Susan —aclaró Eric.

—¿Se detuvo a alguien?

Eric negó con la cabeza.

—Los agentes que acudieron al lugar de los hechos estimaron que la situación estaba ya lo bastante tranquila y no consideraron necesario realizar ninguna detención. Este hecho no se tuvo en cuenta durante la investigación sobre la desaparición de Susan.

—Hemos hablado con Simon —dijo Tamara—. Ha sido muy sincero con nosotros sobre sus deficiencias como marido y padre en el pasado... Parecía sinceramente conmovido al enterarse de que su mujer desaparecida había fallecido hacía poco. Dicho eso, quiero seguir prestándole atención. ¿Cuáles fueron sus movimientos a finales de la semana pasada y durante el fin de semana? ¿Con quién se relaciona en la actualidad? Cuando hablamos con él, dio la sensación de que tenía mucha frustración y rabia reprimidas. Normalmente, la gente se muestra reacia a mostrar sus emociones cuando la policía les hace preguntas. Si así es como se comporta delante de nosotros, me pregunto cómo lo hará en privado. ¿Qué hay de las amigas de Susan? Simon nos contó que su mujer se relacionaba con un par de ellas.

—Solo se recoge un nombre importante con quien se habló durante la investigación: Sarah Caseley —informó Eric, echando un vistazo a sus notas y luego al tablón—. Aunque no sé cuál es el vínculo entre ellas.

—Apuesto a que yo sí —aseguró Janssen mientras leía el expediente que tenía en las manos sin levantar la vista del papel—.

Las dos residieron en la misma institución para menores.

—¿Wellesley Manor, por casualidad? —preguntó Tamara.

—Exacto —respondió Janssen—. Wellesley funcionó como hogar infantil entre 1984 y 2002, año en el que cerró sus puertas. Antes de eso era una residencia privada. Aquí hay un informe que redactó la asistente social de Susan, de la época en la que ella residía allí. Susan se vio envuelta en un altercado con otra niña y afirmó que estaba defendiendo a una amiga llamada Sarah. Esa amiga era Sarah West, que me imagino que sería su apellido de nacimiento. Tenía trece años en aquel momento.

—¿La institución era de propiedad estatal? —preguntó Tamara.

—Se trataba de una fundación benéfica —respondió Janssen, volviendo a mirar el documento—. Eric, ¿has conseguido la dirección de Sarah Caseley?

—Sí. Vive cerca de Burnham Market.

—Caseley... ¿Por qué me suena ese apellido? —preguntó Janssen.

—No es de extrañar. Los Caseley son grandes terratenientes de la zona. Cuentan con tierras propias y campesinos arrendatarios.

Janssen miró el reloj de la pared y luego a Tamara.

—Creo que deberíamos ir a hacerle una visita a Sarah esta noche. Quizá descubramos el motivo por el que Susan regresó a Wellesley —dijo Janssen—. Eric, a lo mejor tú podrías ir a hablar con Simon Cook para ver si Susan le habló alguna vez de su estancia en el hogar infantil. A nosotros no nos lo contó, pero quizá no pensó que eso fuera a ser relevante. Si nos vamos todos ya, podríamos estar de vuelta a...

—O —lo interrumpió Tamara— podríamos dar por terminado el día y arrancar de nuevo mañana. Eric, ¿no dijo que tenía planes para esta noche?

Eric se sorprendió. Él no había dicho nada o, al menos, no recordaba haberlo hecho.

—Sí, es cierto... Pero ¿no deberíamos...?

—Recuerde que nosotros también tenemos nuestras vidas, Eric. Así que sí, sí que deberíamos —afirmó Tamara—. Váyase a casa.

—Claro, sí.

No hizo falta que se lo dijera dos veces. Eric cogió su abrigo del

respaldo de la silla y cruzó la sala de operaciones a toda prisa. Al llegar al umbral de la puerta, se giró y dio un paso atrás. Tamara le lanzó las llaves del coche, pues se las había dejado sobre el escritorio, y Eric las atrapó con una mano.

—¡Genial! Gracias.

Apenas había dado un par de pasos en el pasillo cuando empezó a buscar su móvil en el bolsillo. Resistió la tentación de echar a correr y pulsó el acceso directo en la pantalla de inicio del teléfono para llamar a Becca. Si se daba prisa, solo llegaría un poco más tarde de la hora a la que habían quedado. Con suerte, Keiron no llegaría a entrar en escena.

CAPÍTULO 16

—Podríamos haber dejado esto para mañana —dijo Tamara de forma distraída mientras Janssen sorteaba un tramo en el que la carretera se estrechaba. Tras haber dejado la carretera de la costa, se habían adentrado hacia el interior para aproximarse a Burnham Market y se habían topado con una zona en la que la carretera estaba en obras. Había un carril cerrado y, en un cruce, un semáforo temporal regulaba el flujo de vehículos en tres direcciones diferentes. Janssen se quejó entre dientes al verlo—. Acabo de decir que podríamos

haber dejado esto para mañana. Sarah Caseley seguirá aquí para entonces.

—Lo sé —respondió el inspector, que volvió a acelerar una vez pasado el semáforo. La casa de Sarah encontraba en las afueras del pueblo y Janssen comenzó a escudriñar las propiedades por las que iban pasando, buscando su destino—. Pero no es mala idea que adelantemos un poco de trabajo, ¿no? —dijo, mirando a Tamara de reojo.

Estaba oscuro, eran casi las siete de la tarde y no podía distinguir la expresión del rostro de su compañera debido a las luces que reflejaban los coches que pasaban de frente.

—Usted siempre es una persona comprometida, Tom. Nadie podría dudar de eso —replicó Tamara—. Pero ¿seguro que esa es la razón?

—¿Qué quiere decir?

—Sería bueno que recordásemos que tenemos nuestras propias vidas fuera del trabajo.

El comentario le molestó. Se esforzó para no demostrarlo.

—Mire, no sabía que Eric tenía planes. No me había dicho nada.

—A mí tampoco —respondió la inspectora jefe, mirando al frente—. Pero lo oí refunfuñar para sí mismo cuando pensaba que nadie lo estaba escuchando.

Entonces Janssen se sintió culpable. Eric siempre trabajaba sin quejarse. Quizá no le había estado prestando suficiente atención.

—Además —añadió Tamara—, yo no estaba hablando de Eric.

—Bueno, ¿y qué hay de usted? —preguntó Janssen, ignorando el comentario de su compañera e intentando cambiar de tema de forma consciente.

—¿Qué hay de mí?

—¿Cuándo va a irse a vivir a una casa?

Tamara pareció centrar su atención en el paisaje que la rodeaba, mirando a través de la ventanilla del copiloto. Janssen pudo ver el reflejo de su cara en el cristal.

—No lo sé. Ya veré cómo va la cosa. De momento, mi alojamiento me vale.

—¿Ha sabido algo de Richard últimamente?

Prosiguieron unos instantes de silencio, hasta el punto de que el

inspector dudó si ella había oído la pregunta. Al final, Tamara movió la cabeza de lado a lado en un gesto de negación.

—La última vez que hablamos, la conversación no fue demasiado bien... —afirmó, mientras seguía mirando el paisaje que iban dejando atrás—. Tengo que admitir que, desde entonces, no he querido cogerle el teléfono.

A Janssen le sorprendió que siguieran en contacto. Desde que Tamara había cancelado la boda y había aceptado su nuevo puesto de trabajo, poniendo distancia con su antiguo prometido, parecía claro que sus vidas iban a tomar rumbos distintos. En opinión de Janssen, era mucho más fácil cortar los lazos habiendo puesto esa distancia entre ambos. Pero, por otra parte, cuando las vidas de dos personas están tan unidas, cuando hay tanto en común, a menudo las cosas son más difíciles. Quizá aún tuvieran asuntos que resolver. Janssen pensaba que Tamara era de ese tipo de personas a las que les gusta solucionar las cosas hablando. Una mujer analítica.

Empática. Cualidades que él admiraba. Rasgos que le gustaría tener.

—Creo que es aquí —dijo el inspector, reduciendo la velocidad del coche al llegar a una casa señorial independiente de estilo georgiano, visible a través de los árboles. Una puerta alta de dos hojas bloqueaba el acceso al camino de entrada. Janssen detuvo el coche cerca de un interfono, bajó la ventanilla y pulsó el botón. Esperaron hasta que escucharon la voz de una mujer a través del altavoz—. Inspector Janssen, de la Policía de Norfolk. ¿Podría hablar con la señora Sarah Caseley, si está en casa?

Se produjo una pausa. Janssen observó la cámara que había instalada sobre la puerta, que lo enfocaba directamente. Se escuchó un zumbido a través del altavoz y, unos instantes después, se escuchó el sonido de un mecanismo cuando las puertas empezaron a moverse. Avanzó despacio con el coche. Una serie de luces bordeaban todo el camino y los fueron guiando hasta la casa. Nada más detenerse frente a la misma, se abrió la puerta principal. Los recibió una mujer que los saludó con una cálida sonrisa y una mirada expectante. Manteniéndose detrás de la puerta entreabierta, los miró alternativamente.

Janssen calculó que la mujer tendría poco más de cuarenta años,

aunque era difícil determinarlo. Su vestimenta, peinado y maquillaje eran impecables. A aquellas horas del día, el inspector normalmente sentía que ya se le empezaban a cerrar los ojos, pero esa mujer daba la impresión de estar enérgica, fresca y con los sentidos alerta.

—¿Señora Caseley? —preguntó Janssen.

La mujer amplió aún más su sonrisa, intentando ocultar su nerviosismo.

—Sí. ¿En qué puedo ayudarlo, inspector...? ¿Janssen, ha dicho?

—Tom Janssen —confirmó el inspector, que sacó su placa y se la mostró. La mujer se inclinó hacia delante e inspeccionó su identificación; acto seguido, abrió la puerta un poco más y dio un paso hacia el exterior—. Esta es la inspectora jefe Greave —dijo el inspector señalando a Tamara, que también sonrió.

—Por favor, pasen —invitó Sarah Caseley, haciéndose a un lado para dejarlos pasar. Aunque tampoco era necesario. La puerta era ancha y el vestíbulo al que daba acceso era fácilmente el doble de grande que el de la mayoría de las casas—. Tengo curiosidad por saber qué puedo hacer por ustedes esta noche. ¿Va todo bien? No le habrá sucedido nada a James, ¿verdad?

La sonrisa de Sarah se desvaneció, como si de repente pensara que la visita pudiera deberse a algún hecho terrible.

—¿James es...? —preguntó Janssen mientras la mujer cerraba la puerta detrás de ellos.

—Mi marido.

—No se preocupe, seguro que está bien —afirmó Janssen—. Hemos venido para hablar con usted sobre su relación con Susan Cook.

—¿Susan? Madre... Hace mucho de eso —dijo Sarah, que llevó a los detectives hasta una cocina y comedor amplios, un espacio integrado de concepto abierto. Se encontraban en una construcción contemporánea de una sola planta. La pared trasera estaba construida en cristal y daba al jardín trasero, que estaba bien iluminado. Se trataba de un espacio ajardinado muy bien cuidado que contaba también con un rincón para sentarse al aire libre junto a una piscina.

—Ustedes eran amigas antes de que ella desapareciera, ¿verdad?

—preguntó Janssen mientras la mujer les ofrecía asiento.

Sarah asintió con entusiasmo.

—Sí, la conocía. Aunque ahora me parece que eso fue en otra vida.

Janssen vio que Tamara escudriñaba la estancia y se preguntó qué estaría pasando por su cabeza.

—Me temo que tenemos malas noticias para usted. Encontramos el cadáver de Susan a principios de esta semana —le informó Janssen.

Los hombros de Sarah se desplomaron; la mujer se echó hacia atrás en su asiento.

—Vaya, eso es horrible —dijo—. Pobre Susan. ¿Tiene esto algo que ver con el cadáver que se encontró en Thornham?

—Me temo que sí —respondió el inspector.

—Es terrible. ¿Es cierto lo que dice la gente?

—¿Qué dice la gente?

—Que la han... ¿asesinado? —preguntó Sarah bajando la voz, como si temiera que alguien pudiera escucharla.

—Todavía estamos investigando las circunstancias de lo ocurrido. Por ahora, mantenemos una mente abierta sobre lo que haya podido suceder —respondió Janssen mientras miraba a Tamara.

—Entiendo. ¿Cómo puedo ayudarlos? Llevo casi una década sin ver a Susan.

Tamara se unió a ellos en la mesa, ocupando un asiento a la derecha de Sarah y enfrente de Janssen. El inspector observó cómo Sarah miraba a su compañera mientras esta se sentaba. La mujer entrecerró los ojos; se trató de un gesto fugaz y muy sutil, pero suficiente para despertar su curiosidad. Después, Sarah volvió a sonreír.

—Nos interesa remontarnos un poco más atrás, a cuando ambas se conocieron —dijo Tamara—. Fue en Wellesley Manor, ¿verdad?

Sarah abrió los labios como si estuviera a punto de hablar, pero no dijo nada. Se produjo un silencio. La mujer parecía desconcertada, con la mirada perdida.

—¿Señora Caseley? —insistió Janssen, tratando de llamar la atención de la mujer.

Ella movió la cabeza, saliendo por fin de su ensimismamiento.

—Lo siento. ¿Cómo ha dicho, Wellesley? Sí... Las dos coincidimos allí —dijo, con expresión seria—. Pero eso fue hace mucho tiempo. ¿Qué relevancia tiene?

—Creemos que Susan pudo haber vuelto allí recientemente y estamos tratando de entender por qué podría haberlo hecho. ¿Tiene alguna idea de la razón por la que podría querer regresar allí?

Sarah negó con la cabeza.

—No tengo ni idea de por qué lo haría. ¿Cómo podría saberlo?

Janssen no pudo ocultar su sorpresa.

—Teníamos la impresión de que ustedes dos eran buenas amigas. Que usted era una de las pocas que tenía.

—Bueno... Tal vez haya sobredimensionado un poco nuestra amistad. No sabría decirlo. Creo que no pude ayudarla mucho en relación con el motivo por el que se marchó hace años, ni tampoco ahora.

Sarah miró hacia la pared que quedaba a su izquierda. Janssen siguió su mirada hasta el reloj que había sobre dicha pared. La mujer parecía estar a la defensiva; no dejaba de jugar con las manos mientras hablaban.

—Verán, Susan y yo estuvimos juntas en Wellesley, pero nuestros caminos se cruzaron muy brevemente... apenas unos meses.

—Susan pasó gran parte de su adolescencia allí —dijo el inspector—. ¿Usted no?

—No. Me adoptaron cuando estaba a punto de cumplir catorce años —explicó Sarah—, una pareja maravillosa que ya tenía dos hijos varones y quería una niña. Eran mayores, así que una adolescente les venía bien. Supongo que fui una de las afortunadas.

—¿Afortunada en qué sentido?

—Pude marcharme de allí. No me malinterpreten, no todo era terrible. Es decir, que las niñas se vean obligadas a convivir en esas condiciones nunca va a ser un paraíso, pero algunas de ellas eran bastante agradables.

—¿Y las demás? —preguntó el inspector, comprendiendo lo que Sarah no había dicho.

Ella lo miró a los ojos.

—Algunas de las niñas tenían muchos problemas, inspector.

—¿Susan?

—No especialmente, al menos no que yo recuerde.

—¿Le habló Susan alguna vez de alguien más, tal vez de Abigail Thomas?

Al escuchar el nombre de la artista, Sarah movió la cabeza hacia un lado.

—¿Abigail? —repitió.

—¿La conoce? —preguntó Tamara.

—Sí, claro que la conozco —respondió Sarah, mirándolos a ambos alternativamente—. La conoce todo el mundo, ¿no? No, yo no recuerdo que Susan me hablara nunca de ella.

De repente, todos escucharon el sonido de lo que parecía alguien entrando en la casa por la puerta principal. Sarah miró el reloj otra vez. Su expresión se volvió pensativa.

—Lamento mucho no poder serles de más ayuda.

—¡Sarah! ¿Dónde estás? —preguntó una voz bien modulada desde el vestíbulo.

—Aquí, cariño —respondió ella. El tono de su voz se suavizó. Miró a Janssen y sonrió—. Es mi marido, James.

La entrada de James Caseley interrumpió la conversación. El hombre era varios años mayor que su mujer. Cercano a los sesenta, según calculó Janssen. Era un hombre fornido, con mejillas sonrosadas y cabello canoso. Entró en la estancia y de inmediato miró a los visitantes de forma inquisitiva.

—Ya decía yo que por qué estaban abiertas las puertas y de quién era el coche que estaba bloqueando la entrada —le dijo a su mujer; luego, miró a Janssen a los ojos y, aparentemente, comenzó a evaluarlo—. No sabía que estuviéramos esperando invitados.

—Son de la policía, cariño —le explicó Sarah, que se levantó y cruzó la habitación para saludarlo con un beso en la mejilla.

El hombre no pareció siquiera darse cuenta del gesto.

—¿La policía? —dijo, frunciendo el ceño—. ¿Qué policía?

—*La policía —respondió Janssen enfatizando sus palabras. Se levantó y le tendió la mano—. Inspector Tom Janssen.*

James Caseley se la estrechó cortésmente.

—¿Qué les trae por aquí? Espero que no sea otra de las extravagantes cacerías de mi mujer.

—No es nada, cariño. Creo que ya estaban a punto de marcharse.

—Te lo he dicho muchas veces, no hay nadie merodeando por la casa. Ahora la tenemos iluminada todos los días como si fuera un árbol de Navidad. He mejorado las puertas y las cámaras de vigilancia por ti.

Daba la sensación de que James se estaba calentando cada vez más. Parecía imparable, a pesar de los esfuerzos de su mujer por detenerlo.

—De verdad, no puedes hacerle perder el tiempo a la policía con tus historias fantásticas...

—Hemos venido por un asunto completamente distinto —lo interrumpió Janssen.

El inspector miró a Tamara, que asintió. Sarah parecía decidida a dar por terminada la conversación. James Caseley parecía menos dispuesto a hacerlo.

—¿A qué han venido entonces? —preguntó James.

Fue su mujer quien respondió antes de que ninguno de los detectives tuviera tiempo de hacerlo.

—Me están preguntando por Susan Cook. ¿Te acuerdas de Susan, cariño?

—Oh... Otra vez ella. Han pasado años. ¿Por qué demonios preguntan por ella? —dijo James, frunciendo el ceño.

—Por desgracia, ha fallecido. Después de todos estos años sin saber nada de ella. Es horrible. Estos agentes están tratando de averiguar qué le sucedió.

James enarcó las cejas. No parecía muy consternado por la muerte de Susan.

—Ah, vale. Bueno, sigo sin entender cómo se supone que debemos saber nosotros en qué anda metida nuestra limpiadora, y más después de tantos años. Lo que los empleados de la casa hagan en su vida privada no tiene nada que ver con nosotros. A menos que nos afecte directamente.

James pronunció aquellas últimas palabras mirando a Janssen.

—¿Su limpiadora?

James asintió.

—Sí. A día de hoy, sigo pensando que nos robaba. ¿Les has contado eso? —preguntó, mirando a su mujer. Luego, se giró hacia Janssen e hizo un gesto con el dedo índice—. Deberían tomar nota de eso.

—¡Ay, James, por el amor de Dios! —exclamó Sarah, con un gesto de exasperación pero manteniendo un brazo alrededor de la cintura de su marido y el otro, relajado sobre su pecho.

—¿Qué? —protestó James de forma inocente—. Vestía muy bien y parecía que nunca le faltaba el dinero.

—Susan trabajaba mucho, cariño.

—Pues a mí no me lo parecía. Siempre que la veía, estaba bebiéndose una taza de té. Se levantaba de un salto y salía pitando en cuanto yo llegaba. Sospechoso. Daba la sensación de que ocultaba cosas.

—Por favor, ignore las críticas de mi marido, inspector. A pesar de lo que dice, apenas conocía a Susan.

—Es solo mi impresión —replicó James, liberándose del suave agarre de su mujer—. En fin, menos mal que ya estaban a punto de irse. Tenemos que prepararnos. Llevo acumulando retraso todo el día y no convendría llegar tarde. Tenemos que salir a las ocho —afirmó, inclinando la cabeza hacia delante y dando varios golpecitos sobre su reloj—. ¿Me disculpa?

Lo preguntó dirigiéndose a Janssen, que sonrió al hombre mientras se daba la vuelta para salir del salón-cocina. Le hizo un gesto muy elocuente a su mujer para que se fijara también en el reloj. Una vez que se hubo alejado lo suficiente, Sarah se giró hacia ellos. Estaba tensa y volvió a retorcerse las manos mientras ambos esperaban expectantes una explicación.

—Lo siento —dijo Sarah, bajando la voz—. Por favor, intenten comprenderlo, mi marido no sabe nada de mi estancia en Wellesley. Nunca le he contado esa parte de mi infancia. Después del tiempo que pasé en el hogar infantil, no volví a ver a Susan durante mucho tiempo y, de repente, un día me la encontré por casualidad y nos pusimos a hablar. Ella estaba pasando por un mal momento, creo que tenía algo que ver con su marido. En fin, la invité a venir aquí

para charlar. Vino varias veces después de aquel encuentro. Un día, James volvió a casa inesperadamente y tuve que pensar en algo rápido. Lo primero que se me ocurrió fue decirle que era nuestra limpiadora. Susi me siguió el juego. Se le daba muy bien.

—¿El qué? —preguntó Janssen.

—Ya sabe, guardar un secreto.

—¿Y qué puede contarnos del momento en el que desapareció? —preguntó Janssen.

Sarah miró nerviosa hacia el vestíbulo, temerosa de que su marido pudiera reaparecer en cualquier momento.

—Cuando vino el policía, fue un poco incómodo —dijo—, pero James pasa tan poco tiempo aquí... En fin, prefiero no remover aquel periodo de mi vida. James es un buen hombre, un tipo cariñoso... dejando a un lado sus fanfarronerías. Pero... el estatus social es importante en su familia. No sé si entienden lo que quiero decir.

—Lo entendemos —dijo Tamara, que se acercó a Sarah y le puso una mano sobre el antebrazo, para transmitirle tranquilidad—.

¿Puedo preguntarle a qué se refería su marido con el tema de las cámaras de seguridad?

Sarah parecía avergonzada, pero respondió de forma dubitativa.

—Como les acabo de decir, mi marido está muy ocupado y pasa gran parte de la semana fuera de casa. Muchas veces se queda en Londres, pues tenemos un piso en Chelsea, y yo me quedo aquí sola. No me gustan mucho los perros, así que... Probablemente sea una tontería, lo sé, pero...

—Es comprensible. Gracias por su tiempo, señora Caseley —dijo Tamara.

Sarah los acompañó a la salida. Se despidieron de ella y escucharon cómo se cerraba la puerta nada más salir, incluso antes de que Janssen hubiera tenido tiempo de coger las llaves del coche. El inspector vio otra cámara en la pared que enfocaba directamente hacia la entrada de la casa y miró a su alrededor. Había una vista despejada de las tierras que rodeaban la casa hasta las puertas de entrada y los árboles que bordeaban la propiedad. Abrió la puerta del conductor y se subió al coche.

—¿Qué le parece la mujer? —preguntó Tamara mientras él cerraba

la puerta y se abrochaba el cinturón de seguridad.

Janssen miró hacia la casa mientras arrancaba el coche.

—Verosímil.

—¿En qué sentido lo dice? —insistió la inspectora jefe.

Janssen la miró y vio que su compañera parecía intrigada por su comentario.

—Todo en ella es verosímil. Su relación escasa con Susan, no haberla visto durante años, reuniones esporádicas que no le permiten comprender las motivaciones de su antigua amiga...

Verosímil —dijo, encogiéndose de hombros de forma despreocupada—. La razón para no contarle a su marido una parte de su pasado...

Verosímil. Los motivos que justifican la presencia de todas estas luces y medidas de seguridad...

—Verosímil —concluyó Tamara por él.

Janssen se rio.

—¿Y se ha fijado en cómo ha reaccionado al escuchar el nombre de Abigail Thomas? Sí, es una artista muy conocida, pero...

—Ha mentido descaradamente —afirmó la inspectora jefe.

—Por supuesto que sí —asintió Janssen—. A cualquiera que sea capaz de engañar a su marido sobre una parte importante de la primera mitad de su vida, además de no contarle que la policía ha ido a casa a hacer preguntas, debe dársele bastante bien ocultar la verdad. Vale la pena revisar los registros de Wellesley para ver si Abigail tiene algún tipo de relación con la institución.

—Tengo dudas con Sarah. Su presencia tan cuidada... Y no me refiero solo al pelo, la ropa o el maquillaje, sino también a cómo se ha comportado con nosotros.

—Siempre teniendo una sonrisa lista para hacernos sentir cómodos y relajados, ¿verdad? —preguntó el inspector.

—Justo eso. Da la sensación de que no solo estuviera ocultando su pasado, sino también a sí misma, poniendo una barrera entre ella y la Sarah que quiere que el mundo vea.

—O tan solo se preocupa por su apariencia... —replicó Janssen—. Algunas personas son presumidas.

Tamara se encogió de hombros.

—Esas personas tienen problemas de inseguridad, autoestima o

ansiedad. A veces, las tres cosas en cierta medida.

—¿Es por eso por lo que usted no se esfuerza? —bromeó Janssen.

Ella le lanzó una mirada y él sonrió.

—Muy cierto —respondió Tamara, sonriendo.

—Mañana llegaré un poco tarde, si no le importa —dijo Janssen.

—Claro, no hay problema. Me llevaré a Eric para charlar con Tara Byrons. ¿Todo bien?

—Sí. Solo tengo que hacer un recado. Esa preocupación de la que hablamos.

—Ah, claro. ¿La que yo le mencioné y de la que usted sigue evitando hablar?

—Sí. Esa misma —respondió Janssen.

El inspector arrancó y comenzó a avanzar con el coche. Las puertas se abrieron automáticamente cuando se acercaron; él se preguntó si estarían controladas por un sensor o si alguien los estaba observando todo el tiempo desde el interior de la casa.

CAPÍTULO 17

La puerta se cerró, y Sarah Caseley se apoyó contra la pared y miró hacia el techo. Respiró hondo e intentó calmarse. Extendió las manos por delante de ella; no dejaban de temblarle y, por mucho que lo intentara, no podía evitarlo.

—¿Ya se han ido, Sarah? —preguntó James desde el rellano de arriba—. Más vale que te vayas moviendo. Tenemos que irnos pronto.

Sarah se alejó de la pared y se colocó delante del espejo que

había sobre la misma, un poco más allá. Miró fijamente su reflejo y casi no reconoció a la persona que veía. Iba a subir las escaleras para ducharse y cambiarse. El resultado final sería muy similar al que veía allí. Sonrió, en un esfuerzo consciente por determinar su estado de ánimo. Eso era lo que le había enseñado su terapeuta. La capacidad de moldear sus emociones por elección propia, en lugar de estar condicionadas por el entorno.

—¡Sarah! —volvió a llamarla James. Esta vez, con un matiz agresivo más que evidente. Había una exigencia implícita en aquella voz.

Sarah no tenía otra opción. Al subir las escaleras, vio a su marido en el dormitorio ajustándose la corbata con su torpeza habitual. Se acercó a él, le apartó las manos y corrigió el nudo.

—Ya está —dijo Sarah, dando un paso atrás.

James se miró en el espejo de cuerpo entero. Satisfecho con su aspecto, entró en el cuarto de baño del dormitorio. Cerró la puerta, y Sarah escuchó cómo se abría el grifo y él se lavaba las manos. Se sentó en el borde de la cama y posó las manos sobre su regazo. Ya no le temblaban. James reapareció y la miró con el ceño fruncido.

—Más vale que te des prisa. Quiero que salgamos en un cuarto de hora.

—Yo... No me encuentro bien —dijo Sarah, frunciendo los labios—. He pensado que... Tal vez sería mejor que me quedara en casa esta noche. Y acostarme temprano.

James la fulminó con la mirada y se metió las manos en los bolsillos de los pantalones. Se pasó la lengua por el labio inferior, intensificando su mirada.

—No creo que eso sea apropiado —afirmó. Acto seguido, desvió la mirada y cruzó la habitación para coger la chaqueta que colgaba en la puerta del armario. Se la puso y volvió a mirarse en el espejo. Giró la cabeza hacia un lado y luego hacia el otro, y se tocó suavemente el pelo a ambos lados de la cabeza para asegurarse de que estaba como deseaba. Cuando estuvo satisfecho, flexionó la parte superior del cuerpo y, con una última respuesta afirmativa ante su reflejo, se dispuso a salir de la habitación. Cuando llegó al umbral de la puerta, apoyó una mano sobre el marco de la misma y miró

hacia atrás para observar a su mujer. Enarcó las cejas, inclinó la cabeza hacia delante y la miró a los ojos—. Quince minutos, Sarah. Te espero abajo. Arreglada.

James se marchó sin decir nada más. Ella no puso objeción alguna. No discutió. Se levantó de la cama y se acercó a los armarios que ocupaban las paredes de su dormitorio. Abrió el que quedaba más lejos a la izquierda y se puso de puntillas para alcanzar el estante más alto. Apartó dos cajas de zapatos apiladas una encima de otra, estiró una mano hacia el fondo y sacó otra caja pequeña. Estaba forrada en terciopelo morado con detalles dorados. Era una caja de recuerdos. Volvió a la cama y se sentó. Levantó la tapa y miró el contenido. Había un collar de cuentas multicolores y un anillo pequeño sobre unas fotografías. Ambos objetos eran piezas de bisutería y no tenían ningún valor al margen del sentimental, ya que se los había regalado una madre adoptiva años atrás. Los apartó y sacó las fotografías. La mayoría eran en blanco y negro y habían sido tomadas en los años cincuenta y sesenta, pero había otras incluso más antiguas. Eran las últimas imágenes que le quedaban de su familia. Pasó por aquellas imágenes con rapidez, fotografías de su madre biológica y sus abuelos, y se detuvo un instante en una foto de su madre, en la que era muy pequeña y estaba sentada sobre el regazo de una señora de aspecto serio, muy posiblemente vestida con sus mejores galas. Había también un hombre barbudo de pie detrás de ellas. Sarah no tenía recuerdos verdaderos de ninguno de ellos. Quizá algunos sentimientos residuales, aunque nunca llegaría a saber si se trataba de recuerdos auténticos o de fantasías optimistas.

Continuó hasta llegar a una foto en color. Dejó el resto de las imágenes y sostuvo aquella fotografía frente a ella con ambas manos. La imagen no tenía ni mucho menos una gran calidad, pues estaba granulada y el paso del tiempo la había deteriorado. Las esquinas estaban raídas y los colores se habían desvanecido. Sin embargo, el recuerdo de aquel día seguía muy presente. Había cinco niñas posando para la foto. Tendrían todas poco más de diez años y estaban de pie ante una cancela cerrada de cinco barrotes, vestidas con ropa de verano y sonriendo ante la cámara. Sarah deslizó los

dedos sobre la imagen y se detuvo cuando estos se encontraron con la niña de la derecha. Vestía un impermeable rojo con capucha, tenía una complexión delgada y era mucho más baja que las demás, a pesar de tener aproximadamente la misma edad. Estaba un tanto apartada hacia la derecha, a medio paso de las demás, que estaban cogidas del brazo y sonreían. La chica parecía perdida. Y lo estaba. Los dedos de Sarah acariciaron el rostro de la niña y cerró los ojos, tratando de contener las lágrimas.

—¡Sarah!

—¡Ya voy! —respondió, con la voz a punto de quebrarse.

Volvió a guardar las fotos en la caja a toda velocidad y las escondió de nuevo. Del mismo armario sacó un vestido de gala rojo. Sabía que a James le agradaba. Se miró en el espejo y se lo puso por delante de su cuerpo. Si se recogía el pelo y se ponía aquel vestido, estaría lista en poco tiempo. Comprobó que no se le hubiera corrido el rímel, respiró hondo y se miró en el espejo.

—Lo siento, Susi —susurró en voz baja.

Aquellas palabras le sonaron vacías mientras las pronunciaba.

CAPÍTULO 18

Cuando llegaron al cruce, giraron a la izquierda hacia lo que habría sido el aparcamiento de la parte de atrás del antiguo *pub*. *El edificio estaba vallado y tenía varios carteles de «Se vende» colgados en las paredes y en las ventanas de la planta superior. En el pasado, para ir más allá de la parte trasera del aparcamiento había que atravesar un prado al que se accedía por un camino que discurría junto a la carretera principal. Sin embargo, ahora iban conduciendo a través de una urbanización pequeña de casas de nueva construcción, algunas*

de ellas terminadas y otras aún en obras, por una calle que aún no había recibido su capa final de asfalto, todo ello dentro de los límites de Hunstanton, una famosa ciudad costera. El coche dio un bote cuando Tamara pasó las ruedas del mismo sobre una tapa de alcantarilla ligeramente levantada. Dio gracias por no estar conduciendo su Healey por aquel lugar. Los diseños eran contemporáneos. Predominaban las ventanas de aluminio, los acabados de color crema y los revestimientos de madera de cedro. Eric se refirió a los marcos de las ventanas como la singular «marea gris», en referencia a la tendencia que se estaba imponiendo poco a poco en las localidades costeras de Norfolk. Tamara se preguntó si aquel podría ser un lugar que debiera considerar para vivir. Las viviendas contemporáneas con espacios interiores abiertos y exteriores fáciles de mantener eran una de las pocas cosas modernas de la vida que le resultaban atractivas.

—El número catorce —dijo Tamara, casi para confirmárselo a sí misma.

—Sí —dijo Eric, que fue recorriendo con la mirada las casas a medida que pasaban junto a ellas.

El aparcamiento era de por sí escaso, y varios residentes tenían sus vehículos aparcados parcialmente sobre la acera. Habían llegado temprano, así que sin duda la congestión disminuiría cuando la gente saliera para trabajar. Tamara detuvo el coche frente a la casa justo cuando una mujer salía de ella y cerraba la puerta tras hacerlo. Vestía un traje de chaqueta formal y llevaba un abrigo de color camel colgado del antebrazo y un bolso de cuero rojo al hombro. Tamara y Eric se bajaron del coche y se acercaron a la mujer, que ya estaba abriendo su coche, un elegante Audi coupé, para llamar su atención.

—¿Tara Byrons? —preguntó Tamara. La mujer levantó la vista mientras dejaba el bolso y el abrigo en el coche y se disponía a entrar en él. Se giró y los vio acercarse. Tamara la estudió, sacando su placa policial mientras lo hacía. Tara Byrons tendría cuarenta y pocos años y era alta, delgada y de rostro anguloso. Llevaba el pelo por los hombros, cortado en un estilo *bob* que resaltaba sus facciones—. *Inspectora jefe Greave y oficial investigador Collet.*

¿Podemos hablar con usted?

Tara los miró a ambos con expresión de sorpresa; luego, le echó un vistazo a su reloj.

—Estaba a punto de irme a trabajar —dijo, sin esforzarse por ocultar su irritación—. ¿De qué se trata?

—Comprendo que ya se estaba yendo, pero no vamos a tardar mucho. Queremos hacerle algunas preguntas —explicó Tamara, esbozando su sonrisa más cálida para tratar de convencer a la mujer—. Seremos rápidos, se lo aseguro.

Tara cerró la puerta del coche, pero su expresión transmitía su descontento ante la posibilidad de llegar tarde al trabajo. Se reunió con los detectives en la parte trasera del coche.

—De acuerdo. ¿En qué puedo ayudarlos?

Tamara se sintió diminuta al lado de Tara Byrons. Era cierto que la mujer llevaba tacones, pero medía más de metro ochenta.

—Estamos interesados en su relación con Susan Cook.

—¿Susan? —respondió Tara, que parecía sorprendida. El viento despeinaba su impecable cabello. Se lo apartó de la cara con la mano con naturalidad—. Hacía años que no escuchaba ese nombre.

—Quizá podríamos hablar dentro —sugirió Tamara.

—Supongo que sí —dijo Tara.

El viento soplaba con fuerza desde mar, que estaba muy cerca de allí, y, encauzado a través de los edificios, les azotaba con ráfagas gélidas. Tara cogió su bolso del asiento del copiloto del coche y les indicó que la siguieran. Cuando se dirigía ya hacia la entrada de la casa, un hombre salió de la propiedad vecina y Tara y él intercambiaron saludos convencionales, sin ningún afecto auténtico. El hombre miró a los dos detectives mientras pasaban junto a él. Tara sacó del bolso las llaves de su casa y abrió la puerta principal. Entró y la sujetó, haciéndose a un lado para que Eric y Tamara pasaran.

La inspectora jefe contempló el interior. Era tal y como se había imaginado: moderno, luminoso y espacioso, con paredes pintadas de blanco y una cocina abierta. El gran ventanal frontal ofrecía vistas de la calle. Gracias a la ligera pendiente, podían ver el mar a lo lejos. En las paredes había varias fotografías de paisajes. Eran estilosas;

algunas de las imágenes eran en blanco y negro o sepia, y probablemente se habían tomado por aquella zona. La inspectora jefe detuvo la mirada en algunas fotos de la propia Tara Byrons, presumiblemente de su época universitaria. Una de ellas era una imagen de un equipo que se había sacado en lo que parecía ser un evento de remo; los cuatro miembros exhibían sus medallas ante la cámara. Al acercarse para leer el texto de la foto de una graduación que había junto a la anterior, comprobó que Tara había sido alumna de la Universidad de Cambridge.

—¿Les apetece un café o una taza de té? —preguntó Tara—. Me he saltado el que me suelo tomar cuando vuelvo de correr por las mañanas, porque hoy iba justa de tiempo.

Sin esperar respuesta, la mujer se dirigió a una máquina que había sobre la encimera. Eric declinó la oferta, pero Tamara aceptó un café solo, a pesar de no ser muy fan de las cápsulas de un solo uso.

—Han dicho que se trata de Susi. ¿Qué es lo que quieren que les cuente sobre ella después de todos estos años? ¿La han encontrado?

—¿Por qué lo pregunta? —quiso saber Tamara.

Tara la miró como si fuera la pregunta más obvia que le pudieran haber hecho.

—Porque están aquí —respondió de forma seca. La máquina zumbó mientras dispensaba el chorrito de café intenso en una taza pequeña. Sarah le pasó el expreso recién hecho a Tamara, que lo aceptó con gratitud—. ¿Tiene esto que ver con el cadáver que han encontrado en Thornham?

Tamara se dispuso a dar un sorbo a su café sin dejar de mantener el contacto visual con su anfitriona, pero estaba demasiado caliente.

—Las noticias vuelan por aquí, ¿no?

—Nadie habla de otra cosa —explicó Tara, que se dispuso a prepararse un café para ella misma—. ¿Seguro que no se siente tentado? —le preguntó a Eric.

El oficial volvió a declinar la oferta.

—Han dicho en las noticias que se trata del cadáver de una mujer y que podría llevar algún tiempo en el agua. Tengo que admitirles que cada vez que oigo hablar de un cadáver sin identificar en las noticias, ya sean locales o nacionales, tiendo a pensar en Susan —

reconoció Tara con un ligero encogimiento de hombros—. Como no se sabe todavía qué fue lo que le sucedió, supongo que es normal.

—Probablemente lo sea —aceptó Tamara—. ¿No le sorprendería entonces si se confirmara que era ella?

Tara frunció los labios y arrugó la frente, dando la sensación de concentrarse para responder.

—Teniendo en cuenta el lugar en el que se encontró su coche, y sabiendo cómo era ella como persona, no. Siempre pensé que se había quitado la vida. Supongo que no, no me sorprendería en absoluto. ¿Es ella?

—La investigación sigue en curso —afirmó Tamara con tono seco mientras soplabla sobre la superficie del líquido para intentar enfriarlo. Tara aceptó la respuesta sin preguntar nada más—. ¿Mostró Susan algún indicio de que tuviera esa tendencia?

Tara les estaba dando la espalda mientras se preparaba su café y respondió mirando hacia atrás.

—Creo que a Susan le costaba enfrentarse a la vida en general. Algunas personas logran sobreponerse a las adversidades que se les presentan y otras... se pierden por el camino. Yo diría que Susan era de estas últimas.

—¿También eran amigas de la época de Wellesley Manor, junto con Sarah Caseley?

Aquella pregunta pareció desconcertar a Tara, ya que siguió un breve momento de vacilación.

—¿Han hablado con Sarah?

Tamara asintió.

—Entonces, creen que es Susan... Porque, si no, no estarían aquí.

—Hemos revisado los registros de todos los que estuvieron en el hogar infantil al mismo tiempo que Susan Cook. Su nombre aparecía en el expediente.

Tara ladeó la cabeza hacia un lado para mirar a Tamara a los ojos. Parecía estar evaluándola. Tras unos instantes, respondió:

—Sí, conocí a Susan allí. No recuerdo si Sarah estuvo allí a la vez que nosotras o si Susan me la presentó más tarde. La verdad es que no me acuerdo.

—¿Qué recuerda de su estancia allí?

Tara dejó escapar un leve suspiro, cogió la taza de la máquina y la sostuvo con ambas manos.

—Mentiría si le dijera que no fue una época difícil —afirmó, mirando por la ventana. Se vislumbraba un buque de carga en el horizonte, bordeando la costa mientras se dirigía hacia el norte—. Wellesley era un lugar hostil, lleno de chicas confundidas. Lo único que teníamos en común era que, en realidad, nadie nos quería. Todas teníamos nuestra historia.

—¿Cuál era la suya? —preguntó Tamara—. Si no es mucho entrometerme.

—Yo era el caso típico —afirmó Tara con una sonrisa irónica—. Procedía de un hogar roto, con un padre ausente y una madre que no era capaz de hacer frente a la situación. Tenía cuatro hijos y todos éramos unos torbellinos, probablemente como consecuencia de que ella estuviera sobrepasada. Al final, fue inevitable.

—¿Ahora es profesora? —preguntó Eric, levantando la vista de su cuaderno.

—Sí. Soy subdirectora de una escuela primaria de la ciudad —explicó—. Ahora puedo ver las cosas desde el otro lado.

—No dejo de oír que hoy en día las clases son muy difíciles. ¿Es esa su opinión?

—Yo diría que hoy en día vemos niños con de problemas de todo tipo, lo que sin duda lo hace difícil. Pero quizá las cosas no sean tan diferentes de cómo eran en el pasado. Todos tendemos a mirar hacia atrás con nostalgia y excesivo optimismo, pero podría decirse que en la actualidad estamos mejor preparados para reconocer determinadas situaciones. Ahora distinguimos mucho mejor los indicadores de comportamiento que hasta hace relativamente poco escapaban a nuestro conocimiento profesional.

—Echando la vista atrás a su época en Wellesley, en especial al tiempo que compartió allí con Susan, ¿hay algo que le llame la atención de entonces? ¿Algo que pudiera hacer que Susan volviera allí?

Tara se rio, aunque estaba claro que no le hacía ninguna gracia. La risa tenía un matiz de tristeza y de arrepentimiento. Negó con la cabeza y se mordió el labio inferior.

—Pasaron muchas cosas allí, y trato de no pensar en la mayoría de ellas. Hay que entender que, siendo niñas pequeñas, nadie nos quería. Algunas de las chicas tuvieron suerte, pues solo pasaron por allí hasta que encontraron una opción mejor con familiares o hasta que sus padres lograron arreglar su situación. Después de un tiempo... —comenzó a explicar Tara, pero se corrigió para tratar de encontrar las palabras que más se ajustaban a lo que quería decir—. Cuando llevas allí un tiempo, te das cuenta de que eso es lo que te ha tocado.

»No hay ningún salvador que vaya a ir a rescatarte para llevarte a un lugar mejor y tienes que conformarte con ello y seguir adelante. Después de cierto tiempo, eres capaz de evaluar a las personas. Y, además, de forma bastante exhaustiva. Ves a las niñas que llegan y juzgas si se van a quedar mucho tiempo o no. Algunas niñas se engañaban con expectativas irreales sobre su futuro y no paraban de hablar de cuándo irían sus padres biológicos a buscarlas. Luego estábamos las que lo comprendíamos. Sabíamos que Wellesley era lo mejor que podíamos esperar —explicó, mirando a Tamara a los ojos—. Aquel era el momento más duro. Una vez que lo aceptabas, todo iba bien.

—¿Tan malo era?

—No es que fuera malo como tal. Sucedían cosas, tal y como cabría esperar.

—¿Qué tipo de cosas?

Tara le dio un sorbo a su café con una expresión seria y reflexiva en el rostro, como si los recuerdos que estaba rememorando fueran dolorosos.

—Algunos de los trabajadores no se comportaban de la forma que sería deseable —afirmó tras unos segundos de silencio—. No me malinterpreten, muchas de nosotras éramos niñas horribles, cuidar de nosotras era difícil y, a menudo, recibíamos exactamente lo que nos merecíamos. No quiero que culpen por completo a todo el personal, ni tampoco quiero caer en la dinámica de culpar a las víctimas. Pero tienen que entender que Wellesley no era un lugar solo para niñas de la zona. Había chicas que venían de todas partes: Essex, Midlands, la costa sur... Todas habíamos sufrido y éramos

vulnerables en mayor o menor medida, y aquel no era el régimen más compasivo del mundo.

—¿Está diciendo que las maltrataban?

Tara permaneció de pie con la boca entreabierta, los brazos cruzados por delante del pecho y una expresión inmutable en el rostro.

—Muchas cosas que entonces se consideraban normales ahora no serían aceptables —respondió—. Permítame decirlo así. No me refiero a todos los trabajadores, claro está. Algunos estaban exasperados por su incapacidad para controlar... No, esa no es la palabra adecuada —se corrigió, reflexionando con intensidad—. Su incapacidad para influir positivamente en nuestras vidas. En el extremo opuesto estaban los que parecían disfrutar con auténtico sadismo controlando las vidas de niñas vulnerables.

—¿Estamos hablando de abuso físico... sexual? —preguntó Tamara.

Tara Byrons se enderezó y dejó con suavidad la taza sobre la encimera que tenía junto a ella.

—Hablabamos entre nosotras. Se hacían comentarios y se señalaba a determinada gente, sí. No puedo saber cuánto había de verdad en lo que decían algunas chicas.

—¿Fue su propia experiencia? —insistió Tamara, consciente de que debía andar con cuidado, aunque Tara parecía ser una mujer fuerte.

—No, yo no lo sufrí. No creo que me hubieran considerado nunca una candidata potencial. Nunca encajé en los requisitos. No era retraída socialmente ni influenciable, como suelen ser las víctimas de abusos. Ahora está hablando la profesora que hay en mí, con años de experiencia en protección infantil. Me atrevo a decir que yo no era consciente de todo eso por aquel entonces.

—¿Encajaba Susan en los requisitos? —preguntó Tamara.

Tara suspiró y la miró a los ojos.

—No esperaba tener esta conversación cuando me he levantado esta mañana —dijo la mujer, sacudiendo la cabeza de forma casi imperceptible. Tamara esperó, decidida a sacar todo el provecho posible de aquella conversación. A menudo, una charla espontánea e improvisada podía ser mucho más reveladora que cuando un testigo

tenía la oportunidad de pensar detenidamente sobre el tema—. Susan... tal vez, sí. Hablaba de cosas que habían sucedido en Wellesley, pero... era una chica extraña. Éramos amigas y todo eso, pero nunca sabías a qué atenerte con ella. Siempre tendía a exagerar las historias o a inventárselas. Susi también era una de las chicas que se escapaba de la casa a cualquier hora del día y de la noche.

—¿A dónde iba?

Tara se encogió de hombros.

—Su novio, o a menudo más de uno, la recogía en la puerta. Así era como ella los llamaba, sus «novios».

El desdén que Tara parecía mostrar hacia ellos era evidente.

—¿Cómo los describiría?

—Eran hombres... Susan tenía quizá catorce años en aquellos momentos, quince como mucho. Algunas de las niñas eran aún más jóvenes.

Tamara consideró aquella información, sintiendo una profunda sensación de desasosiego en el estómago, una especie de mal augurio. Nada de aquello aparecía en el expediente de Susan en los servicios sociales ni tampoco en ninguna de las declaraciones que los amigos o los compañeros de trabajo habían realizado con anterioridad. La explotación que las niñas bajo tutela habían sufrido a lo largo de la historia estaba muy documentada. Las chicas vulnerables eran presa fácil para hombres mayores, que a menudo se mostraban como parejas cariñosas, colmando a las niñas de regalos y afecto, solo para después ir moviéndolas por su círculo social en un mecanismo sistemático de abuso. Las víctimas a menudo no consideraban a los agresores como delincuentes, y la policía local también podía hacer la misma interpretación, pues no reconocía a esas personas como abusadores. Las niñas pensaban que esos hombres les demostraban amor y protección cuando sentían que nadie más en el mundo lo hacía.

—¿Algún trabajador planteó su preocupación al respecto? ¿Se hizo algo de modo oficial?

—¿En relación con los hombres?

Tamara asintió.

—No que yo recuerde. Por lo general, eran las chicas con más problemas las que pertenecían a ese grupo. Creo que a algunos de los directivos les alegraba perderlas de vista un rato de vez en cuando.

—¿Qué puede contarnos de los hechos que describía antes dentro de Wellesley?

—Ah, sí —respondió Tara, frunciendo el ceño como si fuera una pregunta tonta—. Me sorprende que no estén al tanto de las denuncias. Todo está en los registros públicos. Se presentaron varias denuncias, pero nunca se llegaron a concretar en algo específico. Son cosas que pudieron haber pasado o no, pero, al final, todo quedó en nada. Trasladaron a algunas de las chicas, no sé si como resultado de la investigación o no. Las cosas cambiaron un poco en la casa después de aquello. Al menos durante un tiempo. En retrospectiva, dudo mucho que alguien se interesara de verdad por saber lo que estaba sucediendo por aquel entonces. Me pregunto si pensaron que lo mejor para todos los implicados era que todo quedara en nada. Las niñas... Bueno, simplemente, seguimos adelante. Tampoco es que tuviéramos otra opción.

—¿Hubo algún trabajador en particular que estuviera implicado? —preguntó Tamara.

—Las acusaciones apuntaron a lo más alto —respondió Tara, mirándola a los ojos.

—¿Fue Susan una de las personas que presentó una denuncia?

—La verdad es que la memoria no me da para tanto. No lo recuerdo muy bien. Lo siento.

—¿Y qué hay de esos hombres con los que Susan solía relacionarse? ¿Conoce alguno de sus nombres o dónde podríamos empezar a buscarlos?

—Lo siento —dijo Tara—. No sabría por dónde empezar. No creo que nadie, aparte de las que solían salir con ellos, lo sepan.

—¿Y quiénes solían salir con ellos? —insistió Tamara, que miró a Eric para asegurarse de que estaba siguiendo la conversación con atención. El oficial estaba a su izquierda, con la libreta en la mano. Tara Byrons dudó—. Podría ser importante.

—Lo sé —dijo Tara, suspirando—. Pero soy consciente de que

estamos hablando de la vida de personas y de que todo esto ocurrió hace mucho tiempo. No querría que ninguna imprecisión en mi memoria afectara negativamente en el presente.

—Seremos discretos —aseguró Tamara.

Eso pareció darle cierta calma a Tara, que suspiró y miró al techo.

—Los dos nombres que me vienen a la mente son Kirsty Davies y... Sarah —dijo Tara en voz baja, bajando la mirada para encontrarse con los ojos de Tamara.

—¿Sarah Caseley?

Tara asintió para confirmarlo.

CAPÍTULO 19

Tara Byrons miró su reloj a propósito para llamar la atención. La detective principal sonrió. Era una sonrisa educada, artificial, probablemente algo en lo que estaba entrenada, algo que le habían enseñado para conseguir que la persona con la que hablaba estuviera relajada. Tara sabía cómo funcionaba: hacer preguntas abiertas y mantener el contacto visual mientras se emitían comentarios reconfortantes para estimular respuestas. Ese era el procedimiento habitual para tratar con personas, tanto adultas como

jóvenes.

—Creo que podemos dejarlo de momento, señora Byrons.

—Señorita —la corrigió.

La necesidad de confirmarles que no estaba casada fue una respuesta instintiva de la que se arrepintió enseguida. No sabía de dónde había provenido esa respuesta. Tal vez se tratara de algo generacional, o quizá social, una reacción contra aquellos que aún fruncían el ceño al encontrarse con una cuarentona que ni estaba casada ni tenía hijos. La creencia implícita de que, o le pasaba algo, o su sexualidad se alejaba de la tradicional. Su generación bien podría ser la última que viera eso como un problema. Los niños a los que enseñaba a diario parecían tener una visión mucho más flexible sobre la orientación sexual de cada persona. Qué rápido parecía estar cambiando el mundo. Sin embargo, a ella las suposiciones seguían molestándola mucho.

—Discúlpeme —dijo la inspectora jefe, ampliando la sonrisa que mostraba en el rostro—. A mí me pasa lo mismo. Ya debería haberlo interiorizado.

Tara miró la mano izquierda de la agente y se fijó en que no llevaba anillo en los dedos. Tenían edades similares, pero, en su opinión, la inspectora parecía mayor. Probablemente porque llevaba muy poco maquillaje y vestía con ropa muy sencilla y corriente. Quizá la había juzgado mal. Tenía la sensación de que había hablado demasiado, pero rechazó esa idea de forma enérgica. Nada de lo que había dicho era un secreto. Todo había salido a relucir con anterioridad y aparecería en algún archivo por alguna parte. Cualquier tipo de investigación que se fuera a llevar a cabo sobre la muerte de Susan lo sacaría a la luz, así que ¿qué sentido tenía fingir que nada de aquello había sucedido?

A pesar de esa lógica, seguía teniendo una sensación de aprensión por la posible exposición que podría producirse a partir de entonces. La eficacia con la que había desempeñado sus funciones en la escuela, así como la reputación que había alcanzado en un puesto de trabajo que había tardado tanto tiempo y esfuerzo en poder desarrollar, podrían verse afectadas negativamente. Aquel tipo de sucesos les ocurrían a otras personas. Eran hechos dramáticos y sin

duda desgarradores, pero casi siempre sucedían en otros lugares. Pero aquello había pasado allí, dentro de su comunidad, y habría muchos a los que no les importaría escucharlo.

Los dos detectives se dirigieron a la puerta de la calle y salieron al camino de entrada. Tara los siguió, solo un paso por detrás. Cerró la puerta de la casa y caminó con ellos hasta llegar a su coche. La detective principal le tendió la mano y Tara la tomó.

—Siento haberla sorprendido con todo esto sin avisar con antelación. Es posible que tengamos que hablar con usted de nuevo en algún momento.

—Preferiría no tener que volver a remover todo aquello, pero, si lo necesitan, llámenme —respondió.

La detective inclinó la cabeza en señal de agradecimiento, le entregó a Tara una tarjeta de contacto y se giró para reunirse con su joven compañero, que la estaba esperando junto al coche. Tara se quedó mirándolos un momento más, antes de abrir su coche y entrar en él. Miró por el espejo retrovisor para ver cómo se alejaban y sintió que el alivio se apoderaba de ella. Sacó el móvil del bolso, miró el reloj del salpicadero del coche y suspiró. La reunión que tenía que dirigir debía comenzar en apenas unos minutos. Llamó a la administración de la escuela y esperó. Una voz respondió tras unos pocos tonos.

—Hola, Mary, soy Tara. Siento avisar con tan poca antelación, pero hoy no voy a poder ir.

—¡Oh, vaya! ¿Te encuentras mal? —preguntó Mary, la directora del equipo administrativo.

—Nada grave, creo —respondió Tara, adoptando un tono de voz más grave de lo normal—. Iba a intentar aguantar, pero es mejor que me quede en casa hoy para descansar y recuperarme. No quiero contagiar a nadie por allí.

La voz al otro lado de la línea se rio de forma compasiva.

—Ya tenemos bastante por aquí. Se lo diré a Marcus. Cuídate.

—Lo haré, gracias.

Tara colgó y se llevó el teléfono a los labios mientras pensaba en cuál sería su siguiente paso. Se desplazó por la lista de contactos de su móvil y encontró el número que buscaba. Tenía la esperanza de

que no hubiera cambiado. Hacía bastante tiempo que no hablaban. La llamada comenzó a dar tono y Tara esperó a que contestaran. Justo cuando pensaba que iba a saltar el buzón de voz o que tendría que rendirse e intentarlo más tarde, una voz áspera respondió.

—Hola.

—Hola, soy yo, Tara. ¿Te he despertado?

—Ah... Sí, la verdad es que sí.

—¿Has trasnochado?

—Hoy es mi día libre, así que... Ya sabes cómo es la cosa.

Supongo que te has enterado, ¿no?

—Sí —respondió Tara en voz baja, inclinando el espejo para poder verse y comprobar que su pintalabios estuviera bien aplicado—.

¿Estás bien?

Él tosió. Era ese tipo de tos seca que se producía tras una noche de juerga, mucho alcohol, tabaco y una evidente falta de sueño.

—No demasiado.

—He pensado que podría pasarme por allí. ¿Qué te parece?

La pregunta fue dubitativa, no quería forzar la situación. El tono de la voz del hombre se volvió más alegre, parecía más animado.

—Claro... Quiero decir, sí. ¡Sería genial!

—¿Sigues viviendo en el mismo sitio?

—Sí. No me voy a mover de aquí a corto plazo.

—Nos vemos en media hora —dijo Tara, mientras arrancaba ya el coche.

Colgó y colocó el móvil en uno de los portavasos que había entre los asientos. Se miró de nuevo en el espejo, lo reajustó, dio marcha atrás y salió a la carretera. Encendió la radio y seleccionó una de sus listas de reproducción. Se puso en marcha mientras comenzaba a tararear en voz baja la primera canción que sonó. El tráfico que solía encontrar en su trayecto matutino al trabajo se había disipado en gran medida e hizo el trayecto en muy poco tiempo. Al ser temporada baja, las carreteras entre Hunstanton y Fakenham, que estarían congestionadas en cuestión de meses, estaban ahora bastante despejadas.

Cuando llegó al aparcamiento, había unos cuantos coches en él, pero no se veía a nadie. Aparcó cerca de la recepción, salió y echó

un vistazo a su alrededor. La oficina estaba cerrada, así que se dirigió a la parte trasera. Pasó junto a ella un coche, conducido por uno de los pocos turistas que aún quedaban en el lugar. Los ocupantes del vehículo no le prestaron atención. Sus tacones resonaban en el asfalto mientras ascendía por el camino. Tara lo vio; estaba observándola a través de la ventana de la cocina, apartando la persiana para poder verla mejor. No tuvo que llamar a la puerta, porque se abrió cuando apenas estaba a tres pasos de ella. Simon Cook, con aspecto nervioso, la observó y la hizo pasar, mirando a ambos lados de su caravana antes de cerrar la puerta. Se dio la vuelta para mirarla cara a cara. Las ojeras de aquel hombre daban testimonio de sus actividades de la noche anterior; tenía también el pelo revuelto y descuidado. Un profundo olor a alcohol parecía emanar de cada poro de su cuerpo.

—Veo que te estás tomando bien la noticia —le dijo ella, mirándolo de arriba abajo.

Simon se pasó una mano por el pelo, por la parte superior de la cabeza, y se detuvo para rascárselo de un lado a otro cuando llegó a la coronilla. Tenía los ojos muy abiertos y sacudió la cabeza.

—Me ha desconcertado un poco, ¿entiendes? ¿Y a ti?

—Obviamente, estoy conmocionada. No hace falta decirlo —respondió Tara, mirando a su alrededor. Simon todavía no había recogido la comida de la noche anterior. Por el aspecto de las bandejas de aluminio y los envases de plástico, parecía que había pedido algo a domicilio. Entre todos los restos había dos botellas, una en posición vertical y otra tumbada. Ambas, una de *whisky* y otra de *ginebra*, estaban vacías. *El olor general en la caravana era rancio y desagradable. Debía haberse cogido una buena borrachera* —. ¿Y Connor?

Simon movió la cabeza de lado a lado, con tristeza.

—No muy bien. Lo he mandado al instituto. No tiene sentido que se pase todo el día aquí deprimido. Creo que lo mejor para él es estar con sus amigos.

Tara se preguntó si eso sería lo mejor para el crío o para él mismo, pero no hizo ningún comentario al respecto. Simon se apoyó contra los muebles de la cocina y se presionó los ojos con el pulgar y el

índice. Al cabo de un momento, bajó la mano y la miró a los ojos. Tenía un aspecto fantasmagórico. Parecía perdido. Ella dejó el bolso sobre una de las sillas y se acercó a él con los brazos abiertos. Él se movió hacia Tara, y ella lo abrazó. El gesto desencadenó las emociones y Simon lloró, hundiendo el rostro en su pecho. Ella le acarició la nuca mientras le susurraba palabras reconfortantes.

—Todo va a estar bien, Simon. De verdad que sí —le dijo en voz baja mientras miraba por la ventana.

Estiró una mano para ajustar la persiana y evitar así que nadie que pasara pudiera verlos. Lo apartó de ella con suavidad y le sujetó los brazos con ambas manos. Luego, las llevó despacio hacia el rostro de Simon, le acarició las mejillas y le levantó la cabeza para que sus miradas se cruzaran. Le sonrió con ternura. Él parecía estar a punto de volver a llorar en cualquier momento.

—Que la hayan encontrado... Me lo ha hecho revivir todo —susurró el hombre mientras las lágrimas volvían a caer por sus mejillas.

Ella se las secó con los pulgares y, manteniendo las manos donde las tenía, se inclinó y le besó suavemente la frente. Se apartó un poco, volvió a mirarlo a los ojos y le sonrió. Esta vez, él le devolvió la sonrisa.

—Voy a estar ahí para ti —le dijo Tara con cariño.

Simon se inclinó hacia delante y ella hizo lo mismo. Sus labios se rozaron una primera vez y luego una segunda, antes de por fin unirse en un beso apasionado. Simon le rodeó la cintura con los brazos y la atrajo hacia él. Tara no se resistió. En cuestión de segundos, pudo sentir la excitación de Simon. Algunas cosas no cambiarían nunca.

CAPÍTULO 20

Tamara Greave observó cómo Janssen regresaba a la sala de operaciones. El inspector había recibido una llamada y había salido para buscar algo de intimidad; al hacerlo, Tamara percibió un cambio en su lenguaje corporal. No era solo que bajara la voz para hablar con un ser querido en aquella oficina diáfana, había algo más. Regresó a la sala de operaciones caminando con cierto brío, y la inspectora pensó si habría recibido buenas noticias de algún corredor de apuestas local. No es que Tom fuera demasiado propenso a ello,

pero aquella llamada sin duda había provocado una mejora en su estado de ánimo.

—¿Todo bien? —le preguntó cuando Janssen se sentó.

El inspector la miró con una expresión inquisitiva con el rostro.

—La llamada —se explicó Tamara.

Él sonrió.

—Todo bien —respondió, cogiendo el expediente que había sobre su escritorio—. ¿Por dónde íbamos?

—Wellesley Manor. Estábamos intentando determinar quien estuvo allí al mismo tiempo que Susan Cook.

—Exacto —retomó Janssen mientras ojeaba la lista de nombres que tenía delante. Miró a Tamara y, luego, a los tableros de la pared—. Curioso. Sarah Caseley nos dijo que coincidió muy poco tiempo con Susan en el hogar infantil. Fue así, ¿verdad?

Tamara volvió a revisar sus notas.

—Sí, nos lo describió como unos pocos meses. ¿Por qué?

—Según los servicios sociales, ambas residieron en Wellesley durante más de un año. ¿Es un lugar lo bastante grande como para que pudieran no haberse cruzado en él?

En opinión de Tamara, no. El número máximo de niñas que se había registrado en la institución era de dieciocho. La idea de que dos niñas de edades similares no se cruzaran allí era poco factible. Teniendo en cuenta el tiempo que había transcurrido desde entonces, existía la posibilidad de que Sarah lo recordara mal. Aunque, según lo que les había contado Tara Byrons, parecía que Sarah Caseley no estaba siendo del todo sincera. El deseo de esa mujer de ocultar su pasado a su marido podía extenderse también a la investigación policial.

—Creo que tendremos que volver a hablar con la señora Caseley pronto. Eso sí, armémonos con todos los datos que podamos antes de hacerlo. Sin duda, nuestra visita habrá provocado que esté dándole vueltas a la cabeza. Será interesante ver qué más sale de ahí. ¿Ha conseguido descifrar esos garabatos que encontró en la habitación donde atacaron a Susan?

Janssen sacó las fotografías que habían tomado los de Criminalística. Con su equipo de iluminación especializado, las

inscripciones resultaban mucho más fáciles de leer. Habían agrandado las imágenes; Janssen las fijó sobre los tablones.

—Así se pueden ver de forma más clara —dijo tras colocar la última de ellas y retroceder un paso.

Tamara puso el pulgar y el índice de una mano sobre su barbilla, en un gesto reflexivo, y examinó las imágenes. En la parte superior de la puerta, alguien había grabado el mensaje «Yo estuve aquí». Si la inspectora jefe tuviera que aventurarse a explicarlo, diría que se había realizado con un instrumento rudimentario y, posiblemente, sin la ayuda de la luz. Se trataba de una habitación cerrada en la que no entraba luz natural, y el tamaño y la posición variables de las letras sugerían que la persona que las había escrito lo había hecho utilizando su imaginación para determinar el lugar en el que creía que debían estar.

Serían capaces de discernir si las letras eran obra de diferentes manos; el estilo ascendente y descendente denotaba que debía tratarse de personas distintas. Debajo de la frase había grupos de letras aisladas muy juntas entre sí. Algunas se superponían, lo que reforzaba la teoría de que habían sido escritas en la oscuridad.

—¿Qué opina de ellas? ¿Son iniciales? —preguntó Tamara.

Janssen la miró.

—Sí, yo he pensado lo mismo —dijo Janssen. Volvió a su escritorio y cogió la lista de nombres, algunos de los cuales había rodeado ya con un círculo—. Veamos si podemos encontrar algunas candidatas plausibles. Sarah Caseley es un buen comienzo. Su apellido de soltera era West y tenemos «SW» en la puerta. Ninguna otra niña registrada en el hogar tenía esas iniciales. Del mismo modo, tenemos una KD. Hay dos que encajan con esas letras: Kirsty Davies y Karen Duncroft. Esta última no residió allí al mismo tiempo que Susan. Se marchó un par de años antes de que llegara.

—Suponiendo que la lista va de arriba abajo, ¿KD aparece antes o después de SW?

Janssen lo comprobó.

—Después. KD es la cuarta inscripción visible, aunque se superpone a la tercera.

—Si Susan y Kirsty Davies coincidieron en el hogar infantil,

entonces es lógico pensar que pudiera tratarse de ella. ¿Ha aparecido su nombre en algún otro lugar de la investigación sobre la desaparición de Susan?

Janssen negó con la cabeza.

—No, en ninguna parte.

—¿Qué es eso de ahí? ¿Es AV? —preguntó Tamara, acercándose al tablón, e inclinó la cabeza para intentar verlo mejor.

—Eso pensé yo también, pero se pueden ver algunos arañazos que no son tan profundos. Creo que es una W, no una V. Me parece interesante mirar a Abigail Thomas. Thomas es su apellido de casada. Aunque se divorció de su marido, conservó el apellido. Es de suponer que eso se debiera a que ya había consolidado su carrera profesional. Su apellido de soltera era Winston.

Tamara se mordió el labio inferior, asimilando lo que aquello implicaba.

—¿Podemos confirmar si se trata de la misma Abigail Thomas?

—Sería una coincidencia increíble que no lo fuera, ¿no le parece?

—argumentó Janssen. Tamara asintió—. Y lo que al principio pensé que era TD parece incorrecto. Nadie coincide con esas iniciales.

—¿Podría ser que la D fuera en realidad una B? —preguntó Tamara—. ¿Por Tara Byrons? Cuando Eric y yo hemos hablado con ella esta mañana, ha puesto mucho empeño en transmitir la idea de que está soltera.

—Tiene sentido —dijo Janssen, volviendo a examinar las fotos—. Pero no hay forma de estar seguros.

—¿Y el apellido de soltera de Susan?

—Cole —confirmó Janssen—. Y no, no hay inscripciones relacionadas con ella.

Tamara maldijo por dentro. Eso habría sido extraordinario. Una forma de vincular a todas las personas con las que habían hablado con el lugar donde creían que habían atacado a Susan. Algo condujo a esa mujer a aquella habitación concreta. Las marcas eran demasiado coincidentes como para no tener algún significado. El deseo de buscar a esas mujeres y preguntarles por el significado de aquellas inscripciones era muy tentador. Pero tendrían que ser pacientes. Fuera lo que fuera lo que atrajo a Susan a la habitación

después de tanto tiempo, bien podría haber sido la causa de su muerte. Tras la honesta valoración que Tara Byrons había hecho sobre cómo era la vida en Wellesley Manor, tenían que considerar la posibilidad de que hubiera personas que quisieran silenciar a Susan Cook y que tal vez lo hubieran hecho de la forma más brutal.

—¿Qué hay de las acusaciones de las que le ha hablado Tara Byrons? —preguntó Janssen.

—Yo puedo responder a eso —dijo Eric, que entró en la sala de operaciones agitando con animosidad un expediente en la mano. Ambos se giraron hacia él—. Me ha costado bastante conseguirlo.

—¿Qué tiene? —le preguntó Tamara mientras el oficial se sentaba y abría la carpeta.

—Las acusaciones de las que nos ha hablado Tara Byrons se hicieron contra varios trabajadores y detallaban incidentes de agresiones tanto sexuales como físicas contra varias chicas de Wellesley. Eso sucedió dos años antes de que Susan se fuera del hogar infantil, y también se menciona a Abigail. Lo acabo de comprobar antes de volver. Estuvo allí con el apellido Winston.

—Sí, ya estábamos considerando la posibilidad de que fuera así —dijo Janssen.

Eric continuó con su explicación:

—Bueno, nunca se llegaron a presentar cargos y la investigación se archivó antes incluso de que se remitiera a la Fiscalía. Se alegó falta de pruebas debido a la poca fiabilidad de los testigos.

La última parte de aquel análisis fastidió mucho a Tamara. En muchas ocasiones, no se profundizaba en la investigación de casos que así lo merecían debido a una aparente falta de credibilidad de la víctima. La inspectora ya sabía hacia dónde se encaminaba el relato de Eric.

—Las dos chicas que presentaron las denuncias tenían problemas de comportamiento bien documentados y los servicios sociales manifestaron que una de ellas era «sexualmente agresiva» —explicó Eric, levantando la vista de papel que leía.

—¿A qué edad? —preguntó Tamara.

Eric revisó el documento.

—Trece.

—La etiquetaron como sexualmente agresiva a los trece años. Era una niña —dijo Tamara, que sintió cómo la invadía la ira—. ¿Qué dijo el agente a cargo de la investigación?

Eric eligió sus palabras:

—Interpretando lo que aquí se dice, me parece que no se creyó los relatos y pensó que solo pretendían causar problemas a la dirección. La magnitud de las acusaciones de abuso era tal que parecía imposible que tantos trabajadores pudieran haber permanecido impunes ante sus actos durante el plazo de tiempo que se alegaba. Al parecer, fue una de las chicas la que insistió en hacer una declaración formal, mientras que la otra se retractó de todo lo que había asegurado en su primera declaración. Al final, fue la palabra de una niña contra la dirección, y no la creyeron. Ante aquella perspectiva, el testimonio de una niña de trece años con problemas de comportamiento enfrentado contra el de una dirección respetada, el caso se fue abandonando sin que hubiera demasiado ruido. La investigación apenas pasó de la fase inicial.

—¿Qué problemas de comportamiento? —preguntó Tamara.

—Se denunció que se había fugado en múltiples ocasiones. La policía siempre la encontraba en casa de su novio —explicó Eric, leyendo el expediente—. Repetidos casos de posesión de alcohol y drogas.

—Da más bien la sensación de que estaba intentando escapar un rato del hogar de acogida —replicó la inspectora jefe—. O de sí misma.

—Pero no necesariamente como resultado de sus experiencias en el centro infantil. Podría haber estado buscando llamar la atención. Un grito de auxilio llevado a cabo a través de acusaciones muy dramáticas —dijo Janssen.

—Suenas igual que los agentes que investigaron el caso —lo acusó Tamara, irritada por lo que acababa de decir.

Janssen se encogió de hombros ante el comentario de su jefa.

—Solo digo que puedo entender cómo llegaron a esa conclusión —dijo Janssen, sin mostrar arrepentimiento.

Tamara miró a Eric, tratando de ocultar su enfado. Janssen era obstinado. Aunque tenía razón.

—¿Ha dicho que le ha costado encontrar el informe de la denuncia?

—Sí. Estaba bastante escondido. He tenido que bajar al archivo con uno de los empleados para poder dar con él. He tardado bastante. Solo tenemos la copia impresa del informe. Por alguna razón, este expediente no aparece en la base de datos digital. Tampoco me han dado una respuesta satisfactoria que explique ese hecho. Supongo que ningún sistema es perfecto.

—¿Quién presentó la denuncia? ¿Fue Susan, por casualidad? —preguntó Tamara.

—No, no fue ella. Ni siquiera se la menciona —dijo Eric. A Tamara se le hundió un poco el ánimo. Eric volvió a leer el documento—. La denunciante fue Kirsty Davies —dijo triunfalmente.

—¿Cuál es su fecha de nacimiento? —preguntó Janssen.

Eric la leyó mientras el inspector se giraba hacia su ordenador portátil y accedía a la base de datos nacional de la policía. Eric se dispuso a hablar, pero por alguna razón no lo hizo. Janssen introdujo los datos y pulsó *intro*. *El sistema procesó la solicitud mientras todos esperaban expectantes.*

—*¡Mierda!* —exclamó en voz baja, volviéndose hacia Tamara—. *Kirsty Davies está muerta. —Miró la información que aparecía en la pantalla y señaló la fecha registrada de su muerte. Había ocurrido hacía más de tres décadas—. Según mis cálculos, Kirsty tenía catorce años cuando murió.*

—*Eso significa que aún permanecería en el sistema oficial de protección infantil —dijo Tamara—. ¿Seguía residiendo en Wellesley en aquel momento?*

—*Os llevo mucha ventaja —dijo Eric con emoción en su tono de voz. El oficial buscó su libreta.*

A Tamara le complació ver el entusiasmo del joven a pesar de la carga de trabajo que tenía en aquellos momentos. Su reticencia a cortar a Janssen era bastante reveladora. Eric andaba tenso con su inspector.

—*Se sospechó que Kirsty Davis había huido. Y no por primera vez, como ya os he explicado. Avisaron a la policía y se llevó a cabo una búsqueda inicial, como cabría esperar. Amigos, lugares frecuentados*

y esas cosas. Pero, en aquella ocasión, a diferencia de otras anteriores, nadie afirmó haberla visto. La hallaron en un río dos días después. He encontrado el informe del forense mientras estaba abajo en los archivos. En un principio sospecharon que la causa de la muerte había sido ahogamiento. Cosa lógica, ya que la encontraron en el agua. Tenía una lesión en la base del cráneo, en el lugar en el que se une con el cuello, probablemente causada por un traumatismo por impacto contundente. El forense encontró estrías en los tejidos del cuello.

Tamara se dejó caer en la silla y levantó la vista hacia el techo.

—¿Así que sospecharon que la habían estrangulado? ¿O tal vez ahorcado?

—Lo segundo —respondió Eric—. La policía peinó la zona siguiendo el curso del río, que atravesaba campos abiertos, marismas y bosques. Encontraron un árbol con una rama que se había roto recientemente y, cerca de él, prendas de ropa que coincidían con la descripción de las que llevaba Kirsty el día en el que la vieron por última vez. La conclusión fue que se había intentado ahorcar usando una soga improvisada, pero la rama no pudo soportar el peso de su cuerpo y terminó rompiéndose, provocando que la niña cayera al río. Determinaron que debió golpearse la cabeza contra las rocas al caer al agua. La hipótesis fue que el intento de suicidio fracasó, pero el golpe en la cabeza la dejó inconsciente y terminó ahogándose. Se dictaminó que se había tratado de una muerte accidental, no de un suicidio.

—Llámenme cínica por pensar esto —dijo Tamara, cruzando los brazos por delante de su cuerpo—, pero me da la sensación de que eso era muy conveniente, teniendo en cuenta las denuncias que se habían presentado antes.

Janssen resopló.

—O, a riesgo de irritarla todavía un poco más y de hacer de abogado del diablo por un momento —añadió Janssen, mirando a Tamara a los ojos—, eso también respalda la conclusión de la investigación inicial. Una adolescente con muchos problemas, que sufre trastornos mentales, se quita la vida. El resultado final de una serie de circunstancias trágicas. Se puede interpretar de ambas

formas.

Tamara le devolvió la mirada. El inspector tenía razón, pues se había sentido profundamente molesta al ver cómo desestimaba su razonamiento, pero el cabreo se disipó en cuestión de segundos. La inspectora jefe comprendía que Janssen tampoco confiaba en la versión oficial. Sin embargo, hacía bien en intentar que se centraran en los hechos fundamentales que conocían. Las conjeturas resultaban útiles, pero las teorías disparatadas e infundadas no tenían cabida en una investigación de asesinato.

—Algo ocurrió en esa habitación —dijo Tamara, que volvió a centrarse en el tablón y recorrió con la mirada el círculo de amigas y conocidas de Susan—. Y una de ellas, o todas, saben exactamente qué fue —añadió con tono incisivo, señalando los nombres de Abigail Thomas, Sarah Caseley y Tara Byrons.

—Eric, ¿puedes hacerme una copia del informe del forense? —dijo Janssen—. Quiero volver a echarle un ojo en casa más tarde. Y también averigua dónde están ahora todas las personas que trabajaban en Wellesley cuando ocurrió todo esto. Creo que deberíamos hacerles las preguntas que quizá no se hicieron durante la primera investigación —concluyó Janssen.

—Vale, me pongo a ello —respondió Eric, cogiendo el expediente.

—Por si acaso se les pasó algo por alto —le dijo Janssen a Tamara cuando Eric se marchó. Ella se quedó mirándolo—. No soy mucho de creer en teorías conspirativas, pero hay que reconocer que es una coincidencia asombrosa.

El inspector miró el reloj de la pared y bajó la voz para que solo Tamara pudiera oírlo mientras Eric trabajaba en la fotocopidora.

—Sé que es temprano, pero tengo planes para esta noche y necesito recoger una cosa antes. Volveré a revisar todo el papeleo en casa más tarde, pero ¿le importa si me voy ya?

Tamara se encogió de hombros, en un gesto que claramente indicaba que le parecía bien, y el inspector le dio las gracias, se levantó y cogió su chaqueta. La inspectora jefe percibió de forma evidente que a Janssen le había costado bastante pedírselo. Ya se había tomado un poco de tiempo libre aquella mañana y ahora quería salir temprano. Fuera lo que fuera en lo que andaba metido,

se lo estaba guardando para sí mismo. Si necesitaba tiempo, ella se lo concedería sin objeciones. Él había cambiado un poco recientemente y ella lo notaba, pero aún no sabía qué le estaría sucediendo.

CAPÍTULO 21

Se oía el viento arremolinándose en el exterior; sacudía el barco y contribuía a que hubiera un mayor oleaje. La presión del viento que se filtraba a través de la chimenea de leña provocaba que las llamas se apagarán y se reavivaran cuando recibían más oxígeno. Tom Janssen dejó el cuchillo, cogió un paño de cocina, se secó las manos y se dirigió a la chimenea. Cogió otro leño, abrió la puerta y lo echó al fuego. La temperatura del aire era extrañamente templada para aquellas alturas del año, pero el viento que azotaba el barco hacía

que no lo pareciera. No obstante, Janssen había disfrutado del tiempo que había pasado viviendo allí durante los últimos dieciocho meses. La falta de comodidades suponía un reto, pero se podía superar fácilmente con un poco de esfuerzo. Lo que él había pensado que constituiría un verdadero desafío al final había resultado no serlo tanto. Vivir sin televisión era mucho más fácil de lo que había previsto, aunque la llegada de la fibra óptica a la zona implicaba que incluso eso era accesible si se deseaba. Él utilizaba la fibra para trabajar, pero la mayoría de las veces le resultaba mucho más agradable sentarse frente al fuego con un libro.

Volvió a la cocina para centrarse en la preparación y se dispuso a cortar las hojas de las hierbas, separándolas de los tallos. Las añadiría a la cacerola, cuyo contenido se estaba cocinando a fuego lento, poco antes de servir para asegurarse de que mantuvieran su forma. Le llegó a la nariz un olor a quemado, así que redujo la intensidad del fuego y levantó la cacerola durante unos instantes. Poco después, volvió a ponerla al fuego y vertió con un cucharón un poco del caldo de verduras. El líquido siseó al entrar en contacto con el metal y empezó a burbujear al instante. Removió el contenido y añadió otro poco. El arroz no se había pegado. Lo había evitado a tiempo. Echó un vistazo a su alrededor y comprobó que todo estaba listo. El parmesano estaba rallado y bien dispuesto, al igual que el perifollo fresco y la rúcula. La mesa estaba puesta. Había colocado sobre la misma una botella de vino blanco frío, que había utilizado en parte para cocinar, junto a dos copas. Por regla general, Janssen no bebía, pero, en las pocas ocasiones en las que lo consideraba justificado, lo hacía. Todo estaba listo, salvo su abrigo, que estaba tirado sobre uno de los asientos de la mesa. Pensó detenidamente, pues tenía la sensación de que aún le faltaba algo. Fuera lo que fuera, no caía en ello. Miró su reloj: Alice llegaría pronto. Siempre y cuando no se retrasara. Alice era la persona más puntual que conocía. Odiaba llegar tarde. Tamara Greave era la antítesis.

Al pensar en Tamara, y tras remover el contenido de la cacerola, cogió el informe del forense que Eric le había entregado antes de salir de la oficina. Lo dejó junto al fogón y, mientras removía distraído la comida con una mano, comenzó a releer el documento.

Cuando revisaron durante la tarde las circunstancias que rodearon el intento de suicidio de Kirsty Davies, hubo algo que lo inquietó en las conclusiones que se habían alcanzado. Las pruebas materiales del árbol dañado y de cómo había acabado el cuerpo de la niña en el agua eran plausibles, pero lo que lo desconcertó fueron las omisiones del informe. La herida en la cabeza, causada por el golpe contra las rocas que había junto a la orilla del río, era lo bastante grave como para haberle provocado a Kirsty la pérdida del conocimiento, dejándola expuesta a su ahogamiento. En tales circunstancias, los pulmones de Kirsty deberían haber estado llenos de agua. Con toda probabilidad, también habría aire atrapado en el interior de los mismos, pero no parecía que se hubiera medido la cantidad de agua, y tampoco que se hubiera analizado para asegurarse de que el agua provenía del río. Si lo hicieron, desde luego aquello no estaba documentado en el informe. Si se determinaba que la causa de la muerte era el ahogamiento, no solo debía describirse como tal, sino que debía examinarse con mucha minuciosidad. ¿Por qué no fue así?

—¿Se está quemando algo? —preguntó Alice, que había comenzado a bajar los escalones hacia el interior del barco.

Janssen estaba tan concentrado en el expediente que no se había dado cuenta de que el líquido se había evaporado.

—Maldita sea —murmuró, añadiendo rápidamente más caldo, que hirvió de inmediato y provocó que se levantara una nube de vapor. Se inclinó hacia atrás y se apresuró a remover el contenido de la cacerola con entusiasmo, sintiendo algo de resistencia en la base.

—¿Necesitas ayuda?

Alice se quitó el abrigo y la bufanda, y los colgó en las perchas situadas al pie de las escaleras. Cruzó la cocina, colocó las manos a ambos lados de la cintura de Janssen y se puso de puntillas mientras él giraba la cabeza hacia un lado para mirarla. Ella le dio un beso en la mejilla.

—Hola, guapo —dijo Alice con una sonrisa cálida.

—No, todo está bajo control —respondió él, devolviéndole la sonrisa e inclinándose para besarla—. Todo va según lo previsto.

Con el codo, apartó el informe del forense para alejarlo del fogón.

Alice le echó un vistazo.

—¿Algo interesante?

—El suicidio de una adolescente —respondió el inspector, cuyo rostro adoptó una expresión que reflejaba la tragedia del suceso.

—Vaya, qué lástima —reaccionó Alice, que retrocedió un paso para echarle un vistazo a la cacerola y a los ingredientes que esperaban a ser añadidos—. Pero esa no es la razón por la que fuiste a Thornham, ¿verdad?

Janssen negó con la cabeza mientras miraba el arroz y las verduras. Parte de la cebolla picada se había chamuscado ligeramente, pero, con un poco de suerte, el plato saldría bien.

—No. Esto ocurrió hace veintitantos años, pero podría estar relacionado.

—¿En serio? ¿Cómo?

—Aún no lo sé —dijo el inspector. Le lanzó una sonrisa irónica mientras añadía otro cucharón de caldo a la cacerola.

—¿Qué vamos a cenar, *risotto*? —preguntó Alice, dirigiéndose hacia la mesa.

—*Risotto de setas silvestres, para ser exactos* —respondió.

—*Mi favorito. Parece que has preparado todo con detalle.*

—*Hasta he asado las setas primero.*

—*Soy una mujer afortunada. Recuerdo que una vez dijiste que todo esto te parecía demasiado engorroso. ¿Qué estás tramando, Tom Janssen?* —dijo Alice, sonriendo.

Janssen se rio y añadió las setas asadas, una mezcla de shiitake, setas ostra y girolle, estas últimas compradas ante la insistencia de un amigo suyo que era cocinero en un popular restaurante italiano de Sheringham. Al ver que iba haciendo sus progresos en la cocina, pensó que, después de todo, sería capaz de lograrlo. La cocina no le resultaba ajena; se le daba bastante bien y le resultaba relajante. Sin embargo, no le gustaba demasiado preparar risotto. Le molestaba la atención que se requería durante todo el proceso. Era fácil de preparar, pero también era muy fácil cargárselo. No era el plato ideal para una persona cuya mente saltaba de un tema a otro casi todo el tiempo.

—*¿Te preocupa que se estropee el generador o algo así?* —

preguntó Alice.

Janssen vio que estaba señalando las velas que había colocado sobre la mesa.

—No. He pensado que podría ser... No sé, ya sabes... ¿Bonito? —dijo, tratando de restarle importancia.

—Sí, lo es. ¿Las enciendo?

—Claro —respondió Janssen. Abrió el cajón que tenía a su derecha y sacó una caja de cerillas. Se las lanzó y ella las atrapó con destreza.

—Voy a quitar esto antes —dijo Alice. Cogió el abrigo de Janssen, que estaba cerca de las velas.

En ese momento, el inspector recordó lo que se había olvidado antes, que era precisamente el elemento más importante de aquella noche. Alice deslizó el antebrazo bajo el abrigo del inspector y lo levantó. Janssen soltó el asa de la cacerola y se acercó a ella.

—No te preocupes, yo lo...

Fue demasiado tarde. El movimiento de su abrigo provocó que algo resbalara por la mesa y cayera contra el suelo, resonando al hacerlo. Alice también lo vio y trató de coger la caja mientras caía. Se agachó antes de que Janssen hubiera tenido tiempo de acercarse y dudó al intentar cogerla. Janssen se detuvo y suspiró al ver cómo su plan para aquella noche se había desmoronado en cuestión de segundos. Alice fue a recoger la caja azul, forrada de terciopelo, pero instintivamente se echó atrás. Miró hacia arriba para buscar los ojos de Janssen y luego apartó la vista, permaneciendo de rodillas con su abrigo colgado del antebrazo. Parecía no saber qué debía hacer y se quedó paralizada en el sitio. No fue solo ella. Se sucedieron unos instantes incómodos entre ambos hasta que Alice comenzó a levantarse despacio y Janssen recuperó en un gesto rápido la caja del anillo. El inspector respiró hondo, cerró los dedos alrededor de la caja que tenía en la palma de la mano y se puso de pie. Se sentía avergonzado. La expresión del rostro de Alice se mantuvo tensa un instante más, hasta que sus labios lograron esbozar una media sonrisa tímida. Janssen la había pillado por sorpresa, tal y como había planeado, aunque lo había hecho de la forma más inesperada. El inspector no sabía qué debía pasar a

continuación.

—¿Es esto...? —comenzó a preguntar Alice, aunque no terminó la frase.

Ambos desviaron sus miradas el uno del otro.

—Eh... Bueno, sí. A ver, no ha salido exactamente como había planeado. Había pensado en una cena, velas... La noche está despejada y podríamos dar un paseo por la orilla —dijo, haciendo una mueca al pensar en cómo sus planes se habían ido al traste—. Sé que todo eso no sería demasiado especial, pero...

—Sería perfecto —dijo Alice, cuya sonrisa se hizo más grande. Un brillo en sus ojos acompañaba a esa sonrisa.

Janssen podía percibir que ella respiraba rápidamente y que no sabía qué hacer con las manos. Se dio cuenta también de que las suyas no dejaban de temblar. Abrió la caja y le mostró el contenido. Un diamante solitario corte marquesa en oro blanco; sencillo y elegante, según le había aconsejado el joyero. Por la cara de Alice, había sido un gran consejo. El momento se vio interrumpido por el sonido estridente de una sirena, que los sobresaltó a ambos.

—¡El risotto! —exclamaron al unísono.

Janssen se dio la vuelta y corrió hacia el fuego. La cacerola echaba humo y ahora ya no había posibilidad de salvar su contenido. Las asas le quemaron los dedos cuando las agarró, así que lo volvió a intentar utilizando un paño de cocina para protegerse la piel. Dejó la cacerola a un lado y se unió a Alice para agitar el aire alrededor del detector de humos, en un intento de silenciarlo. Ella continuó haciéndolo mientras él pulsaba repetidamente el botón de reinicio, pero no sirvió para nada. Al final, desatornilló la tapa y sacó la pila. La sirena se detuvo enseguida, pero el zumbido en sus oídos persistió. El inspector tiró el paño al fregadero, se dejó caer contra los armarios y apoyó ambas palmas contra la encimera. Los dos recuperaron el aliento y se miraron.

Janssen dirigió la mirada hacia los restos carbonizados de sus esfuerzos culinarios y se pasó la lengua por el interior de la mejilla. Se había cargado la cena... a menos que se le ocurriera algo que pudiera elaborar con perifollo, rúcula y queso parmesano. Alice siguió su mirada.

—Por lo menos, el vino no se ha quemado —dijo, señalando la botella que había sobre la mesa.

—Creo que eso es lo único que no ha salido mal —respondió Janssen con una sonrisa, considerando la ironía de lo que acababa de suceder. Había optado por hacer las cosas de forma simple para minimizar las posibilidades de que algo saliera mal.

Alice lo miró a los ojos.

—¿Por dónde íbamos?

Janssen miró a su izquierda, retrocedió hasta la mesa y regresó con la caja del anillo. La abrió, miró el anillo y, luego, a Alice. Ella volvió a sonreír. A pesar del fracaso rotundo del plan que había elaborado, a ella no parecía importarle. Janssen comprendió que el plan no tenía demasiada trascendencia. Podrían estar en cualquier lugar, haciendo cualquier cosa, y el momento seguiría siendo igual de especial para los dos.

—Alice —comenzó a decir, colocándose delante de ella y arrodillándose. Se sintió un poco tonto, quizá vulnerable. Las palabras que llevaba ensayando toda la tarde le vinieron a la mente de forma desordenada, pues los nervios habían regresado—. Sé que llevas tiempo pensando en el futuro de nuestra relación, en hacia dónde nos encaminamos. Y, lo admito, he tardado en darme cuenta de...

Se oyó un golpe en la puerta desde la cubierta superior, como si alguien llamara. Al principio, Janssen lo ignoró, pensando que sería algo que se habría movido con el viento. Pero volvieron a llamar, esta vez con más fuerza. Suspiró e inclinó la cabeza hacia un lado. Alice se rio.

—Esta noche no te está saliendo nada, ¿verdad, Tom? —dijo.

Janssen se levantó, moviendo la cabeza de lado a lado en un gesto de frustración.

—Debería haber puesto un cartel en el amarre.

—Yo estoy más cerca —dijo Alice, mirando hacia los escalones—. Voy a abrir la puerta, tú ve encendiendo las velas y no pienses que te vas a librar de esta. Vamos a terminar esto... ¡a menos que haya muerto alguien más!

Janssen se giró y se acercó a la mesa, dejó la caja del anillo y

cogió las cerillas mientras Alice subía los escalones hacia la puerta. Cogió una cerilla de la caja, la encendió, prendió las dos velas y sopló para apagar la cerilla, agitándola para dispersar el humo sulfuroso. Cogió la botella de vino, sirvió dos copas hasta la mitad y la volvió a dejar en la mesa. Se oyeron pasos que bajaban desde arriba.

—¿Quién era? —preguntó el inspector, que se giró con una copa de vino en la mano con la intención de dársela a Alice. Se quedó atónito al ver la mujer que tenía ante él.

Llevaba el pelo diferente. Caía en ondas por debajo de los hombros y tenía toques de color caoba. El abrigo largo de color camel que vestía le llegaba justo por encima de unas botas de un rojo muy vivo, a juego con su pintalabios. La mujer sonrió, inclinando la cabeza hacia un lado, y se apartó el flequillo de los ojos con una mano enguantada.

—Hola, Tom. Tengo que decir que eres un hombre difícil de encontrar.

Janssen se quedó sin palabras.

—No esperaba un abrazo, pero ¿no me merezco al menos un «hola»? —preguntó la mujer. El tono suave y melodioso de aquel acento irlandés le resultaba familiar y reconfortante.

—Samantha... ¿Qué...? ¿Qué estás haciendo aquí? —logró decir tras unos segundos de un silencio incómodo.

Samantha miró a Alice, que estaba detrás de ella, a su derecha, antes de volver a centrar su atención en Janssen.

—¿Así es como un marido saluda a su mujer aquí en Norfolk?

CAPÍTULO 22

Tom Janssen miró más allá de Samantha, hacia Alice. La curiosidad que se reflejaba en el rostro de la madre de Saffy se transformó primero en sorpresa, pero a continuación entrecerró los ojos y dejó entrever su indignación. Samantha siguió la mirada de Janssen hacia Alice y le sonrió de forma cálida, aunque el inspector no se dejó engañar. Samantha estaba estableciendo su posición de jerarquía sobre los demás, afianzando su dominio de la situación como siempre intentaba hacer. Alice le devolvió la sonrisa, pero era

forzada y terminó cruzando los brazos por delante del cuerpo.

—Sí, Tom —dijo Alice—, ¿cómo saludamos a nuestras esposas en Norfolk?

Janssen sintió un pinchazo en el pecho; de la vergüenza que lo invadió al escuchar la pregunta de Alice, sintió calor en las mejillas y en la nuca. Comprendió que deberían haber tenido aquella conversación hacía mucho tiempo. Suspiró y negó con la cabeza mientras trataba de poner en palabras sus pensamientos.

—Soy consciente. Sé que esto no da buena impresión —dijo por fin, levantando las manos en un gesto de súplica—, pero es complicado.

—¿A quién se lo estás diciendo? —preguntó Samantha, mirando alternativamente a uno y a otra.

Janssen la fulminó con la mirada, pero Alice ya había oído suficiente. MoviÓ la cabeza de lado a lado en un gesto de incredulidad, cruzó la cocina y cogió su abrigo de la percha. El inspector la siguió, rozando a Samantha al pasar junto a ella. Esta se giró un poco para dejarle paso y se metió las manos en los bolsillos del abrigo, mirando al suelo mientras lo hacía.

—Alice... —dijo Tom.

Alice se puso el abrigo y lo miró fijamente. Janssen estaba muy seguro de que quería que se quedara y, desde luego, que no se marchara de esa forma. Miró hacia atrás para observar a Samantha, que ahora avanzaba por la zona de estar del barco y examinaba con indiferencia todo lo que le llamaba la atención. Janssen sabía que podía explicárselo a Alice, pero no le salían las palabras. ¿Qué podría decir para salvar la situación? Se quedó allí con la boca abierta, incapaz de decir nada.

—Creo que es mejor que te deje solo —dijo Alice, que se enrolló la bufanda alrededor del cuello, haciendo énfasis en el sarcasmo. Le hizo un gesto con la cabeza, mirándolo fijamente a los ojos. Janssen estaba a punto de disculparse, pero Alice rompió el contacto visual, inclinándose hacia delante para tener visión directa sobre Samantha —. Un placer conocerte, Samantha.

Samantha se giró, enarcó las cejas, asintió y sonrió con educación.

—Igualmente... eh... —dijo casi con despreocupación, moviendo la

cabeza con un gesto casi imperceptible para indicar que no recordaba su nombre.

—Alice —dijo ella.

Samantha volvió a asentir, se dio la vuelta y comenzó a mirar las fotografías enmarcadas que había en una estantería cercana. Alice exhaló despacio y se mordió el labio inferior mientras miraba a Janssen furibunda.

—Lo siento —dijo el inspector en voz baja, poco más que un susurro—. Puedo explicarlo, de verdad.

—Ojalá pudiera decir que estoy deseando oír tu explicación —respondió Alice en un tono de voz más alto de lo habitual. Era evidente que no le importaba lo más mínimo quién pudiera escucharla. Se ajustó la bufanda y se dio la vuelta para subir las escaleras.

Janssen alzó la vista y se pasó la palma de la mano por la boca y la barbilla mientras Alice se marchaba. La puerta de la cubierta superior se cerró de golpe con tal fuerza que volvió a abrirse, permitiendo que el viento se colara hacia el interior del barco.

—Parece encantadora —dijo Samantha con tono desenfadado desde el otro lado de la zona de estar.

Janssen la miró. Le estaba dando la espalda.

—Lo es.

—Aunque parecía estar un poco sorprendida —añadió Samantha, que se giró.

Sostenía un marco de fotos en la mano. Inclino la imagen hacia Janssen para que pudiera verla. Era una foto en la que aparecía él junto a Alice y Saffy, tomada en la playa el invierno anterior. Llevaban ropa de abrigo y posaban para la foto poniendo caras divertidas. Era una de las favoritas de Janssen.

—No es la única que lo está —dijo el inspector, caminando hacia Samantha.

—¿Tan extraño es que una mujer quiera ver a su marido una vez al año, más o menos? —preguntó la mujer.

Era una pregunta sarcástica, y Janssen la ignoró.

—Exmujer —dijo secamente—. En serio, ¿qué estás haciendo aquí, Sam?

Janssen no estaba de humor para juegos de palabras.

—Todavía no, Thomas —replicó Samantha, agitando un dedo en su dirección de forma juguetona—. Sigo siendo tu mujer. Te guste o no.

—No me gusta —respondió Janssen—. Y, una vez que se ratifique oficialmente, ya no lo serás, así que ¿a qué has venido?

—Cuando me dijiste que necesitabas un poco de distancia para aclarar tus ideas, no me imaginé que te fueras a alejar de la civilización durante casi dos años...

—Esto es Norfolk, Sam. Está a un par de horas de Londres.

—Y también da la impresión de estar varias décadas por detrás.

Aquel comentario molestó mucho a Janssen. A Samantha nunca le había gustado ir a Norfolk, a la casa del inspector, con él. No le importaba pasar allí un fin de semana, pero siempre insistía en irse al extranjero y le parecía tedioso el deseo de Janssen de ir a su tierra natal; se lo tomaba como una obligación molesta. No es que ella discriminara, pues tampoco volvían a menudo a Shannon, su ciudad natal, en el oeste de Irlanda.

Samantha se giró hacia él. Su actitud desdeñosa se suavizó mientras hablaba:

—Huiste, Tom. No pudiste afrontar el reto y huiste.

El inspector se sintió invadido por la ira, pero no respondió. Ella tenía razón. Él no había querido hablar de ello. No había querido tratar de resolver el conflicto, como ella deseaba. Siguió con la mirada a Samantha mientras ella recorría la habitación, echando un vistazo al nuevo hogar del inspector.

—Hablabas muchas veces de tener un barco —dijo la mujer tras un minuto de silencio entre ellos—. ¿Lo estás disfrutando? Me refiero a vivir aquí.

—Sí. Bueno, la mayoría de las veces, sí —respondió, reprimiendo la exasperación que le producía su presencia.

Ella le iba a decir lo que le diera la gana en el momento en el que le diera la gana. Así funcionaba ella, siempre de la misma forma.

«¿Qué espera conseguir viniendo aquí?», pensó Janssen.

—Sam...

—Cometí errores, Tom —reconoció Samantha, interrumpiéndolo y girándose hacia él. Era la primera vez desde su separación que

admitía algo de forma voluntaria. Eso despertó la curiosidad del inspector—. Centré mi atención en exprimir lo máximo de la vida..., de nuestro matrimonio. Fue egoísta y debería haberte dado más cosas de las que tú querías. Ahora me doy cuenta de eso.

Aquella afirmación lo dejó desconcertado. Esperó el comentario posterior que siempre llegaba cuando ella lo sorprendía con una autocrítica objetiva. Pero no llegó. Samantha lo observó, esperando expectante su respuesta. Como Janssen no dijo palabra, ella pareció molestarse, rompió el contacto visual y reanudó su recorrido por la habitación. Señaló la serie de fotografías que había estado inspeccionando, en concreto, una en la que Alice abrazaba a Saffy.

—Qué niña tan mona —afirmó. Janssen asintió—. Supongo que no es tuya, ¿verdad?

—No, claro que no.

—Bueno, no puedes culparme por preguntar... —dijo, bajando la voz tanto que casi se convirtió en una especie de susurro conspirador—, viendo que has desarrollado una gran habilidad en guardar secretos.

—Eso no es asunto tuyo —replicó Janssen.

Lo decía en serio. Su vida pronto dejaría de ser asunto de Samantha, en cuanto terminara la espera de dos años.

—Quizá. Aunque me ha dado la sensación de que estaba un poco enfadada —dijo Samantha. Su tono de voz no parecía indicar que le preocupara demasiado la relación que Janssen tuviera con Alice. Al menos, esa era la impresión que daba—. Sinceramente, no me sorprende que estés saliendo con alguien Eres un partidazo, Tom.

El inspector ignoró el cumplido. Incluso estando seguro de que había sido sincero, siempre le había resultado difícil aceptar los halagos y los elogios, aunque no comprendiera por qué.

—Siempre quisiste tener hijos, para recrear la vida familiar en la que creciste... Y aquí estás..., de vuelta en Norfolk con un reemplazo, listo para empezar de nuevo.

—Las cosas no son así —dijo Janssen, negando con la cabeza con firmeza.

—No tenías por qué hacer las maletas, abandonarlo todo y regresar aquí, ¿sabes?

—Esa fue mi decisión —respondió el inspector, encogiéndose de hombros.

—¿Echas de menos Londres?

—A veces.

—¿Me echas de menos a mí? —preguntó Samantha, que bajó la voz y se acercó a él hasta quedar a un palmo de distancia.

Por primera vez, Janssen sintió que le estaba haciendo una pregunta sincera, una pregunta que, por cierto, dejaba al descubierto su vulnerabilidad. Una parte de él quería responderle con dureza, herirla de la misma manera que ella lo había herido a él. Pero no podía hacerlo. Hacía mucho tiempo que había decidido que no actuaría así.

—A veces —repitió él.

Samantha sonrió. Una expresión de alivio, no de gracia.

—Como te acabo de decir, cometí errores —prosiguió Samantha, mirándolo a los ojos e insistiendo para que Janssen hiciera lo mismo. Él no se vio capaz de apartar la mirada—. ¿Y si te dijera que he estado pensando en qué nos equivocamos y en qué podríamos hacer de cara al futuro?

—Ay, Sam... —dijo Janssen, sacudiendo la cabeza.

—Escúchame, Tom. Tú ibas varios pasos por delante de mí en muchos aspectos... La carrera profesional, los hijos... Yo solo veía que las cosas iban muy bien y no creía que hubiera ninguna necesidad de cambiar nada. No fui capaz de ver las ganas que tenías de ciertas cosas, y debería haberlo visto. Todavía no es demasiado tarde, ¿sabes?

Janssen se frotó la cara con ambas manos y dio un paso atrás. De todas las opciones posibles, aquella no se le había pasado por la cabeza.

—Creo que ya no estamos en ese punto, ¿no te parece?

—¿Por qué? Todavía tienes tu carrera profesional. Sí, la venta de la casa está a punto de cerrarse, pero podemos empezar de nuevo —dijo Samantha. Sus palabras sonaron cálidas y alentadoras—. Tenías razón. Deberíamos pensar en formar una familia.

—¿Te mudarías aquí? ¿De verdad te ves viviendo en Norfolk?

Samantha resopló con desdén.

—No nos dejemos llevar por la emoción —respondió. Se quitó los guantes y se los quedó en una mano. Su rostro resplandecía. El calor de la chimenea era tal que estaba claro que tener el abrigo puesto resultaba incómodo—. ¿Puedo...? —preguntó, señalando su abrigo.

Janssen asintió.

—Por supuesto.

—Como te acabo de decir, la venta se va a concretar, pero...

—Lo sé. Mi abogado está en contacto permanente con el tuyo.

—Sí —dijo Samantha, inclinando la cabeza hacia un lado—, lo sé. Te decía que podemos encontrar otro lugar donde vivir. Mi padre me ha dicho que no tendría problema en soltar la pasta de nuevo, como hizo la última vez que...

—¿Ya has hablado con tu padre? —preguntó Janssen, incapaz de ocultar un instante de ira. Aquel hombre tenía una personalidad muy autoritaria, un rasgo que había logrado inculcar también en sus hijos—. Claro, era de esperar.

—No sucedió como tú piensas —replicó Samantha, con cierta frustración en su tono de voz—. No le busques tres pies al gato.

—Creo que paso.

—¡Vamos, Tom! No puedes decirme con sinceridad que prefieres vivir aquí antes que en Londres. Hasta el trabajo debe ser aburrido en comparación.

—Me va perfecto.

—No. No me lo creo —afirmó Samantha.

La manera despreocupada en la que lo dijo irritó a Janssen.

—¿Cómo está Cory? —preguntó el inspector.

A Samantha le cambió la cara al oír aquel nombre. Se encogió de hombros.

—No lo he visto.

—Ya, probablemente ya te hayas hartado de verlo.

—Eso no viene a cuento, Tom —dijo Samantha. Quería sonar enfadada, pero no había convicción en su tono de voz—. Cometí un error.

—Sí, lo cometiste —dijo Janssen.

Ella movió la cabeza de lado a lado en un gesto de frustración y se

alejó del inspector, buscando un lugar donde dejar su abrigo. Janssen no hizo intento alguno de cogerlo, enfadado consigo mismo por la pulla infantil que acababa de soltar. Un antiguo compañero de trabajo o un desconocido cualquiera, en realidad eso daba igual; Samantha había buscado fuera de la relación la solución a un problema sin tener en cuenta las consecuencias y, al final, empeoró las cosas. La mujer colgó el abrigo en una de las sillas de la zona de estar y se dispuso a dejar los guantes sobre la mesa, pero dudó un segundo antes de hacerlo. Había visto algo. Se inclinó, cogió una copa de vino que permanecía intacta, bebió un sorbo y se giró hacia el inspector.

—Parece que no soy la única persona que está cometiendo un error en este momento —aseguró.

Había un brillo en sus ojos y Janssen percibió que ese comentario había sido mordaz. Samantha hizo un gesto con la cabeza hacia la mesa y Janssen vio la caja del anillo junto a sus guantes. Seguía abierta; el diamante brillaba bajo la luz que reflejaba la chimenea.

—Eso no es asunto tuyo...

—¡Oh..., creo que sí mientras yo siga llevando tu anillo en el dedo!

—¡Por fin aparece la verdadera Samantha Janssen! —exclamó Janssen, abriendo mucho los brazos y sin poder contener su resentimiento, que era cada vez mayor—. Le ha costado un rato, pero sigue estando ahí. La princesita consentida que espera que el mundo baile al ritmo que ella marca. Ya no, Sam. Ahora no.

Samantha volvió a levantar la copa. Janssen aprovechó el momento para respirar hondo un par de veces y tratar de calmarse. Muy pocas personas eran capaces de sacarlo de sus casillas, pero a su mujer, sin duda, se le daba de cine. Una vez que el inspector aceptaba que una persona traspasara el límite que marcaban sus barreras personales, le costaba mucho mantener la compostura emocional cuando se encontraba en una situación emotiva. A pesar de haber crecido en un entorno familiar abierto, él era el que siempre preocupaba a su madre. Se encariñaba enseguida con las personas sin tener en cuenta su compatibilidad a largo plazo.

—No es precisamente así como había planeado que fuera esta conversación —dijo Samantha, con un tono de voz conciliador—. Ya

lo sé... Sé que han pasado muchas cosas y que gran parte de ellas son culpa mía —dijo, colocando la palma de la mano que tenía libre sobre su pecho—. Y sé que tendríamos mucho trabajo que hacer para arreglar las cosas entre nosotros. Pero..., y soy consciente de que es un «pero» enorme..., lo único que hace falta es estar dispuesto a intentarlo, querer que suceda. Si me dices que ni siquiera puedes contemplar la idea, entonces me iré ahora mismo.

Samantha dejó la copa sobre la mesa, se colocó delante de Janssen, extendió las manos y agarró las de él, tirando de ellas hacia sí.

—Puedes huir de las cosas, Tom. Puedes esconderte, buscarte un trabajo nuevo... —comenzó a decir, mirando a su alrededor—. Incluso comprarte un barco si quieres. Pero, en el fondo, no puedes cambiar quién eres, y todo esto —continuó, moviendo la cabeza de un lado a otro— no va contigo, Tom. Hace mucho tiempo que este lugar se te quedó pequeño, y también todos los que lo habitan. Así es como nos encontramos el uno al otro.

Samantha se acercó al inspector sin soltarle las manos. Con las botas alcanzaba casi su misma estatura. Se inclinó hacia él, que seguía apoyado sobre la encimera de la cocina. Estaba muy cerca de él, tanto que Janssen podía oler la fragancia de su pelo mezclada con la de su perfume, lo que le trajo recuerdos de tiempos más felices. Samantha levantó la cara hacia él y eso provocó que estuviera aún más cerca. Janssen no la detuvo hasta que sintió el calor de su aliento en el rostro. Cerró los ojos.

—Creo que deberías irte ya —dijo en voz baja. Sintió un estremecimiento involuntario en las palmas de las manos mientras pronunciaba esas palabras.

Samantha se detuvo, mantuvo su posición un instante más y, a continuación, retrocedió. Janssen abrió los ojos y vio una expresión de vulnerabilidad en el rostro de Samantha cuando ella le soltó las manos. La mujer se alejó, se llevó una mano a un ojo y se dio la vuelta. Volvió a la mesa del comedor, cogió su abrigo y se lo puso. Janssen vio cómo, mientras lo hacía, miraba fijamente las fotografías, preparándose ya para marcharse. Cogió los guantes y se giró hacia el inspector, que vio una mancha oscura en la comisura de

su ojo izquierdo, donde el rímel había comenzado a correrse. Samantha se acercó a él sosteniendo los guantes en una mano. Se detuvo a su lado, levantó la mano que tenía libre y le acarició la mejilla.

—Me alegro de haberte visto, Tom —le dijo; enseguida, retiró la mano de su rostro.

En aquella ocasión, a Janssen no le cabía duda de que lo había dicho en serio. Mientras caminaba ya hacia los escalones que conducían hacia la cubierta, Samantha se detuvo y cogió un bolígrafo que había sobre la encimera de la cocina, junto a varios sobres sin abrir. Se inclinó y garabateó algo sobre el primero de ellos, concluyendo la tarea con un gesto elegante de la mano. Dejó el bolígrafo y apoyó ambas manos sobre la encimera, aparentemente para mirar lo que acababa de escribir.

—Me voy a quedar unos cuantos días en un hotel en Wells, Tom —dijo sin levantar la vista hacia él—. Espero que podamos volver a hablar.

Sin decir una sola palabra más ni mirarlo a los ojos, Samantha se dio la vuelta y subió los escalones para marcharse. Janssen la vio alejarse. No dijo nada. Se sentía invadido por un torbellino de emociones muy diversas: ira, frustración, alivio y... decepción. Sostuvo la otra copa de vino por el tallo y la hizo girar en su mano. El líquido danzó en el interior. Finalmente, se acercó para leer lo que Samantha le había escrito y lo primero que vio fue el número de su móvil. Era nuevo. Debajo, había una frase escrita:

VALE LA PENA LUCHAR POR TI, Tom Janssen. Un beso.

Janssen suspiró, volvió a leer la frase y se llevó la copa a los labios. Dio un sorbo. Se trataba de un vino seco que no era de su agrado. Le gustaba a Alice; por eso lo había elegido. Pensar en Alice hizo que aflorara el sentimiento de culpa. Tiró el contenido de la copa en el fregadero, la dejó sobre la encimera y cogió su teléfono móvil. Tenía en la pantalla de inicio, cuyo fondo era una foto de Alice con Saffy, un acceso directo al teléfono de Alice. Mantuvo el pulgar suspendido sobre el icono, pero dudó. ¿Cómo podría siquiera

empezar a explicarle su pasado? Y, mucho menos, por qué no se lo había contado todo antes... Necesitaba tiempo para pensar. Dejó el móvil a un lado y se masajeó las sienes.

—Los planes mejor elaborados... —se dijo en voz baja—. Rabbie Burns... tenías toda la razón.

CAPÍTULO 23

Tamara giró hacia la izquierda desde la carretera para introducirse en un camino circular que iba dando la vuelta al edificio hasta llegar a su entrada principal. Se trataba de una estructura construida solo para su fin, con un diseño estrictamente funcional. Un edificio rectangular de tres plantas, con una entrada grande cubierta y flanqueada a ambos lados por pilares de hormigón que estaban inspirados en la arquitectura clásica. Los pilares, pintados de blanco, llamaban la atención al desentonar mucho con el ladrillo rojo del

edificio, que los hacía parecer diminutos. El recinto carecía de valor artístico alguno.

Varios residentes estaban sentados en el exterior del recinto, bajo el porche. Lo primero que pensó Tamara fue que hacía demasiado frío para que hubiera gente sentada allí afuera. Se bajó del coche, al igual que Tom Janssen, a quien no le había importado que fuera ella quien condujera hasta allí. Lo miró de forma inquisitiva.

—¿Está bien? —le preguntó.

—Estoy bien —respondió el inspector con aparente cansancio—. Por tercera vez.

—Sí, de momento van dos «bien» y un «estupendamente» —replicó la inspectora jefe.

Jansen negó con la cabeza, pero no dijo nada. Cuando se acercaron a la entrada, Tamara vio que dos de las personas que había en el exterior estaban sentadas en sendas sillas de ruedas y el otro, en una silla pequeña de plástico, obviamente colocada allí de forma temporal. Todos iban bien abrigados contra el viento frío; llevaban abrigos puestos bajo las mantas que les cubrían hasta las piernas. Los tres estaban fumando. Los carteles de «Prohibido fumar» que había en las ventanas de las puertas de entrada explicaban por qué esas personas se encontraban en el exterior. Tamara tuvo que reconocer que le impresionaba su devoción por la causa.

—Buenos días, caballeros —dijo al pasar junto a ellos.

Dos de los hombres le devolvieron el saludo, mientras que el tercero exhaló el humo, alcanzó la máscara de oxígeno que tenía en su regazo y tomó una profunda bocanada del envase cilíndrico que tenía a su lado. Aun así, se las arregló para saludarlos con un gesto de la cabeza. Entraron al vestíbulo y la puerta se cerró tras ellos. Tamara se acercó al mostrador de recepción y le mostró su identificación policial a la mujer que estaba sentada detrás del mismo.

—Soy la inspectora jefe Greave, de la Policía de Norfolk. He llamado hace un rato.

—Sí, me han avisado de que vendría —respondió la mujer, que cogió el teléfono de su escritorio y marcó una extensión—. Si

quieren tomar asiento, el doctor Bevis estará con ustedes en breve.

Tamara le dio las gracias, retrocedió y se reunió con Janssen en el área de descanso. Ninguno de los dos se sentó. El inspector estaba observando una de las salas comunes. Muchos de los residentes estaban sentados en semicírculo, conversando entre ellos. Se podía oír una televisión sintonizada en uno de los canales diurnos, aunque no estaba a la vista. Resultaba difícil decir qué estarían viendo. Los trabajadores iban y venían, vestidos con batas y pantalones blancos. Algunos estaban ocupados preparando la medicación para los pacientes, mientras que otros estaban organizando a quienes necesitaban ayuda con su rutina diaria de ejercicios.

—¿En qué está pensando? —le preguntó Tamara a Janssen.

—Esto me trae algunos recuerdos.

—¿Sus padres?

—Mi madre —respondió el inspector, girándose para mirar a su compañera—. Pasó sus últimos años en una residencia. Después del derrame cerebral, no podía valerse por sí misma en casa.

—Debió ser duro venir a verla a un lugar como este —dijo Tamara—. Por muy buena que sea la atención, en ningún sitio estaría igual que en casa, ¿verdad?

—Yo vivía en Londres en aquella época —respondió Janssen. Hubo una evidente muestra de irritación al mencionar la capital. A Tamara no se le escapó, y le pareció extraño—. No la visité tan a menudo como debería haberlo hecho.

La inspectora jefe intuyó que su compañero no quería hablar más del tema, así que dejaron de conversar. Sus padres, aunque ya habían superado los ochenta años, seguían llevando una vida más activa que la suya o las de sus hermanos. Su padre lo atribuía al aire del suroeste de Inglaterra. Siempre habían sido una familia muy activa y sus padres se resistían a los avances de la vida moderna. A pesar de ser académicos y de haber trabajado sobre todo en el campo de las ciencias sociales, hasta aquel día seguían sin tener televisión en casa. La biblioteca de la familia Greave era increíble y las palabras de su madre resonaban todavía en la mente de Tamara: «Todo lo que hay que aprender se puede encontrar en un libro». Durante su infancia, la forma de pensar sus padres le causaba cierta

vergüenza ante sus amigos, pero ahora la comprendía, y la de la televisión era una de las pocas normas que sus padres le habían impuesto que ella seguía respetando.

Observando a algunos de los ocupantes de aquella residencia, se dio cuenta de lo afortunada que era de que el destino no la hubiera obligado a plantearse aún un futuro como aquel para sus padres. Nunca habían hablado de tales contingencias. Tampoco es que hablaran mucho últimamente, una situación que debería esforzarse por cambiar. Aunque también era cierto que había tenido aquella conversación en su mente varias veces en el pasado y que nunca había pasado a la acción.

—¿Inspectora Greave?

Tamara se giró y vio a un hombre acercándose a ella. Tendría unos cincuenta y cinco años y vestía un traje perfectamente entallado. La inspectora jefe pudo apreciar la diferencia con respecto a ella. Su forma de vestir, sobre todo jerséis grandes y pantalones informales, no reflejaba los rasgos más sofisticados de su educación en una familia de clase media alta. El doctor Bevis le tendió la mano, y ella decidió no corregir el error que había cometido al mencionar su cargo.

—Llámeme Tamara, por favor —dijo. La expresión del hombre, que parecía bastante seria, se transformó en una sonrisa que reveló unos dientes blancos y deslumbrantes. Tamara pensó que, después de todo, la atención social privada merecía la pena—. Este es el inspector Janssen —continuó, presentando a su compañero.

El doctor Bevis asintió en dirección al inspector, que sonrió cortés.

—Por la conversación que hemos mantenido por teléfono, entiendo que desean hablar con uno de nuestros residentes.

—Sí. Con el señor Nicholas Levy —respondió Tamara. La expresión del médico cambió, pues frunció el ceño—. ¿Hay algún problema?

—Bueno, no exactamente —replicó el doctor Bevis, que les hizo un gesto con la mano para que lo acompañaran. Los guio hasta una escalera cercana y comenzó a subir. Por delante de ellos, continuó la conversación bajando un poco la voz—. Comprenderán que, aunque no somos un centro médico propiamente dicho, atendemos a personas mayores cuyas enfermedades requieren cuidados

integrales. Muchos de esos residentes padecen enfermedades agudas.

—¿Es ese el caso del señor Levy? —preguntó Tamara.

El doctor Bevis asintió.

—Nicholas lleva ya algunos años con nosotros. Le diagnosticaron demencia precoz. Su estado se deterioró con rapidez y... Bueno, lo van a ver ustedes mismos de forma evidente. No sé qué esperan obtener de su conversación con él, pero, tras su llamada de hace un rato, fui a verlo y hoy estaba teniendo uno de sus días más lúcidos. Así que, bueno, nunca se sabe.

Tamara miró hacia atrás para encontrarse con los ojos de Janssen. Su gesto apesadumbrado indicaba que era tan optimista como ella.

—Admito que no soy una experta en alzhéimer, doctor, pero ¿no es la memoria a corto plazo la que se ve más afectada, mientras que los recuerdos más antiguos permanecen en gran medida intactos?

Bevis asintió con entusiasmo.

—Esa es una valoración sensata, sí.

—Eso es una buena noticia para nosotros —reaccionó la inspectora jefe—. Queremos hablar con él sobre hechos que sucedieron hace muchos años.

—Ojalá su caso fuera tan sencillo, inspectora. Aunque esos hechos lejanos tendrán conexiones más fuertes que permitirán un recuerdo mejor, hay pacientes que pueden tener dificultades para diferenciar entre el pasado y el presente. ¿Comprende lo que le quiero decir?

Una vez más, Tamara no le rectificó por el error en su cargo.

—Y eso provoca una mayor confusión.

—Correcto. La demencia no solo afecta a la memoria, sino que, a medida que la enfermedad va avanzando, provoca que se vayan deteriorando otras facultades. Los enfermos suelen tener dificultades para encontrar las palabras adecuadas para expresar sus pensamientos. Además, padecen cambios de humor rápidos y variables, confusión o apatía general. Estos síntomas pueden manifestarse en cualquier momento, de forma conjunta o por separado. Uno nunca puede estar seguro de lo que va a encontrarse con ellos, pero sin duda experimentará uno o varios de esos síntomas si pasa un tiempo considerable a su lado.

El doctor se detuvo al llegar al rellano y se volvió hacia Tamara y Janssen. Levantó una mano, con la palma abierta hacia ellos.

—Lo único que intento decirles es que no se hagan ilusiones... Y, si Nicholas reacciona mal, intenten tener paciencia con él. Si él percibe su frustración, solo conseguirán que se ponga más nervioso.

Tamara miró a Janssen, que asintió.

—Lo comprendemos —dijo Tamara con una sonrisa.

El doctor Bevis pareció quedarse satisfecho con las garantías que le habían ofrecido y reanudó su recorrido. Los acompañó por el pasillo hasta la tercera puerta a la derecha, se detuvo de nuevo un momento, miró a ambos agentes alternativamente y llamó a la puerta con los nudillos. La abrió y entró.

—Nicholas —dijo, invitando a Janssen y a Tamara a entrar junto a él—, tienes visita.

Tamara entró primero y echó un vistazo a la habitación. Nicholas Levy estaba sentado en un sillón de respaldo alto junto a una ventana que ofrecía vistas a los jardines impecables de la parte trasera del edificio. El hombre tenía las palmas de las manos apoyadas sobre los reposabrazos del sillón y, por un momento, la inspectora jefe pensó que podría estar durmiendo, ya que no había dado ninguna señal verbal o física de haber notado su llegada. La habitación estaba decorada en tonos neutros y tenía un tamaño considerable. Había una cama junto a una de las paredes y, más allá de la misma, otra puerta, en la esquina más alejada. Dicha puerta estaba abierta y Tamara pudo ver que daba a un cuarto de baño con ducha. Había dos sillas y una mesa auxiliar pequeña junto al ventanal que abarcaba del suelo al techo de la habitación, que estaba orientado al sur y que permitía que una gran cantidad de luz natural inundara la estancia.

El doctor Bevis se acercó a Levy. Ladeó la cabeza mientras observaba a su paciente, que no respondía y seguía mirando por la ventana sin fijarse en nada en particular. Luego, se giró hacia los detectives y les sonrió con un gesto de disculpa.

—Como pueden ver —les dijo—, hay días buenos y días malos.

Tamara pasó junto al médico para situarse frente a Nicholas Levy, el antiguo propietario y director operativo de Wellesley Manor. Se

inclinó hacia delante para colocarse directamente en su campo de visión, proyectando una sombra sobre el anciano. La inspectora jefe sabía que tenía ochenta y pocos años, ya que lo había comprobado antes de ir allí. Si hubiera tenido que jugársela sin tener ese dato, habría dicho que Nicholas Levy era al menos una década mayor que eso, si no más. A pesar de estar encorvado en la silla, se percibía que se trataba de un hombre alto, esquelético, con los ojos hundidos y la piel grisácea. El hombre no parecía tener color, salvo por las manchas oscuras que eran visibles en la frente y las manos. Tenía el pelo lacio y grasiento, adherido al cuero cabelludo solo en las zonas en las que aún crecía.

—Señor Levy —comenzó a decir Tamara, inclinando la cabeza hacia un lado y sonriendo—, soy la inspectora jefe Greave, de la Policía de Norfolk.

Se produjo un instante breve en el que dio la sensación de que el hombre no iba a advertir su presencia, pero, cuando Tamara se dispuso a levantarse, hubo un brillo fugaz en los ojos de Levy. Un segundo después, giró ligeramente la cabeza hacia Tamara, que vio cómo al hombre se le dilataban las pupilas. Una ligera señal de reconocimiento.

—Quizá le vaya mejor adoptando un tono más informal. A menudo eso da mejores resultados.

Tamara aceptó el consejo del médico.

—Nicholas —dijo la inspectora jefe—. Me llamo Tamara. Soy policía.

—¿Rebecca? —preguntó Levy, mirándola fijamente—. Es un poco tarde para volver a casa, ¿no? Deberías haber vuelto hace horas.

Tamara sonrió de forma afectuosa y miró inquisitivamente al doctor Bevis, que extendió las manos por delante de su cuerpo.

—Como les he advertido, no deben esperar demasiado. Rebecca era la mujer de Nicholas —explicó, bajando la voz—. Ya no está entre nosotros, hace tiempo que falleció.

Tamara asintió. Volvió a mirar al hombre, se acercó más y colocó con gentileza la mano izquierda sobre la derecha de él. Levy la miró, frunciendo el ceño.

—¿Dónde está tu anillo de casada? —le preguntó con tono

acusador.

—Nicholas, me llamo Tamara. Soy policía. Hemos venido a hablar con usted sobre el tiempo que dirigió Wellesley Manor. El hogar infantil. ¿Le parece bien?

Los ojos de Levy se encontraron con los de ella y, acto seguido, los entrecerró.

—Wellesley... —repitió en voz baja, asintiendo despacio, y acercó la mano izquierda para tomar la de ella entre las suyas—. Tú y yo hicimos cosas buenas en Wellesley.

—Usted cuidó de los niños —dijo Tamara.

—Cuidamos de almas perdidas..., un montón de ellas —dijo Levy, levantando las cejas de manera desapasionada.

—¿Recuerda a una joven llamada Susan? ¿Susan Cole? —le preguntó Tamara, refiriéndose a Susan Cook por su apellido de nacimiento y observando la reacción del hombre. No percibió ninguna—. ¿Y a Kirsty Davies? —Levy apretó ligeramente la mano que tenía sobre la de la inspectora, que no estuvo segura si ese gesto había sido una reacción al escuchar aquel nombre—. Nicholas, ¿recuerda a Kirsty Davies?

Levy bajó la cabeza y acercó la barbilla al pecho mientras respiraba hondo. Giró la cabeza hacia la izquierda y volvió a levantarla hasta ponerla a la altura de la de Tamara, retirando la mano de la de la inspectora. Al hombre se le oscureció el semblante, y Tamara vio un tic involuntario en el labio superior. La inspectora jefe esperó alguna respuesta, pues él parecía estar a punto de hablar. Al cabo de un momento, Levy abrió mucho los ojos y la miró fijamente sin pestañear.

—iTú no eres Rebecca! —siseó—. ¿Quién demonios eres y qué haces en mi dormitorio? Mi mujer te sacará los ojos si te encuentra aquí.

Nicholas Levy se puso nervioso y comenzó a moverse en su asiento; los brazos y las piernas le temblaban, aparentemente presa del miedo.

—Tranquilo, Nicholas —dijo el doctor Bevis, colocándose frente al hombre.

El anciano lo miró, y su expresión de ira se transformó en otra de

confusión.

—No entiendo... ¿Quiénes son estas personas? —preguntó Nicholas, mirando a Tamara y a Janssen, que estaba detrás de ella, de espaldas a la ventana.

—Son agentes de policía, Nicholas —le explicó el doctor Bevis, que colocó una mano sobre el brazo del hombre en un gesto tranquilizador y lo frotó con suavidad. El médico miró a Tamara, que se levantó y dio un paso atrás—. Existen factores que pueden desencadenar estas reacciones. Intentamos evitar el uso de palabras como «recordar». Utilizarlas provoca confusión cuando los pacientes tienen dificultades para hacer precisamente eso, recordar.

—Lo siento. No lo sabía.

—¡Fuera! —le gritó Levy a Tamara, casi escupiendo las palabras—. ¡Fuera de mi casa, maldita sea! ¡Putas, desvergonzadas!

A Levy se le acumuló la saliva en la comisura de los labios y le corrió parcialmente por la barbilla. Con una fuerza recién descubierta, se fue inclinando hacia delante en el sillón, un poco más con cada insulto que iba profiriendo. El doctor Bevis intentó mantenerlo sujeto, aunque con mucha cautela al hacerlo. El médico miró hacia atrás.

—Creo que sería mejor que salieran de la habitación —dijo.

Tamara asintió y retrocedió aún más. Janssen le puso una mano sobre el antebrazo a su compañera, moviéndose hacia un lado para colocarse entre Levy y ella, y así protegerla.

—¡Putas! —gritó Levy.

El doctor Bevis estaba intentando calmarlo con palabras reconfortantes en un tono extraordinariamente contenido, pero fue en vano. Nicholas Levy arqueaba la espalda e intentaba liberarse del agarre del doctor, a pesar de que este apenas ejercía una ligera presión, tal era la fragilidad del anciano.

Janssen acompañó a Tamara hasta el exterior de la habitación y, una vez en el pasillo, la sensación de alivio fue palpable.

—Esto ha salido... muy bien —dijo Janssen, apartándose para dejar pasar a una enfermera que se disponía a entrar en la habitación.

Tamara percibió que le costaba respirar.

—No debería tomárselo como algo personal —dijo Janssen, mirando hacia el interior de la habitación. Ya no podían ver a sus ocupantes, pero Levy seguía gritando.

—No lo haré —respondió Tamara, que se pasó una mano por el pelo.

—Es imposible que Nicholas Levy se reuniera con Susan Cook en Wellesley la otra noche, y si... y subrayo el «si», tuvo algo que ver con los abusos que se produjeron en el hogar infantil, va a ser imposible que se enfrente a un juicio estando en estas condiciones.

Tamara negó con la cabeza y siguió la mirada del inspector hacia el interior de la habitación.

—Hay una cosa de la que estoy segura, independientemente de ese numerito.

—¿De qué? —preguntó el inspector.

—Ante la mención del nombre de Susan Cook, no ha reaccionado de ninguna forma. Pero, cuando ha escuchado el de Kirsty Davies, la cosa ha cambiado drásticamente.

—Yo no lo he visto. ¿Está segura? —preguntó Janssen, con tono dubitativo.

—Por supuesto —respondió Tamara, dirigiéndole una mirada firme—. Lo que no puedo decirle es por qué. ¿Cómo se llamaba la otra persona que todavía vive en Norfolk?

Janssen lo pensó un instante.

—Baker. Neil Baker. Dirige una empresa de deportes acuáticos en la costa.

—Pues ese es el siguiente sitio al que vamos a ir.

CAPÍTULO 24

El negocio de Neil Baker en Burnham Deepdale, cuya dirección habían logrado obtener, estaba cerrado cuando llegaron. Tamara puso la mano sobre el cristal de la puerta para protegerse del reflejo que el sol invernal proyectaba sobre el mismo y miró hacia el interior. No había luces encendidas y parecía que no había habido nadie allí en todo el día.

—Quizá cierre en temporada baja —dijo en voz alta.

Janssen se giró hacia ella y negó con la cabeza; el sol lo cegó por

un momento. Era un día despejado y muy luminoso, con cielos muy azules y una brisa suave que soplaba desde el mar. Eran condiciones casi perfectas para practicar *kitesurf* o *paddle surf*.

—Este negocio funciona todo el año —afirmó el inspector—. Hay varios lugares a lo largo de la costa donde se pueden alquilar tablas y la gente de por aquí mantiene sus negocios abiertos durante la temporada baja. Tienen mucha más libertad cuando los turistas no invaden las playas y el agua.

—¿Puedo ayudarlos en algo? —les preguntó una voz desde atrás. Ambos se giraron para ver al recién llegado. Acababa de salir de la cafetería situada justo al lado. Janssen le mostró su identificación policial—. Soy Terry Marchant, dueño de la cafetería. ¿Ocurre algo? ¿Tiene algo que ver con Neil?

—Queremos hablar con el señor Baker. ¿Lo ha visto hoy? —preguntó Janssen.

El hombre negó con la cabeza.

—Lo siento, la verdad es que no. Me dijo que tenía cosas que hacer en Holkham esta semana y que probablemente no lo veríamos mucho por aquí.

—¿En la playa de Holkham? —preguntó Tamara.

El hombre lo confirmó con un breve asentimiento.

—Gracias —dijo Tamara.

Marchant volvió al interior de su cafetería, desde donde los observó mientras se dirigían de vuelta al coche.

—Creo que esta conversación va a desatar rumores —dijo Tamara con una sonrisa irónica en el rostro. Janssen no hizo ningún comentario y la expresión de su rostro permaneció impasible. Transmitía la sensación de no haber dormido. El móvil del inspector emitió un sonido; lo sacó y miró la pantalla. Era un mensaje de texto. Lo leyó y volvió a guardar el teléfono en el bolsillo—. ¿Algún problema? —le preguntó Tamara.

Janssen la miró de reojo sin detener el paso.

—¿Por qué lo pregunta?

—Es que lo noto muy diferente, eso es todo —respondió la inspectora jefe. Él no dijo nada al respecto—. ¿Cómo le fue anoche con lo que tenía planeado?

*Janssen la miró por un instante, y enseguida bajó la vista al suelo.
—¿Así de mal? —preguntó Tamara.*

El inspector soltó una risa, aunque era evidente que aquello no le hacía gracia.

—No me creería si se lo contara —respondió.

—Inténtelo.

—¿Sabe cuando a veces en la vida crees que casi has conseguido dejar por fin algo atrás, pero de repente vuelve y te atormenta con más fuerza y dureza de lo que jamás podrías haber imaginado? —le preguntó el inspector.

—Puede que haya experimentado algo parecido —respondió Tamara, a quien le vino a la mente la imagen de Richard.

—Pues justo eso —afirmó el inspector, justo cuando llegaron de nuevo al coche.

Tamara lo abrió. Janssen la miró por encima del techo mientras abría la puerta, con una expresión de frustración en el rostro.

—¿Tiene esto algo que ver con Alice, por casualidad?

Janssen se subió al coche sin decir nada y cerró la puerta con fuerza.

—Supongo que sí —murmuró Tamara, subiéndose al asiento del conductor. Metió la llave en el contacto y dirigió la mirada hacia Janssen, que miraba fijamente al frente—. ¿Holkham?

—Holkham —asintió el inspector.

Ella arrancó y metió primera para comenzar a avanzar.

No tardaron demasiado en llegar a Holkham. Aquel era un día ideal para todos aquellos que querían salir al aire libre tras el reciente episodio de tiempo muy variable. Se esperaba que un frente tormentoso llegara de nuevo aquella tarde, así que la gente estaba aprovechando al máximo el día. A pesar de ello, el aparcamiento no alcanzaba ni la mitad de su capacidad cuando llegaron. Había todo tipo de gente paseando: familias, personas que habían sacado a sus perros para darles un paseo o gente haciendo *footing*. Dejaron el coche y recorrieron el corto trayecto de una pasarela de madera que

había entre los pinos hasta llegar al lugar donde el bosque se abría a la arena. Desde allí, la playa se extendía varios kilómetros en ambas direcciones. Tardaron otros cinco minutos en llegar hasta el borde de la franja de dunas que se alzaban entre los árboles y el mar. Desde lo más alto, miraron a ambos lados de la playa. A su derecha pudieron observar numerosas cometas en movimiento que les indicaron el lugar al que debían dirigirse.

Más adelante, en la playa, vieron a varias personas en el agua montadas en tablas que impulsaba el viento. La marea estaba subiendo y las olas eran tales que un par de ellas pudieron ganar un poco de altura sobre los rompientes. Aparentemente, el resto de las personas que practicaban kitesurf en aquellos momentos eran bastante inexpertas y tendían a caerse. Según se acercaron, vieron dos siluetas en la orilla dando consejos y alentando a los que estaban en el agua. Ambos eran hombres; uno de ellos andaría cerca de los sesenta años y el otro tendría veintitantos. Dando por hecho que el primero de ellos sería Neil Baker, Tamara le hizo un gesto a Janssen para que se acercaran a hablar con él. El hombre estaba gritando instrucciones a una adolescente a la que le costaba mucho mantenerse en pie sobre su tabla.

—¡Tienes que mantener el peso repartido uniformemente entre ambos pies! —le gritó justo cuando entraron en su campo de visión. El hombre se giró hacia ellos y les sonrió a modo de saludo—. Qué día tan bonito, ¿verdad?

—Sí, está el día maravilloso. Inspectora jefe Greave —se presentó Tamara, mostrando su identificación policial.

Neil la miró brevemente.

—¿Inspectora jefe? —preguntó con una media sonrisa en el rostro, repartiendo su atención entre ella y los surfistas que se encontraban a poca distancia—. ¿Quién se ha muerto?

El hombre preguntó aquello mientras sonreía. Tamara no le sonrió.

—Susan Cook —respondió—. O Cole... si necesita retroceder en el tiempo.

A Baker le cambió la cara.

—Sí, recuerdo a Susan —dijo, girándose hacia la inspectora jefe. Ya se olvidó por completo de sus alumnos—. También recuerdo el

momento en el que desapareció. Salió en todos los periódicos.

—Susan residió en Wellesley cuando usted trabajaba allí. ¿La recuerda bien?

—Bastante —respondió Baker—. Pobre chica. Estaba muy desorientada. Bueno, la mayoría de las chicas lo estaban, pero ella era especialmente difícil.

—¿En qué sentido? —preguntó Tamara.

—Problemas de comportamiento, tendencias autodestructivas... —explicó Baker, que se encogió de hombros, miró por un instante a Janssen, que estaba junto a Tamara, y volvió a mirar a la inspectora jefe a los ojos—. Una joven emocionalmente muy herida.

A Tamara le pareció interesante aquella manera de expresarlo. Había sido similar a la forma en la que Tara Byrons les había descrito a Susan.

—¿Qué pensó usted de su desaparición en aquel momento?

—Me imaginé que se había suicidado —respondió, mirándolos alternativamente—. Por lo que había oído, perdió el rumbo tras dejar Wellesley y se mezcló con todo tipo de personajes turbios. Ya era propensa a hacer lo mismo cuando estaba con nosotros. No quiero ni pensar en lo que le pasaría después de marcharse de allí.

—Se casó y tuvo un hijo —le explicó Janssen, que tenía la mirada perdida, contemplando el agua.

Baker se encogió de hombros, en una actitud defensiva.

—Vale, bueno... Me alegro de que lo hiciera. Una pena que no le funcionara.

—Sí, una pena —repitió Tamara—. Hemos encontrado su cuerpo a principios de esta semana, en el agua, en el antiguo puerto de Thornham. La asesinaron.

Baker frunció el ceño.

—Eso es... una noticia terrible. ¡Pobre niña! —exclamó, frunciendo los labios.

—¿Todo bien, papá?

Baker se giró hacia el otro instructor que estaba en la playa, que lo miraba con expresión preocupada. El pelo le caía a la altura de los hombros; la brisa hacía que se le moviera y el joven no dejaba de apartárselo, intentando metérselo detrás de las orejas para

quitárselo de la cara.

—Sí, todo bien, Kyle —respondió Baker, haciendo el gesto del pulgar hacia arriba. Kyle volvió a centrar su atención en las personas que estaban en el agua—. Es mi hijo pequeño. Se ha incorporado a la nómina porque estoy pensando en reducir mi carga de trabajo.

A Tamara le sorprendió oír aquello. Neil Baker parecía gozar de buena salud y no parecía necesitar jubilarse todavía. Tampoco tenía la edad suficiente. A menos que quisiera hacerlo por alguna razón. Baker pareció darse cuenta de que ella lo estaba evaluando y respondió a la pregunta que no le había formulado.

—No se deje engañar por las apariencias, detective. Cada vez me queda menos tiempo. Necesito un riñón nuevo con urgencia —aseguró con un tono de voz seco. El hombre miró por un instante a Tamara y luego volvió a observar a su hijo, que seguía dando instrucciones.

—¿Está en la lista de espera de trasplantes?

—Desde hace más o menos un año, sí. Mi médico me dice que mi edad no es un problema, pero sí lo es una afección cardíaca subyacente. Incluso si se encontrara un donante compatible, las posibilidades de sobrevivir a la operación serían escasas. Por desgracia, está llegando mi hora.

—Lo siento —dijo Tamara.

Baker se encogió de hombros.

—Así es la vida. Un día todo va sobre ruedas y aceptas todo lo que te vas encontrando por el camino y, de repente, todo cambia.

Perdone mi franqueza, pero ¿qué tiene que ver todo esto conmigo?

—Estamos investigando el caso desde otra perspectiva —le explicó Tamara—. Piense en su época en Wellesley. Se hicieron algunas acusaciones contra los trabajadores por malos tratos. ¿Lo recuerda?

—¡Ja! —replicó Baker—. Por supuesto que lo recuerdo..., pero no fue Susan.

—No, fue Kirsty Davies.

—¿Y qué? —soltó Baker—. Sigue sin tener nada que ver conmigo.

—Tenemos motivos fundados para creer que Susan Cook regresó a Wellesley en torno a la noche de su asesinato, el fin de semana pasado —aclaró Tamara—. ¿Tiene alguna idea de por qué haría algo

así, señor Baker?

Neil Baker le sostuvo la mirada durante un momento, con una expresión seria e implacable en el rostro.

—No tengo ni idea de por qué lo haría, ni tampoco de por qué cree usted que yo podría saberlo.

—Estamos trabajando con la teoría de que algo que le sucedió durante su estancia en Wellesley fue lo que la condujo a volver a Norfolk. Susan se reunió con alguien en Wellesley, o la siguieron hasta allí, y, quienquiera que fuera esa persona, la mató. La mujer entró en el edificio y se dirigió hacia una habitación interior que, sin lugar a dudas, tenía algún significado concreto para ella. ¿Le suena eso de algo, señor Baker?

Neil Baker apartó la mirada y la dirigió hacia los alumnos que estaban sobre los rompientes. Tamara tuvo la impresión de que en realidad no los estaba observando, sino que se estaba tomando algo de tiempo para poner sus pensamientos en orden. No pudo evitar preguntarse por qué.

—Cuando Susan desapareció..., lo vi en las noticias. Recuerdo que se armó un gran revuelo cuando encontraron su coche.

—La recuerda claramente —dijo Tamara.

—Sí. En aquel momento, me pregunté si... si se había quitado la vida. Seré sincero con usted, detective —aseguró. Miró hacia su derecha, donde Kyle seguía observando de reojo lo que sucedía. Luego, volvió a girarse hacia Tamara, con el rostro ligeramente contraído—. En aquella época pasaban cosas en Wellesley. Yo lo sabía. Muchos trabajadores lo sabían.

—¿Cosas como cuáles?

—Maltrato físico, abuso sexual... —aseguró, respirando hondo y enderezándose—. Esas chicas... algunas estaban tan perdidas que no sabían en qué creer ni en quién confiar. A veces parecía que estuviéramos dirigiendo un reformatorio en lugar de intentar recrear un entorno que fuera comprensivo para ellas. Esas chicas no sabrían reconocer un buen referente en la vida, y mucho menos cómo sacar provecho de él.

—¿Está intentando culpar a las niñas? —preguntó Tamara, a quien, por un momento, pareció invadirla la ira.

—No, no. Por supuesto que no —respondió Baker, tratando de restarle importancia a su comentario anterior con un gesto de la mano—. No estoy diciendo eso. Lo que quiero decir es que eran vulnerables tanto para las personas con las que convivían dentro de Wellesley como para las de fuera de ese lugar. Hay que verlo todo en un contexto más amplio. A casi nadie le importaban esas niñas, ni a sus familias, si es que tenían, ni al Estado, ni a algunos de mis compañeros, que deberían haber actuado con mejor criterio.

—Lo dice usted como si estuviera al margen de todo esto, como si lo estuviera observando desde el exterior —dijo Tamara—. ¿No se le ocurrió denunciarlo?

—¡Yo no podía hacer nada! —exclamó Baker con tono seco, cada vez más nervioso—. Recuerde que yo era un empleado de rango bajo en aquellos momentos y esas chicas... casi nadie velaba por la mayoría de ellas. Sentíamos que estábamos perdiendo constantemente la batalla contra ellas. Las propias chicas se enfrentaban a nosotros, a la dirección... Hasta la policía las consideraba una pérdida de tiempo —afirmó, señalándola con el dedo de forma acusadora—. Esas chicas eran las marginadas. Las sucias —dijo, mirando enfurecido a Tamara, quien, sin embargo, permaneció impasible ante su argumento—. ¿Quién iba a creer a una persona como yo?

—No me corresponde a mí juzgar sí...

—Pero me está juzgando, ¿o no? —espetó Baker.

—Usted ocupaba un puesto de responsabilidad. Los niños que sufren estas situaciones dependen de personas como usted cuando ninguna otra persona cuida de ellos. Al fin y al cabo, eso era parte de su trabajo.

—¡Y esa es la razón por la que me metí en ello! —siseó Baker—. Después de todo aquello... junto con todo lo que rodeaba a Kirsty Davies... Permanecí allí, firme, haciendo lo que podía. Al menos durante un tiempo, pero ni siquiera era capaz de ganarme a las niñas. Saltaban por las ventanas por la noche y se escapaban para estar con... —Baker no terminó la frase. Se llevó una mano a la cara y se pasó la palma de la misma desde los ojos hasta la barbilla. Aprovechó la pausa para tratar de recomponerse un poco. Tamara y

Janssen esperaron a que continuara—. ¿A quién coño le importaba? Yo me sentía como si estuviera en medio de una tormenta perfecta. La oscuridad me rodeaba, todo estaba fuera de control. Y sí..., antes de que me lo pregunten, me he sentido culpable cada día de mi vida por mi inacción. ¿Y si hubiera hablado...? ¿Y si hubiera apoyado a Kirsty cuando pidió ayuda? ¿Qué habría pasado entonces? ¿Podría haber cambiado las cosas?

—¿Por qué no lo hizo? —preguntó Tamara.

—Por un lado, tenía miedo —respondió Baker, moviendo la cabeza de lado a lado con un gesto de desprecio—. ¿Quién era yo para desafiar a alguien de esa talla?

—Pero hay algo más, ¿verdad?

—Sí —respondió el hombre, apartando la mirada de la inspectora jefe—. A pesar de todo lo que sabía, de todo lo que creía saber, seguía sin poder creerla del todo.

—¿A Kirsty?

Baker asintió.

—Era una niña increíblemente problemática.

—¿Quién fue? —preguntó Tamara. Baker la miró, impasible—. ¿Quién abusó de las chicas en Wellesley Manor?

Neil Baker miró a su hijo, al que el agua le llegaba por las rodillas mientras enseñaba a una adolescente la posición correcta de los pies sobre su tabla. Movié la cabeza de lado a lado mientras dejaba escapar un profundo suspiro.

—Supongo que ahora ya da igual, teniendo en cuenta cómo está en la actualidad. —Manteniendo la mirada fija en Tamara, Baker prosiguió—: Nicholas. Fue Nicholas Levy. Pero... no se molesten en pedirme que testifique sobre ello. Ambos sabemos que, con su estado de salud actual y con los vínculos familiares que tiene, jamás pisará un tribunal.

CAPÍTULO 25

—Ahora, si me disculpan, tengo que seguir trabajando —dijo Neil Baker, mirando a ambos detectives.

El callado, aquel gigante mudo que estaba junto a su jefa, no dijo una sola palabra. Permaneció allí de pie, como había hecho durante toda la conversación, observando y escuchando. La mujer, por su parte, lo miró fijamente. Sintió que ella intentaba leer entre líneas, observando sus expresiones faciales. Al fin y al cabo, aquel era su trabajo, pero había algo más. La mujer buscaba alguien a quien

culpar. Él conocía a las personas como la inspectora jefe. Si había alguna posibilidad de responsabilizarlo por lo ocurrido, ella la aprovecharía. Pero eso no iba a suceder. Por muy poco tiempo que le quedara, seguía teniendo mucho que perder.

—Puede irse —le dijo Tamara.

Él asintió en señal de agradecimiento y se alejó de los detectives, sintiendo la mirada de la mujer clavada en su nuca mientras se dirigía hacia Kyle. El grandullón también lo siguió con la mirada, pero él ignoró la atención y anduvo por la arena hasta reunirse con su hijo a la orilla del mar, con cuidado de que el agua no le mojara las botas.

—¿Qué querían, papá?

Miró hacia atrás y vio las siluetas de los dos detectives, que continuaban alejándose.

—Eran policías, hijo, tratando de remover asuntos del pasado. Ya veremos si llega a algo, pero lo dudo.

—¿Has hecho algo malo?

—No. Nada de lo que preocuparse.

En ese momento, una de las principiantes se cayó de la tabla y se estrelló de cara contra el agua. Consiguió enderezarse y salir del agua para respirar justo cuando llegaba la siguiente ola, que la empapó y la arrastró hasta cerca de la orilla.

—Creo que te necesita —dijo, indicándole a Kyle que fuera a ayudarla.

—¿Estás seguro?

—Sí, sí. Ve —lo instó, empujándolo ligeramente para que acudiera a socorrer a la chica accidentada.

Kyle echó a correr y avanzó a toda prisa hasta que el agua le llegó por las rodillas para acudir en su ayuda.

Dándole la espalda al viento, miró hacia la playa. Los agentes de policía casi habían desaparecido de su vista, pues ya habían subido las dunas y estaban a punto de regresar por la pasarela. Abrió la cremallera del bolsillo de su chaqueta y sacó su móvil. Buscó el número entre sus contactos y lo marcó. Tras un par de tonos, le respondieron.

—Tenía la sensación de que me ibas a llamar en cualquier

momento —dijo la voz a modo de saludo.

—¿Ya lo sabías? —preguntó él, molesto.

—Sí, por supuesto.

—Supongo que no se te pasó por la cabeza ponerme sobre aviso —dijo con amargura.

—¿Hombre prevenido vale por dos y todo eso?

—Exacto —replicó, sin intentar ocultar su frustración—. ¿A qué estás jugando?

—¿Cómo iba yo a saber que empezarían a atar cabos tan pronto?

La voz sonaba segura, quizá demasiado. No era algo inusual.

—¿Eso es lo que crees? ¿Que están atando cabos?

Ahora estaba preocupado. Por la conversación que acababa de mantener con los agentes, había supuesto que solo estaban tanteando el terreno, sondeando. La poca información que les había dado no era más de la que podían obtener con facilidad a través de otras fuentes. Esa había sido siempre la estrategia que pensaba adoptar si alguna vez le hacían preguntas. No podía negarlo todo rotundamente, pues eso solo serviría para señalar su culpabilidad. Y un escándalo como aquel, incluso habiendo transcurrido tantos años, todavía podía causar un daño inmenso a su vida actual. Y era muy consciente de que eso podía suceder si no actuaba de forma proactiva.

—Era inevitable que hicieran preguntas cuando encontraran el cuerpo de Susan. Era de esperar.

La mirada de Neil Baker se dirigió hacia donde estaba su hijo con la chica principiante. Ambos se estaban riendo; ella tenía el brazo alrededor del hombro de Kyle y él la ayudaba a estabilizarse sobre la tabla.

—Creo que tenemos que vernos para hablar —dijo. Hubo un momento de silencio al otro lado de la línea. Comprobó el móvil por si se había cortado la llamada. La conexión seguía activa—. ¿Me has oído?

—No me parece que sea una buena idea. Sobre todo, con la policía merodeando por ahí.

—Precisamente por eso tenemos que hacerlo. Cuanto menos hablemos por teléfono, mejor. Escucha, tenemos mucho que perder

si todo se tuerce y...

—Vale, vale... Deberíamos vernos. ¿Cuándo?

Neil lo pensó. La policía estaba sin duda investigando, preguntando a los que estuvieron presentes en aquella época. Si eran diligentes, y él creía que lo eran, sobre todo la mujer, entonces la atención que recibirían iría en aumento con el paso del tiempo.

—Esta noche, antes de que se acerquen demasiado. ¿Te viene bien?

Esperó una respuesta mientras escuchaba la respiración constante al otro lado de la línea, a pesar del sonido de las olas rompiendo de fondo.

—Tengo algunas cosas que atender antes, pero... sí, podemos vernos.

—Bien. Creo que deberíamos quedar en algún lugar apartado, por si acaso. ¿Qué te parece?

—De acuerdo. Conozco el sitio perfecto.

Kyle comenzó a correr de nuevo por el agua en su dirección, sonriéndole al llegar a la orilla. Tenía el pelo empapado, al igual que la ropa desde el pecho hacia abajo. Debía haberse caído al agua mientras ayudaba a la chica.

—Tengo que dejarte. Envíame luego un mensaje con la hora y el lugar —dijo, y colgó sin despedirse.

—¿Quién era? —le preguntó Kyle.

—Nadie, era algo sin importancia. ¿Está bien? —le preguntó a su hijo, señalando con la cabeza hacia la chica, que ya estaba de nuevo sobre su tabla.

Kyle miró y vio a su pupila gritando de alegría mientras sentía que cogía de nuevo el viento y empezaba a ganar velocidad. La chica los saludó con la mano. Kyle aplaudió y le devolvió el saludo.

—Creo que me siento parte de eso —dijo Kyle, esbozando una amplia sonrisa.

Neil le dio una palmada en la espalda a su hijo y le devolvió la sonrisa. Se sintió aliviado tras haber hecho la llamada. No había motivo para que aquello saliera mal. Lo único que tenían que hacer era gestionar la situación. Tal y como habían hecho en el pasado.

CAPÍTULO 26

Tamara Greave miró de reojo a Janssen mientras entraba en el aparcamiento de la comisaría. El inspector prácticamente no había dicho palabra desde que salieron de Holkham. Apenas había participado en la breve conversación que mantuvieron sobre los recuerdos que Neil Baker tenía de los hechos y sobre la acusación demoledora que había lanzado contra la dirección de Wellesley Manor. De hecho, lo poco que Janssen intervino fue para darle la razón y concordar con sus valoraciones. El inspector siempre tenía

una opinión propia y la ofrecía de forma activa sin que se la pidieran, al menos a ella. ¿Qué le ocurría?

La inspectora jefe aparcó cerca de la entrada principal de la comisaría y apagó el motor del coche. El patio trasero, protegido por la seguridad, tenía espacio limitado y, además, ella no trabajaba allí de forma permanente. La naturaleza de su labor —supervisar una comunidad semirrural muy extensa— la obligaba a viajar entre diferentes lugares de la costa norte. El cometido itinerante que le habían encargado le daba licencia para estar donde más se la necesitara. El equipo de allí, que estaba bajo la dirección de Janssen, siempre se había considerado la menor de sus preocupaciones.

Sin embargo, a Tamara le resultaba obvio que el inspector tenía la cabeza en otra parte, y que no estaba centrado en lo que ella consideraba que debía estar.

Janssen se giró hacia ella. Debió ser su sexto sentido, esa sensación que te hace mirar a una persona cuando percibes que te está observando.

—¿Qué? —le preguntó.

El tono de voz con el que lo hizo fue hostil. Realmente no era propio de él.

—Nada —respondió Tamara—. Estaba pensando, sin más.

—Vale —dijo el inspector, que salió del coche sin pedirle una explicación.

Tamara decidió ignorar su reacción y continuó mirándolo mientras cerraba la puerta. Si él no estaba dispuesto a abrirse y conversar, poco podía hacer ella al respecto. Dirigió la mirada hacia la puerta de la comisaría. Vio a una mujer en la esquina del edificio, merodeando por allí visiblemente incómoda. Incluso desde aquella distancia, supo que se trataba de Sarah Caseley.

Abrió la puerta del coche, llamó la atención de Janssen y señaló la entrada del edificio con un gesto de la cabeza. El inspector miró hacia allá, procurando aparentar naturalidad.

—¿Qué hará aquí? —preguntó Janssen.

—Estamos agitando el árbol. Quizá ella sea la primera en perder pie —respondió Tamara.

Él asintió.

—Voy a entrar por la parte de atrás. Si no entra en la comisaría, doy por hecho que está insegura y que no lo tiene claro. Creo que lo mejor sería que, de momento, vaya sola a hablar con ella —dijo el inspector—. Con mucho cuidado.

—Estoy de acuerdo.

Janssen se dirigió a la izquierda para llegar a la parte trasera de la comisaría, mientras que Tamara caminó hacia la entrada pública. Sarah Caseley permaneció donde estaba, merodeando por la esquina del edificio, sin que se la pudiera ver desde el interior del mismo. Cuando Tamara se aproximó un poco más, Sarah fue derecha hacia ella. Parecía haber estado esperando su llegada. ¿Cuánto tiempo llevaría deambulando por allí?

—Inspectora jefe Greave —la saludó Sarah, esbozando una sonrisa forzada.

No había duda de que la mujer estaba nerviosa. De no haber sido por su lenguaje corporal y la expresión de nerviosismo que había en su rostro, Tamara habría pensado que no había nada fuera de lo normal con Sarah. La mujer lucía impecable, vestida con ropa elegante y cara y perfectamente maquillada. La inspectora jefe imaginó que rara vez se la vería en público, ni tampoco en casa, dicho sea de paso, sin ese nivel de esfuerzo por su apariencia física. Para el gusto personal de Tamara, el maquillaje era excesivo, pero tenía que reconocer que estaba aplicado con maestría. A ella le parecía mucho más adecuado para una sesión de fotos que para el día a día. Para Sarah Caseley, aquel era su estándar personal habitual. Tamara pensó que tal vez fuera como ponerse una armadura.

—Llámeme Tamara, por favor —respondió—. ¿Ha venido a verme?

Sarah asintió, mirando detrás de la inspectora jefe, aparentemente para comprobar que no la escuchara nadie más. Tamara hizo lo mismo. No había ni un alma a la vista.

—Hace frío aquí fuera, ¿quiere entrar para...?

—¡No! —exclamó Sarah. La agresividad de su tono de voz sorprendió a Tamara. Debería haber advertido que la mujer no iba a querer entrar—. ¿Podemos dar un paseo? —le preguntó Sarah a continuación, suavizando el tono.

Tamara aceptó. Se abrochó el abrigo y miró a su alrededor. Había un camino que partía de la comisaría y las llevaba por una ruta serpenteante que bordeaba las parcelas de alrededor. Le hizo un gesto a Sarah para que la acompañara y ambas se pusieron en marcha.

—¿Qué la trae por aquí? —preguntó Tamara al cabo de unos instantes. Sarah tenía algo que contar, pero parecía evidente que le resultaba muy difícil hacerlo—. Me imagino que se trata de algo confidencial y que tendrá que quedar entre nosotras, pero debe ser importante para que haya hecho el esfuerzo de venir.

Sarah respiró hondo y relajó un poco su lenguaje corporal mientras avanzaban por aquel espacio neutral. Tamara lo entendió. Las comisarías eran lugares intimidantes para quienes no estaban familiarizados con ellas.

—No fui completamente sincera con usted la otra noche —dijo Sarah por fin—. En mi casa.

Tamara asintió, pero no dijo nada, pues sabía que no debía hacer ningún comentario que reflejara sus propios pensamientos al respecto. Permitió así que Sarah marcara el ritmo, tanto en el paseo como en el desarrollo de la conversación.

—Es cierto que me preocupa James. Él no sabe nada sobre mi pasado, sobre la época anterior a que me adoptaran —explicó Sarah. Todavía le seguía costando explicarse.

—Pero no se trata solo de él, ¿verdad?

Sarah la miró de reojo y asintió en señal de confirmación.

—Yo fui una adolescente muy difícil, Tamara. Créame, sé los motivos por los que eso fue así, pero tampoco es que me sirvan de gran ayuda. Wellesley fue una experiencia horrible en muchos sentidos y..., bueno, yo no quería estar allí. Hacía todo lo posible por salir de allí tan a menudo como pudiera. Al igual que algunas de las otras.

—¿Kirsty Davies y Susan, por casualidad?

—Sí.

La respuesta fue sencilla y no transmitió ninguna emoción.

—¿A dónde solían ir? —le preguntó Tamara—. ¿Permanecían juntas?

—La mayoría de las veces, sí —respondió Sarah—. Dependía de si podíamos salir todas a la vez. A veces distraíamos la atención de los trabajadores para permitir que alguna de las otras pudiera escapar. Algunas veces era divertido. —Sarah se rio y la tensión de su rostro se disipó un poco—. Ganarle la partida al personal.

La narración se detuvo por un momento y la atmósfera cambió ligeramente mientras Sarah pensaba en sus siguientes palabras.

—No quiero entrar en detalles —afirmó Sarah un momento después, mirando a Tamara con nerviosismo—. No he venido para hablarle de eso.

—Pero esa es una de las razones por las que no ha hablado con su marido. Lo que hacía y con quién lo hacía cuando se escapaba de Wellesley. Lo que le preocupa no es que se sepa que estuvo residiendo en un hogar infantil, ¿verdad?

—Veo que ha hecho bien su trabajo —reconoció Sarah, resignada ante el hecho de que se sabía más sobre su pasado de lo que ella esperaba.

—¿Sabe quiénes eran aquellos hombres? ¿Dónde se encuentran ahora?

Sarah negó con la cabeza.

—No, y no tengo ningún deseo de revivir aquel periodo de mi vida. Todas buscábamos algo en aquella época. En aquel momento, nos dieron lo que creíamos que necesitábamos. Cosas materiales, atención..., amor —dijo, volviéndose melancólica—. Las cosas que utilizaban para conseguir que nosotras...

No terminó la frase.

—Usted nos contó que pasó poco tiempo en Wellesley con Susan —dijo Tamara—, pero los registros muestran que coincidió allí con ella durante más de un año.

—Lo sé. Mentí —admitió Sarah—. Entré en pánico. James estaba a punto de volver a casa y no quería que todo esto saliera a la luz. Sigo sin quererlo.

—Puede que eso no esté bajo su control. Ni bajo el mío, ahora que lo pienso.

Sarah volvió a asentir y levantó la vista al cielo. Las gaviotas graznaban sobre sus cabezas; su presencia en tierra firme era una

señal inequívoca de la llegada de la tormenta prevista para esa tarde.

—Me preguntó acerca de Wellesley.

Tamara asintió.

—Sí.

—Creo que sé el motivo por el que Susan volvió allí —afirmó, reduciendo primero el paso y, finalmente, deteniéndose. Se giró hacia Tamara y la miró a los ojos—. Había una habitación... en la planta baja. —El semblante de Sarah adquirió un aire abstraído; cerró los ojos, como si estuviera recordando algo doloroso—. Nosotras, las chicas, solíamos llamarla «el agujero». Era el lugar al que nos llevaban para aislarnos de las demás cuando nos portábamos mal. Al menos, eso era lo que siempre decían. Cuando cruzabas un límite arbitrario, una línea cualquiera que ellos pusieran, o incluso aunque no lo hubieras hecho, acababas allí... A veces durante días, aunque a menudo era difícil saberlo. Créame, cuando estás aislada y sola en la oscuridad, pronto pierdes la noción del tiempo. Dependías de las otras para saber cuánto tiempo llevabas allí abajo.

—Pero no era solo eso.

—Oh, no, hay mucho más —admitió Sarah. Aspiró profundamente por la nariz, y la voz se le quebró mientras miraba a través de los campos en dirección hacia el mar, visible en la distancia—. Al principio pensé que era el lugar en el que pretendían que nos quebráramos. Para obligarnos a cumplir con las normas. No había ventanas ni luz..., tan solo una bombilla que colgaba del techo que, a veces, también quitaban para que no se viera nada. Lo único que tenías era lo que podías oír, sentir..., oler —explicó. Las palabras rezumaban veneno, rencor, y tenía el rostro contraído por la angustia mientras relataba su experiencia—. El olor a cigarrillos... Yo también fumaba, pero aquellos cigarrillos eran diferentes, inconfundibles. Mentolados.

A Sarah le corrió una lágrima por la comisura del ojo. La ignoró mientras se deslizaba por su mejilla.

—Sé de qué habitación me habla —dijo Tamara. Sarah la miró; el dolor estaba grabado en la expresión de su rostro—. Susan fue allí.

Creo que fue el lugar en el que la atacaron.

—Pobre Susan —replicó Sarah, que sacó un pañuelo del bolsillo de su abrigo y se tocó con él diversos puntos de la cara para que el maquillaje no se estropeará.

—No es demasiado tarde, Sarah. Todavía puede...

—No, no —respondió la mujer, negando con la cabeza y descartando la sugerencia de inmediato—. Bajo ningún concepto voy a hacer público todo esto... Y no solo por la reacción que sin duda tendría mi marido. No. Hay otros.

—¿Otros?

—¿Cree que alguien estaría dispuesto a escuchar a una persona como yo? ¿Cree que mi opinión importa? ¿Que se me tendría en cuenta?

—Creo que se la tendría en cuenta, sí. Le sorprendería saber hasta qué punto sería comprensiva la gente si esto saliera a la luz. Las cosas son diferentes ahora. Los acontecimientos del pasado se ven con un prisma distinto.

Sarah negó con la cabeza enfáticamente.

—O está delirando, o es usted minoría. Quizá ambas cosas. La gente no quiso saber nada de chicas como nosotras en aquel entonces y desde luego que ahora tampoco querrá que el tema se ponga sobre la mesa. —La intensidad y el significado emocional que transmitían esas palabras eran notables—. Cuando le pones un espejo a la sociedad, esta no quiere ver su reflejo. Me culparán a mí, a Susan..., a cualquiera menos a su propia complicidad. Nuestros agresores no fueron solo los trabajadores o los cabrones enfermos que nos recogían en las puertas del hogar infantil; también abusaron de nosotras todos aquellos que nos dieron la espalda, relegándonos a un lugar donde no nos pudieran ver. Dejándonos a merced de gente como...

Sarah se detuvo, frenándose en el último momento. Reanudó el paso, pillando a Tamara desprevenida.

—¿De gente como quién? —preguntó Tamara, dándose prisa para ponerse al lado de la mujer.

—Gente que debería haber actuado mejor —sentenció Sarah.

La barrera que Tamara sentía que casi había caído volvió a alzarse

plenamente. Quizá de forma incluso más consistente que al principio. Sarah Caseley se disponía a defenderse con determinación desde detrás de la misma.

—¿Por qué ha venido a verme si no es para sacar todo esto a la luz?

Sarah Caseley se giró para mirarla a los ojos con expresión decidida.

—Para pedirle que lo deje estar. No se va a ganar nada volviendo a sacar a relucir todo aquello . Lo único que conseguirá es arruinar más vidas... Vidas que algunas de nosotras hemos pasado años tratando de convertir en algo positivo después de lo que pasamos. Lo destruirá todo. Susan está muerta, Kirsty... se quitó la vida y Wellesley cerró hace mucho tiempo. Si no lo demuelen, probablemente acabará cayéndose por sí solo. No saldrá nada bueno de esto. ¿No lo comprende?

—Usted misma lo ha dicho: Susan está muerta. No puedo, bajo ninguna circunstancia, dejarlo estar, como usted me pide —replicó Tamara—. Mi trabajo es descubrir la verdad.

Sarah negó con la cabeza.

—No, claro que no puede hacer eso. Pedírselo ha sido una tontería por mi parte. Pero todo esto... Remover el pasado no va a servir de nada. Susan tenía sus demonios dentro de ella, sí, pero esto de ahora no tiene nada que ver con lo que nos sucedió allí. Estoy segura de ello.

—Si es así, entonces no formará parte de la investigación —afirmó Tamara—. Ninguna persona de las que están investigando este caso quiere arruinar la vida de nadie. Solo buscamos la verdad.

Sarah la miró fijamente.

—Y usted debería saber una cosa —añadió Tamara, respondiendo a la férrea determinación de Sarah con una expresión igual de firme—. Yo siempre termino descubriendo la verdad.

—En ese caso, también debería tener en cuenta cómo era nuestra vida en Wellesley... ¿Le podría extrañar que hiciéramos todo lo posible por escapar de allí? A veces, incluso, buscando refugio y corriendo a los brazos de cualquiera que quisiera aceptarnos.

Tamara intuyó que aquellas palabras tenían un trasfondo

importante, un mensaje implícito más allá de lo obvio, pero, antes de que pudiera reflexionar sobre ello, Sarah se dio la vuelta y se alejó. La inspectora jefe se quedó meditándolo mientras observaba la silueta de Sarah Caseley, que se alejaba de allí con paso decidido.

CAPÍTULO 27

Tamara abrió la puerta principal de su alojamiento tan silenciosamente como pudo, con la esperanza de que nadie la escuchara llegar. Llevaba allí un mes y la pareja propietaria de la casa de huéspedes era agradable, muy agradable, y le caían muy bien, pero esa noche quería irse a su habitación sin interactuar con nadie. La casa tenía cuatro habitaciones, que los dueños alquilaban a través de una página web. El marido trabajaba de forma estacional; gestionaba un pequeño barco de alquiler que llevaba a

los turistas a observar las aves silvestres y la población de focas en su hábitat natural.

Al ser aquella la época más tranquila del año, ella era la única huésped. Además, la pareja acababa de tener su primer hijo y, a menudo, se veía envuelta en conversaciones sobre bebés y sobre si las cosas que les iban sucediendo en relación al niño eran lo que esperaban o no. Teniendo en cuenta que una de las principales razones de la ruptura de su compromiso con Richard había sido que no deseaba tener hijos, tenía todavía menos ganas de que le estuvieran recordando el motivo exacto por el que su vida personal estaba hecha pedazos.

Comenzó a subir los escalones, y estos crujieron bajo el peso de su cuerpo. Pero no apareció nadie, así que llegó hasta su habitación a toda prisa. Tras entrar en su espacio personal, cerró la puerta y suspiró. Se trataba de una habitación grande, amueblada con un estilo moderno que ocultaba la verdadera antigüedad del edificio, que, por lo que pensaba ella, debía tener siglos. Disponía de un cuarto de baño privado y de una cocina pequeña que podía utilizar para las cosas más básicas, pero podía hacer uso de las instalaciones de la planta baja si lo necesitaba.

Estaba claro que tenía que buscarse un lugar para vivir, pero, hasta que no lograra resolver las diferencias con Richard, se encontraba en una especie de punto muerto. Si hiciera una compra, necesitaría su parte de la propiedad que compartía con él cerca de Norwich. Pedirle eso a Richard sin duda lo haría estallar. Sacó de la nevera una botella de vino blanco que ya estaba abierta, se sirvió una copa y se dirigió al sofá situado debajo de la ventana, donde se dejó caer y se puso a contemplar el puerto. Se acercaban nubes de tormenta, tal y como había pronosticado el tiempo. Se distinguían aguaceros intermitentes que anunciaban la llegada de la tormenta en el resplandor de las luces que rodeaban el muelle. También podían verse los barcos fondeados que subían y bajaban con el vaivén de la marea. Ráfagas de viento golpeaban contra su ventana. Se sentía agradecida por estar bajo techo.

Empezó a pensar en Richard. Él aún albergaba el deseo de que volvieran a estar juntos. Eso se debía en parte a la reticencia que

ella había mostrado a la posibilidad de dar el paso definitivo y, por otra parte, pensaba ella, a la terquedad de Richard. Se trataba de un hombre que estaba acostumbrado a conseguir lo que quería, fuera lo que fuera lo que se propusiera. Por tanto, que ella rompiera la relación sin su consentimiento era algo que él probablemente no aceptaría, aunque fuera lo mejor para ambos. Pero había más. Ella no le estaba dando falsas esperanzas, al menos esa no era su intención. Todos sus amigos y conocidos estaban ahora casados, formando sus familias o ampliándolas. Durante un tiempo, pareció no existir un fin de semana entre la primavera y el final del verano en el que no tuviera una boda o un bautizo. Esas invitaciones habían ido disminuyendo a medida que se acercaba a los cuarenta. Por suerte, también lo hacían las preguntas de sus amigos sobre sus planes de futuro. Aquello podría cambiar cuando se conociera la noticia de su última ruptura sentimental. Sin embargo, con su madre no sería exactamente así, porque Richard era siempre uno de los primeros temas del que hablaban cada vez que conversaban. Por desgracia, eso no ocurría muy a menudo en aquellos momentos.

Después, comenzó a pensar en Janssen, y se preguntó qué le estaría pasando al inspector. Nunca lo había visto así. Era un buen hombre y un detective muy íntegro. Más allá de eso, ella había sentido la necesidad de acercarse a él, un instinto que había reprimido desde que tomó posesión del nuevo cargo. Sus emociones estaban desbordadas y, a pesar de tener una reputación en su vida profesional, era muy consciente de sus defectos en la personal. Lo último que le hacía falta era sacarse un clavo con otro con quien trabajaba a diario. Aunque el deseo siguiera aflorando en su interior. Además, tal vez se estaba sobrevalorando sí misma. Cada vez que pensaba que él podría compartir sentimientos similares a los suyos, se producía algún comentario que la hacía pensar que la conexión solo era producto de su imaginación.

Mientras le daba sorbos a su vino, pensó en comer algo. Como era reacia a enfrentarse a una interacción que sería inevitable si bajaba a la cocina, miró el reloj que tenía junto a la cama y se dio cuenta de que lo más probable era que no cenara aquella noche. Se había quedado en el trabajo más tarde de lo previsto, mandando a casa a

Eric y a Tom antes de tiempo mientras ella terminaba. Todavía le sorprendía que los restaurantes cerraran tan temprano en aquel lugar. Al margen de los escasos establecimientos de comida rápida, a menos que fueras a un hotel, era difícil encontrar un sitio para comer después de las ocho de la tarde, sobre todo en aquella época del año, y las tiendas no eran nada prácticas.

Se levantó, se acercó a la nevera pequeña y metió otra botella de vino para enfriarla. Si no se iba a preocupar por prepararse la cena, lo menos que podía hacer era desconectar como era debido.

Se despertó sobresaltada. Por un momento, no recordaba dónde estaba. Le dolía la espalda y se dio cuenta de que había estado tumbada en una postura incómoda en el sofá. La lluvia golpeaba con fuerza la ventana que tenía delante mientras el viento aullaba en el exterior. ¿Era eso lo que la había despertado? Las luces de pared de su dormitorio ofrecían un resplandor tenue que iluminaba la habitación. Volvió a repetirse el sonido; eran unos golpes en la puerta, solo que esta vez más impacientes. Se incorporó despacio, se levantó del sofá y se estiró, sintiendo de nuevo un pinchazo en la zona lumbar. Arrepintiéndose de haberse quedado dormida, miró el reloj de la mesita de noche mientras cruzaba la habitación y comprobó que era casi la una de la madrugada.

Se apartó el pelo de los ojos, entreabrió la puerta de su dormitorio y se encontró a Tom Janssen delante de ella. Abrió más la puerta, incapaz de ocultar su sorpresa.

—Tom, ¿qué hace aquí?

Tamara abrió la puerta del todo y lo invitó a entrar.

—He intentado llamarla, pero no contesta al teléfono —dijo el inspector, que la siguió hacia el interior de la habitación.

—Sí, lo siento. Lo había apagado —admitió Tamara, que se avergonzó cuando vio que Janssen le estaba echando un vistazo a la habitación. La cama estaba sin hacer desde el día anterior y había ropa sucia amontonada sobre una silla junto a ella. Sobre la mesa, que estaba junto al sofá, había una copa y dos botellas de vino

vacías, una al lado de la otra. Janssen no hizo ningún comentario al respecto—. ¿Qué ocurre?

—Han llamado a emergencias desde la residencia de los Caseley. Tenemos que ir para allá.

—De acuerdo —dijo la inspectora jefe, que se frotó las mejillas para intentar despertarse. Tenía la mente embotada y la boca seca—. ¿Qué sabemos?

—Parece que ha habido algún tipo de altercado. Lo ha denunciado James Caseley. Eric ya está allí.

—Ha sido rápido —dijo Tamara, buscando las llaves.

—Esta noche estaba de guardia, ¿recuerda?

—Ah, sí, claro.

La inspectora jefe cogió las llaves y le hizo un gesto al inspector para indicarle que ya estaba lista para salir. Cuando llegaron al pasillo, escucharon el llanto de un bebé en la planta baja. Probablemente fuera más adecuado decir que se estaba quejando a pleno pulmón. Janssen la miró; parecía avergonzado.

—Creo que he despertado al bebé. Imagino que esta noche no le voy a caer muy bien a su casera.

Tamara bajó las escaleras. Connie estaba en la cocina meciendo a su hija en brazos para intentar calmarla. Al verlos aparecer al pie de las escaleras, se alejó de ellos en un desplante evidente. Cuando salieron por la puerta, Janssen tuvo mucho cuidado de cerrarla con cautela para minimizar el ruido, aunque era un poco tarde para eso.

—De todas formas, me tengo que mudar ya —le dijo Tamara, que se abrochó el abrigo a toda prisa mientras corrían hacia el coche bajo la lluvia torrencial—. Usted conduce.

Sí, tenía que hacerlo. Ella superaba con creces el límite del alcohol en sangre permitido. Se acercaron al coche de Janssen y se metieron en él. Mientras ella se abrochaba el cinturón de seguridad, Janssen se inclinó hacia la guantera y sacó un paquete de chicles de menta. Se lo entregó sin decir nada y arrancó. Los limpiaparabrisas se pusieron en marcha enseguida para eliminar el agua del parabrisas. Ella asintió en señal de agradecimiento y se metió dos chicles en la boca. No quedaría muy bien que llegara a su próximo destino oliendo a alcohol. Examinó su reflejo en el espejo del parasol

y se dio cuenta de que no podía hacer nada con respecto al resto de su aspecto físico, que había adquirido un aire un tanto desaliñado.

En el camino de entrada de la casa de los Caseley encontraron tres vehículos policiales aparcados detrás del flamante Range Rover de James Caseley. Uno de los vehículos era una unidad canina y el adiestrador ya estaba peinando los amplios terrenos que rodeaban la propiedad. La puerta principal estaba abierta y Tamara y Janssen se sacudieron los abrigos antes de entrar. Los recibió una agente que les indicó que se dirigieran a la cocina, donde Eric estaba sentado junto a James Caseley. El oficial investigador vio acercarse a sus compañeros y se levantó para recibirlos en la puerta, con una expresión de preocupación en el rostro.

—Sarah Caseley ha desaparecido —afirmó.

James levantó la vista desde su asiento junto a la mesa de la cocina, sobre la que tenía las manos juntas, con los dedos entrelazados. El personaje pomposo y grandilocuente que habían conocido en los días anteriores era ahora una sombra de sí mismo. El hombre parecía conmovido. Eric bajó la voz.

—El señor Caseley llegó a casa desde Londres esta noche, poco después de las diez, y encontró todo patas arriba, sin rastro de su mujer —les informó Eric, mirando por encima del hombro hacia James. Este permaneció donde estaba, con la mirada perdida—. Han revuelto todo el salón. A mí me da la impresión de que ha habido algún tipo de pelea, más que un robo.

Janssen se giró y miró hacia la estancia en cuestión. Había unas puertas dobles en el pasillo que conducían hasta ella e, incluso desde aquella distancia, se podían ver los restos de una mesa que habían volcado. Eric respondió a la pregunta implícita.

—Los forenses vienen de camino, así que de momento no he dejado que nadie entre en el salón. Hay sangre en la alfombra, pero no la suficiente como para que se trate de algo más que una herida superficial.

—¿Falta algo? —preguntó Tamara. Eric la miró, vacilante, y su

expresión cambió. La inspectora jefe inclinó la cabeza hacia él y le habló en un susurro—: Sí, Eric, la jefa está borracha. Intente no montar una escena.

—Claro... No..., por supuesto que no —murmuró el oficial, que no tenía ni idea de hasta qué punto debía tomarse en serio aquel comentario.

—¿Falta algo? —insistió la inspectora jefe.

Eric miró su libreta.

—Nada obvio que pudiéramos esperar de un robo, pero...

—¿Pero? —repitió Tamara, preocupada por el tono de voz de Eric.

—Han entrado en el armero del señor Caseley.

Eric los guio de vuelta al vestíbulo y los acompañó hasta el otro extremo del mismo, donde había otra puerta. Estaba entreabierta y el oficial la empujó suavemente con la punta de la bota. Tamara se asomó, reacia a entrar para no arriesgarse a contaminar cualquier posible prueba. El estudio era grande; probablemente había sido un salón antes de que la casa se ampliara en algún momento del pasado.

Había un gran escritorio cerca del centro de la habitación, junto a una chimenea de estilo tradicional. En el extremo más alejado había un sofá tipo chéster y dos sillones a juego. Las paredes estaban adornadas con fotografías que mostraban a miembros destacados de la familia, pertenecientes a generaciones anteriores. El escritorio estaba despejado, pues todo lo que hubiera habido sobre él estaba ahora esparcido por el suelo, incluyendo una lámpara. Varios de los cajones estaban abiertos y también habían sido vaciados sobre el suelo. A la izquierda del sofá había un armero, que estaba cerrado con llave. El cristal de las puertas estaba hecho añicos, al igual que la cerradura.

Tamara pensó de inmediato que no se trataba del *modus operandi* de un profesional. *Aquel condado era una zona predominantemente agrícola y, por lo tanto, había escopetas por todas partes. Los fines de semana se celebraban cacerías con frecuencia y muchos de los que asistían a las mismas no trabajaban la tierra, sino que tan solo tenían devoción por las armas. Como era de esperar, la policía estaba muy pendiente de garantizar la seguridad de quienes poseían*

armas de fuego, pero no era raro que estas fueran objeto de robos. En aquel caso concreto, ella lo dudaba. A excepción de una ranura vacía en el armero, las demás armas seguían en su sitio.

—¿Qué cree que buscaban? —preguntó Eric.

—La llave de la cadena —dijo una voz desde atrás. Era James Caseley, que se había acercado y se había colocado unos metros por detrás de ellos—. Mantengo el armero cerrado con llave y las armas aseguradas con una cadena.

—Además de usted, ¿quién sabe dónde se guardan las llaves? Caseley lo pensó.

—Creo que solo Sarah —dijo con voz monótona, mirándolos de forma inexpresiva. Movi6 la cabeza de lado a lado, presa de la desolaci6n—. No la creí. Pensé que se estaba volviendo loca.

—¿Qué quiere decir con eso, señor Caseley? —le preguntó Tamara, que se colocó junto a él.

Caseley se quedó inm6vil, con los brazos a los lados, negando con la cabeza.

—Me dijo que corría peligro, que se sentía amenazada..., y yo no le hice caso —dijo, mirando al suelo—. Todo este tiempo ella ha seguido insistiendo... y yo la he ignorado casi por completo.

—¿Qué le decía Sarah? —presionó Tamara.

Caseley levantó la cabeza y la miró a los ojos.

—Que... Que podrían venir a por ella.

—¿Quiénes podrían venir a por ella?

El hombre negó con la cabeza, cada vez más nervioso y confundido. Se llevó las manos a la cara y se cubrió la nariz y la boca con las palmas.

—¿Qué he hecho? ¡Nunca debí haberla dejado sola!

—Señor Caseley —dijo Tamara, intentando que se centrara en ella—. ¿A quién le tenía miedo su mujer?

—No me lo contó. Por eso creí que todo estaba en su cabeza. A ver, que hubiera gente observándola, siguiéndola... Pero no se lo estaba inventando, ¿verdad que no? Por favor, encuéntrala.

James Caseley extendió las manos y agarró con ellas la derecha de Tamara. Sus ojos imploraban ayuda.

—Haremos todo lo posible, James —le dijo la inspectora jefe,

tratando de tranquilizarlo.

El hombre le soltó la mano, y, mientras Tamara la retiraba, observó con cuidado las de él. No vio ninguna marca ni abrasión, ni tampoco había ninguna en su rostro. El cuello de su camisa blanca tenía una capa de suciedad en el borde, algo habitual si la había llevado puesta todo el día. Era poco probable que se hubiera duchado y cambiado aquella noche. Convencida de que el estado que mostraba el hombre le habría valido una nominación al Óscar de haberlo fingido, descartó que pudiera estar involucrado en lo que hubiera sucedido.

—¿Sarah tiene coche propio? —preguntó Tamara.

Caseley asintió.

—Sí, tiene un Mercedes... Clase C.

—¿Está aquí?

—De ser así, estaría en el garaje —respondió.

—Voy a comprobarlo —dijo Eric, que pasó a toda velocidad junto a ellos para ir a mirar—. Si no está, difundiré la descripción.

Tamara reflexionó por unos instantes.

—Señor Caseley, usted ha invertido en luces y cámaras para mejorar la seguridad a petición de su mujer. ¿Es eso correcto?

—Sí. Yo escucho siempre a Sarah... Es solo que no me di cuenta de que...

—¿Estaban abiertas las puertas exteriores cuando usted ha regresado a casa esta noche?

—Sí, creo que lo estaban —dijo Caseley, frunciendo el ceño en señal de concentración.

—¿Podemos ver las imágenes?

—Por supuesto —respondió—. Podemos verlas en mi portátil, en la cocina.

El hombre comenzó a andar con determinación, muy satisfecho por estar haciendo algo productivo, y los dos detectives lo siguieron. El portátil estaba al final de la mesa de la cocina, y Caseley lo encendió. Esperaron mientras el hombre hacía doble clic sobre un icono para cargar el programa. Entonces maldijo en voz baja.

—Maldita sea.

—¿Qué pasa? —preguntó Tamara, acercándose para mirar por

encima del hombro de Caseley. La pantalla estaba en blanco, salvo por un mensaje de error.

—No se puede conectar al disco duro... desde donde se envían los datos —explicó, mirando a Tamara a los ojos—. El disco duro está en... mi estudio.

Los tres regresaron al estudio. Esta vez, Tamara entró y Janssen puso una mano con suavidad sobre el antebrazo de Caseley cuando hizo ademán de seguirla.

—Está en el mueble de la esquina, detrás de mi escritorio —afirmó Caseley, guiándola con una mano extendida.

Tamara tuvo mucho cuidado al abrir el mueble para no dejar huellas. Dentro, hacia la parte trasera del primer estante, encontró una maraña de cables. No había rastro del disco duro. Miró a los dos hombres que estaban bajo el umbral de la puerta y movió la cabeza de lado a lado en señal de negación.

—Ha desaparecido. Quizá no eran las llaves del armero lo que buscaban después de todo.

James Caseley perdió el ánimo de manera notoria. La emoción ante la posibilidad de realizar un gran avance se esfumó en cuestión de segundos.

—No me percaté de que estuviera en peligro... De verdad que no —dijo, mirando a Janssen.

—Creo que ninguno de nosotros se percató, señor Caseley. Ese hueco vacío en el armero... —dijo Janssen, señalando el armario destrozado—, ¿falta algún arma de fuego?

Caseley miró al otro lado y Tamara siguió su mirada. Ambos observaron los cartuchos de escopeta que estaban esparcidos por el suelo, al pie del mueble. Se suponía que las municiones debían guardarse separadas de las armas, pero aquel no era el momento de reprocharle al hombre esa infracción.

—Sí —dijo Caseley—. Me falta mi P y V.

—¿P y V? —preguntó Tamara.

—Perugini y Visini, fabricada a medida y grabada para mí en Italia.

—¿Tiene alguna característica distintiva?

Caseley consideró la pregunta, con una expresión de profunda concentración.

—Oh, sin duda. Es una escopeta de calibre doce, con dos cañones superpuestos..., equilibrada para la caza menor, lo que la hace más ligera y fácil de manejar. La culata está adaptada a mis medidas y...

Tamara intuyó que el hombre podía añadir más información, pero, de repente, Caseley interrumpió su descripción. Había sido una distracción momentánea que no duró mucho.

—Haremos todo lo posible por encontrar a Sarah —dijo la inspectora jefe, que volvió a situarse junto a los dos hombres en el exterior del estudio. Le dio un toque a Janssen en el antebrazo y, con naturalidad, lo alejó de Caseley. Una vez que estuvo segura de que el hombre no podía escucharlos, se giró hacia el inspector—. Tenemos que trabajar con la posibilidad de que hayan secuestrado a Sarah. Muy probablemente, alguien que ahora está armado.

—Estoy de acuerdo —dijo Janssen—. Pero ¿por dónde empezamos a buscar? Supongo que esto tiene que ver con Susan y, por lo tanto, es lógico que gire en torno a Wellesley. ¿Echamos un vistazo por allí?

—No es mala idea —asintió la inspectora jefe.

En aquel momento apareció Eric, que se apoyó en el marco de la puerta principal con una mirada de excitación en el rostro.

—Ha llamado un civil para informar de que un Mercedes conducía de forma muy imprudente. Creía que el conductor estaba borracho. Sería demasiada coincidencia que no fuera el coche de Sarah.

James Caseley apareció detrás de ellos, muy animado.

—¿Es ella? ¿Han encontrado a Sarah? —preguntó.

—Déjenoslo a nosotros, señor Caseley. Los agentes se quedarán aquí con usted mientras trabajamos en el caso.

Tamara le hizo una señal a un agente que esperaba en la puerta principal, que se acercó y guió al hombre abatido de nuevo hacia la cocina. Parecía perdido y confundido por los acontecimientos de la noche.

—¿Dónde han visto el coche? —preguntó la inspectora jefe.

—En dirección al puerto —respondió Eric.

—¿El antiguo puerto de Thornham? —insistió Tamara.

Eric asintió.

—Vamos para allá —instó la inspectora jefe, mirando a Janssen—. Que una unidad de intervención armada se reúna con nosotros allí y

que la unidad canina aquí presente también venga. ¿Cuándo se informó del suceso?

—Hace una hora —respondió Eric.

—Entonces, nos llevan una hora de ventaja.

CAPÍTULO 28

Los faros del coche de Janssen iluminaron el coche patrulla que estaba aparcado cruzando Staithe Lane, el carril que bordeaba Thornham y que conducía hasta el antiguo puerto. Junto al coche había un agente de policía con un chaleco reflectante que les hizo señas para que se detuvieran. Janssen frenó y bajó la ventanilla; la lluvia se empezó a filtrar a través de la misma nada más hacerlo. El agente se inclinó para hablar con ellos, colocando una mano enguantada sobre el marco del parabrisas, no solo con la intención

de sujetarse para luchar contra la fuerza del viento, sino también para protegerse la cara de la lluvia torrencial. El agente hizo una mueca de dolor; el agua le goteaba por el borde de la gorra mientras hablaba.

—No podemos avanzar más, señor —dijo—. La tormenta ha provocado una marejada más grande de lo esperado. El agua ha rebasado los márgenes e inundado el carril hasta el antiguo puerto. El pronóstico del tiempo dice que la situación va a empeorar en las próximas horas.

Janssen miró hacia delante, esforzándose por ver algo. Era la noche más oscura que había visto en mucho tiempo y lo único que podía divisar era la lluvia horizontal que atravesaba los haces de luz de sus faros.

—¿Qué hay del Mercedes? —preguntó Tamara desde el asiento del copiloto.

El agente se inclinó más para poder dirigirse a ella.

—Está ahí delante, señora, pero no hemos podido distinguir a ningún ocupante en su interior.

—¿La unidad de intervención armada?

—Viene de camino —respondió Janssen.

Un instante después, llegó la unidad canina y se detuvo detrás de ellos. Un agente se bajó del coche y se dirigió a la parte trasera del mismo para dejar salir a un pastor alemán.

—Es su decisión —dijo Janssen, mirando a Tamara—. El carril se inunda muchas veces por aquí, no es nada extraordinario, pero... — El inspector dejó la frase sin terminar.

Tamara miró a su alrededor y observó una negrura absoluta que no les permitía ver ningún detalle de lo que tenían por delante.

—La unidad canina no va a servir de nada si la zona está inundada —dijo, decepcionada—. De este sitio salen muchos caminos, ¿no?

—Sí —respondió Janssen—. Son rutas muy conocidas, para pasear por los humedales.

—No podemos ir andando a ciegas en la oscuridad, sobre todo si el sospechoso podría estar armado. ¿Podemos acceder a la zona por otro sitio? ¿Llegan los diversos caminos hasta otros lugares concretos?

Janssen lo pensó. Comprendió lo que Tamara estaba pensando. La elección de una localización era importante para comprender las motivaciones del sospechoso, para hacerse una idea de lo que quería conseguir. Sin embargo, a veces, los lugares que se descartaban podían ser igual de importantes.

—Sí, esta zona es muy abierta. Si se quiere, se puede salir de ella por varios puntos. Hay una reserva natural, además de varios caminos que conducen primero a las dunas y después a la costa, y otro que termina en Brancaster. Pero sigue siendo un lugar bastante aislado y extraño como para venir a él.

—Y más en una noche como esta, sin duda... Aquí es donde encontramos a Susan. No es un sitio aleatorio —afirmó Tamara—. Venir aquí es fruto de una decisión específica.

La tentación de pensar que el asesino había vuelto a actuar era inevitable, pero, al mismo tiempo, a Janssen le parecía todo demasiado obvio. Tenía que haber algo más.

—Si el asesino ha traído aquí a Sarah, no podemos permitirnos el lujo de esperar —espetó Janssen.

—No vamos a seguirlos hasta las marismas, Tom —dijo Tamara—. Vamos a reunir a unos cuantos agentes para cercar la zona; cerraremos las vías de entrada y salida y...

—¿Está bromeando? —reaccionó el inspector, que apretó el volante con ambas manos—. No podemos acordonar un área de este tamaño. Necesitaríamos un ejército.

—Es lo mejor que podemos hacer hasta el amanecer —replicó Tamara—. Si las condiciones fueran mejores, podríamos desplegar equipos de búsqueda, pero estando el tiempo así... —dijo señalando hacia el exterior del coche, donde el viento golpeaba contra el mismo sin cesar, provocando que, justo en aquel momento, el vehículo se meciera suavemente, como si estuviera ayudándola a argumentar su opinión—. Sería una irresponsabilidad.

—¡Si Sarah está con el asesino de Susan, estará muerta si esperamos hasta el amanecer!

—Tom —dijo Tamara, que se giró en su asiento para mirarlo a la cara—. Sé que es una mierda, pero no podemos permitirnos que se produzcan más víctimas. En estas condiciones, con las inundaciones

que hay... no podemos correr ese riesgo. Organizaremos un equipo de búsqueda, reclutaremos a todos los agentes que podamos, pero vamos a esperar hasta mañana y saldremos en cuanto amanezca.

Janssen la miró a los ojos. Tamara tenía razón. Pero eso no significaba que tuviera que gustarle su decisión. Sin decir nada más, salió del coche y dio un portazo. Comenzó a dar instrucciones a los agentes que esperaban en el exterior. Miró hacia el coche y vio que Tamara lo estaba observando. No fue capaz de interpretar la expresión del rostro de su compañera. Al cabo de un momento, ella sacó su móvil e hizo una llamada. Iba a ser una noche larga.

A medida que la oscuridad se disipaba, el entorno se iba haciendo cada vez más nítido. Janssen recorrió con la vista el equipo que habían logrado reunir durante la madrugada. Junto a él y Tamara Greave había otras quince personas. Se trataba de varios agentes de policía, dos unidades caninas y varios voluntarios del equipo municipal de salvamento fluvial de aguas rápidas, que conocían bien las vías navegables y su comportamiento en aquellas condiciones.

El frente tormentoso había pasado a las cuatro de la madrugada, tras lo cual, por suerte, había cesado la lluvia. Sin embargo, el fuerte viento seguía soplando, lo que probablemente iba a dificultar sus esfuerzos porque provocaba que el nivel del agua permaneciera elevado durante más tiempo. Las nubes costeras estaban desapareciendo y pronto saldría el sol. Mientras tanto, continuarían trabajando bajo el gris plomizo de la luz del alba. El equipo de búsqueda avanzó y Tamara se unió a él tras darle las gracias a alguien a través del móvil antes de colgar y guardárselo en el bolsillo. Janssen le dirigió una mirada inquisitoria. Ella movió la cabeza de lado a lado en señal de negación.

—No se ha visto a nadie en ninguno de los puntos de control del perímetro —le informó—. Parece que todas las personas sensatas se han quedado en casa durante la noche.

Janssen la evaluó. Parecía cansada. No era de extrañar, ya que se habían pasado la noche en el coche, esperando el amanecer.

Ninguno de los dos había conseguido dormir decentemente. Estaba seguro de que habían hecho todo lo posible para vigilar los accesos peatonales a las marismas y las rutas conocidas de entrada y salida a la zona, pero también era muy consciente de que cercar aquel perímetro era una tarea poco menos que imposible. Alguien de la zona, experimentado en aquel terreno, podría sortear la presencia policial sin dificultad, sobre todo en una noche como aquella.

Tamara y Janssen se unieron al equipo de búsqueda, armados con varillas de sondeo para examinar el terreno que tenían por delante mientras comenzaban a avanzar por Staithe Lane. El antiguo cobertizo de carbón apareció a la vista en cuanto el sol asomó por el horizonte. El edificio estaba sumergido bajo el agua que inundaba la zona, y había una isla de reciente creación, cerca de la cual flotaban unos cuantos barcos. Janssen miró a su izquierda a los dos agentes de la unidad de intervención, que se habían unido a ellos por precaución. Lo más probable era que quien hubiera atacado y secuestrado a Sarah Caseley ya se hubiera ido, y además hacía tiempo, pero aun así les ofrecían seguridad.

El agua le llegaba a Janssen hasta la mitad de la espinilla mientras el grupo seguía avanzando, manteniéndose en todo momento en el camino conocido. Cuando dejaran atrás el cobertizo de carbón, se dividirían y se adentrarían en las marismas siguiendo las rutas de senderismo, guiados por aquellos que conocían el terreno. El camino elevado, que conducía hasta la playa a través de los observatorios de aves, permanecía por encima del nivel del agua. A la izquierda se encontraban los humedales y la reserva natural. A la derecha estaban los esteros de marea y, más allá, las dunas de arena, que se veían en la distancia.

Incluso a la luz del día había riesgos y tenían que avanzar despacio. No tardaron mucho en encontrar el Mercedes blanco. Estaba fuera del agua en un ángulo extraño, con la parte delantera más cercana a ellos elevada. Parecía que estaba aparcado en la pista que discurría junto al punto de acceso principal al puerto. O bien el conductor había calculado mal dónde se encontraba, o bien la corriente lo había arrastrado hacia aguas más profundas, porque Janssen estimó que se había detenido en el borde de la ribera,

tambaleándose justo en el filo.

Se acercó con cautela junto con otras dos personas, una de ellas un agente de la unidad canina, usando la varilla para tantear con cuidado el terreno que tenían por delante de ellos mientras caminaban. Creía saber dónde debía estar el suelo en todo momento, pero, hasta que no pudiera verlo, tenía que ser muy prudente. El interior del coche no se había librado de la crecida de la marea. El nivel del agua que había en el habitáculo, de color marrón oscuro, alcanzaba la altura de los asientos delanteros y era aún más alto en la parte de atrás. Janssen miró a través de uno de los cristales del coche y vio que estaba vacío. La parte trasera del vehículo colgaba peligrosamente sobre el borde de la ribera, así que el coche era inaccesible hasta que pudieran alejarlo de las aguas más profundas. Eso no sería posible hasta que bajara la marea.

El oficial de la unidad canina indicó que no había indicios de presencia humana dentro del vehículo, así que Janssen negó con la cabeza en la distancia hacia Tamara, quien reconoció la información levantando una mano. El inspector se sintió aliviado, pero también se temió que hubieran llevado a Sarah hasta el puerto, igual que había sucedido con Susan solo unos días antes.

Se detuvo para mirar a su alrededor. El sol naciente los bañaba con su luz, reflejándose en el agua tranquila que los rodeaba. Estaba seguro de que encontrarían a Sarah durante ese día. Una persona podría haber abandonado aquella zona a pie durante la noche, pero era poco probable que lo hubiera hecho con una prisionera a cuestas. Pero sí que se hacía una pregunta. ¿En qué estado la encontrarían?

El paisaje era llano en todas direcciones; la reserva natural quedaba a la izquierda y el mar abierto se podía ver más allá de las dunas, a la derecha. Entre ambos puntos, la vegetación sobresalía del agua. Cualquier pequeño arbusto podría ocultar fácilmente a un ser humano de su vista. El retroceso del agua de la crecida podría arrastrar a una persona hacia un lugar más profundo o depositarlo en uno de los esteros de marea más ocultos si la topografía del lugar donde se encontraba era propicia para ello. Quizá su idea de que iban a encontrar a Sarah con rapidez había sido demasiado

optimista.

El equipo de búsqueda tenía que desplegarse a ambos lados del camino elevado mientras un segundo equipo avanzaba por una pista diferente, a través de la marisma, hacia el propio Thornham. Utilizando su varilla de sondeo como bastón, el inspector regresó al lugar donde el equipo de búsqueda se preparaba para partir en busca de Sarah Caseley.

Janssen se alegró de comprobar que sus suposiciones eran correctas. Aunque había cierta inestabilidad, el nivel del agua permitía el paso cerca de las rutas de senderismo señalizadas. Durante la oscuridad de la noche anterior, era poco probable que alguien que caminara por allí se hubiera desviado mucho de aquellas rutas. El nivel del agua podría haber estado algo más bajo cuando lo hicieron, lo que lo habría facilitado aún más. La decisión de haber elegido aquel lugar le reafirmó a Janssen la conclusión de que tenía que tratarse de alguien de la zona. Nadie que no conociera el terreno habría tomado una decisión como esa.

La búsqueda avanzaba despacio pero con determinación. Iban buscando cualquier cosa que no encajara allí: prendas de vestir, calzado o efectos personales que no se consideraran de forma inmediata como algo habitual. El inspector encontró tiempo para pensar mientras iban avanzando, y en su mente barajó las diferentes posibilidades. ¿Tenía razón Tamara? ¿Habrían hablado ya con el asesino? De ser así, les faltaba la pieza clave del puzle, la información crucial o el error que lo encajara todo. Si asumían que Sarah Caseley era otra víctima, a la que habían atacado de forma similar a como lo hicieron con Susan Cook, lo que vinculaba a ambas mujeres era su estancia en Wellesley. Partiendo de la teoría más plausible de que Susan sabía algo que le había costado la vida, era concebible que Sarah compartiera esa información, lo que la convertía en un objetivo potencial.

Los sospechosos obvios serían los trabajadores del hogar infantil, lo cual integraba en la ecuación las acusaciones vertidas por Kirsty Davies. Al inspector no le cuadraba nada la muerte accidental de Kirsty. El caso se había investigado en su momento y se había descartado otra opción, y él se resistía a criticar a sus compañeros

por haber llevado a cabo una investigación defectuosa, pero algo no le encajaba. Al revisar las pruebas documentales que se recogieron cuando sucedieron los hechos, a Janssen le dio la impresión de que se había tratado de una investigación carente de empatía, insensible y desdeñosa.

Se suponía que las investigaciones debían basarse en los hechos, pero en aquel caso el enfoque que se había adoptado le sugería al inspector que se había buscado una resolución rápida. Cuando los casos se cerraban con rapidez, se pasaban por alto cosas importantes. Ahora, ocurría lo mismo que entonces. A Janssen se le ocurrió la idea de investigar a la familia biológica conocida de Kirsty Davies, si es que tenía alguna. Quizá alguna otra persona había considerado la posibilidad de que existiera algo más detrás del caso de la chica y la reaparición de Susan hubiera desencadenado una respuesta catastrófica.

Se escuchó un grito a su derecha. Todos se detuvieron y dirigieron las miradas hacia el agente que tenía el brazo levantado. Tamara, en calidad de coordinadora, evaluaría el hallazgo antes de reorientar la búsqueda. Nadie debía moverse a menos que ella diera la orden de hacerlo. Sería una idea terrible que los miembros de los equipos de búsqueda se desviaran de su ubicación actual, rompiendo así la estrategia ordenada del patrón de rastreo. Por la reacción de Tamara, la búsqueda de Sarah Caseley había terminado. La inspectora jefe le hizo una señal a Janssen para que se acercara y se arrodilló en el agua.

El inspector empezó a recorrer el terreno que lo separaba de ella tan rápido como se atrevió y oyó la llamada por radio para pedir una ambulancia, lo que le provocó una sensación de alivio. Era posible que la mujer aún estuviera viva. Al acercarse a Tamara, la encontró arrodillada sobre el terreno, ignorando el hecho de que el agua se estaba filtrando por el borde de sus botas y le estaba empapando la ropa. La inspectora jefe, que sostenía con delicadeza la cabeza maltrecha de Sarah Caseley para asegurarse de que sus vías respiratorias se mantuvieran despejadas, lo miró con nerviosismo. El pronóstico de Sarah no era demasiado bueno. Y no era de extrañar, teniendo en cuenta que había pasado la noche en aquel lugar.

Janssen miró hacia el punto de partida de la búsqueda, donde los sanitarios aguardaban, y vio que dos de ellos se dirigían ya hacia donde se encontraban.

—Ya vienen —dijo.

Sarah gimió. Fue un sonido grave y gutural, apenas audible. Su rostro se contrajo tras un espasmo involuntario. A Janssen le sorprendía que aún estuviera viva. Estaba tumbada con gran parte del cuerpo sumergido en agua fría, y el color de su piel era más que pálido, tenía más bien un tono grisáceo. Como mínimo, debía estar sufriendo hipotermia. La mujer tenía una herida en la cabeza, justo encima de la sien derecha; la sangre había dejado de fluir a través de ella y se había coagulado. Tenía el ojo izquierdo visiblemente hinchado, al igual que la mejilla del mismo lado de la cara. Janssen había visto suficientes palizas a lo largo de los años como para saber que alguien se había ensañado con ella.

—La ayuda viene de camino, Sarah —le susurró Tamara al oído.

Sarah murmuró algo. Apenas movió los labios y sus palabras parecieron incoherentes. Agitó un momento los párpados y, por un instante, Janssen se preguntó si estaba recobrando la conciencia.

—¿Qué has dicho, Sarah? —le preguntó Tamara.

La respiración de la mujer se volvió aún más superficial y sus labios, teñidos de azul a causa del frío, se movieron ligeramente mientras intentaba articular palabras. Solo una parte de lo que dijo fue reconocible.

—Abi —repitió en voz baja antes de perder el conocimiento.

Tamara miró a Janssen.

CAPÍTULO 29

Janssen llamó al timbre de la casa por segunda vez y se alejó de la puerta para observar la fachada. Las cortinas estaban abiertas, tanto en la planta baja como en las habitaciones de arriba. Miró su reloj. Eran las ocho y media de la mañana. Aún era temprano. Tamara había acompañado a Sarah Caseley en la ambulancia hasta el hospital, pues quería estar a su lado si recuperaba la conciencia. Estaba a punto de dirigirse a la parte trasera de la propiedad cuando oyó un cerrojo deslizándose al otro lado de la puerta y una llave

girando en la cerradura. Pudo ver una silueta a través de un resquicio del cristal esmerilado de la puerta. Unos instantes después, la puerta se entreabrió. Abigail Thomas lo estaba mirando con recelo. Él dudaba que la hubiera despertado. Estaba completamente vestida y parecía lista para afrontar el día.

—Inspector —saludó con una sonrisa acogedora—, ¿en qué puedo ayudarlo a esta hora del día?

—Señora Thomas, ¿le importaría que charláramos un momento? Tiene que ver con una conocida suya, Sarah Caseley.

—¿Sarah? Sí, por supuesto. Pase, por favor —invitó la mujer, que abrió la puerta del todo y le hizo señas a Janssen para que entrara.

Abigail había comenzado a dirigirse hacia el interior de la casa cuando él cruzó la puerta tras limpiarse los pies en el felpudo. A pesar de haberse quitado ya la indumentaria impermeable y las botas de agua que había llevado puestas durante la búsqueda de Sarah, sus zapatos aún tenían barro de la zona anegada en la que habían dejado el coche. Al observar a Abigail, notó que se movía con rigidez, lo que despertó su curiosidad.

Se apresuró para alcanzarla y seguirla hasta el salón. Había una taza de café humeante sobre una mesita situada junto a un sillón, al lado de la chimenea sin cerramiento. El fuego estaba preparado, pero aún no encendido; había leña apilada y un pequeño tronco de abedul plantado encima. Janssen observó una caja de cerillas abierta sobre el hogar y vio varios de los fósforos esparcidos sobre la losa de pizarra, como si se hubieran caído de la caja.

Abigail se dio cuenta de lo que estaba mirando.

—¿Le importaría hacer los honores, inspector? —le preguntó, señalando la chimenea—. El invierno ya me resulta bastante duro por sí solo, pero, si además hay esta humedad, lo paso muy mal. Le prepararé un café mientras lo hace. Me da la sensación de que le vendría bien tomarse uno. ¿Cómo lo quiere?

—Solo y sin azúcar, por favor.

La mujer tenía razón. Estaba sufriendo los efectos de no haber dormido en toda la noche. Se desabrochó el abrigo, se arrodilló y cogió la caja de cerillas, mirando hacia atrás mientras Abigail se alejaba con pasos vacilantes hacia la cocina, que estaba al lado.

Encendió una cerilla y se irritó al ver que se apagaba antes de que hubiera tenido tiempo de estirar la mano hacia la pastilla de encendido que había en la base del montón de leña. La siguiente funcionó mejor, así que el inspector se acercó para mantener la llama contra la pastilla, que ardió de inmediato.

Janssen se puso en cuclillas y esperó a que la leña prendiera. Cuando estuvo seguro de que las llamas se habían consolidado, recogió las cerillas sueltas, las volvió a guardar en la caja y colocó la rejilla de protección en su sitio. Abigail regresó con otra taza y se la pasó mientras él se ponía de pie.

—Gracias —le dijo, señalando el fuego—. Es usted muy amable. Lo estoy pasando mal en estos momentos.

—¿Por qué? —le preguntó Janssen.

—La maldita artritis reumatoide —explicó Abigail que, acto seguido, extendió una mano por delante de su cuerpo y la miró fijamente. Tenía los nudillos inflamados y varios de ellos parecían curvados, como garras—. Va empeorando cada año, sobre todo en invierno.

—Y no la sufre solo en las manos, ¿verdad?

La mujer soltó una risa desdeñosa.

—¡Por supuesto que no! Es usted bueno. Debe ser un gran detective —dijo con una sonrisa irónica. Janssen le devolvió la sonrisa—. Me afecta a todas las articulaciones. Nunca he sido de las que hacen las cosas a medias, ya sabe. Hay que terminar lo que se empieza, como se suele decir.

—Perdóneme —replicó Janssen—, pero no parece tener edad para eso.

—Ojalá fuera así, inspector —dijo Abigail con un tono seco de voz. Le ofreció asiento a Janssen mientras ella hacía lo propio junto al fuego. El inspector se sentó en el sofá, sosteniendo la taza con ambas manos y apreciando el calor que generaba—. Eso pensé yo cuando el médico me lo diagnosticó. Treinta y ocho años. Esa era la edad que tenía. Al parecer, es algo más común a partir de los cuarenta. En especial entre las mujeres. ¿Quién lo podría haber imaginado? Supongo que me tocó antes de tiempo, una suerte.

La mujer le dio un sorbo a su bebida y echó un vistazo hacia el

fuego antes de continuar explicándose.

—Mis manos se estaban deteriorando a un ritmo bastante alarmante, sobre todo teniendo en cuenta mi carrera profesional. Supuse que me había estado exigiendo más de la cuenta con la puesta en marcha de la galería; además, tenía la agenda llena de encargos.... y varias exposiciones que preparar. Todo iba a un ritmo fantástico. El período más exitoso de mi vida, sin duda alguna. Y entonces, esto.

La expresión del rostro de Abigail se volvió sombría; no dejaba de mirarse la mano derecha.

—Pero sigue pintando —dijo Janssen.

La mujer asintió.

—Por supuesto. Y algunos días son mejores que otros. Estoy segura de que siempre pintaré de una u otra forma —dijo Abigail con un suspiro—. Por desgracia, mis obras más recientes no se consideran tan atractivas como las que realicé en mis mejores años. Eso me hace parecer muy vieja, inspector. Apenas han pasado seis años de aquella época. En fin, basta ya de quejarme. Me ha dicho que tenía que hablar conmigo sobre Sarah.

—Sí. Doy por hecho que la conoce, ¿verdad?

—Por supuesto que sí. Somos amigas —aseguró—. Nos conocemos desde hace mucho tiempo.

—¿Desde que estuvieron juntas en Wellesley?

—Sí.

Abigail no añadió nada más. De nuevo, a Janssen le pareció extraño que Sarah Caseley no les hubiera confirmado aquella amistad cuando hablaron con ella por primera vez y, en vez de eso, hubiera fingido que solo conocía a Abigail por ser famosa en la zona.

—¿Puede decirme cuándo fue la última vez que la vio o habló con ella?

Abigail hizo una pequeña pausa y levantó su taza una vez más, aunque no dejó de mirar al inspector a los ojos en ningún momento.

—Ayer. La vi ayer. Vino aquí, a mi casa. ¿Por qué lo pregunta?

—Alguien atacó a Sarah anoche —dijo el inspector.

Abigail abrió la boca, sorprendida.

—Dios mío. Qué horror. ¿Está bien?

—La secuestraron en su casa, al parecer la golpearon y la dejaron en las marismas. La hemos encontrado a primera hora de la mañana. Me temo que su estado no es bueno.

Abigail se llevó una mano a la boca y miró a su alrededor. Janssen evaluó el comportamiento de la mujer. No solo sus respuestas ante aquella información, sino también su estado físico. Era imposible que aquella mujer hubiera irrumpido en la casa de los Caseley, y mucho menos que hubiera sometido a Sarah y la hubiera arrastrado hasta las marismas. No era físicamente capaz de ello.

—Eso es... terrible —dijo Abigail, mirando al suelo—. No encuentro palabras.

El fuego seguía ardiendo bien, pero Janssen se levantó para echar un leño más grande; luego, volvió a colocar la rejilla y se sentó de nuevo.

—Abigail, ¿conoce usted a alguien que pudiera desear hacerle daño a Sarah?

Ella negó con la cabeza.

—¿Para qué vino a verla ayer?

—Por Susi —afirmó. Luego, miró al inspector un momento, pero enseguida desvió la mirada—. Estaba sufriendo tras enterarse de lo que le había ocurrido. A Susan, quiero decir. Es terrible lo que le sucedió. Y pensar que cuando me visitaron la primera vez se estaban refiriendo a Susan...

Una mano de la mujer aún sostenía la taza; la otra jugueteaba distraídamente con el colgante de su collar.

—¿Y por qué acudió a usted?

La pregunta le provocó un gesto serio que se disipó casi de inmediato. Janssen percibió su reticencia.

—Estamos al tanto de las acusaciones que rodean su estancia en Wellesley. Varias personas han confirmado lo que creían que sucedía allí. Algunas cosas son rumores y otras son lo más parecido a una confirmación que vamos a poder obtener después de tantos años.

—En ese caso, inspector —dijo Abigail—, comprenderá el grado de confianza que existe entre las que pasamos por aquel lugar. Es ese tipo de vínculo que solo se forja ante la adversidad. Sarah necesitaba hablar con alguien y no tiene a nadie más.

—Tiene a su marido. Él se preocupa por ella. Fui testigo de ello anoche.

—¡Ja! —exclamó Abigail, que echó la cabeza hacia atrás en un gesto que denotaba que aquella idea le parecía ridícula—. James Caseley es un machista y un mujeriego, lo sabe todo el mundo. Lo único que le interesa es él mismo.

—Sarah nos dijo que le preocupaba que él pudiera enterarse de su pasado.

—¿Les contó esa estupidez?

Janssen se quedó estupefacto, pero se cuidó de no demostrarlo.

—James lo sabía todo sobre su mujer —aseguró Abigail, sacudiendo la cabeza.

—Entonces, ¿no le ocultaba su estancia en Wellesley?

Abigail suspiró.

—Quiero a Sarah como a la hermana que nunca tuve, inspector, pero es una mujer muy complicada. Con ella nunca se sabe, es tan propensa a.... En fin, no me parece correcto hablar mal de ella dadas las circunstancias, pero le cuesta mucho decir la verdad.

—Entonces, su marido lo sabe todo, según usted... ¿Puede darme más detalles?

—Sarah lo pasó mal en Wellesley. Algunas de nosotras descubrimos una capacidad de resistencia que no sabíamos que teníamos, mientras que a otras... casi las destrozó. Sarah tardó mucho tiempo en superarlo. Se rodeó de malas compañías, tanto en Wellesley como fuera de allí. Gente despreciable que se aprovechó de sus vulnerabilidades. Estuve años sin verla... Cayó en rutinas que, bueno..., digamos que podrían haberla llevado a cruzarse en su camino, por ejemplo. Sobrevivió gracias a ingresos inmorales.

—¿Está diciendo que se prostituyó?

—Desarrolló una carrera como trabajadora sexual, creo que así es como se dice de forma más moderna, ¿no? —dijo Abigail tras inclinar la cabeza hacia un lado y bajar el tono de voz, a pesar de que estaban los dos solos. La mujer dejó la taza sobre la mesa y juntó las manos sobre su regazo—. No se dedicó a la prostitución callejera, diría yo, pero desde muy temprana edad se dio cuenta del efecto que ejercía sobre los hombres y..., en fin, trató de explotarlo.

De darle la vuelta a la tortilla, por así decirlo. Explotar la estupidez de los hombres, del mismo modo que ellos la habían explotado a ella desde los trece años.

Janssen se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre las rodillas mientras procesaba la información.

—¿Y qué sabía exactamente James, su marido?

—¿Cómo cree usted que se conocieron? —la preguntó Abigail, abriendo las manos—. Ella era perfecta para él. James es bastante mayor que ella, así que consiguió una mujer joven y atractiva para poder presumir ante sus amigos. Sarah sabía cómo funcionaban las cosas. Sabía cómo mantenerlo feliz y, del mismo modo, él sabía cómo hacer lo propio con ella. Una combinación casi perfecta. Además, él puede dominarla la mayor parte del tiempo, y ella ha aprendido a aceptarlo y está acostumbrada a ello.

Janssen sintió ganas de coincidir con aquella conclusión, pero se abstuvo de hacerlo. A él no le correspondía juzgar.

—Lo único que conseguimos sacarle a Sarah esta mañana, después de encontrarla, fue su nombre, Abigail. Ha sido lo único que ha podido decir antes de que se la llevaran al hospital. ¿Por qué cree que fue así?

Abigail Thomas respiró hondo, levantó las cejas y orientó las comisuras de su boca hacia abajo. La mujer se encogió de hombros.

—Pues la verdad es que no tengo ni idea. Lo siento.

Janssen sintió que le vibraba el móvil en el bolsillo. Lo sacó por si era Tamara, pero vio que se trataba de una notificación de un mensaje de texto. Lo pulsó sin mirar quién era el remitente y lo leyó.

No he sabido nada de ti, Tom. Necesito saber qué está pasando. Un beso.

Cerró el mensaje y volvió a guardarse el móvil en el bolsillo.

—No parecen buenas noticias —dijo Abigail, leyendo la expresión del rostro del inspector. La mujer parecía preocupada—. ¿Se trata de Sarah?

El inspector negó con la cabeza.

—No tiene nada que ver con ella, aún no hay noticias de Sarah.

Dígame, ¿por qué fingió no conocer a Susan Cook?

—No soy consciente de haber hecho tal cosa.

—Cuando vinimos a visitarla la otra vez, era Susan la persona a quien habíamos encontrado en Thornham.

—Y creo recordar que ustedes no sabían de quién se trataba en aquel momento, inspector.

—Entonces, ¿no la visitó a usted antes de su muerte?

Abigail negó con la cabeza, sin apartar los ojos de los de Janssen.

—No. Susan no se puso en contacto conmigo antes de su muerte. Si lo hubiera hecho, se lo habría contado. Llevo décadas sin verla, inspector. ¿Han logrado dar algún paso para averiguar cómo murió? ¿Cree que su asesinato está relacionado con lo que le pasó a Sarah anoche?

—¿Lo cree usted?

Una vez más, Abigail se encogió de hombros.

—No lo sé. Ojalá lo supiera.

Janssen decidió tomar un camino diferente en la conversación.

—¿Puede recordarme una cosa sobre su época en Wellesley, por favor? Estamos al tanto de las acusaciones contra Nicholas Levy...

—¡Nicholas! —exclamó Abigail, incorporándose y negando con la cabeza—. ¿Quién demonios está señalando a Nicholas? Era un hombre encantador. Qué tontería.

—Tenemos entendido que Nicholas Levy solía aislar a las chicas en lo que ustedes llamaban...

—«El agujero» —terminó Abigail por él—. Lo de ese sitio es real, pero no tenía nada que ver con Nicholas. Rara vez estaba en Wellesley, pues tenía muchos otros intereses empresariales. No, el hogar lo dirigía Neil Baker. Era un lobo con piel de cordero. Un personajillo realmente perverso.

La expresión que adquirió el rostro del inspector, que normalmente disimulaba muy bien, debió resultar muy reveladora.

—No lo sabía, ¿verdad? Usted creía que era Nicholas quien... nos hacía esas cosas.

—No hay ninguna mención a Baker en los archivos que he leído. Las acusaciones de Kirsty Davies citaban a Levy.

—Kirsty tenía muchos problemas, pero era una chica inteligente.

Pensó que lo mejor para ella era alejarse de aquel lugar y que la forma más fácil de hacerlo era lanzar toda la mierda posible sobre Nicholas. Sin importarle lo que eso supusiera para la reputación de ese pobre hombre.

—Pero podría haber incriminado a Baker. Todas ustedes podrían haberlo hecho.

—Inspector, lo hace parecer muy sencillo —dijo Abigail, moviendo la cabeza de lado a lado en un gesto de frustración—. Por mucho que valore lo que Nicholas Levy nos ofreció a todas, un hogar cuando ninguna otra persona nos quería, él protegería la reputación de Wellesley por encima de cualquier otra cosa. Por encima incluso de nuestro bienestar. El escándalo habría acabado con aquel lugar. ¿No lo comprende? Apartaron a Neil Baker, que se marchó de allí discretamente, sin hacer ruido. Así fue como se resolvió el asunto. Nadie quiso saber la verdad en aquel momento y dudo mucho que ahora sea diferente.

Janssen se levantó y sacó su móvil.

—Discúlpeme un momento —le dijo a Abigail, y salió al pasillo. Buscó el número de Eric y lo llamó—. Eric, ¿dónde estás ahora mismo?

—Acabo de dejar a James Caseley en el hospital. No quería que condujera en el estado en el que está. Me parece que anoche le dio a la botella. Supongo que no puedo culparlo por ello.

—¿Cómo está Sarah?

—Sin cambios. Sigue inconsciente. Sufre hipotermia aguda. Menos mal que llegamos pronto. Su estado es crítico, pero, si hubiéramos tardado un poco más en encontrarla, sin duda habría muerto.

—De acuerdo. Escucha, quiero que te pases a recoger a Neil Baker. ¿Sabes dónde encontrarlo?

—Sí... Eh... —respondió Eric, que parecía confundido—. ¿Para qué?

—Dile que tengo que hablar con él —le explicó—. Y, si no quiere ir voluntariamente, deténlo.

—¿Detenerlo por...? —repitió Eric.

—Empieza por secuestro si es necesario y a partir de ahí ya lo vamos viendo.

—Secues... —comenzó a decir el oficial, deteniéndose a

continuación. Sabía que no era buena idea discutir—. ¿Crees que fue él quien atacó a Sarah Caseley?

—En este momento no estoy seguro —dijo, bajando la voz para asegurarse de que Abigail no lo oyera.

—Vale, lo haré.

—Y, Eric...

—¿Sí?

—Que te acompañe algún agente, por si acaso... Y ten cuidado.

Janssen colgó y se llevó el móvil a los labios.

—Neil Baker —murmuró para sí mismo en voz baja.

Volvió junto a Abigail, que estaba sentada frente a la chimenea, y empezó a buscar entre sus contactos mientras reanudaba la conversación con ella.

—Dadas las circunstancias, creo que sería sensato, por su seguridad, ponerle un coche frente a la casa para...

—No hará tal cosa, inspector —dijo la mujer.

—Sería solo por precaución. Teniendo en cuenta lo que les ha ocurrido a dos de sus amigas, creo que necesita...

—No pienso aceptarlo —repitió la mujer, rechazando la oferta con un gesto de una mano—. De verdad. Si estuviera en peligro, sería el blanco más fácil que existe. Pero sigo aquí. No, sea lo que sea lo que esté investigando, por favor, siga adelante con ello. Mientras tanto, yo seguiré haciendo mi vida habitual.

Janssen desistió. No iba a ser capaz de conseguir el consentimiento de Abigail.

CAPÍTULO 30

Janssen estaba contemplando los tablones que colgaban de una de las paredes de la sala de operaciones, examinando la red de amistades, conocidos y posibles agresores que tenían algún tipo de vínculo con Susan Cook. Le sorprendió cómo el hecho de profundizar en lo que había sido un caso relativamente sencillo de desaparición podía haber desentrañado tal entramado.

—¿Cómo vamos con Neil Baker? —preguntó.

Eric, que estaba trabajando sin descanso en su ordenador con el

teléfono sujeto entre la oreja y el hombro, levantó la vista hacia él. El oficial estaba en espera en una llamada con la compañía telefónica de Baker.

—Sus amigos y familiares no lo han visto ni han sabido nada de él desde que lo viste en Holkham. Más tarde ese mismo día le mandó un mensaje a su hijo para decirle que se iba a escapar por ahí unos días, pero no le dijo a dónde.

—¿Es eso algo inusual?

Eric negó con la cabeza.

—Aparentemente, no. Según parece, tiende a actuar de forma impulsiva. Kyle, su hijo, me ha dicho que lo llamó anoche después de que el hospital se pusiera en contacto con él porque su padre no había acudido a su cita de diálisis. Va tres veces por semana, todas las semanas, y tenía cita el mismo día que hablaste con él. Que falte a una cita de diálisis sí que es inusual. A su hijo le saltó el buzón de voz y Neil no le ha devuelto la llamada.

—¿Cuentas bancarias, tarjetas de crédito?

—Nada. Si está gastando dinero, lo está haciendo en efectivo —afirmó Eric—. A menos que hayamos llegado tarde y ya haya abandonado el país —añadió, frunciendo el ceño—. ¿Lo ves probable?

Janssen no respondió. Todavía estaba tratando de comprender cómo Baker había logrado engañarlo con tanta facilidad. Suspicao por naturaleza, un rasgo esencial en un buen detective, el inspector no había desconfiado de Baker como solía hacerlo. Quizá Tamara tenía razón. No estaba pasando por su mejor momento. El caos en su vida personal estaba afectando a su trabajo. Una vez que se resolviera aquel caso, tendría que tomar algunas decisiones.

—Sí, sigo aquí —dijo Eric con desaliento. Daba la sensación de que lo habían vuelto a poner en espera, porque suspiró y volvió a centrarse en su pantalla.

Teniendo en cuenta que no habían obtenido ningún resultado en gasolineras, tiendas o cajeros automáticos, estaban prácticamente sin pistas sobre el posible paradero de Neil Baker. La descripción del hombre y la información relacionada con su vehículo ya se habían difundido entre los organismos competentes y, si intentaba coger un

vuelo para salir del país, sería detenido de inmediato. Janssen estaba bastante seguro de que Baker no había abandonado el país. No había pruebas de que hubiera realizado ninguna compra *online* relacionada con alguna compañía aérea o algún ferri. Si intentaba pagar algún tipo de billete en efectivo, su pasaporte saltaría en el sistema y darían la señal de alarma. No. Neil Baker seguía en el Reino Unido, y Janssen se atrevería a aventurar que permanecía por aquella zona.

—Sí. Genial. Gracias —dijo Eric, que de repente pareció animarse y se incorporó en su asiento. Movi6 el rat6n e hizo clic sobre algo en la pantalla—. Sí, lo tengo, gracias.

Eric colgó y levantó la vista con una amplia sonrisa en el rostro. Janssen se acercó y se colocó de pie detrás de él.

—¿Qué tienes?

—Todos los registros relacionados con los movimientos de Neil Baker durante la última semana. Bueno, los de su teléfono.

—Y por registros te refieres a...

—Conexiones con las torres de telefonía móvil. Eso significa que podemos trazar...

—Los lugares en los que ha estado. Sí, lo entiendo. Empieza por los más recientes, ¿quieres?

Eric abrió la hoja de cálculo en su ordenador. Observaron el círculo girando en la pantalla durante unos segundos, que se hicieron eternos, mientras la máquina procesaba la solicitud. La pantalla se iluminó y reflejó los datos. Eric clasificó enseguida la información aplicando filtros de cronología.

—¿Dónde ha estado? —preguntó Janssen.

—Un momento —respondió Eric, acercándose a la pantalla para verla más de cerca.

Copió la información de una celda, la llevó a otra pantalla y la volcó allí. Se abrió una nueva pestaña con un mapa. Janssen reconoció la topografía. Seguía estando en el norte de Norfolk. Eric amplió la imagen y se generó un círculo sombreado, en cuyo centro se encontraba la última torre de telefonía móvil a la que se había conectado el teléfono de Baker. El resto del círculo era el área que cubría esa torre en particular. Era extensa.

—¿Hay algún solapamiento? —preguntó el inspector.

—¿Entre torres?

Janssen asintió.

—Lo hay —respondió Eric, señalando la pantalla—, pero estos son datos en tiempo real. Su móvil está conectado a esta torre en este momento.

Eric amplió el mapa, enfocando la zona con mayor nitidez. Era predominantemente rural, como gran parte del norte de Norfolk.

—¿Qué demonios crees que está haciendo ahí? —preguntó Eric.

Janssen sabía dónde encontrar al hombre.

—Vamos, Eric —instó, dándole una palmada en el hombro al oficial—. Pongámonos en marcha.

—¿En marcha? ¿En marcha a dónde?

El Land Rover rojo estaba aparcado delante de la entrada principal de Wellesley Manor. La expectación por obtener un resultado, que había sido cada vez mayor desde que salieron de la comisaría, se desvaneció de forma inmediata. Janssen apagó el motor del coche y miró a Eric antes de bajarse. Por la expresión del rostro de su compañero, tampoco parecía tener prisa por hacerlo. Las luces de posición del Land Rover estaban encendidas. El motor, no. Debía haberse quedado sin combustible. El habitáculo del coche estaba envuelto en gris, impidiendo así que se viera su interior.

Cuando se acercó, Janssen distinguió la silueta inmóvil de una persona en el asiento del conductor. Escapaba humo a través de la rendija de la ventanilla, que estaba bajada solo lo necesario para que cupiera la manguera. Para no moverla, rodeó el coche y se situó en el lado del copiloto. Se bajó la manga para cubrirse la mano, empujó la manilla de la puerta con suavidad y la abrió, dando un paso atrás para evitar tragarse la nube de humo procedente del tubo de escape. Se tapó la boca y la nariz con la mano que le quedaba libre. Al cabo de unos instantes, el interior del coche se despejó y el inspector pudo acercarse para examinar el cuerpo. Sin duda se trataba de Neil Baker. Estaba en el asiento del conductor, inclinado

hacia delante, con la cabeza desplomada sobre el volante. Janssen se agachó para tener otra perspectiva y poder observar la cara de Baker desde abajo.

—¿Llamo a una ambulancia? —preguntó Eric, aunque con tono poco entusiasta.

Janssen se inclinó y le tomó el pulso a Baker con delicadeza. El cuerpo estaba frío como el hielo. Ya lo sabía, pero tenía que estar seguro.

—Me parece que es un poco tarde para eso —respondió, mirando a Eric.

El inspector volvió a centrar su atención en el fallecido y no encontró ningún indicio de traumatismo corporal. Inspeccionó el dorso de sus manos y comprobó que Baker no parecía haber participado en ninguna pelea. Aparte de la decoloración de tono rojo oscuro bajo la piel, que era evidente en todas las partes de su cuerpo que estaban expuestas, parecía ileso. La nariz de Baker estaba casi negra, probablemente debido a la sangre que se le había acumulado allí tras caer la cabeza hacia delante después de la muerte.

—¿Siempre tienen este aspecto? —preguntó Eric.

Janssen le respondió mirando hacia atrás.

—Depende del tiempo transcurrido y del grado de exposición al monóxido de carbono —dijo en voz baja—. Este se difunde a través de los alvéolos, se une a la hemoglobina de la sangre y genera ese color rojo o rosa brillante después de la muerte.

El inspector miró el salpicadero. Todavía estaba iluminado. Había estado en lo cierto: el motor se había apagado porque el coche se había quedado sin combustible. El olor del interior era agobiante y ya sentía que le empezaba a doler la cabeza. Salió del coche para inhalar una bocanada de aire fresco. Eric parecía tener náuseas. Tal vez fuera la primera vez que veía un suicidio como aquel. Habría más a lo largo de su carrera profesional.

—¿Puedes avisar? —le pidió el inspector—. Voy a echar un vistazo en el interior.

Janssen recorrió la corta distancia que lo separaba de la puerta de entrada al edificio y, cuando llegó a ella, encontró la cinta de

acordonamiento policial colgando a un lado. El equipo de Criminalística había precintado el edificio tras el hallazgo del lugar en el que habían atacado a Susan Cook. En esa ocasión, la puerta se abrió con mucha más facilidad. El día estaba nublado, pero no demasiado plomizo, aunque eso no afectaba en absoluto al interior, que seguía igual de oscuro. El inspector encendió la linterna del móvil y se adentró en el edificio. Alguien había estado allí desde que lo acordonaron, y él estaba muy seguro de a dónde se había dirigido.

Estaba bastante convencido de que no había nadie más en el interior de la casa, pero aun así procedió con cautela. El avanzado estado de deterioro de la propiedad lo obligaba a ser prudente, y más teniendo en cuenta la fuerte tormenta que acababan de sufrir. Al llegar a la habitación que las chicas llamaban «el agujero», se encontró la puerta abierta. De nuevo, habían retirado la cinta policial. Estaba tirada en el suelo, junto a la entrada de la habitación.

Cuando entró en la misma, le pareció que nada había cambiado. Los técnicos de la escena del crimen la habían examinado minuciosamente, catalogando y fotografiando cada centímetro de la estancia. Janssen se situó en el centro de la habitación y enfocó con la luz de su móvil buscando cualquier cosa que le llamara la atención. No había nada. «Debe haber venido aquí por alguna razón», pensó. A menos que estuviera reviviendo acontecimientos pasados..., glorias pretéritas, como los maltratadores solían hacer. Quizá había sido una última experiencia para avivar el recuerdo antes de quitarse la vida.

El inspector abandonó su búsqueda y volvió al exterior. Eric estaba en cuclillas junto a la puerta del lado del conductor. Estaba abierta, lo cual le irritó. El chico debería saber que eso no se debía hacer hasta que llegaran los técnicos de Criminalística. Eric debió leerle la cara cuando se acercó a él, ya que se levantó para ofrecerle una explicación. Janssen estaba decidido a echarle un buen rapapolvo.

—Hay algo en el espacio para los pies —explicó Eric, señalando hacia los pies de Baker.

Janssen aparcó su mosqueo y se acercó para ver por sí mismo. Entre los pies del fallecido, junto a los pedales del coche, había un

trozo de papel, aparentemente arrancado de un cuaderno. No estaba doblado y, ladeando la cabeza, pudo leerlo.

Lo siento. Ninguna de ellas se lo merecía.
No me merecían.

La nota no estaba firmada y la letra era titubeante y errática.

—¿Qué te parece? —preguntó Eric.

Janssen no respondió. En vez de hacerlo, examinó el calzado de Baker, así como la alfombra que cubría el suelo debajo de los pies del hombre. Después, recorrió con la mirada la parte posterior de sus piernas. Acto seguido, salió del habitáculo para escudriñar el terreno alrededor del coche. Se dirigió a la parte trasera del vehículo, echó un vistazo rápido a los asientos traseros y luego fue hacia el maletero. Con cuidado de no mover la manguera insertada en el tubo de escape, se puso un par de guantes de látex y probó la puerta del maletero del Land Rover, que no estaba cerrada con llave.

—Suicidio —le dijo Eric—. ¿Crees que pudo hacerlo a causa de la presión que le provocó comprender que la verdad estaba a punto de salir a la luz?

Janssen abrió la puerta del maletero e inspeccionó el interior. Estaba vacío. Volvió a cerrarla y miró a su alrededor. Recorrió con la mirada el edificio, y luego los campos circundantes. Un lugar donde podía acontecer un horror tan indescriptible en un entorno tan hermoso. Miró a Eric y negó con la cabeza.

—Solo si Baker fuera capaz de deslizarse hacia atrás para entrar en el coche.

—¿Cómo dices? —preguntó Eric.

—Los talones de sus zapatos. Hay barro en la parte trasera de los zapatos, que se extiende hasta la base de los pantalones.

—¿Alguien lo arrastró hasta el coche? —preguntó Eric, visiblemente sorprendido.

—Eso es lo que yo creo. No dudo de que lo hayan matado los gases, pero me da a mí que él no lo sabía. Échale un vistazo tú mismo y vuelve a leer la nota.

Janssen se hizo a un lado mientras intercambiaban posiciones. Eric

se acercó de nuevo a los pies de Baker, releyó la nota manuscrita y examinó los zapatos.

—La letra es temblorosa, tienes razón —dijo Eric—. ¿No podría deberse a la emoción..., al frenesí asociado a la acción que estaba a punto de llevar a cabo?

—O un indicio de coacción. Tener al lado de tu cabeza el cañón de una escopeta cargada te infundiría un miedo atroz y produciría un efecto similar —explicó Janssen—. Además, partiendo de la hipótesis de que fuera Baker quien agredió a Sarah Caseley..., ¿dónde está la escopeta?

Eric se encogió de hombros.

—Podría haberla tirado en algún sitio.

—¿Para qué molestarse en hacer eso si vas a venir aquí a suicidarte?

Eric no pudo rebatirlo. A nivel estrictamente superficial, el suicidio encajaba a la perfección, pero bastaba con rascar un poco la superficie para descubrir la verdad.

—Esto solo cuadraría si Neil Baker lo hubiera perpetrado todo como un montaje —afirmó el inspector—. Alguien quiere que cerremos la investigación y carguemos la culpa sobre Baker.

—Muy limpio y ordenado —dijo Eric—. Pero ¿quién?

Janssen respiró hondo y se pasó una mano por el pelo. Ninguna de las personas con las que habían hablado en relación con el caso parecía capaz de decir la verdad. Todos parecían estar mintiendo. Lo único de lo que estaba seguro era de que no se podía fiar de ninguno de ellos. Sonó su teléfono. Cuando fue a contestar, vio que la llamada procedía de la comisaría.

—Señor, hay alguien esperándolo en la comisaría.

Reconoció la voz de Gavin, el empleado civil que atendía la recepción durante la semana.

—Me parece que no voy a volver para allá pronto —le dijo—. ¿Puede tomarle los datos y yo me pondré en contacto más tarde?

—La mujer es bastante insistente, señor.

Por un momento, Janssen se temió que Samantha hubiera ido a la comisaría y se la imaginó reprendiendo al recepcionista mientras exigía verlo, pero descartó la idea. Ni siquiera ella sería tan estúpida

como para hacer algo así.

—¿Sabe quién es? —preguntó.

—Una señora llamada Gretta Mulholland. Dice que quiere hablar con usted sobre lo que asegura que es un asunto urgente. Le he explicado que usted no se encontraba aquí en la comisaría, pero... — El recepcionista bajó la voz. Probablemente la mujer estaría cerca y podría oírlo—. Pero no me explica de qué se trata. Solo quiere hablar con usted o con la inspectora jefe Greave, y yo no sé cuándo la inspectora jefe...

—Dígale que estaré allí en breve —dijo el inspector, que colgó a continuación. Se volvió hacia Eric y señaló el Land Rover—. Tendrás que esperar aquí a que llegue el equipo forense. Mandaré a algún agente a recogerte. Tengo que regresar a la comisaría.

Janssen volvió rápidamente a su coche, sintiendo una gran curiosidad por saber qué habría motivado que Gretta quisiera hablar con ellos.

CAPÍTULO 31

Janssen abrió la puerta de la sala de interrogatorios y entró. Gretta Mulholland, la líder de la comunidad de los Hermanos de Plymouth donde Susan Cook vivió durante los años en los que estuvo desaparecida, estaba sentada sola detrás de una mesa. Lo único que había delante de ella era un vaso de plástico vacío de la máquina expendedora de café, que uno de los agentes le había llevado mientras esperaba. La mujer levantó la vista por un instante cuando Janssen entró, pero pronto volvió a bajarla hacia la mesa que tenía

delante. En su anterior encuentro, había transmitido la sensación de estar en control de la situación y de ser muy autoritaria. Ahora, sentada en aquella sala de interrogatorios, envuelta en un abrigo gris y una bufanda, parecía mucho mayor de lo que era, frágil y diminuta.

—Gretta —la saludó el inspector, que cerró la puerta tras de sí y se sentó frente a la mujer—. Debo decir que me ha sorprendido un poco recibir la llamada.

Gretta levantó la vista y se encontró con la mirada del inspector, llena de curiosidad. Asintió para indicar que lo comprendía.

—No es que haya venido aquí sin meditarlo mucho, inspector.

Janssen vio las arrugas de su rostro y la oscuridad de la piel que rodeaba los ojos de la mujer. Estaba profundamente angustiada y parecía llevar días sin dormir bien.

—La noticia que nos dieron sobre Susan, sobre su muerte..., me impactó mucho.

En su día a Janssen le había dado la impresión de que no era así, pero no hizo ningún comentario al respecto.

—Y me temo que no fui del todo sincera con ustedes —añadió Gretta, levantando la vista para mirar al inspector a los ojos, y desvió la mirada con rapidez.

—¿En qué sentido?

—Yo sabía que Susan iba a volver aquí y sabía por qué. Lo que le sucedió aquí hace muchos años la motivó a venir en busca de nosotros, de nuestra comunidad... hace casi diez años.

—¿Fue a buscar a su comunidad?

Gretta negó con la cabeza.

—Bueno, no exactamente. Fue a buscar a su madre —dijo Gretta de forma seca—. Fue a buscarme a mí.

Janssen sintió que se le desplomaban los hombros a causa de la sorpresa. Eso no se lo había visto venir. Susan Cook había sido abandonada por su madre cuando era niña, pero él no sabía que hubiera ninguna conexión con Gretta. La mujer leyó la sorpresa en su expresión.

—Gretta es un nombre que yo adopté, inspector, y después me casé. Temí que ustedes descubrieran la conexión entre nosotras

desde el momento en que vinieron a Bluebelle. Con el tiempo, estoy segura de que lo habrían hecho.

—¿Por qué no nos lo contó sin más?

—Tengo mucho que perder, inspector. La comunidad que Jefferson, mi difunto marido, y yo nos esforzamos tanto en construir se basa en la confianza y en la unión. ¿Cómo podría destruir todo eso?

Tiffany Cole era una joven a la que le estaba costando muchísimo hacerse un lugar en el mundo en el momento en el que se quedó embarazada. Cometió muchos errores, vivió una vida sumida en el pecado. La enterré hace veinticinco años. Su tiempo se había acabado.

—¿Nadie lo sabía?

—No —respondió la mujer, moviendo la cabeza de lado a lado en señal de negación—. No lo sabían. Ni siquiera mi marido tenía conocimiento de la existencia de Susan. De mi pasado, sí. Era un hombre bueno y cariñoso que perdonó los pecados de mi vida anterior. Verá, Bluebelle era la casa de sus antepasados y juntos construimos nuestra comunidad, tratamos de obrar un cambio en nuestro entorno para la gloria de Dios. Cuando Susan llegó, yo acababa de perder a Jefferson. Falleció repentinamente de un infarto y admito que yo me sentí muy perdida en mi aflicción.

»Fue la fuerza de la comunidad, junto con mi fe, lo que me ayudó a superarlo. Me tomé la reaparición de mi hija como una bendición, otra oportunidad de redención. Me aseguré de que Susan comprendiera que nuestro pasado siempre permanecería entre nosotras dos, desde el momento en que llamó a la puerta de mi casa. Ella lo aceptó, y eso la convirtió en una persona mucho mejor de lo que yo jamás seré. Nunca podría haberla culpado por la ira y el resentimiento que sentía, aunque en realidad no era así. Ella necesitaba a alguien. Necesitaba a su madre.

—¿Cómo la encontró?

Gretta desvió la mirada y se quedó unos instantes con la boca abierta.

—A día de hoy, sigo sin saberlo. Susan era una joven inteligente e ingeniosa, mucho más que su madre a esa misma edad, se lo aseguro. La dejé... Cuando la abandoné, lo hice en las puertas de un

hospicio. Sabía que lo gestionaba la iglesia, que la iban a cuidar mucho mejor de lo que yo podría hacerlo. Que terminaría en un buen hogar. Metí un par de fotografías en el bolsillo de su abrigo. Eran de nosotras dos, de cuando ella era pequeña. Deben estar guardadas en algún sitio, no lo sé.

»En fin, eso no hace más que demostrar que yo solo era una cría. El hospicio se puso en contacto con las autoridades y la policía me localizó y me detuvo. Fue lo mejor que me ha pasado en la vida. Me vi obligada a enfrentarme a mis demonios, el alcohol y las drogas. Encontré consuelo en la presencia del Señor. A mi hija la estaban cuidando mejor de lo que yo jamás podría haberlo hecho... y me fui. No esperaba volver a ver a Susan nunca más. En cualquier caso, ella me localizó. Como le digo, era una chica ingeniosa. Me impresionó y me sorprendió a partes iguales.

—¿Por qué me lo cuenta ahora? —preguntó el inspector.

Gretta suspiró.

—Por varias razones, si le soy sincera. A pesar de lo que pueda creer, mi conciencia me ha atormentado desde el día en el que la abandoné. Susan ha estado presente en mis pensamientos y en mis oraciones todos los días desde entonces y, si no estaba en condiciones o no fui capaz de hacer lo correcto por ella en vida, tal vez debería hacerlo en la muerte.

Janssen se recostó en su asiento, cruzó los brazos sobre el pecho y reflexionó sobre aquellas palabras.

—¿Y no teme una reacción negativa por parte de su comunidad si se descubre su secreto?

Gretta lo miró fijamente.

—Ya se ha descubierto, inspector. He reunido al grupo para hablar con todos ellos antes de venir aquí. Sin duda, estarán evaluando mi futuro en estos momentos. Me he puesto en sus manos y, sea cual sea su decisión, ya me castiguen o me perdonen, no será nada en comparación con las cosas con las que tendré que vivir hasta el día de mi muerte. Debería haber intentado detener a Susan, haberla protegido como es el deber de una madre.

—Usted no podía saber lo que le iba a pasar.

—Puede que no. Pero el tiempo de los secretos se ha terminado. A

todos nos llega el día en el que debemos enfrentarnos al juicio tras cruzar las puertas del cielo, y yo pretendo hacerlo con la conciencia tranquila.

Gretta se agachó para coger algo que tenía a un lado y volvió a ponerse derecha; en una mano tenía una bolsa de plástico doblada, que dejó sobre la mesa. Hubo un breve momento de duda antes de empujarla hacia el inspector. Este entrecerró los ojos, sin saber muy bien qué era lo que tenía ante sí. Le dio la vuelta a la bolsa, la desplegó y examinó su contenido. Había un montón de sobres en el interior, todos abiertos y sujetos entre sí con una goma elástica.

—¿Qué es esto? —preguntó.

Gretta se enderezó del todo.

—Son cartas personales —explicó. Janssen enarcó una ceja en un gesto inquisitorio—. De Susan. Las cogí de su habitación antes de que ustedes fueran a Bluebelle.

—¿Por qué hizo tal cosa?

—Estaba aterrorizada, inspector.

El tono de su voz y la mirada desesperada que había en sus ojos le indicaron a Janssen que aquella respuesta había sido sincera.

—Aterrorizada por lo que podría perder si todo el mundo supiera la verdad sobre mi pasado. —Gretta se retorció las manos mientras hablaba—. Me arrepiento de muchas cosas que he hecho en mi vida, inspector Janssen. Tener a mi hija no es una de ellas. Ahora lo comprendo. Ni puedo ni quiero decir el nombre de su padre... Casi no puedo ni mirarme al espejo cuando pienso en él. Fui sincera con Susan. No hablaría con ella de su padre por mucho que insistiera... y créame, insistió mucho, pero eso me lo llevaré conmigo a la tumba. Es hora de que la gente conozca a mi maravillosa hija, a la que estoy orgullosa de haber podido conocer.

—¿Y qué me dice de sus efectos personales? ¿Un diario? —preguntó Janssen, mirando dentro de la bolsa.

—Lo quemé.

—¿Que hizo qué?

Janssen sintió cómo lo invadía la ira, aunque fue capaz de contenerse.

—Lo siento. No debería haberlo hecho, pero después de su visita...

Intenté enterrarlo todo, ocultar el pasado lo mejor que pude. Susan hablaba en el diario de mí, de su infancia y de cómo se sentía acerca de nuestra relación actual. En ese momento, no podía permitir que nadie lo viera.

—Habría información en él que podría ser vital para encontrar a su asesino.

—Lo sé —dijo Greta. Su tono contrastaba con la gravedad de sus actos—. Pero ya está hecho y no se puede revertir.

—Me ha dicho antes que usted sabía por qué Susan volvió a Norfolk —dijo el inspector, abriendo las manos—. ¿Podría iluminarme al respecto?

—Para enfrentarse a sus demonios mientras aún estuviera a tiempo de hacerlo, inspector. Para reparar una injusticia.

—Lo dice como si le quedara poco tiempo.

—Oh, y tanto. Mi hija padecía cáncer, inspector.

—Lo sabemos. El forense nos informó de ello.

—¿Sabía usted que su última sesión de quimioterapia había fracasado? ¿Que ya no se podía hacer mucho más por ella?

Janssen negó con la cabeza.

—No, no lo sabía. Lo siento. ¿Cuánto tiempo le quedaba?

—Meses, años... ¿quién podría saberlo con exactitud?

—¿Cuál era la injusticia a la que se ha referido?

Greta se inclinó hacia delante, colocó con calma las manos sobre la mesa con las palmas hacia abajo y señaló la bolsa que el inspector tenía ante sí.

—Tiene que leer las cartas.

—¿Las has leído usted?

Greta ladeó la cabeza.

—Algunas, sí. A veces el tono es cordial; otras veces... no tanto.

—¿De quiénes son?

—De personas a las que Susan quería, inspector Janssen. Y, al parecer, guardar secretos es algo habitual en nuestra familia.

Janssen se sentó a solas en la sala de operaciones y comenzó a

revisar las cartas manuscritas que había recibido Susan Cook. Pocas veces se sentía tan descolocado como en aquel momento. Tamara no contestaba al móvil y todas las llamadas terminaban en el buzón de voz. Dejó la carta que tenía en la mano sobre el escritorio y se frotó la cara con energía en un intento de sacudirse el cansancio. Necesitaba tener la mente despejada. Escuchó que alguien entraba en la sala de operaciones por detrás de él. Se giró y vio a Eric.

—Qué oportuno, Eric. Coge tu abrigo, necesito que hagas un recado.

Eric se detuvo en el sitio en el que estaba. Sus dedos apenas habían tocado la cremallera de su abrigo. El oficial miró a Janssen y, luego, hacia el reloj de la pared. El inspector le leyó el pensamiento.

—Puedes comer algo de camino.

—¿A dónde voy? —le preguntó Eric con algo de frustración.

—Necesito que vayas a ver a Tara Byrons.

Eric volvió a mirar el reloj.

—A esta hora, estará en la escuela. ¿Quieres que la recoja para traerla aquí?

—No —respondió Janssen, negando con la cabeza—. Quiero que la vigiles de cerca. Quiero saber a dónde va y con quién habla. Nada más. No la pierdas de vista e infórmame de cada movimiento que haga.

Eric frunció el ceño.

—¿Por qué nos interesa Tara?

Janssen se levantó, cogió la carta que tenía delante y se la ofreció a Eric.

—Porque llevaba bastante tiempo sabiendo dónde se encontraba Susan Cook.

Eric echó un vistazo a la hoja y levantó la vista para mirar a Janssen.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Eric.

—No lo sé con certeza, pero llevan intercambiando cartas desde hace al menos un par de años.

—¿Por qué nos ha mentado?

—Esa es la pregunta, Eric. En efecto, ¿por qué?

CAPÍTULO 32

Eric Collet reprimió un bostezo. Le dolía la espalda de llevar tanto tiempo en el coche y necesitaba ir al baño con mucha urgencia. Echó un vistazo al reloj del salpicadero e intentó calcular cuánto tiempo había pasado desde la última vez que había dormido algo, pero al cabo de unos segundos se rindió. Todo le resultaba demasiado agotador. Sentía una tentación cada vez mayor de cerrar los ojos. Miró hacia la calle en ambas direcciones, y comprobó que estaba tranquila. Consideró la posibilidad de dar un paseo. ¿Llamaría

la atención si lo hiciera? No había mucho tráfico, así que la respuesta a esa pregunta era probablemente afirmativa.

El Audi de Tara Byrons estaba aparcado en la entrada de su casa. Era un coche muy bonito y se preguntó cuánto costaría mantenerlo. ¿Le pegaría a él? Era un poco llamativo. «A Becca podría gustarle», pensó. Descartó la idea de inmediato. No le gustaría. No le interesaban los coches ni las cosas materiales en general. Lo que le importaba era la gente. Eso era lo que le encantaba de ella. Eric suponía que eso se debía a que tenía una familia muy extensa en la que había muchos sobrinos y sobrinas. Esa, probablemente, sería la razón por la que siempre estaba hablando del futuro y preguntándole qué pensaba sobre la idea de tener hijos. Planificar, eso era lo que a ella le encantaba.

Un hombre salió de una casa contigua a la de Tara, con una bolsa blanca de basura en las manos. Miró hacia la calle y sus ojos se detuvieron en Eric, que se encogió en su asiento en un gesto casi involuntario, tratando de pasar desapercibido. ¿Lo estaba mirando a él? El hombre avanzó hasta el final del camino de entrada de su casa, donde los servicios municipales recogían los contenedores. Dejó caer la bolsa en uno de ellos, cerró la tapa y entró de nuevo en la casa sin volver a mirar a Eric. El oficial se relajó.

Había muy pocos coches aparcados junto a las casas. La mayoría de la gente estaría en el trabajo, con total seguridad. Eric estaba sentado en un coche sin distintivos policiales en la calle de Tara, tan cerca de su casa como se atrevía, pero lo bastante lejos como para no llamar la atención si la mujer miraba por la ventana. Había ido primero a su centro educativo, pero no había visto su coche entre todos los que estaban aparcados en la zona reservada para los trabajadores. Llamó al colegio poniendo un pretexto falso y le dijeron que Tara Byrons no estaba disponible. Tras una breve conversación, colgó después de que le contaran que estaba enferma y no había ido a trabajar. No fueron capaces de facilitarle una fecha prevista para su regreso. Aquello le intrigó, ya que Tara parecía estar bastante bien cuando Tamara y él hablaron con ella.

¿Se habría puesto enferma después de aquello? No le daba la impresión de que fuera una persona delicada. De hecho, todo lo

contrario: le parecía una mujer atlética que estaba en una forma excelente. Eric sentía que se le caían los ojos y ajustó la calefacción del coche, bajándola a dieciséis grados, y aumentó la potencia del aire. Sintió el frío en la cara y, sobre todo, en los pies, y le resultó desagradable, pero necesitaba mantenerse alerta. Aunque no sabía para qué. Como aquello no le sirvió de nada, decidió que necesitaba estirar las piernas, aunque solo fuera para alejar sus recurrentes pensamientos sobre sus necesidades fisiológicas. Así pues, apagó el motor y alcanzó la manilla de la puerta.

Apenas había puesto un pie en la acera cuando se abrió la puerta de la casa de Tara y la mujer salió de ella. Eric maldijo entre dientes; ya no podía volver al coche. Sería sospechoso y llamaría la atención. Cerró la puerta del coche, pero no echó el seguro por si necesitaba moverse rápidamente. Empezó el camino hacia la casa más cercana, se detuvo para atarse los cordones de los zapatos y se arriesgó a mirar a Tara. Iba vestida de manera informal y estaba claro que no se dirigía al trabajo. Incluso desde una distancia como aquella, le pareció que tenía buen aspecto y que, desde luego, no estaba postrada en cama, como le había dado a entender el trabajador de la escuela.

Tara miró en su dirección mientras abría la puerta de su coche, pero no pareció advertir su presencia. Eric se incorporó y continuó caminando justo cuando Tara daba marcha atrás con su coche para salir hacia la calle. El oficial no se atrevió a mirarla de nuevo mientras continuaba avanzando hacia la puerta de aquella otra casa. Pulsó el timbre y lo escuchó resonar en el interior mientras el coche de Tara pasaba justo detrás de él. Cuando se alejó un poco, Eric giró la cabeza y la vio llegar al final de la calle y poner el intermitente para girar a la derecha según se acercaba al cruce. La puerta que tenía ante él se abrió y apareció una mujer con una mirada expectante en el rostro. El oficial esbozó una sonrisa.

—Hola. ¿Puedo ayudarlo en algo? —le preguntó.

Eric negó con la cabeza, avergonzado.

—No, lo siento. Me he equivocado de número.

Corrió hacia su coche y se subió a él de un salto. Los neumáticos chirriaron cuando dio la vuelta y arrancó a toda velocidad. Con un

poco de suerte, podría recuperar la distancia que lo separaba de Tara. No quería tener que explicarle a su jefe que había perdido a su presa mientras estaba sentado en un coche enfrente de su casa.

Como no venía nadie al llegar al cruce, pudo salir de la urbanización sin demora y dirigirse en la misma dirección que Tara. En apenas unos segundos, dio con una fila de coches que se había formado tras un tractor que avanzaba por la calzada. Por suerte para él, pudo ver el Audi de Tara cerca de la cabeza de dicha fila. Como Eric conocía bien las carreteras locales, sabía que nadie iba a escapar de aquel pequeño atasco con rapidez. Avanzó con cautela por la carretera de la costa durante tres kilómetros más hasta que se percató de que Tara señaló que iba a girar y cruzó el carril contrario.

Cuando él llegó al cruce, la mujer estaba a cierta distancia, así que se dispuso a seguirla. Como había escapado ya del tráfico lento y ahora se encontraba en una carretera más abierta, aceleró. Tara Byrons debió hacer lo mismo, aprovechando la velocidad y la potencia de su coche, porque él no conseguía recortar distancias. Sin embargo, las carreteras de la zona estaban llenas de rectas, aunque hubiera también algunas curvas y giros. Las oportunidades de desviarse hacia otras carreteras eran escasas. Eric pudo seguir el coche de Tara con relativa facilidad.

Solo cuando la mujer pareció estar cerca de su destino, Eric se acercó a su coche lo suficiente como para sentir la necesidad de reducir la velocidad y evitar despertar sospechas en ella. Tara giró a la izquierda y entró en un *camping para caravanas*. *Eric hizo lo mismo. Justo después de la entrada, la carretera se bifurcaba en dos rutas: una conducía al área de servicios comunes y a un pequeño aparcamiento, y la otra terminaba en el área en el que se encontraban las caravanas. Tara cogió este segundo camino. Eric se detuvo en el aparcamiento. Era la opción menos arriesgada y estaba seguro de que podría mantenerla vigilada desde aquel punto estratégico.*

El camping estaba tranquilo, apenas había gente por allí. Eric detuvo su coche justo en el hueco que existía entre el edificio que albergaba la oficina y la tienda y lo que a él le daba la sensación de

que era el área de lavandería. Desde allí tenía una buena vista, si acaso ligeramente obstaculizada, de las caravanas de uso permanente y del camino que conducía hasta ellas. Observó cómo Tara aparcaba su coche al otro lado del edificio. La mujer inspeccionó la zona con aire despreocupado antes de dirigirse a su derecha y salir del campo de visión del oficial.

Eric se bajó de prisa de su coche y recorrió tan rápido como pudo la distancia que lo separaba del edificio en el que estaba la tienda, utilizándolo como refugio para ocultarse. La tienda estaba cerrada y tenía las persianas bajadas. Se asomó por una esquina y vio a Tara caminar con determinación hacia una de las caravanas. Cuando llegó a ella, llamó a la puerta con los nudillos. Segundos después, la puerta se abrió hacia fuera y Simon Cook la sujetó para que no se cerrara. Fue muy evidente que el hombre se alegró de verla. Cuando Tara se acercó un poco, se inclinó hacia él y se dieron un beso de bienvenida breve pero apasionado. Cuando ella pasó junto a Simon, él la siguió con la mirada y deslizó la mano desde el marco de la puerta hasta la parte baja de la espalda de la mujer. Tras echar una última mirada hacia el exterior, Simon volvió a entrar y cerró la puerta.

«Vaya, vaya, vaya», susurró Eric para sí mismo, mirando la pantalla de su móvil para ver las fotos que acababa de tomar. A pesar de la distancia desde la que las había sacado, tenían buena calidad. Cuando amplió la primera de las imágenes para verla bien, comprobó que ambos eran fácilmente identificables.

Buscó el número de Janssen y se llevó el teléfono al oído mientras regresaba al coche.

—No he tenido suerte con Tara en su trabajo. Se ha dado de baja por enfermedad esta semana —le dijo, saltándose las formalidades, pues tenía muchas ganas de compartir con el inspector lo que acababa de averiguar—. Sin embargo, he conseguido encontrarla en su casa. Ha salido de allí hace un rato y la he seguido hasta el camping en el que vive Simon Cook.

—Intuyo que hay algo más —dijo Janssen.

—Por la forma en la que se han saludado, creo que son algo más que buenos amigos —dijo Eric mientras rebuscaba en su móvil—. Te

estoy mandando algunas fotos.

Siguió un silencio; Janssen había puesto la llamada en espera y, presumiblemente, estaría viendo los archivos adjuntos. Poco después, Eric volvió a escuchar la voz del inspector.

—No soy ningún experto en cuanto a qué cosas les atraen a las mujeres de los hombres, pero diría que Tara Byrons juega en una liga completamente diferente a la de Simon.

—Yo he pensado lo mismo —dijo Eric—. No le veo sentido alguno a esa pareja.

Eric llegó a su coche. Echó un vistazo hacia las caravanas de uso permanente y comprobó satisfecho que podía ver la de Simon desde aquella posición.

—Desde luego, no desde el punto de vista de Tara. Sí puedo comprender que a él le resulte atractiva la idea... —De repente, preocupado ante la posibilidad de que se malinterpretara su último comentario, trató de aclararlo—. A ver, ya sabes. No tiene muchas virtudes que...

—No te preocupes, Eric. Yo pienso lo mismo.

—¿Qué quieres que haga?

—Quédate con ellos por ahora. Voy de camino a recoger a Tamara al hospital —dijo Janssen—. Sarah Caseley se encuentra en estado crítico pero estable. Es poco probable que podamos hablar con ella pronto. Voy a poner al día a Tamara y ya veremos qué hacemos a partir de ahí.

Eric se despidió del inspector, colgó y dejó el móvil en el asiento del copiloto. Se sacó la cartera del bolsillo trasero porque le resultaba incómodo estar sentado sobre ella, la dejó junto al teléfono y se metió las manos en los bolsillos del abrigo. Hacía frío aquel día y el cansancio parecía aumentar esa sensación. Dejó escapar un suspiro de amargura por la suerte que le había tocado, pensando que, en aquel momento, Tara y Simon estaban disfrutando de la tarde mucho más que él.

Eric se despertó sobresaltado. Por un momento, se había

desorientado y no era capaz de recordar dónde estaba. Tenía frío y sentía el cuerpo rígido. Las ventanillas del coche estaban empañadas. Había una persona junto a la puerta del conductor. Quienquiera que fuera, volvió a golpear con los nudillos sobre la ventanilla. Eric sentía la cabeza a punto de estallar. Le pesaba el cuerpo. Debían haberlo despertado bruscamente de un sueño profundo. Puso la llave en el contacto para activar el sistema eléctrico del coche y bajó la ventanilla. Simon Cook se inclinó, miró hacia el interior y agitó la mano a su lado. Tenía vendados los nudillos de la mano derecha; los golpes sobre la ventanilla del coche parecían haber agravado el dolor.

—¿Puedo ayudarlo en algo? —preguntó Cook.

Eric negó con la cabeza, pues, por un momento, se había quedado sin palabras. El exterior estaba oscuro. Las farolas iluminaban el aparcamiento con un resplandor naranja artificial. ¿Cuánto tiempo llevaba dormido?

—Lleva horas aparcado aquí. Esto no es un área de servicio —continuó Cook, que no dejaba de inspeccionarse el dorso de la mano—. Es el aparcamiento de una empresa privada.

—Lo sé... Lo sé —balbuceó Eric, que aprovechó para mirar el reloj. Eran más de las seis—. ¿Le duele la mano?

Simon Cook lo miró fijamente, frunciendo el ceño.

—Trabajo aquí. Me raspé los nudillos contra un perno al enganchar una caravana a un vehículo —explicó Simon mientras continuaba inspeccionando el interior del coche de Eric—. ¿Qué está haciendo aquí?

Simon dejó de examinar el habitáculo cuando vio lo que había sobre el asiento del copiloto.

—Yo estaba... eh... —balbuceó Eric.

—¿Es policía? —preguntó Simon Cook, sorprendido. La expresión de su rostro se oscureció.

Eric se sintió repentinamente a la defensiva. ¿Cómo podía saberlo? Nunca se habían visto. Siguió la mirada de Cook hacia el asiento del copiloto, donde había dejado su cartera. Estaba abierta; su placa y el escudo de la policía estaban completamente a la vista. Maldijo en silencio mientras negaba con la cabeza.

—¿Qué está haciendo aquí? ¿Me está siguiendo? —insistió Cook.

Lo hizo con un tono de voz que parecía teñido de miedo, o tal vez de ira, quizá ambas cosas. Eric no sabría decirlo.

—No, no. En absoluto —replicó Eric, que sintió que lo invadía el pánico—. ¿Dónde está Tara?

Soltó aquellas palabras sin pensar. Cook se quedó desconcertado.

—Tara... Yo... No sé qué... Yo... —murmuró, confundido. Eric se mantuvo serio, esperando una respuesta. Cook se encogió de hombros en señal de disculpa—. No lo sé. Creo que se ha ido a su casa. ¿Por qué, qué quiere de ella?

Eric estaba descolocado. Lo único que importaba ahora era localizar a la mujer. Cogió su móvil y vio tres mensajes sin leer y varias llamadas perdidas tanto de Janssen como de la inspectora jefe. Se iba a meter en un buen lío. Ignorando la pregunta de Cook, giró la llave en el contacto y arrancó el coche. Se inclinó hacia delante y limpió el interior del parabrisas para desempañarlo y poder ver. Luego, se abrochó con rapidez el cinturón de seguridad.

—¡Eh! —protestó Cook cuando Eric puso el coche en marcha—. ¡Contésteme, maldita sea! ¿Qué quiere de Tara?

Eric miró al hombre y volvió a apartar la vista, con una necesidad de marcharse que lo consumía por dentro. Pulsó el botón y la ventanilla se subió automáticamente mientras comenzaba a alejarse. Aún podía escuchar a Simon Cook reprendiéndole mientras él empezaba a acelerar por el aparcamiento.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! —se gritó Eric a sí mismo, viendo por el espejo retrovisor la silueta de Simon Cook, gesticulando enérgicamente.

No había forma de poder explicar aquello. Antes de llamar a sus compañeros, tenía que encontrar a Tara Byrons, porque de lo contrario se iba a liar parda. El trayecto de vuelta hasta la casa de Tara fue estresante. Cada coche con el que Eric se cruzaba era objeto de sus insultos; cada cruce y cada retraso consecuente no hacían más que aumentar su nerviosismo. Cuando llegó a su destino, se sintió aliviado al encontrar el Audi de la mujer en la entrada de la casa. Las luces de la misma estaban encendidas y Eric respiró más tranquilo mientras aparcaba en un lugar similar al que

había ocupado unas horas antes. A esas horas, la calle estaba repleta de coches; fue una suerte que encontrara un hueco.

Cogió su móvil y ordenó sus ideas antes de llamar a la comisaría. Leyó primero los mensajes y sintió una opresión en el pecho cuando vio que le habían pedido varias veces que los llamara, además de varias preguntas relativas a su paradero. Al margen de las llamadas perdidas, había un mensaje de voz de Tamara. Escuchando su tono, parecía molesta.

—Eric, si recibe este mensaje antes de hablar con Tom o conmigo, queremos que traiga a Tara Byrons a comisaría para interrogarla.

Hubo una pausa y a Eric le pareció que la inspectora jefe estaba hablando con alguien en segundo plano, ya que la conversación se oía amortiguada. Luego, volvió a escuchar su voz.

—Llámemme cuando reciba este mensaje, Eric.

No sabía qué instrucción seguir primero. Salió del coche y se vio obligado a esperar a que pasara un vehículo para poder cruzar la calle, con una sensación cada vez mayor de pánico. La había cagado, pero, si conseguía llevar a Tara a comisaría sin mayores complicaciones, aún podría salvar la situación. Segundos después, estaba delante de la puerta de la casa de la mujer. Llamó al timbre y esperó, frotándose las manos con fuerza para calentarlas. No hubo respuesta, así que volvió a tocar el timbre, pero esta vez durante el doble de tiempo. Se agachó y levantó la tapa del buzón, incrustado sobre la puerta, pero las tiras de cerdas usadas para bloquear las corrientes de aire le impedían tener visibilidad. Cada vez más preocupado, se levantó, volvió a tocar el timbre tres veces más y terminó golpeando la puerta con el puño. La puerta de la propiedad contigua se abrió y asomó por ella la cabeza de un hombre, que lo miró directamente desde allí. Se trataba del mismo hombre al que había visto horas antes sacando la basura.

—¿De vuelta otra vez? —le preguntó.

Eric no sabía qué decir, así que se limitó a asentir.

—Es usted policía, ¿verdad? Lo vi por aquí hace un par de días hablando con Tara.

—Tiene buena memoria —dijo Eric. «Y también buen oído», pensó para sí mismo.

—Si espera encontrar a Tara, no está —dijo el hombre.

Eric frunció el ceño, dio un paso atrás y echó un vistazo a la fachada de la casa. La planta baja estaba iluminada, al igual que el rellano y al menos uno de los dormitorios de la planta superior.

—Ha salido. La he visto marcharse.

—Pero su coche está aquí —protestó Eric.

—Desde el jardín se accede a una puerta trasera. Todos los que vivimos en este lado de la calle tenemos una. Dan al camino ecuestre que bordea los campos traseros. Esa es la ruta favorita de Tara para correr cada mañana.

A Eric le pareció un tanto inquietante que el hombre conociera la rutina de Tara, aunque en aquella ocasión le resultara útil.

—¿Es eso lo que ha hecho, salir a correr? —le preguntó.

El hombre se encogió de hombros.

—¿Cómo voy a saberlo? Soy solo su vecino.

—¿Cuándo se fue?

—Hace una hora, más o menos.

Eric maldijo internamente.

—Gracias —le dijo al hombre.

Se dio la vuelta y comenzó a alejarse de la puerta. Sacó su móvil y vaciló cuando tuvo el pulgar suspendido sobre el botón verde de llamada. Estaba seguro de que Janssen le iba a echar una buena bronca, pero le daba más miedo la reacción que pudiera tener Tamara. Respiró hondo, pulsó el botón y esperó. Unos instantes después, Janssen respondió.

—Eric. ¿Dónde has estado todo...?

—Señor, lo siento —dijo, interrumpiendo al inspector en cuanto reunió el valor para hacerlo—. La he cagado. Tara no está aquí. Se ha largado.

CAPÍTULO 33

Tom Janssen colgó el teléfono fijo de su escritorio con vehemencia, atrayendo la atención de Tamara.

—¡Maldita sea! —exclamó, mirándola mientras se acercaba a él—. Eric se las ha arreglado para perder a Tara.

—¿Cómo ha podido pasar? ¿Ha descubierto que la estaba siguiendo?

Janssen negó con la cabeza.

—Ni idea. Va a pie, así que no puede haber ido demasiado lejos. El

vecino de al lado dice que ha salido por la puerta trasera, pero que no iba vestida para correr.

—Los vecinos cotillas tienen su utilidad —dijo Tamara—. ¿A dónde cree que puede haber ido?

Janssen se frotó las sienes, pensando. Tanto él como Tamara se habían pasado la última parte de la tarde revisando la correspondencia que Gretta les había proporcionado. Tara Byrons y Susan Cook habían estado en contacto de forma frecuente durante los últimos tres años, lo que convertía a Tara en una persona de gran interés para el caso. La aparente relación que mantenía con Simon Cook suponía un giro inesperado que no habían visto venir. A Janssen le costaba creérselo. Simon jamás podría describirse como un buen partido.

—Las cartas aluden a un pasado sobre el que ninguna de los dos estaba preparada para escribir —dijo Janssen—. Al menos, Tara no lo estaba. Quizá Susan sí que lo hiciera, pero Tara solo hacía algunas insinuaciones.

—Vale —dijo Tamara, sentándose en el borde del escritorio junto al inspector—. Vamos a retroceder un poco. Susan desaparece. No sabemos con certeza si estaba huyendo de algo o de alguien, pero busca asilo con su madre biológica.

—Y, por alguna razón —continuó narrando Janssen—, después de nueve años, llega a la conclusión de que tiene que volver para enmendar algo. El hecho de que fuera a Wellesley nos invita a pensar que se trata de algo que sucedió en ese lugar y que posiblemente involucrara a otras chicas o trabajadores del hogar infantil. Quizá a ambos, ¿quién sabe? Por lo que parece, eso nos conduce hasta Neil Baker, aunque me cuesta creer que Nicholas Levy no estuviera involucrado...

—Quizá lo correcto sería decir que Levy lo desconocía —sugirió Tamara—. Si no participó activamente en los abusos, es muy posible que, cuando los descubrió, intentara encubrir lo que estaba pasando después de que sucediera.

—Si no sabía nada, y era un hombre tan decente como dice Abigail Thomas, ¿por qué haría algo así al enterarse? —preguntó Janssen, que miraba a Tamara mientras se daba golpecitos con la

punta del bolígrafo en el labio inferior.

—Dejando de lado el daño potencial que sufrirían su apellido y su reputación, hay que contar con que el escándalo sin duda habría obligado a cerrar Wellesley —respondió Tamara—. Todo el buen trabajo y la energía positiva que podía aportar a la vida de esas niñas se habría ido al garete. Me atrevería a decir que se ha observado ese mismo planteamiento en otros escándalos de gran magnitud. Por ejemplo, los abusos cometidos a lo largo de la historia en el seno de la Iglesia católica.

—Tampoco fue lo correcto en ese caso —replicó Janssen—. A Baker lo apartaron. Quién sabe a qué otras personas habrá tenido acceso en las últimas dos décadas. A los abusadores como él, concederles impunidad solo sirve para envalentonarlos.

Tamara levantó las manos.

—Estoy de acuerdo. No lo estoy justificando. Solo digo que puedo imaginarme cómo sucedió.

—Bueno, entonces, ¿qué hay de Neil Baker? —dijo Janssen, que se levantó de su asiento y cruzó la sala para examinar la información de Baker que tenían sobre uno de los tablones—. Asesinado y disfrazado de suicidio. La forma en la que se escenificó todo resultaba demasiado obvia. Nivel aficionado. Era imposible que nos pasara desapercibido.

—Se me antoja una idea improvisada sobre la marcha —apuntó Tamara—. Una solución rápida al problema en el que Baker se había convertido.

—¿Cuál era ese problema? —preguntó Janssen sin apartar la vista del tablón; estaba de pie frente al mismo, con las manos en las caderas.

Tamara se situó a su lado.

—La conversación que tuvimos con él... debió dejarlo desconcertado —dijo la inspectora jefe, señalando la parte del tablón en la que estaban los detalles sobre Baker—. Estaba preparado. No digo que nos estuviera esperando a nosotros, pero sí que la policía, o quizá un periodista, fuera a verlo algún día. Por eso nos ofreció a Levy como cabeza de turco.

—Consciente de que ese hombre no estaba en condiciones de

enfrentarse a un interrogatorio o a un juicio...

Tamara asintió.

—Se habían lanzado acusaciones contra Levy... —pensó Janssen en voz alta—. Si Baker tiene que testificar, entonces confirma que Levy estaba involucrado. El hombre no puede ser sometido a un nuevo interrogatorio debido a su estado de salud, por lo que nunca se enfrentará a un juicio, porque es incapaz de comprender los cargos que se le imputan.

—El caso llega a los medios y Levy es condenado ante los ojos de la opinión pública, que tiene la necesidad de culpar a alguien —concluyó Tamara—. Baker recibe algunas críticas por no haber dado un paso al frente antes, pero, y esto es lo más importante, solo se le considera un testigo, nunca un autor.

—Entonces, ¿quién lo ha matado? —preguntó Janssen—. ¿Otro agresor del que aún no tenemos constancia? Había algunos trabajadores más en aquella época que no hemos conseguido localizar.

—Es una posibilidad —admitió Tamara.

—Pero no está convencida de eso, ¿verdad?

—No, no lo estoy. A Baker lo han matado apresuradamente. No fue algo premeditado. No sé si lo obligaron a escribir la nota de suicidio o si la añadieron después, fruto de una ocurrencia tardía, pero tengo la impresión de que todo se hizo con muchas prisas. Si no, el asesino lo habría pensado todo mejor. Habría limpiado las suelas de los zapatos. Le habría hecho firmar la nota. Pequeños detalles que pueden consolidar o destruir una farsa.

—Pero Baker debía sentirse lo bastante cómodo en presencia del asesino como para reunirse con el mismo en un lugar tan aislado —argumentó Janssen—. Para mí, eso apunta a un cómplice.

—A un cómplice en la conspiración, sí —admitió Tamara, que se giró hacia él y levantó un dedo para señalar con énfasis—. Pero eso no significa necesariamente que fuera un cómplice en los abusos.

—De acuerdo. Me ha dejado sin respuesta. ¿En qué está pensando?

—En algo que me dijo Sarah Caseley el otro día. ¿Se acuerda del día en el que estaba esperando fuera de la comisaría?

Janssen asintió.

—Me dijo algo así como que no deberíamos sorprendernos por el comportamiento de las niñas maltratadas que vivían en Wellesley —explicó Tamara arrugando un poco la frente, pues era obvio que le costaba recordar las palabras exactas—. Que harían cualquier cosa para escapar... incluso correr a los brazos de cualquiera que las aceptara. En ese momento, lo interpreté como una referencia a los hombres que recogían a las chicas en las puertas del hogar para explotarlas, convirtiéndolas en prostitutas menores de edad dentro de sus círculos sociales, pero ahora... Quizá se estaba refiriendo a algo completamente diferente.

—¿Cree que se refería a Neil Baker? —preguntó Janssen.

Tamara asintió y consideró aquella posibilidad. El síndrome de Estocolmo estaba científicamente demostrado. Las personas cautivas o maltratadas, y en este caso varias mujeres habían sufrido ambas cosas, desarrollaban sentimientos hacia los maltratadores y eran capaces de establecer fuertes vínculos emocionales con ellos. Incluso llegaban a defender o perdonar sus comportamientos abusivos.

—Entra dentro de lo lógico —añadió Tamara—. Estamos haciendo preguntas. Baker tenía que estar seguro de que sus acciones del pasado se iban a seguir manteniendo en secreto. Los vínculos de ese tipo se arraigan con el tiempo, de forma casi automática, pero él necesitaría estar seguro.

—Parece que le salió peor de lo que esperaba —dijo Janssen—. Suponiendo que tenga razón, y siendo una teoría sólida, ¿por qué matan a Baker? La víctima mata al abusador..., ¿por qué? También deben temer represalias por su propio comportamiento.

—¿Por complicidad? —teorizó Tamara.

A Janssen le pareció que esa idea era, en el mejor de los casos, endeble. La expresión que adoptó su cara debió transmitirle a Tamara ese pensamiento y la inspectora jefe reconoció su inseguridad, inclinando la cabeza hacia un lado.

—Sin embargo, apuesto a que todas las iniciales que encontramos grabadas en la puerta de «el agujero» de Wellesley pertenecen a las víctimas de Neil Baker —añadió Tamara—. Y sabemos, gracias al

examen preliminar del cuerpo de Baker que ha realizado el forense, que murió mucho antes de que atacaran a Sarah Caseley, así que eso descarta que fuera él quien lo hiciera.

—¿Estamos trabajando en la hipótesis de que el asesino de Baker y el de Susan son la misma persona? —preguntó Janssen.

—En este momento no podemos afirmar nada, pero resulta plausible —respondió Tamara, que volvió a mirar los tablones.

—Entonces, ¿eso rige también para Sarah Caseley? —preguntó Janssen—. Al fin y al cabo, si alguien mató a Susan Cook para impedir que revelara lo que ocurrió en Wellesley, y luego mató a Baker por la misma razón..., ¿no es lógico pensar que Sarah también pudiera estar al tanto y que quisieran silenciarla?

—Y fracasaron en el intento —añadió Tamara.

Sarah Caseley seguía en el hospital, y había un agente custodiando de forma permanente su habitación en la unidad de cuidados intensivos hasta que pudieran garantizar su seguridad.

—Si asumimos que el asesino es una de las víctimas de Baker, ¿quiénes nos quedan que sean de la zona? —preguntó Janssen—. La propia Sarah Caseley, Abigail Thomas y Tara Byrons.

—Sin embargo, no encontramos las iniciales de Tara en la puerta —argumentó Tamara.

—Ella sabía muy bien lo que sucedió allí —dijo Janssen—. Y la artritis de Abigail Thomas hace que la idea de que ella pudiera dominar físicamente a Neil Baker, o incluso a Sarah Caseley, sea descabellada. Usted ha visto a Tara. ¿La considera físicamente capaz?

—Está muy en forma y es alta. Atlético —explicó Tamara, mirando la foto de Tara sobre el tablón—. Tuvo éxito en el equipo de remo de su universidad, a juzgar por los recuerdos que tiene en su casa. Sin duda, es posible. Entonces, ¿a dónde se estará dirigiendo Tara esta noche? No puede saber que Sarah Caseley sigue viva, ¿verdad?

—Aunque lo supiera, es imposible que pueda acercarse a ella. Sarah está muy bien protegida. ¿Y si Tara está tratando de silenciar a cualquiera que también sepa lo que ella intenta mantener en secreto?

—Si seguimos esa lógica, eso la conduciría hasta Abigail, ¿no?

¿Quién más tenemos? Encontramos la tarjeta profesional de Abigail en el cadáver de Susan Cook. O bien Susan tenía pensado hablar con ella, o ya lo había hecho —argumentó Tamara.

—Sí, tengo la sensación de que Abigail nos está ocultando algo. Sabe más de lo que dice, pero no se siente amenazada.

—Sigo sin comprender dónde encaja Simon Cook en este escenario —añadió la inspectora jefe.

Janssen tenía que estar de acuerdo con eso. Siempre cabía la posibilidad de que existiera una atracción física real. Simon Cook no era interesante en términos económicos ni tampoco tenía ninguno de los rasgos que él consideraría atractivos para las mujeres. Pero también era cierto que había otros factores que podrían haberlos unido. Existían numerosos estudios psicológicos que concluían que las personas que habían tenido cierto tipo de crianza cuando eran jóvenes a menudo se sentían atraídas de forma inconsciente por personalidades similares durante su vida adulta. En lugar de buscar reemplazar lo que les había faltado durante su infancia, los patrones de comportamiento estaban tan arraigados y eran tan habituales que buscaban repetirlos. Esa era la confirmación científica de por qué algunos hombres o mujeres se sentían atraídos por personas que les recordaban a sus figuras paternas.

Conociendo los antecedentes de Simon Cook y los de Tara, ¿se sentiría ella atraída por las carencias afectivas de él? También era posible que Simon fuera otro de los objetivos de la mujer, pero el inspector lo dudaba mucho. Tara había estado con Cook aquel mismo día. Si pretendiera actuar en su contra, ya lo habría hecho.

—Deberíamos hablar con Abigail —dijo Janssen—. Quizá podamos plantearle algo de todo de esto y ver cómo responde.

—Estoy de acuerdo —coincidió Tamara, que miró su reloj—. También deberíamos difundir la descripción de Tara. Si alguien la ve, que la traiga a comisaría.

—¿Y qué hacemos con Eric? —preguntó el inspector, recordando que le había colgado el teléfono sin darle instrucciones.

—Deje que le dé vueltas a todo un rato —contestó Tamara—. Ha cometido un error. Veamos qué hace al respecto. Imagino que se quedará fuera de la casa de Tara hasta que le digamos lo contrario.

No es mala idea que esté allí. Llámelo y dígame que tenga cuidado. Si estamos en lo cierto, Tara es una persona peligrosa y completamente impredecible, no sabemos cómo va a responder si se la desafía.

Condujeron hasta la casa de Abigail Thomas en silencio. Tom Janssen no dejaba de pensar en la teoría de la que habían hablado. Todo lo que habían considerado era factible y, sin embargo, seguía sin ser capaz de respaldar la teoría sin reservas, no tenía suficiente convicción. Faltaba algo y el hecho de no poder identificar de qué se trataba le resultaba frustrante. Al girar hacia el camino de entrada de la casa de Abigail, vio una furgoneta blanca aparcada en el lateral de la casa. En sus visitas anteriores no recordaba haber visto ningún vehículo, pero, viviendo tan lejos, Abigail necesitaría un medio de transporte. Una furgoneta, además, tenía sentido, dado el requisito adicional de tener que transportar sus obras de arte. Había varias luces encendidas dentro de la casa y las cortinas permanecían abiertas a pesar de que hacía tiempo que se había puesto el sol. Se detuvieron frente a la vivienda y el inspector apagó el motor del coche.

Ambos se bajaron del mismo y se acercaron a la entrada. Llamaron al timbre y esperaron, pero no hubo movimiento en el interior. Janssen se inclinó hacia delante para mirar a través de la ventana delantera hacia el salón. Las luces estaban encendidas allí, al igual que en la cocina, que estaba un poco más allá. La chimenea estaba preparada, pero no encendida. Como el inspector recordaba los problemas que Abigail tenía con sus articulaciones, se imaginó que no estaría en la casa si no había fuego en la chimenea.

—Vamos a mirar en el estudio —instó Janssen, haciendo un gesto con la cabeza hacia el lateral de la casa.

Tamara estuvo de acuerdo y se dirigieron a la parte trasera de la propiedad.

La luz que se filtraba a través de la puerta exterior y de la única ventana, situada a tres cuartos de la altura de la fachada oeste,

iluminaba el estudio de Abigail. Al tratarse de un antiguo edificio agrícola, la ventana era pequeña y el cristal estaba empañado por el paso del tiempo y la suciedad. Una silueta se movió en el interior del estudio, una sombra que pasó junto a la ventana.

—Al menos está en casa —dijo Tamara.

Llegaron cerca de la entrada y la inspectora jefe estuvo a punto de anunciar su llegada llamando a la puerta, pero dudó al oír voces elevadas. Miró a Janssen y él le indicó con un gesto que esperara.

Se acercaron aún más y Janssen vio que la puerta estaba ligeramente entreabierta. Recordó que daba a una pequeña antesala en la que Abigail guardaba abrigos, botas y trastos, y le hizo un gesto a Tamara para que entraran. Respiró hondo y abrió la puerta con cuidado, con la esperanza de no delatar su presencia. Ambos lograron colarse en la pequeña antesala sin llamar la atención. Se oían dos voces distintas, una de las cuales pertenecía a Abigail. La discusión entre las dos mujeres era acalorada.

—¡Eres una tonta! —exclamó Abigail—. ¿Cómo has podido ser tan temeraria?

—Temeraria no, proactiva.

Janssen miró a Tamara con la intención de que le confirmara sus sospechas de a quién pertenecía la otra voz. Ella articuló silenciosamente la palabra «Tara». Mientras que Abigail hablaba con cierto tono de nerviosismo en su voz, Tara Byrons se mostraba tranquila y mesurada.

—Eres demasiado pasiva, Abi. Siempre lo has sido.

—¿Pasiva? Mejor eso que ser imprudente.

—He hecho lo que había que hacer... —dijo Tara—. Por el bien de todas nosotras.

Janssen se acercó a la puerta, tratando de echar un vistazo hacia el interior a través del hueco que había entre la bisagra y el marco. Arrastró el talón sobre los adoquines irregulares del suelo. Justo en ese momento se produjo una pausa en la conversación y el inspector temió que las mujeres hubieran advertido su presencia. Contuvo la respiración, al igual que Tamara. Su paso en falso pasó desapercibido y se acercó lo suficiente como para poder ver el interior del estudio.

Las dos mujeres estaban frente a frente, a unos metros de distancia. Tara daba la sensación de estar tan tranquila como le había parecido por el tono de su voz, mientras que Abigail estaba tensa, con los brazos cruzados por delante del cuerpo en una actitud corporal defensiva. La iluminación del estudio era intensa y, donde antes había una vista al mar, a través del hastial completamente acristalado, aquella noche solo se veía el reflejo del interior. El estudio era una isla de luz en medio de la oscuridad que lo envolvía. Las dos mujeres discutían pensando que estaban aisladas de todo.

—¿Y en qué situación crees que nos has puesto? —le preguntó Abigail acusadoramente—. ¿Crees que ha sido una especie de golpe maestro? Lo único que has hecho es resucitar aquel desastre lamentable.

—Como si tú hubieras sido capaz de olvidarlo —se burló Tara.

—Pues sí, lo he hecho —respondió Abigail. Parecía indignada.

—¿En serio? Anda que no está presente en todas las obras que has pintado —espetó Tara, que hizo un gesto con un brazo para indicar las obras de arte apiladas a su alrededor—. Cada lienzo es una instantánea de lo que te define, Abi. Oscuridad, amargura... La tristeza que habita en lo más profundo de tu corazón es evidente. Eres una puta amargada y una deprimida.

Abigail resopló con desprecio.

—Al menos yo he logrado sacarle algún provecho a lo que sucedió. ¿Qué has hecho tú con ello? Eres casi tan mala como Sarah, escondiéndote detrás de tu moda y de tus coches de lujo. ¿Sabes?, ya ni siquiera estoy segura de quién eres... Si es que alguna vez lo estuve.

—Verás —dijo Tara, señalando desafiante con un dedo a Abigail—. El regreso de Susi habría sacado todo esto a la luz de nuevo. Debería haberme escuchado, pero no lo hizo. Si lo hubiera hecho, *nada de esto habría sido necesario.*

—*No eres ni la mitad de inteligente de lo que crees, Tara —atacó Abigail—. Podríamos haber convencido a Susi, pero tú tenías que actuar impulsivamente, como siempre.*

—Tú no estuviste allí, ¿recuerdas? Te negaste a venir a...

—¿Por qué coño iba a querer volver allí? ¡Por qué íbamos a querer

hacerlo cualquiera de nosotras!

—¡Pues eso es justo lo que te digo! Susi insistió. Quería hacer un viaje morboso al pasado. Volver a estar en esa habitación, hablando sin parar de que todo había empezado allí. ¡Te lo estoy diciendo, había perdido la cabeza!

—¿Y Sarah? ¿Por qué la has mandado al hospital?

—¿Sarah? —repitió Tara, perdiendo su actitud desafiante—. ¿De qué estás habl...?

Justo en ese momento, se escuchó un estruendo ensordecedor. Tanto Tara como Abigail se sobresaltaron, y esta última gritó estupefacta. Janssen notó que Tamara dio un salto al oír el ruido. El inspector fue testigo directo del momento en el que la silla metálica que había en el patio atravesó la pared de cristal y cayó estrepitosamente sobre el suelo de piedra del interior del estudio, entre una lluvia de fragmentos de cristal. El panel central se resquebrajó y el cristal que no había estado en la trayectoria de la silla permaneció en su sitio durante un breve instante, pero al final también se separó y comenzó a caer al suelo en pedazos. Una figura emergió de la oscuridad atravesando la recién creada abertura. Sus botas crujían a cada paso mientras pasaba por encima del cristal roto.

Simon Cook miró con ira a las dos mujeres, con una expresión de rabia en el rostro que no podía disimular. En sus manos tenía una escopeta de cañón doble. La culata estaba firmemente apoyada en su costado y los cañones apuntaban a Tara. Instintivamente, sin dudarlo, Janssen comenzó a dirigirse hacia el interior del estudio. Sintió que Tamara lo agarraba del antebrazo, pero la apartó y avanzó hacia el interior.

CAPÍTULO 34

La irrupción de Tom Janssen pilló a todos por sorpresa, sobre todo a Simon Cook, que, con los ojos muy abiertos, giró el arma hacia él. Janssen se detuvo y extendió las manos ante él para indicarle con el gesto que él no suponía ninguna amenaza.

—Tranquilo, Simon —dijo con el tono de voz más tranquilo que pudo—. No hagamos nada precipitado, ¿de acuerdo?

Por el rabillo del ojo, vio que tanto Tara como Abigail lo estaban mirando y, sin duda, se estaban preguntando cuánto tiempo llevaría

allí, escuchando la conversación. Mientras tanto, Cook dirigía alternativamente la mirada hacia las tres personas que tenía delante. Tanto Abigail como Tara se quedaron petrificadas y solo Janssen avanzó con cautela hasta colocarse entre las dos mujeres mientras mantenía la mirada fija en Cook. El cañón doble de la escopeta seguía apuntándole.

Janssen comenzó a creer que su presencia había cambiado los planes de Cook. La incertidumbre había sustituido a la rabia que parecía mostrar al principio. El inspector evaluó al hombre. Tenía la cara enrojecida, pero mucho más de lo que cabría esperar si eso se debiera solo a esa rabia. Estaba sudando; su frente estaba cubierta por una fina capa de sudor que reflejaba la luz del techo y el pelo parecía húmedo a causa de ese sudor. Cook se acercó un poco más. Janssen vio que tenía las pupilas dilatadas. Gracias al viento que ahora aullaba a través de la abertura creada por la entrada de Cook, le llegó un fuerte olor a alcohol. Era difícil determinar de qué podría ser capaz aquel hombre, ya que sus movimientos eran erráticos e impredecibles, probablemente sintiéndose envalentonado por el alcohol.

—Simon —dijo Janssen, procurando mantener la calma y un tono tranquilizador—. Esto no va a servir para nada. No hay necesidad de que se agrave la situación y...

—¿Qué coño sabrás tú? —le espetó Cook, con una expresión de dolor en el rostro. No dejaba de apuntarle con la escopeta para enfatizar lo que decía.

—Sé que estás sufriendo —respondió el inspector, sin inmutarse ante el arrebató de Cook—. Y llevas haciéndolo bastante tiempo.

—Simon, ¿qué estás haciendo? —preguntó Tara.

La intromisión de la mujer enfureció a Janssen. Su intento de calmar la situación requería que ella permaneciera en silencio. La descripción que Abigail había hecho de la mujer estaba resultando precisa. Era una persona temeraria.

—¡Cállate! —gritó Cook.

—Sí, cállate, Tara —susurró Abigail.

Cook la fulminó con la mirada y Abigail bajó la cabeza, apartando la vista de él.

—Simon —continuó Janssen, tratando de erguirse como foco de su atención—. No es necesario que esto vaya a peor, ninguna otra persona tiene por qué salir herida. Todos podéis salir de esta... solo si... bajas el arma.

El inspector hizo un gesto con la palma de la mano, ilustrando despacio la acción.

—¿Como ellas? —replicó Cook, señalando con la cabeza a Tara y luego a Abigail—. Ellas pueden salir de esta, como en el pasado. Como si nada hubiera ocurrido.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Janssen.

—Ellas —insistió Cook, señalando con la punta del cañón—. Y Sarah... Susan. ¡Con lo que le hicieron a la otra chica!

—No lo entiendo —replicó Janssen.

—Ha perdido la cabeza —dijo Tara, desestimándolo.

—¡Tú cállate! —volvió a gritar Cook, que dio otro paso adelante y apuntó a Tara con la escopeta—. No me mientas, otra vez no. Eso es lo que tú eres para mí, una sucesión de mentiras. Susan me contó lo que hicisteis. No la creí. Debería haberlo hecho. —Cook retiró una mano de la escopeta y se frotó la frente con fiereza. Parecía que los ojos, llenos de lágrimas, se le iban a salir de las órbitas—. Estaba borracha y llorando... Era algo imposible. Al menos, para Susan. Para mi Susan. Ella nunca podría haber sido parte de algo así.

—¿Qué hicieron, Simon? —preguntó Janssen, mirando alternativamente a Cook y a las mujeres.

—Está como una cabra, eso es lo que le pasa —espetó Tara.

Esta vez, Simon Cook no le entró al trapo, solo desvió la mirada hacia ella.

—Kirsty. Ese era su nombre.

—¿Kirsty Davies? —preguntó Janssen.

—Sí. Ella misma —dijo Cook—. Susan me contó..., me contó cómo la subisteis a ese árbol y...

—¡Cállate, idiota! —gritó Tara.

Por un momento, pareció que Simon iba a hacerle caso. La reprimenda de la mujer pareció desconcertarlo. Janssen comprendió en aquel momento la influencia que Tara ejercía sobre él, y entendió por fin de qué iba la relación que ambos mantenían. Poder y control.

—Ah, y es por eso por lo que habéis estado juntos —dijo Janssen, mirando alternativamente a ambos y fijando la vista en Tara después—. Usted necesitaba saber qué estaba sucediendo con Susan. Pensó que Simon tendría más información que usted, así que se metió en su vida.

—Exacto —dijo Cook, asintiendo con entusiasmo—. Igual que la otra vez. No sabía bien por qué volviste a buscarme tan pronto después de que encontraran a Susan. No lo entendía. Igual que tampoco lo entendí hace años, cuando desapareció.

Simon miraba a Tara fijamente. Janssen lo interpretó como una mirada de afecto, como si estuviera recordando un gesto de generosidad que hubieran tenido con él años atrás.

—Pero aquello también era mentira, ¿verdad? —prosiguió Cook, cuya ternura se disipó para dar paso a una hostilidad cada vez mayor—. La tenías bailando a tu son... todas la teníais —añadió, dirigiéndose ahora a Abigail, que seguía sin mirarlo a ojos.

Apuntando con el arma a Tara, continuó—: Pensaba que me apreciabas, que me apreciabas de verdad, pero solo querías saber dónde estaba Susan, a dónde se había ido, para poder controlarla, para poder controlarlo todo. Harías cualquier cosa por conseguirlo.

—Usando los pocos talentos con los que ha sido agraciada —dijo Abigail.

—¡Que te den por culo, Abi! —murmuró Tara en voz baja.

—Yo, Simon, Neil... quien sea —replicó Abigail—. El que se pica, ajos come. Tú eres tal y como acabamos de decir.

—Zorra —volvió a murmurar Tara entre dientes mientras negaba con la cabeza.

Las dos mujeres charlaban como si no tuvieran una escopeta apuntándoles a un metro de distancia. Janssen encontró aquella conversación surrealista, dadas las circunstancias.

—¿Y qué pasó con Kirsty? —preguntó Janssen al aire, sin dirigirse a nadie en particular.

—Fue un maldito accidente —respondió Tara, tratando de desestimar la pregunta, pero Abigail adoptó una actitud diferente.

—Éramos solo unas niñas, haciendo cosas de crías —dijo entre dientes apretados—. Kirsty era nueva... diferente al resto de

nosotras.

—¿En qué sentido? —le preguntó el inspector.

—Más fuerte, tal vez. No lo sé, pero, sin duda, menos dispuesta a hacer lo que le mandaban. Ni aunque lo hiciera Neil Baker o Nicholas... o cualquiera de nosotras.

—¿Quería Kirsty que cesaran los abusos? —preguntó Janssen. Abigail asintió.

—¿No lo querían todas ustedes? —insistió el inspector. Abigail evitó mirarlo a los ojos, pero él percibió un instante de complicidad entre ella y Tara—. Lo tomaré como un no, entonces.

—No nos juzgue, inspector —dijo Abigail—. No se trataba de abusos como probablemente usted piensa. No es que nos violaran.

—Si tenían trece o catorce años, me temo que así es como lo vería la ley.

—La ley —se burló Tara—. La mayoría sabíamos muy bien lo que hacíamos. Queríamos la atención con las mismas ganas con las que ellos querían ofrecérnosla.

—Eran niñas —dijo Janssen.

Tara negó con la cabeza y esbozó una sonrisa irónica.

—Nos mandaban de un lado a otro continuamente —dijo. Abigail asintió con la cabeza—. No le importábamos una mierda a nadie. Incluso cuando Kirsty... murió, nadie vino a ver qué había pasado. Se trató de forma superficial y las cosas siguieron como si nada.

—¿Mataron a Kirsty? —preguntó Janssen.

—¡No! Por supuesto que no —exclamó Tara, desafiante—. Teníamos que darle una lección, eso es todo.

—¿Para evitar que agitara las aguas y creara problemas?

—Fue idea de Neil —aseguró Abigail—. Quería conseguir que Kirsty se retractara de las acusaciones. Si no lo hacía..., entonces todas tendríamos que irnos del hogar infantil. Nos separarían y nos mandarían a otra parte. Eso no era lo que queríamos, ninguna de nosotras lo quería.

—¿Excepto Kirsty, tal vez? —preguntó el inspector. Una vez más, Abigail apartó la mirada. Janssen se giró hacia Tara para dirigirse a ella—. ¿Y qué pasó con lo del árbol?

Tara negó con la cabeza. Fue un gesto que reflejaba cansancio.

—La agredimos, a instancias de Neil, es cierto. Ella huyó de nosotras y... la perseguimos como una jauría de perros de caza.

—En retrospectiva, ahora me parece que éramos personas diferentes —añadió Abigail, retomando la narración—. Íbamos corriendo, gritando... incluso riéndonos. Si pudiera volver atrás y hablar con aquellas chicas, les diría que se detuvieran. Que pensarán en lo que estaban haciendo..., que se dieran cuenta.

Ambas mujeres se quedaron en silencio. Incluso Simon Cook parecía perdido en medio de la historia mientras esperaba el desenlace.

—¿El árbol? —insistió Janssen.

—Kirsty debía estar cansada, no podía escaparse de nosotras... —continuó Tara—. Se subió al árbol pensando que estaría a salvo y, durante un rato, así fue.

—¿Y luego qué?

Ninguna de las dos mujeres habló. Bajaron la mirada y se produjo un silencio incómodo.

—Le tirasteis piedras —dijo Simon Cook con un tono de voz seco. Todas las miradas se volvieron hacia él—. Eso fue lo que me contó Susan. Le tirasteis piedras y cantos. Ella os gritó que pararais, os suplicó..., pero no lo hicisteis. Continuasteis.

Janssen miró a las dos mujeres. Se había esfumado cualquier gesto de arrogancia o intento de justificación de lo que habían hecho. Ambas miraban al suelo avergonzadas.

—No. No paramos —reconoció Abigail en voz baja, levantando a continuación la cabeza para mirar a Janssen—. Y, hasta el día de hoy, sigo sin entender por qué.

—No estábamos intentando matarla —dijo Tara, a cuya voz había regresado el tono desafiante—. Que se cayera del árbol fue un accidente.

—Porque le estaban tirando piedras —espetó Janssen.

—Aun así, fue un accidente —repitió Tara.

—Y se cayó del árbol... ¿directamente al agua, o eso fue después? —preguntó el inspector.

—Eso fue idea de Neil —explicó Abigail—. Cuando nos dimos cuenta de... cuando vimos que estaba muerta, entramos en pánico.

A ver, podrá entenderlo, ¿verdad? Nosotras éramos unas simples niñas, asilvestradas y fuera de control, sí, pero seguíamos siendo niñas. Fuimos corriendo de vuelta a Wellesley, poniéndonos en lo peor. Tara habló con Neil y... se les ocurrió la idea del suicidio.

—Fue idea de Neil. Yo no tuve nada que ver con eso —aclaró Tara.

A Janssen no le sorprendió en absoluto aquel desmentido. No podía saber si Tara estaba diciendo la verdad o no. Todo lo que Tara Byrons había hecho hasta aquel momento daba a entender que tenía poca credibilidad.

—Pero matar a Susi fue idea tuya —dijo Abigail—. Y eso es responsabilidad tuya. Yo no he tenido nada que ver.

Aquella acusación fue hiriente y muy poco oportuna. Simon Cook salió de su ensimismamiento, entrecerró los ojos, levantó la escopeta y apuntó a Tara. Ella inspiró hondo. Janssen dio un paso hacia la izquierda para colocarse entre Tara y Cook; la escopeta apuntaba ahora hacia su pecho. Cook permaneció donde estaba, mirando a Tara, que estaba detrás del inspector.

—¿Por qué? ¿Por qué tuviste que matarla? —preguntó Cook, con los ojos humedecidos por la emoción mientras hablaba.

Janssen deseaba que Tara no respondiera. Ya tenían todas las respuestas, no les hacía falta escuchar nada más. Nada de lo que se pudiera decir en aquel momento podría cambiar lo que habían hecho. Era imposible saber qué decidiría hacer ahora Simon Cook con toda esa información. Tenían que evitar provocarlo más.

Janssen pensó por un momento en Tamara, imaginándose que debía haberse escapado de la casa para pedir ayuda. Esa era su esperanza. O lograba hacer entrar en razón a Simon y el hombre desistía, o tenía que ganar tiempo hasta que llegara la unidad de intervención armada. Incluso en el segundo de los casos, la situación era tan volátil que no tenía ni idea de cómo acabaría. Una persona, o quizá más, terminaría muerta, y el inspector quería evitarlo si era posible.

—¿Por qué? —repitió Cook, apretando los dientes.

—Porque Susi no entraba en razón —respondió Tara, frustrada por la falta de comprensión de Simon Cook—. Contar la verdad no nos iba a beneficiar en nada. A nadie le importó entonces y a nadie le

importaría ahora.

—Entonces, ¿por qué no hablar de ello? —replicó Cook—. Si a nadie le importa, ¿por qué no?

—Porque nos destrozaría. A todas nosotras —dijo Tara, lanzando una mirada fulminante a Abigail—. ¿Y para qué? ¿Para aliviar la conciencia de una adolescente rebelde? Es nuestro pecado y tenemos que vivir con él —espetó.

—Pero Susi no podrá vivir con él, ¿verdad, Tara? Ni tampoco Neil —dijo Abigail con un tono de gran pesar en su voz.

—Genial, Abi. Qué gran momento para ponerte sentimental conmigo —dijo Tara, menospreciándola.

Janssen ladeó la cabeza, intentando que Cook desviara su atención de Tara y se centrara en él. Lo miró a los ojos y mantuvo el contacto visual mientras le hablaba.

—Simon, escúchame un momento. —Cook lo miró fijamente, sin moverse—. Necesito que pienses en la situación. Susan ya no está con nosotros. Lo sabes. Yo estoy aquí. He oído cada palabra que se ha dicho en esta conversación. Ninguna de los dos va a salir indemne de esto. Ni de lo que le pasó Kirsty ni a Neil Baker y, desde luego, tampoco de lo que le ocurrió a Susan. Esto puede terminar ahora.

—Me ha mentido —susurró Cook.

—Sí, es verdad. Además, muchas veces. Pero eso ahora no importa. Lo importante eres tú... y tu hijo. Piensa en Connor.

Al escuchar el nombre del adolescente, la expresión del rostro de Cook cambió ligeramente, pero seguía manteniendo la mirada fija en Tara y su escopeta no dejaba de moverse entre sus manos temblorosas.

—¿Cuántos años tiene Connor? ¿Quince, casi dieciséis? —le preguntó Janssen. Cook no respondió—. No muchos más que los que debía tener su madre cuando pasó por todo aquello. Imagínatelo como a ella, teniendo que vivir sin padres y viéndose obligado a encontrar su sitio en el mundo por sí solo a esta edad. ¿Qué piensas sobre eso?

Janssen dio un paso adelante. El temblor de Cook parecía extenderse por todo su cuerpo. Transmitía una sensación de

angustia y tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Piensa en Connor, Simon. Piensa en tu hijo y en lo mucho que te necesita. Tú eres la única certeza en su vida. La única persona que siempre estará ahí para lo que necesite...

Janssen extendió lentamente una mano con la palma abierta hacia el cañón del arma. Observó cómo Simon Cook seguía con la mirada el avance de dicha mano. El cañón se tambaleaba con más violencia cuanto más se acercaba a él. La mano de Janssen, en comparación, estaba firme, lo que no reflejaba la adrenalina que corría por su interior.

—No puedes hacerle esto a Connor —le dijo en voz baja, conteniendo la respiración mientras cerraba con delicadeza los dedos alrededor del cañón. Cook se tensó. ¿Habría ido demasiado lejos?

Janssen se detuvo, reprimiendo el impulso de reafirmar su posición, sin saber si esa duda podría costarle la vida. Cook miró hacia arriba para encontrarse con sus ojos. Hubo un instante breve de comprensión entre los dos hombres y Janssen vio cómo Cook hundía los hombros. El inspector dio un paso adelante, se apartó del pecho el cañón de la escopeta y lo dirigió hacia el techo abovedado. Cook aflojó el agarre del arma y Janssen se la quitó. El inspector se alejó con la escopeta en la mano y respiró aliviado.

Simon Cook se derrumbó y rompió a llorar desconsoladamente. Se llevó las manos a la cara, se desplomó en el suelo y las lágrimas se convirtieron en sollozos cuando las emociones contenidas se desbordaron. La sensación de alivio en el estudio era palpable. Era evidente que Abigail y Tara también habían liberado su tensión. Abigail fue a buscar un taburete cercano y, apoyándose en un banco de trabajo, se sentó en él. Tara se dejó caer contra la pared, miró al techo y maldijo en voz baja con alivio.

—¿Está bien? —le preguntó Cook en voz baja a Janssen—. Sarah... ¿está bien?

—Todavía no lo sabemos —respondió el inspector con tono seco mientras inspeccionaba el arma que tenía en las manos.

—Le hice daño, ¿verdad? No era mi intención... Solo quería saber la verdad.

—¿Y se la contó?

—Me dijo que fue Baker —explicó Cook, abatido—. Hasta que ese detective no me dijo que estaba siguiendo a Tara, no me di cuenta de que Sarah me había mentido. Y Tara también.

Janssen dirigió la mirada hacia Tara, que apartó la vista y respiró hondo. Justo en aquel momento, Tamara apareció desde la antesala. Tara no protestó cuando la inspectora jefe le dio la vuelta para que quedara de cara a la pared y le echó los brazos hacia atrás. Le puso las esposas y luego la empujó con fuerza contra la pared. La acción se llevó a cabo con más contundencia de la que Janssen consideraba necesaria.

Cuando Tara estuvo inmovilizada, Tamara volvió a darle la vuelta y la bajó con suavidad al suelo para que quedara sentada de espaldas contra la pared. La inspectora jefe se situó delante de Janssen y lo fulminó con la mirada, pero no dijo nada. A él le sorprendió aquella actitud. Janssen examinó la escopeta y descubrió que aquel modelo en concreto no tenía seguro manual. Se aseguró de que el cañón doble apuntaba hacia el suelo y lo abrió. Ninguna de las recámaras contenía ningún cartucho. El arma no estaba cargada.

El inspector resopló. A continuación, inclinó el arma para que Tamara pudiera verla. Ella le echó un vistazo y se inclinó hacia él para hablarle en voz baja, de modo que solo él pudiera oírla.

—De todas formas, me parecía bastante letal mientras le apuntaba al pecho —le dijo con agresividad—. No sé qué es lo que le está pasando, Tom, pero no se atreva a volver a hacer algo tan temerario nunca más, ¿me comprende? Recupere la compostura.

Janssen no sabía si la pregunta contenida en la reprimenda había sido retórica o no. En cualquier caso, Tamara no esperó una respuesta. Lo miró un segundo más, pero enseguida se dio la vuelta, en cuanto escuchó el sonido de sirenas que se acercaban. Janssen la observó mientras salía del estudio. Se sintió muy cabreado durante un instante, pero enseguida el enfado se disipó para dejar paso a un sentimiento de culpa. No sabía de dónde provenía. Su decisión de intervenir había sido instintiva, no consciente.

Por alguna razón que no fue capaz de comprender, le vinieron a la mente imágenes tanto de Alice como de Samantha. En cuestión de segundos, los agentes de policía inundaron el estudio bajo las

órdenes de Tamara. Arrestaron a Abigail, y también a Simon Cook. Ninguno de los dos opuso resistencia. Janssen, seguro de que los recién llegados tenían la situación bajo control, caminó hasta el fondo de la estancia y salió a través de la pared de cristal hecha añicos, con cuidado de no clavarse ninguno de los fragmentos que quedaban. El viento que provenía del mar era fuerte y una abertura en las nubes iluminó la costa con un destello de luz plateada.

El inspector sacó su móvil y pensó en lo que iba a decir. Llevaba días posponiendo aquello, utilizando el caso como excusa. Tamara tenía razón. La situación se había convertido en algo que lo consumía todo, estaba confuso... Era una distracción no deseada de aquello en lo que debería haber estado concentrado. ¿Se habría desarrollado todo de la misma manera si él hubiera estado más centrado? De una forma u otra, tenía que resolverlo. Se llevó el teléfono al oído y se apartó del viento para asegurarse de que se le oyera bien.

—Hola.

—Hola. Soy yo —dijo en voz baja—. Siento no haberte llamado, pero... Escucha, he estado pensando mucho en lo que dijiste. ¿Podemos hablar? No por teléfono, ¿en mi casa?

—¿Cuándo?

El inspector miró hacia el interior del estudio. Solo se veían agentes con chalecos reflectantes. Las luces azules de emergencia parpadeaban más allá de la casa, iluminando los árboles que bordeaban la propiedad.

—Esta noche.

CAPÍTULO 35

El periodo de tiempo inmediato que seguía a un incidente muy intenso provocaba que Tom Janssen mostrara su verdadera naturaleza. En el pasado, había visto a distintos compañeros reaccionar de diversas formas. Algunos se tomaban un tiempo para ellos mismos, alejándose tanto de sus compañeros de trabajo como de su familia. El inspector sospechaba a veces que le daban a la botella a escondidas. Otros se reunían en algún *pub de por ahí para calmar los nervios y la ansiedad residual bebiendo juntos.*

En el pasado, él también habría participado de cosas de ese estilo. Al fin y al cabo, era lo que se hacía. Sobre todo, los de la vieja guardia. Pero él no. Ya no. La impresión general que la gente tenía de él era que poseía una gran capacidad para afrontar las situaciones y para tomarse cualquier acontecimiento con calma, que era una persona segura y digna de confianza. Esa reputación era razonable y él no veía necesidad alguna de cuestionarla. Nunca había sido una persona a la que le gustara armar alboroto o compartir sus sentimientos, independientemente de las circunstancias. En retrospectiva, lo que solía hacer era esconderse un poco después del incidente en cuestión. No tanto en su vida profesional, pero sí en la privada. No era algo saludable, pero era una característica que había reconocido en sí mismo a lo largo de los años y sabía que tenía que trabajar en ello, pero siempre se hacía el loco. Sentía que no podía hacer nada al respecto. En realidad, no era más que una elección propia.

Así era como había terminado de vuelta en su tierra, en Norfolk. Samantha y él habían querido cosas diferentes de su matrimonio. Él no se dio cuenta de ello hasta el momento en el que se la encontró en la cama con uno de sus mejores amigos y compañeros de trabajo. *El shock, el dolor y la humillación fueron demasiado para él, por lo que se quitó de en medio. Ahora, Samantha había vuelto a su vida. Para ser honestos, ella nunca lo había llegado a dejar. Su presencia siempre estaba ahí, como en segundo plano, observándolo desde la distancia. A pesar del daño que le había hecho, de todo el dolor que sufrió, los sentimientos seguían ahí. Si acaso, solo se habían intensificado. ¿Se deja de amar a alguien porque te haya hecho daño o tal vez el rechazo solo sirva para reforzar los lazos que te unen con esa persona? Después de todo, él no se había tomado jamás a la ligera el hecho de entregarle su futuro a nadie. Era algo para toda la vida. Ese era el compromiso, la expectativa.*

Y, sin embargo, allí estaba Janssen, dudando de esas decisiones. Durante la mayor parte de los últimos dos años había seguido adelante como si aquel compromiso ya no fuera viable. Consideró que la intensidad de sus sentimientos eran en realidad el reflejo de lo que creía haber perdido y no de sus necesidades verdaderas.

Cuando Samantha entró en su casa, el barco en el que ahora se encontraba, y le echó un vistazo, le dijo que aquello no era algo que estuviera hecho para él. Que tampoco le pegaba vivir en Norfolk. Samantha tenía razón en que se había marchado de allí y se había ido a Londres porque era el lugar en el que quería estar. Eso era lo él había creído que necesitaba. Sam se había equivocado. Ambos lo habían hecho.

Unos pasos en la cubierta anunciaron su llegada. Janssen sintió una opresión en el pecho de una forma que no había experimentado cuando se enfrentó a lo que creía que era una escopeta cargada. Le pareció extraño. Ella llamó a la puerta y él la invitó a entrar desde abajo. Cuando la vio bajar los escalones, respiró hondo.

Alice sonrió. Era una sonrisa forzada. Estaba nerviosa. Al igual que él.

—Hola —lo saludó ella. Se detuvo en medio de la cocina, con las manos en los bolsillos del abrigo.

—¿Cómo estás? —le preguntó él. La pregunta sonó vacía y Alice se encogió de hombros con indiferencia, ocultando sus sentimientos—. ¿Quieres algo? ¿Una copa de vino o un té?

Ella negó con la cabeza.

—Saffy está con mi madre —dijo, mirando a su alrededor sin fijarse en nada en particular—. Tengo que ir a recogerla dentro de un rato, pero, cuando me has llamado, parecías... —Dejó la frase sin terminar y lo miró a los ojos—. Parecía algo importante. ¿Estás bien? —le preguntó, entrecerrando los ojos.

—Sí, estoy bien —dijo él, desestimando la pregunta.

Se estaban midiendo el uno al otro. La última vez que Alice estuvo allí, Janssen había ensayado las palabras, había planeado la noche como si de una operación policial se tratase. Todo salió terriblemente mal, pero él tenía un plan. En esa ocasión, no había ninguna sofisticación. Tan solo tenía que decir las cosas.

—Escucha, la otra noche... —dijo Janssen, haciendo una mueca al recordar—. No deberías haberte enterado de esa manera. Te he ocultado cosas y...

—Tom —lo interrumpió ella, levantando una mano—, no tienes que darme explicaciones. Bueno, sí, obviamente sí... Pero no de esta

forma. Cuando estés listo para hablar de ello, yo voy a estar ahí para escucharte. Pero tiene que ser cuando tú estés listo, no porque sientas que me debes algo.

—Te debo una explicación —protestó él—. Y, como mínimo, una disculpa de verdad. La he cagado... muchísimo.

Alice se rio.

—Eso es quedarse corto. Sí, la has cagado —dijo la mujer, cuya sonrisa se desvaneció—. Pedirle a una persona que se case contigo cuando tú ya estás casado... Y, además... —continuó, inclinando la cabeza hacia un lado—, que tu mujer llegue justo cuando lo estás haciendo... Sin duda, es una proposición de matrimonio que quedará para la historia y se recordará durante mucho tiempo.

Ahora le tocó a él reírse, pero con un sentido del humor bastante macabro.

—Sin duda, fue memorable —admitió.

La expresión de Alice se volvió melancólica. Parecía buscar las palabras adecuadas.

—Todos cargamos con un bagaje, Tom. Hay cosas que ocultamos a nuestros seres queridos, incluso a nosotros mismos. Lo que necesito saber es hacia dónde crees que nos dirigimos. Viendo los acontecimientos actuales —continuó Alice, enarcando las cejas—, ¿vamos hacia algún sitio juntos?

—Samantha —comenzó Janssen, mirándola a los ojos para evaluar su reacción al escuchar el nombre su esposa— me dijo que todo esto... —dijo, haciendo un gesto amplio para señalar el interior del barco— no tenía que ver con mi verdadera personalidad. Ni el barco ni vivir aquí en Norfolk... Ni tú y Saffy. Ella cree que mi lugar está en Londres. Por eso me fui allí, por eso me casé con ella.

—¿Y tiene razón? —preguntó Alice. Daba la impresión de temer la respuesta.

—No. A ella le venía bien que estuviéramos allí. Se adaptaba a nuestro estilo de vida. Pero eso era lo que le iba bien a ella, no a mí —añadió el inspector. Alice respiró hondo y pareció ganar en presencia, echando los hombros hacia atrás mientras él pronunciaba aquellas palabras—. Mi lugar es este. Este soy yo.

Janssen se acercó a Alice y se alegró mucho al comprobar que ella

no se apartaba. Se metió la mano en el bolsillo y sacó la caja del anillo. La miró a los ojos, sostuvo la caja en la palma de una mano y se dispuso a abrirla con la otra, pero Alice extendió rápidamente una mano y cubrió la caja con la misma, impidiéndole hacerlo.

—Créeme cuando te digo que esta sería la segunda peor proposición de matrimonio de la historia, Tom. Espero que no sea así como resuelves todos los momentos difíciles de tu vida personal.

Janssen sonrió, sintiendo una mezcla de nerviosismo y vergüenza.

—No voy a casarme contigo, Tom Janssen —dijo Alice. Esas palabras le dolieron al inspector nada más salir de la boca de la mujer. Ella esbozó una media sonrisa, sin apartar la mirada de él—. Pero... tampoco quiero que reclames la devolución del dinero del anillo. Quizá deberías quedártelo por un tiempo.

Janssen miró la mano de Alice, que estaba sobre la suya. Ella apretó con fuerza, presionando su mano con cariño.

—Puedo hacer eso —susurró el inspector.

La sonrisa de Alice se hizo más grande. Se puso de puntillas, sin soltar las manos de Janssen, y lo besó en los labios. Él no respondió, entendiendo de alguna manera que no debía hacerlo. Alice se apartó, acariciándole el dorso de la mano mientras lo hacía.

—Tengo que volver con Saffy —dijo en voz baja. Retrocedió y atravesó la cocina para dirigirse hacia las escaleras que conducían a la cubierta superior. Se detuvo al subir el primer escalón y lo miró—. Te lo digo en serio, Tom. Solo cuando estés listo.

Janssen asintió y ella siguió caminando. Una vez que desapareció de su vista, el inspector suspiró y miró la caja que tenía en la mano. ¿Cómo se le había ocurrido pensar que eso iba a ser una buena idea? Comenzó a pensar en Samantha; la visualizó subiéndose al taxi frente a su hotel. A pesar de todo, también le debía una explicación a ella. Su mujer había aceptado su decisión sin discutir. Era la primera vez que lo hacía, pero él se había armado de valor y preparado para la conversación. Le habló de tal forma que ella comprendió que estaba hablando en serio. Su relación había terminado, y eso era lo mejor para ambos. Incluso aunque en aquel momento no lo pareciera. Podrían haber perdido fácilmente otra década antes de darse cuenta de ello.

Janssen abrió el cajón que tenía más cerca, metió la caja dentro y lo cerró. Su móvil emitió un pitido y vio que era un mensaje de texto de Tamara.

¿Quiere unirse a mí y tomar algo?

El inspector la llamó y Tamara respondió de inmediato. Por el sonido, parecía que ya estaba en su nuevo lugar favorito recién descubierto; se escuchaban de fondo gritos y risas.

—¿No estaba enfadada conmigo? —le preguntó él.

—Oh, lo estoy. Es un hombre exasperante en cualquier circunstancia, Tom. ¿Va a venir? —le preguntó, alzando la voz para que la oyera.

—Solo bebo en ocasiones especiales, recuérdelo —le advirtió él—. Pero no me importaría invitarla a una copa y sentarme a ver cómo se la bebe.

—Una cita perfecta —respondió Tamara—. ¿Sabe dónde encontrarme?

—Sí —dijo Janssen.

Luego, colgó. Echó un vistazo al cajón; aún se podía ver la caja del anillo en su interior, pues no estaba cerrado del todo. Echó mano del tirador y, en el último momento, dudó antes de terminar de cerrarlo. «Cuando esté listo», se dijo a sí mismo. Se puso el abrigo, cogió las llaves y salió.

Tamara detuvo el coche y apagó el motor. Janssen se bajó, abrió una de las puertas de atrás y le ofreció una mano a Gretta para ayudarla a salir. La mujer aceptó agradecida y los dos se dirigieron por el camino hacia la puerta de la casa. Tamara se quedó donde estaba. Al pasar junto a la ventana salediza de la sala de estar, Janssen echó un vistazo al interior. Había dos personas: una mujer, que los vio acercarse les sonrió, los saludó con la mano y se levantó para salir a recibirlos, y un chico adolescente. La mirada de Gretta se detuvo en el chaval. De repente, pareció ponerse nerviosa, más de lo que había estado desde que la recogieron en el hotel. Se dio cuenta de que

Janssen la estaba observando. Tenía un gesto apesadumbrado.
—La verdad es que no sé qué es lo que debo hacer —dijo Greta.

Janssen dudaba que eso fuera cierto. Greta era una mujer inteligente. Durante los últimos treinta años, su vida había estado marcada por el secretismo y dominada por un sentimiento de vergüenza con el que aún no había logrado reconciliarse. Tardaría tiempo en superarlo. Forjar un vínculo importante con un perfecto desconocido, incluso aunque tuviera un fuerte lazo sanguíneo con él, quizá le costara todavía más tiempo. Les esperaban conversaciones incómodas. Esa perspectiva bastaría para preocupar y desconcertar a cualquiera.

—Usted me dijo que sentía mucho no haber estado ahí para apoyar a su hija —dijo Janssen mientras señalaba a Connor, que estaba sentado de espaldas a la ventana, ajeno a su presencia.

—Más de lo que usted se pueda imaginar, inspector.

—Tiene la oportunidad de estar ahí para su nieto.

Greta lo miró a los ojos.

—Susan nunca me contó que tenía un hijo. Probablemente pensó que yo insistiría en verlo.

—Ahora tiene la oportunidad.

—¿Y qué quiere que le diga?

No había una respuesta correcta para esa pregunta. No había un guion que seguir que pudiera facilitar el proceso. Janssen ladeó la cabeza.

—El niño ha perdido a su madre... Por segunda vez. Pase lo que pase en los próximos meses, también ha perdido a su padre en un futuro inmediato. No tiene a nadie más. Solo a usted. Dele su apoyo. Esté ahí para él.

Ambos escucharon el sonido de una llave girando en la cerradura. Enseguida, la puerta se abrió. Una señora agradable los recibió con una cálida sonrisa.

—¿Greta? —la saludó—. Me llamo Marjorie. Bienvenida. Pase, por favor.

Marjorie Esher era la madre de acogida que había recogido a Connor cuando arrestaron a Simon Cook la noche anterior. Janssen sonrió cuando Greta entró en la casa. La mujer le dedicó una

sonrisa nerviosa, fruto de la gratitud, por lo que él creyó. El inspector no la acompañó hacia el interior; tan solo saludó a Marjorie con una breve sonrisa y dejó a Greta en su compañía. Marjorie estaba mucho más preparada que él para manejar la situación a partir de aquel momento. Dio media vuelta cuando se cerró la puerta y volvió por el camino. Tamara lo estaba esperando junto al coche, apoyada sobre el mismo y hablando por el móvil. Colgó cuando él llegó y se guardó el teléfono en el bolsillo.

—¿Qué le parece?

Janssen miró hacia la casa. Ahora podía ver tres siluetas de pie en la sala de estar. Se giró hacia Tamara, mordiéndose con los dientes el labio inferior.

—Les esperan tiempos difíciles —dijo, haciendo una breve pausa para poner en orden sus pensamientos—, pero se tienen el uno al otro. Un vínculo forjado en una adversidad como esta puede llegar a ser muy intenso. ¿Algo nuevo sobre Simon Cook?

—Acabo de enterarme. Va a permanecer detenido hasta el juicio. Dada la gravedad de la agresión a Sarah Caseley y con sus antecedentes, era muy improbable que le concedieran la libertad bajo fianza.

—¿Y Sarah?

—Con ella, las noticias son mejores —afirmó Tamara—. Ya no se encuentra en estado crítico. Parece que se recuperará. Eso es una buena noticia para Simon. Puede ser la diferencia entre que le caigan unos pocos años y la cadena perpetua. Según Eric, James Caseley ha vuelto a su versión más dominante.

Janssen esbozó una sonrisa irónica.

—Veamos cuánto dura eso cuando se reabra la investigación sobre la muerte de Kirsty Davies.

—Hablando de eso —dijo Tamara—. Tenemos una reunión con la Fiscalía sobre ese tema esta tarde.

—¿Tan pronto?

—Sí. Creo que el jefe de la Policía está loco por que lleguemos al fondo del asunto cuanto antes. Los altos mandos no quieren tener sobre la mesa un escándalo de abusos a menores que tuvo lugar durante varios años.

—Bueno, eso dependerá de lo que Abigail y Tara estén dispuestas a contar, ¿no? —replicó el inspector—. Además de Sarah, cuando se recupere. Y todas ellas tendrán que responder muchas preguntas sobre la muerte de Kirsty. A juzgar por lo que se dijeron ayer Abigail y Tara, el juego de acusaciones va a ser complicado.

—Es cierto —dijo Tamara—. Neil Baker está muerto y no tenemos ni idea de si Nicholas Levy participó en el abuso o en su encubrimiento. Su estado de salud hará que nunca llegue a pisar un tribunal. Baker tenía razón en eso. Me alegro de que sea la Fiscalía General la que tenga que encargarse de imputar los cargos. Es un lío absoluto.

Janssen se rio. Tamara lo miró con expresión inquisitiva.

—Y nosotros pensando que un destino junto a la costa sería tranquilo.

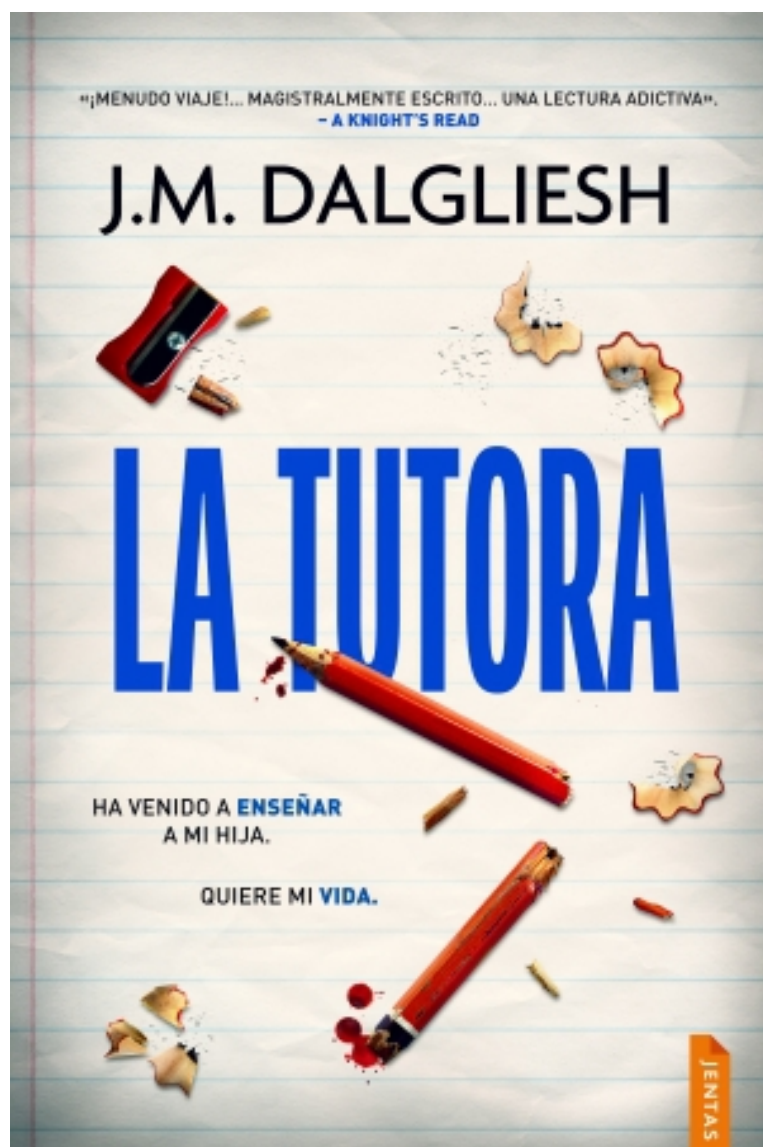
—Hay gente mala por todas partes, Tom. Al menos aquí brilla más el sol que en otros sitios. ¿Todo bien por su parte?

La pregunta había sido tímida y Janssen percibió que la inspectora jefe estaba evaluando con atención su reacción. Le vino a la mente la imagen de Alice y sonrió.

—Sí. Estoy seguro de que todo va a salir bien.

Tamara lo miró durante un momento, buscando en la expresión de su rostro algún significado oculto tras esas palabras. Luego, sonrió.

—Venga. Volvamos a la comisaría. Nos espera todo el papeleo.



La tutora

Dalgliesh, J.M.

9788742814147

400

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Ha venido a enseñar a mi hija. Quiere mi vida.

—¿Sophie Beckett? —pregunto con una dulce sonrisa —. Soy la nueva tutora de su hija. ¿Puedo pasar? — Mi corazón late desbocado en mi pecho. Sophie no tiene ni idea de quién soy en realidad, y necesito que siga siendo así. Si descubre la verdad, puede que no salga viva de esta casa...

Cuando veo a Sophie por primera vez, parece una madre normal, cariñosa y dispuesta a hacer lo que sea por ayudar a su hija, que ha sido expulsada del colegio. Ahí es donde entro yo. La tutora perfecta para que Katie vuelva a encauzar sus estudios.

Conecto al instante con Katie, y también con Scott, el carismático marido de Sophie. Pero los ojos oscuros de Sophie se llenan de celos cuando hablo con Scott o intercambio sonrisas con Katie. Sé que estoy ayudando a su hija, piense lo que piense.

Pero las cosas se tuercen muy rápido. Y, cuando Sophie, presa de un ataque de furia, registra mi habitación y esparce mi ropa por todo el suelo, entiendo que su odio es más fuerte de lo que yo pensaba. ¿Sabe la verdadera razón por la que estoy aquí?

Mis preocupaciones aumentan cuando Scott me cuenta cómo murió su exmujer, y siento un nudo en el estómago. Haga lo que haga Sophie, no puedo marcharme ahora. Katie me necesita más que nunca. Y haré lo que sea para protegerla.

Porque Sophie puede tener sus secretos, pero yo también tengo los míos. Y, cuando acabe mi estancia en esta preciosa casa, la vida de alguien habrá llegado a su fin.

«Encabeza mi lista de lecturas imprescindibles del 2024... Un final que te deja sin aliento...

¡Hacía años que un libro no me enganchaba tanto que sentía que no podía leer lo bastante rápido!».

Book Rant Reviews ★ ★ ★ ★ ★

«¡Menudo viaje!... Magistralmente escrito... Una lectura adictiva».

A Knight's Read ★ ★ ★ ★ ★

«*La tutora* es el debut de J. M. Dalgliesh en el thriller psicológico, ¡y qué debut!... **Me atrapó desde la primera página**».

For The Love of Books ★ ★ ★ ★ ★

«Estaba convencida de que sabía a dónde iba esta historia, y me equivoqué, me equivoqué y me volví a equivocar... **Bien escrito, bien planteado, tenso e impactante**».

Open Book Posts ★ ★ ★ ★ ★

«¡Dios mío! Lo devoré en menos de 24 horas...

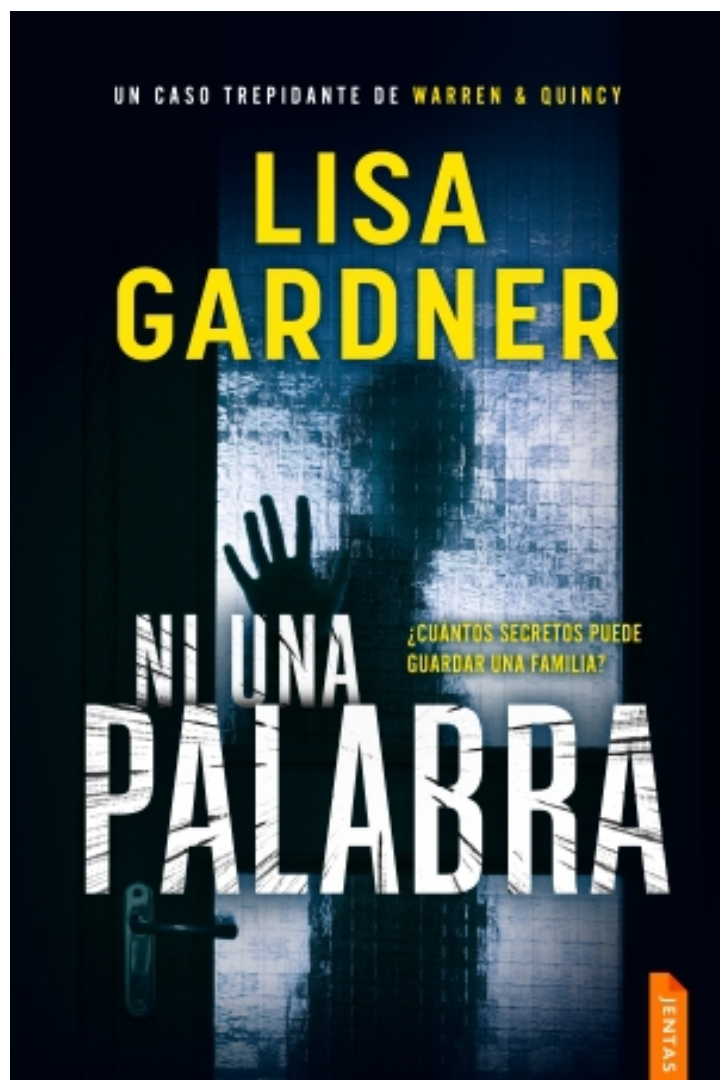
¡Absolutamente adictivo!... ¡INCREÍBLE!...

Apasionante... Los giros me dejaron en sin aliento...

Me mantuvo en vilo de principio a fin».

Doorkeyreader ★ ★ ★ ★ ★

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Ni una palabra

Gardner, Lisa

9788742814703

400

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

¿Cuántos secretos puede guardar una familia?

Un hombre es abatido a tiros en el despacho de su casa, y cuando llega la policía, su mujer embarazada sostiene el arma.

Cuando la sargento D. D. Warren acude al lugar de los hechos, identifica a la mujer como Evie Carter. Hace muchos años, el padre de Evie murió por un disparo que se consideró un accidente. Pero ahora D. D. no lo tiene tan claro; dos muertes por arma de fuego son demasiada casualidad.

La informante de la sargento, Flora Dane, ve en la televisión la noticia del asesinato de Conrad Carter y lo reconoce al instante de cuando ella misma fue una víctima —una rehén— y su captor se encontró con ese hombre. Consumida por la culpa de no haber hecho más en su día, Flora decide descubrir la verdad sobre la muerte de Carter.

A medida que D. D. y Flora van desentrañando capa tras capa de medias verdades y mentiras descaradas en el caso, descubren que los secretos que guarda esta familia son endiabladamente escurridizos y que hay alguien dispuesto a todo para mantenerlos ocultos.

«Gardner sabe tejer un thriller profundamente conmovedor y psicológico que no hace concesiones en su autenticidad. Es una de las maestras de la novela criminal».

Associated Press ★ ★ ★ ★ ★

«Esta es, sin duda, la novela más ambiciosa y compleja de Gardner; un viaje emocional demoledor, implacable en ritmo y suspense».

Providence Journal ★ ★ ★ ★ ★

«De infarto... La admirable capacidad narrativa de Gardner hará que los lectores esperen con impaciencia la próxima entrega».

Publishers Weekly ★ ★ ★ ★ ★

«Si te gustan los secretos, las mentiras, la increíble prosa de Gardner y los misterios llenos de acción que te dejan sin aliento, este es tu libro».

Suspense Magazine ★ ★ ★ ★ ★

«Otra trepidante y adictiva novela de Lisa Gardner, la indiscutible reina del suspense. Es uno de esos thrillers que permanecen con el lector semanas después de cerrar el libro».

The Real Book Spy ★ ★ ★ ★ ★

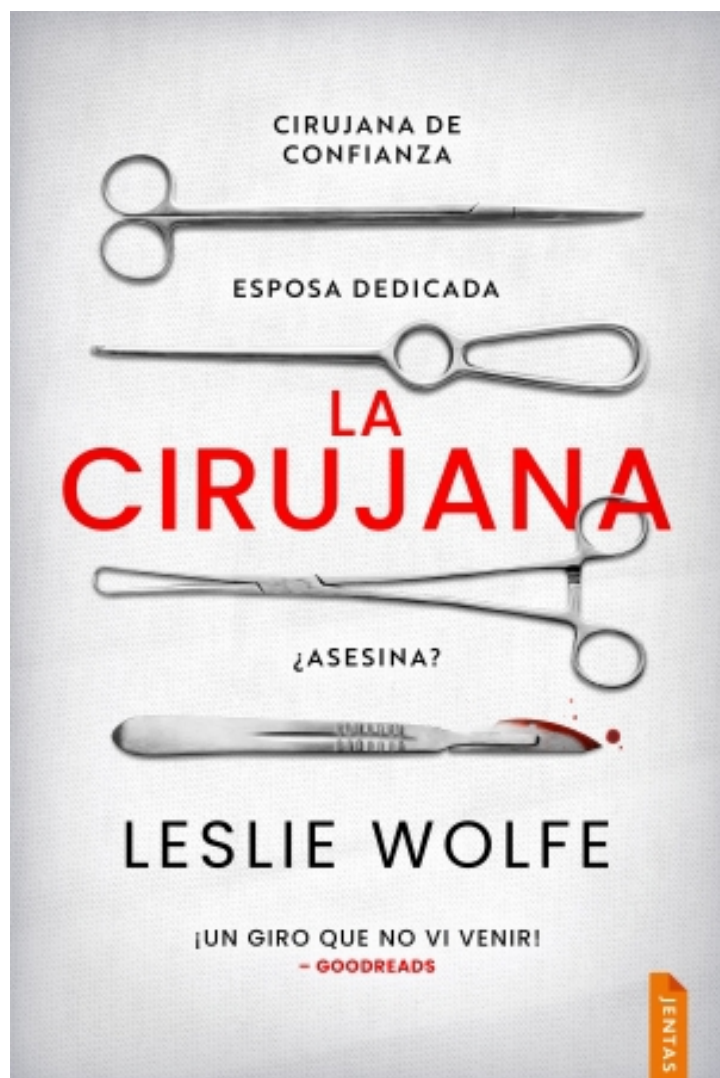
«Es una novela cruda, visceral, emocional... presenta a tres personajes increíbles —D. D., Flora y Evie— que, por separado, podrían sostener cualquier historia, pero juntas son explosivas. Puede que sea la mejor obra de Gardner, y eso ya es mucho decir».

David Baldacci ★ ★ ★ ★ ★

«Lisa Gardner se ha superado con esta potente novela sobre tres mujeres, dos muertes y un sinfín de secretos. Desde el impactante inicio hasta su conclusión, este libro te cautivará, te sorprenderá y te dejará plenamente satisfecho».

Lisa Scottoline ★ ★ ★ ★ ★

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



La cirujana

Wolfe, Leslie

9788742812631

320

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Cirujana de confianza. Esposa dedicada. ¿Asesina?

Antes de que mi mundo se derrumbara, lo tenía todo. Una exitosa carrera. Una casa de ladrillo rojo preciosa, donde podía relajarme frente a la chimenea. Un apuesto y devoto marido cuyos ojos azules y sonrisa encantadora siempre me hicieron sentir segura.

Cuando digo la hora de la muerte, mi voz es firme. Mis compañeros permanecen en silencio a mi alrededor con los ojos fijos en mí, confundidos, preocupados.

Nunca he perdido a un paciente hasta hoy.

Mis manos tiemblan dentro de los guantes de látex. Me deslizo por las frías paredes de azulejos. Mi corazón se acelera en mi pecho.

Nunca he odiado a un paciente hasta hoy.

Pero ¿qué opción tenía después de haberlo reconocido?

¿Y qué haré para protegerme si alguien se entera de la verdad?

Un apasionante thriller psicológico que te pondrá el pelo de punta y te hará contener la respiración hasta el sorprendente giro final.

Opiniones sobre "La cirujana":

«iiiGuau!!!... iiiUn thriller psicológico que no podrás dejar!!!... iiTe sorprenderá una y otra vez!!!... Absolutamente adictivo». – *Ratón de biblioteca86* ★ ★ ★ ★ ★

«Me estaba aferrando a cada palabra... Suspense, intriga, acción, asesinato, misterio, traición y algunos giros inesperados... ¡Definitivamente no te pierdas este libro!». – *Reseña en NetGalley* ★ ★ ★ ★ ★

«iiiNunca he leído un thriller tan fantástico en mi vida!!! Estaba constantemente en suspenso, conteniendo la respiración y vigilando mi recuento de páginas porque no podía esperar a ver cómo terminaba el libro... **¡Si pudiera, este libro tendría 10 estrellas!**».

– *Reseña en Goodreads*

★ ★ ★ ★ ★

«Un thriller fascinante y de ritmo rápido... Te engancha desde el principio, llevándote en un viaje

salvaje y retorcido... Pude leer este en unas 9 horas porque me negué a hacer nada más... ¡**Suspense increíble, absolutamente adictivo!**!». –

@rubie_reads ★ ★ ★ ★ ★

«¡**Qué lectura más emocionante! Mi corazón está acelerado...** Me enganchó de principio a fin. Devoré "La cirujana" en menos de 2 días...

¡Absolutamente perfecto!». – Reseña en NetGalley

«**No podía dejar de leer...** ¡Alucinante!». – *Reseña en Goodreads* ★ ★ ★ ★ ★

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Enterrar el pasado

Dalgliesh, J.M.

9788742814680

400

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\).](#)

Una chica asesinada...
Varias desaparecidas...
Un asesino suelto...

Cuando una violenta tormenta deja al descubierto los restos de una joven desconocida, enterrada desde hace mucho entre las dunas de arena, el inspector Tom Janssen tiene pocas pistas para determinar cómo llegó hasta allí.

En los años que lleva muerta, desaparecieron varias jóvenes y, a medida que el equipo examina las distintas posibilidades, la realidad parece cada vez más inquietante... Puede que haya un asesino en serie en la costa de Norfolk.

Todas las chicas atraían al mismo tipo de hombres, coqueteaban con el esoterismo y eran defensoras de los derechos de los animales. Pero ¿alguien tenía motivos para matarlas? Y, si no están muertas, ¿dónde están?

Una cosa es segura: hay un asesino suelto, y hará todo lo posible para asegurarse de que sus secretos siguen enterrados.

«Si te gusta el **misterio policial británico**, te encantará este libro... **Estoy deseando leer el siguiente de la serie**».

Long and Short Reviews ★ ★ ★ ★ ★

«El segundo libro de la serie de Tom Janssen es una **lectura fantástica**. La trama crea una **expectación que pone los pelos de punta** a lo largo de todo el libro y **mantiene el interés** hasta la última página. Hay muchas **pistas falsas** y **giros** que solo se revelan cuando los personajes llegan a la verdad, haciendo que el lector se pregunte por qué no lo vio antes. **¡Una historia muy ingeniosa!... ¡Muy recomendable!**».

Reseña en Goodreads ★ ★ ★ ★ ★

«**Muy bien escrito** y con una **gran trama** muy bien pensada. El final te deja con ganas de saber hacia dónde llevará el próximo caso a los dos investigadores».

Reseña en Goodreads ★ ★ ★ ★ ★

«**Un misterio formidable** que **mantiene al lector intrigado** hasta el final. Los personajes siguen estando a la altura... El autor sabe cómo crear la atmósfera y tejer magia con sus personajes. **Me alegra haber descubierto esta serie**».

Reseña en Goodreads ★ ★ ★ ★ ★

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\).](#)



Rencor sangriento

Marsons, Angela

9788742813669

400

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\).](#)

El pasado no perdona... y ha llegado la hora de la venganza.

El cuerpo yace bajo los árboles, con los brazos levantados por encima de la cabeza, en una postura antinatural. Sus músculos están relajados. Sus ojos, vacíos. No hay signos de vida. Pero aún no está muerto del todo...

Cuando la detective Kim Stone llega a la escena del crimen, no hay un cadáver esperándola, sino que se encuentra con los sanitarios luchando desesperadamente por salvarle la vida. Por desgracia, muere de camino al hospital, y deja a Kim con un escenario donde todas las pruebas han sido destruidas. Aun así, tiene claro que se trata de un asesinato.

A simple vista, la víctima, Eric Gould, parece una persona normal y corriente, hasta que el equipo empieza a investigar su pasado. De adolescente, lo encerraron por agredir a su novia, y Kim sospecha que en la actualidad estaba maltratando a su prometida.

Entonces aparece otro hombre al borde de la muerte, con los huesos rotos para forzar su postura, y el equipo se da cuenta de que el asesino les está

enviando un mensaje con la colocación de los cuerpos.

Alguien parece conocer el oscuro pasado de las víctimas, pero ¿se trata de una venganza o se está tomando la justicia por su mano? Kim y su equipo tienen que encontrar respuestas con rapidez antes de que aparezca otra víctima.

«Definitivamente es **una de las mejores sagas** que he leído. **Amo a Kim Stone** desde el primer libro. ¡Dios mío! **¡Esta novela es increíble!**».

@our.bookish.reads ★ ★ ★ ★ ★

«Después de diecinueve libros, **Marsons sigue siendo igual de astuta y retorcida**, con una historia tan **llena de adrenalina y emoción** como cabría esperar... **Otro libro espectacular** que les encantará a los fans de la serie».

Jen Med's Book Reviews ★ ★ ★ ★ ★

«Una vez más, **Marsons ha escrito una joya de libro** que he devorado casi de una sentada. Ya estoy esperando ansiosamente el siguiente».

The Book Review Café ★ ★ ★ ★ ★

«**Otro misterio fascinante de la reina del crimen moderno inglés**».

The Book Review Crew ★ ★ ★ ★ ★

«**iUna lectura fantástica! Absorbente, llena de giros y completamente adictiva...** Me enganchó y disfruté cada palabra. ¿Qué más puedo decir?
iSimplemente fabulosa!».

Stardust Book Reviews ★ ★ ★ ★ ★

«iMe ha encantado este libro! **Un thriller brillantemente adictivo...** Posiblemente **el mejor que he leído este año.** Muy muy recomendable».

Donna's Book Blog ★ ★ ★ ★ ★

«**Rápido, absorbente y retorcido**».

It's All About Books ★ ★ ★ ★ ★

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)
